

T. 164554

C. 1210893



VIDA

— DE LA —

BEATA CRESCENCIA HOSS

Religiosa de la Tercera Orden de San Francisco

TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR UN DEVOTO SUYO



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA:
Macías Picavea, nums. 38 y 40.

1901

VOLUME

BEATA CRESCENCIA ROSS

1884

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



R. 130059



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Nos ha decidido á traducir del italiano la vida de la Beata Crescencia Höss, el considerar que puede ser muy útil á toda clase de personas, especialmente á las Religiosas y á los que tratan de vida espiritual. Considerada en sí misma, es admirable la vida de esta Beata, ya por las virtudes extraordinarias de que nos dió ejemplo, ya por los dones sobrenaturales con que Dios la enriqueció. Encanta su inocencia conservada siempre intacta, su fervor siempre creciente desde los primeros años de su vida, su generosidad en darse á Dios por completo, su pureza angelical, su obediencia heroica y su paciencia nunca vencida en medio de los mayores trabajos y de las enfermedades de todo género.

Añádase á esto una penitencia asombrosa, una caridad tiernísima para con los necesitados, y una

prudencia exquisita en el régimen del monasterio y en cuantos negocios tuvo que tratar, y se verá que su vida es extraordinaria bajo cualquier aspecto que se la considere, y puede servir de ejemplo y estímulo para la práctica de la virtud en todos los estados y condiciones de la vida.

Con especialidad los religiosos encontrarán en ella el modelo más perfecto y hasta los medios más apropiados para conseguir la perfección propia de su estado. Dios ha querido, que á pesar de su humildad profundísima, se conserven algunos de sus escritos y muchas de sus máximas llenas de celestial sabiduría, que encienden los corazones en el amor de Dios y deseo de la virtud y de los bienes celestiales.

En los dones sobrenaturales, con que Dios la enriqueció, el alma cristiana encuentra grandes consuelos al ver la liberalidad del Señor en difundir sus bienes, y como no faltan nunca en la Santa Iglesia los preciosos carismas, que según la promesa de su Divino fundador acompañarían siempre á los que creyeran en Él. ¡Qué consuelo para los hijos de la Iglesia considerar que las almas, que creen lo que ellos creen, reciben los mismos Sacramentos y están sujetas á la misma autoridad, son aprobadas por Dios, y manifiestamente amigas suyas según los favores que las dispensa! Como se siente afirmar nuestra fé, y se vé como impulsado á exclamar diciendo: ¡Bien estamos aquí, en la

Santa Iglesia de Dios! La Iglesia que produce tales frutos de santidad, no puede menos de ser la Iglesia verdadera.

Estas virtudes y estos dones son fruto del Espíritu Santo, que la vivifica. De consiguiente, aquí está Dios, esta es la obra de sus manos, nadie fuera de Él puede hacer las obras que aquí se hacen.

Por otra parte está escrita esta vida por un hijo de S. Francisco, cuya modestia no quiero ofender, pues vive todavía, pero sí diré, que es historiador adecuado al asunto que trata. Ha sabido cautivar la atención de los lectores con la disposición tan conveniente, que ha dado á su obra y ha tenido el acierto de llenarla de documentos espirituales, los más oportunos. Se conoce desde luego que reúne con la ciencia Teológica una experiencia muy larga en los caminos del espíritu.

De donde resulta que la vida de la Beata Crescencia, que de suyo es admirable, y convida á la imitación y á dar gloria á Dios que tales maravillas hace con su gracia en la pobre y deleznable naturaleza humana, es además un compendio de teología ascética, donde se encuentran documentos de vida espiritual al lado de los ejemplos luminosos de esta bendita virgen.

En Baviera, en toda Alemania, en Italia, en Rusia, hasta en la protestante Inglaterra, aun en América es conocido el nombre de Crescencia, á todas

partes han llegado sus beneficios; solo España no la conoce, y he ahí por qué nos hemos decidido á hacer esta traducción, á fin de que en la católica España, suelo bien dispuesto siempre para recibir la semilla celestial, fructifiquen los ejemplos de esta hija de S. Francisco, se admiren sus extraordinarios dones y se acuda á su protección y amparo.





PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN ALEMANA

Con este libro ofrecemos al lector la vida completa y verdadera de una santa religiosa que vivió en el siglo pasado (1), en el cual se renegó de la verdad y la vida católica en las altas esferas de la sociedad de Europa, para dar lugar á aquellos principios subversivos que prepararon y maduraron la revolución francesa, causa de tantos males en todo el mundo. Esta religiosa, con la luz profética de que fué favorecida, previó ya las densas y amenazadoras nubes que se levantarían sobre Europa, y predijo claramente la furiosa tempestad que á no tardar se desencadenaría contra las casas religiosas en los países católicos. En Austria y en Alemania comenzó la persecución treinta años después de la muerte de Crescencia, y de allí se propagó sucesivamente á todos los países católicos de Europa.

(1) Se escribió el año 1874.

Pero antes que en Alemania se echase por tierra el árbol secular de la vida religiosa, quiso Dios que brotase de él una hermosa flor, que fuese imagen acabada de la belleza y dignidad del estado religioso. Esta hermosa flor fué precisamente una venerable religiosa de la Tercera Orden de S. Francisco, la vírgen Crescencia de Kaufbeuren, llamada con mucha razón el ornamento de la Iglesia de Alemania, digna de figurar al lado de los santos ya canonizados.

Por esto nos parece que esta sierva de Dios merece una atención particular de parte de los católicos alemanes, precisamente porque nuestra patria en los últimos siglos ha tenido pocos santos y beatos reconocidos por la santa Iglesia, siendo así que en la Edad Media tuvo tantos venerados por toda la cristiandad. Desde hace cuatro siglos bajo este concepto ha sido poco fecunda en comparación con tantas otras naciones católicas. No queremos decir con esto que hayan faltado del todo almas piadosas y aún santas, pero sus nombres quedaron sepultados en el olvido, ó no fueron registrados canónicamente en el catálogo de los santos. Y en efecto, en los últimos siglos no fueron canonizados de los nuestros más que dos mártires: S. Fidel de Sigmaringa, Capuchino y S. Juan de Colonia, Dominicano, uno de los mártires de Gorcum: de los beatificados tenemos al B. Clemente Hofbauer, Regentista, y los dos Jesuitas B. Canisio de Nijmwegen

y el B. Juan Berkman (1), que bajo cierto aspecto podemos considerar como connacionales nuestros.

Cualquiera que sea la causa de esta esterilidad, cuya razón última superando nuestra inteligencia, se pierde en los abismos de los inexplorables juicios de Dios, no se puede decir seguramente que nos faltaron santos, sino que faltó la veneración de parte del pueblo, y por esto muchos santos no fueron reconocidos por tales por la Iglesia. Para convencernos de esto, basta el ejemplo de Crescencia, amada y venerada como santa, apenas murió, como atestiguan las frecuentes peregrinaciones á su tumba, hecho sin ejemplo, si se tiene en cuenta que la Iglesia, en su prudencia, no había hecho nada todavía para iniciar su culto. El lector encontrará una prueba de esto en el cap. VII del libro tercero de esta obra.

Propagar cada vez más en el pueblo católico la devoción á la sierva de Dios, que floreció hace ya siglo y medio, procurando además promover la causa de su beatificación, que de tantos años parece dormida, es el objeto de la vida que escribimos. En esta nuestra intención hemos encontrado la norma para la elección de los hechos que hemos de referir.

Además nos hemos cuidado principalmente de instruir y edificar al lector en las cosas de piedad,

(1) Este B. ya está canonizado.

tanto más cuanto que las fuentes de donde la hemos sacado, nos suministran abundante materia. Verdad es que la vida de Crescencia por un lado, siendo muy extraordinaria, se presenta inaccesible á la generalidad de los fieles, puesto que su alma fué conducida por Dios por altísimos senderos, que no se pueden recorrer sino por algunas almas privilegiadas. Semejantes maravillas en gran parte han quedado ocultas, no obstante las órdenes dadas por los Superiores para conservar la memoria de tantas visiones, revelaciones y otros hechos sobrenaturales, como diremos hablando de las fuentes. Pero en cambio tenemos minuciosas relaciones de sus virtudes y ejercicios de piedad practicados cuando niña, cuando jóven y ya religiosa, así es que podemos proponerla como modelo de perfección á todos los cristianos. Y en esto parécenos descubrir la mano de la Providencia divina que merece toda nuestra gratitud y nuestro empeño en corresponderla.

De aquí que hayamos creído deber nuestro, recoger con toda diligencia los ejemplos y las máximas que se relacionan con la vida religiosa, así interior como exterior, persuadidos de que esta colección contiene una enseñanza suficiente para hacer vida de perfecto cristiano. De esta doctrina pocos son los puntos que se refieren exclusivamente al estado religioso, los restantes suministran pasto abundante para todos, pues la vida de un cristiano,

iniciada por la gracia del bautismo, debe ser esencialmente una vida sobrenatural é interior, la cual no nace de las solas fuerzas ó habilidades naturales, sino de la gracia de nuestra cabeça, Jesucristo.

Haga Nuestro Señor, de quien desciende todo bien, que este pequeño trabajo redunde en gloria del Dios grande, uno y trino, en aumento del honor debido á su amada esposa Crescencia, y provecho espiritual de los lectores.

Paderborn 14 de Febrero de 1874.

El Autor.





ADVERTENCIA

Fuentes de donde hemos sacado las noticias
para la compilación de esta vida.

La santa religiosa María Crescencia Höss de Kaufbeuren ha sido juzgada en muy diversos sentidos, tanto mientras vivía como después de muerta. No debemos maravillarnos de esto siendo muy sabido que cada cual somete los hechos, especialmente si son sobrenaturales, á la medida de sus propias ideas y conceptos, y los juzga según las disposiciones de ánimo en que se encuentra. De aquí ha provenido que la vida interior de la Beata Crescencia, sobrepujando con mucho, á la ordinaria de los cristianos en candor y en su profundo modo de sentir acerca de las cosas del alma, no fuese comprendida en toda su integridad. Por otra parte en la vida exterior de la Beata encontramos frecuentemente junto con las prácticas ordinarias de piedad, algunos hechos que parecen increíbles á quien ignora cuantos hechos semejantes,

pasados por la más fina crítica se encuentran á menudo en la vida de un gran número de santos. Es el caso que algunos se creen con derecho para blasfemar de lo que no entienden, y para negar ó tergiversar relaciones que debían someter á un examen concienzudo.

He ahí la razón por la que esta sierva de Dios, semejante en esto á todos los santos, y á Nuestro Señor mismo, ha sido hecha blanco de contradicción (1). Pero si había quien lo negaba todo, no faltaron tampoco quienes al contrario acogían á ojos cerrados voces falsas ó exageradas, esparcidas especialmente por anónimos escritos por crédulos imprudentes. Uno y otro modo de proceder condujo á consecuencias reprobables, así se explica cómo surgieron dudas acerca de la santidad de Crescencia en las mismas personas sensatas. Es de lamentar que la parte principal en esto de hacer correr historietas semejantes y propalarlas, se tenga que atribuir al espíritu débil de una buena religiosa del monasterio de Kaufbeuren, una cierta Sor María Ana Neth. Esta religiosa (nacida el 2 de Junio de 1680 y muerta el 23 de Mayo de 1744), era hija de un consejero de dicha ciudad. Siendo muy versada en la escritura prestó muchos años sus servicios como secretaria de la Beata para la corresponden-

(1) Luc. 2-34: Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum in Israel et in signum cui contradicetur.

cia epistolar que esta tenía que sostener con personas de todas clases. A esto hay que agregar el mandato impuesto á Crescencia de comunicar á la secretaria sus estados extraordinarios, gracias, visiones y demás. Muy pronto Sor Ana llenó de revelaciones volúmenes enteros, y lo que es peor, no pensaba en otra cosa la indiscreta hermana que en decir ya una cosa ya otra á los amigos de Crescencia, de cuanto creía saber acerca de ésta. Cualquiera puede figurarse á donde conduciría semejante indiscreción.

De tan turbia fuente salieron muchas *vidas* de la Beata, circulando ya cuando todavía vivía Crescencia, ordinariamente como manuscritos en las cuales al lado de cosas verdaderas se encontraban muchas falsas.

Un hombre, por otra parte muy respetable por su cargo y por sus méritos, el P. Chiliano Kazenberger (1), Provincial de los Franciscanos de Strasburgo (1730-1736), al escribir la vida de la Beata en 1732, tuvo la debilidad de dar entero crédito á las noticias de Sor María Ana. Este trabajo se copió varias veces con variantes considerables, y se imprimió también sin licencia de los superiores. El autor

(1) Este Padre escribió varias obras sobre asuntos ascéticos y morales y entre ellas una explicación en latín de la Regla de los Frailes menores, de la que se han hecho muchas ediciones, la última con una recomendación del Rvmo. General Luis Lauer.

más tarde, el 16 de Noviembre de 1747, reprobó el escrito con una declaración conservada entre las actas de la beatificación (1) y concebida en estos términos: «Muchos hechos referidos en esta vida no los supe por María Crescencia, sino por las relaciones verbales ó escritas de Sor María Ana Neth, sobre cuya veracidad, según creo, se tienen graves sospechas por justas razones».

Tenemos pruebas de mayor valor en otra memoria suscrita con juramento por diez y siete religiosas el 18 de Mayo de 1746: Hela aquí, (2).

«La madre Crescencia no ha escrito nunca de su puño y letra, ni su vida ni otro libro alguno publicado bajo su nombre. Por un precepto especial tenía que comunicar á Sor María Ana Neth, todo lo que la pasaba en la oración.

Esta hermana no lo escribía enseguida, y como era de flaca memoria, se la olvidaban muchas cosas como ella misma confiesa. Además se permitió añadir algo de su parte, y se tomó aún libertades mayores. Y hasta en las cartas que escribió por encargo

(1) Positio additionalis super causæ introduct. Summ. object. pag. 2. De estas vidas apócrifas publicadas contra la voluntad de los Superiores y del Monasterio, trata Hoeijnk, *Geschichte des Frauenklosters Kaufbeuren* pág. 123 y siguientes incluyendo también una protesta publicada en 1787 en la *Gaceta de Kaufbeuren*, con la cual se desaprueba una de tales vidas impresa en aquel año.

(2) *Informat Summ. add.* pag. 1.

de Crescencia, hay muchas variaciones é inexactitudes. Crescencia se lamentó de esto muchas veces».

En un tercer documento semejante al anterior (1), fechado el 3 de Diciembre de 1774, atestiguan diecinueve hermanas que la vida escrita por los informes dados por dicha Sor Ana «no merecen ninguna fé». Cuatro de estas hermanas añaden haber oído á la misma Crescencia quejarse frecuentemente de estas relaciones tergiversadas.

El último confesor de la Sierva de Dios el P. Juan Bautista Pamer, de la compañía de Jesús, declara también que Sor María Ana «por simplicidad, por demasiada imaginación y por falta de memoria, ha mezclado en sus escritos muchas fábulas, inconvenientes y extrambóticas, contra las que protestó Crescencia con las lágrimas en los ojos».

Un juicio parecido emitió el P. Bonifacio Schmidt, provincial de los Franciscanos en la Alta Alemania, si bien este reconoce la buena fé de la hermana. Dicho Padre sacó después de la muerte de Crescencia, todos los escritos de Sor M.^a Ana que pudo encontrar en el monasterio, concernientes á la Beata.

Por la misma razón el autor de este libro no ha podido valerse de las muchísimas cartas de Crescencia, sino con mucha cautela, porque aunque

(1) Archivo del monasterio de Kaufbeuren.

fueron escritas por su orden, sin embargo, se notan huellas muy visibles de la independencia con que fueron redactadas por la secretaria. En el exámen canónico de 1783, se probó que entre tantas cartas firmadas con el nombre de Crescencia, no había ninguna escrita por ella misma, y que las hermanas conocían solamente dos cartas autógrafas. La caligrafía de muchas que han pasado por nuestras manos y se tienen por autógrafas por quien las posee, hace ver claramente que fueron escritas por Sor María Ana.

No obstante tenemos una vida de Crescencia, que es digna de toda fé, compuesta por otra religiosa del mismo monasterio, con el intento de contraponer la verdad á las exageraciones de Sor María Ana.

Este libro fué compuesto cuatro años después de la muerte de la Beata por María Gabriela Merz (nacida el 29 de Noviembre de 1720, y muerta el 8 de Mayo de 1803). El original se conserva en el monasterio de Kaufbeuren con este título «Vida y virtudes de la venerable Sor María Crescencia Höss(1), reverenda madre del monasterio de Kaufbeuren, ya difunta.—Escrita el año 1748 por mí Sor María

(1) En el original y en todas las actas antiguas, el apellido de la Beata, se escribe Hössin, que es la terminación femenina del nombre Höss. En Baviera el siglo pasado (el XVIII) se acostumbraba todavía añadir la sílaba *in* al nombre de una mujer.

Gabriela Merz, profesa en dicho monasterio y que vivió seis años con la Beata Maria Crescencia del mismo orden, que ha tenido noticia de todo esto ó por mi amada y devota madre superiora que fué Maria Juana Altwöggerin, ó por la misma Crescencia, ó he visto por mis propios ojos».

Al fin del manuscrito se lee: «Confirmo con juramento cuanto he referido, y por ser esto verdad lo firmo de propia mano, y lo sello con el de nuestro convento de Maieroff del Orden Tercero de San Francisco. Fechado en Kaufbeuren en el dicho monasterio á 23 de Agosto de 1748. Maria Gabriela Merz, profesa de veintiocho años de edad».

El volúmen comprende doscientas veintinueve páginas en fólío. Los hechos de Crescencia se refieren en párrafos, y al pié se indican siempre las fuentes de donde se han sacado, por ejemplo: «Esto lo he visto con mis propios ojos en parte, y en parte lo he oido contar á la venerable superiora Maria Juana».

Este sistema junto con la veracidad reconocida de la autora, dá gran valor á la obra. Después el cuidado que se puso en recoger con exactitud las noticias de la Beata apenas murió, nos parece inspirado por la Providencia, porque no habiéndose incoado el espediente canónico, sino después de mucho tiempo, muchas noticias hubieran caído en el olvido. Sor Gabriela puso tanto cuidado al componer su obra por recoger los particulares concernientes

á la que tenía por Santa, que hace su testimonio el más exacto y el más importante de todos cuando á la edad de sesenta años fué llamada á tomar parte en la formación del proceso canónico. Por esta razón las partes más salientes del manuscrito se insertaron en las Actas juradas de la beatificación (1).

Del P. Juan Bautista Pamer, último confesor de la Beata, existen aún muchas cartas autógrafas respecto de la sierva de Dios; de las cuales en estos últimos años vinieron á manos del autor de esta vida dos colecciones.

El P. Pamer nació en Merán en el Tirol y siendo ya confesor en el noble monasterio de Hall (Tirol), en 1743 fué enviado á Kaufbeuren donde por espacio de muchos años fué también confesor de las religiosas Franciscanas, y allí murió en concepto de gran santidad el 4 de Mayo de 1769. Era tanta la veneración que sentía hácia nuestra Beata, que estando ya muy próximo á la muerte, dictó á su superior algunas líneas relativas á la beatificación de la misma. Este documento firmado por el moribundo con mano temblorosa, se conserva en el monasterio de Kaufbeuren.

Las mencionadas cartas, escritas en gran parte en lengua alemana, contienen pocas cosas respecto

(1) José de Görres en su grande Mística tomó las notas sobre Crescencia de este manuscrito.

á la vida y virtudes de Crescencia, pero están llenas de relaciones, de gracias y de milagros obrados por Dios mediante la invocación de su sierva. Estas relaciones se cuentan por centenares, de ordinario oídas de boca de las mismas personas favorecidas por el cielo. La primera colección se conserva en el archivo de la Compañía de Jesús en el Tirol, y contiene cincuenta y una cartas escritas por el P. Pamer en los años de 1755 á 1762 al P. Cristóbal Müller, de la Compañía de Jesús, superior de las misiones tirolesas (1). Dos del 3 y del 28 de Enero de 1756, nos ofrecen un extracto de las virtudes heroicas de Crescencia, y aunque no digan nada de nuevo, sirven sin embargo, para confirmar los otros testimonios. La otra colección tiene quince cartas en latín y veintidos en alemán; las primeras escritas desde Enero de 1760 á Noviembre de 1767, son dirigidas al barón Cristian de Hall, consejero íntimo del gobierno del Tirol; las segundas lo son á diversos señores. Esta colección misma poco ó nada contiene fuera de las relaciones de milagros y de las visitas de grandes personajes al sepulcro de la Beata. A ella está adjunto un rollo en el que se refieren cincuenta y siete milagros más de la sierva de Dios.

(1) De este religioso y de las misiones tirolesas se publicaron noticias por el P. Francisco Hattler, S. J., en el libro «Missionsbilder aus Tirol. (desde 1719 al 1784) Innsbruck, Rauch, 1899».

Prescindiendo del valor que tiene la relación de tan respetable persona advertimos que de estas cartas no nos serviremos más que para algunas noticias, especialmente en el libro III, cap. 3, donde se habla de los milagros de Crescencia.

Para impedir que las falsas noticias se propagasen más, el P. Domingo Ott de la Compañía de Jesús, se puso por fin á escribir una «Vida» detallada y verídica de Crescencia. En ella trabajó largo tiempo pues según las fechas que allí se ven no se había terminado todavía el año 1780. Desgraciadamente lo que escribió no se dió á la imprenta. Ninguno como el P. Ott estaba en condiciones para conocer la verdad, habiendo sido confesor del Monasterio de Kaufbeuren, desde 1770 hasta su muerte que acaeció el 26 de Noviembre de 1787. Pudo recoger de los confesores precedentes, todos de la Compañía de Jesús, gran copia de detalles, de los cuales no tenían noticias las mismas religiosas. Su testimonio figura en las Actas de la Beatificación, habiendo sido llamado á la edad de setenta y seis años, á tomar parte como testigo en el proceso episcopal el 3 de Junio de 1776 y en el de la Santa Sede el 18 de Agosto de 1786.

En el prólogo de la obra censura severamente los numerosos escritos divulgados sobre la vida de Crescencia, diciendo de ellos que han sido compilados en todo ó en parte sobre documentos falsos, lenos hasta rebosar de fábulas y de tonterías, y

protestando que él no escribía sino por la gloria de Dios, por la salvación de las almas y el triunfo de la verdad sobre las mentiras que circulaban. Por esto empieza su narración haciéndonos saber que seis años después de la muerte de Crescencia, fué enviado como profesor al colegio de Kaufbeuren.

«Fuí allá, añade, de muy buena voluntad en la esperanza de tomar informaciones exactas sobre la vida y santidad de Crescencia por su confesor, que yo conocía de antes. Y en efecto, por espacio de dos años todos los días hablábamos de ella, y no un rato sino horas enteras; sus virtudes, sus dones celestiales, los milagros obrados, todas estas cosas nos daban materia abundante de conversación. El P. Pamer me hizo además leer y copiar la memoria que él escribió acerca de las virtudes heroicas de esta religiosa. Después de mi salida de Kaufbeuren seguíamos nuestra correspondencia por cartas. El P. Pamer era un hombre sencillo, espiritual, y gozaba de gran reputación entre los habitantes de Kaufbeuren, los cuales aún hoy le veneran como santo, como atestiguan los ex-votos puestos sobre su tumba en la iglesia parroquial».

Por consiguiente el P. Ott, tuvo tiempo bastante y medios para averiguar la verdad, y nos asegura no haber escrito nada que él mismo no hubiese visto, oído ó sabido por testigos fieles cuya sinceridad y verdad dice: «me eran conocidas por experiencia propia».

Al concluir el prólogo nos asegura de nuevo, que «habiendo sacado sus noticias de las más puras fuentes, él no ha hecho otra cosa que recogerlas y escribirlas con ingénua fidelidad y en conciencia».

No hay duda en esto, pues sus escritos, manifiestan en el autor un espíritu recto, inteligente, sincero, enemigo de exageraciones y de ponderaciones enfáticas. La forma que emplea es sencilla, amplia, modesta y no está exenta de repeticiones.

Es un volúmen distribuído en cuatro libros, los cuales á su vez están subdivididos en treinta capítulos con 438 páginas en cuarto, sin contar con el prólogo. Es de advertir que la historia del P. Ott, está en perfecto acuerdo con el proceso de Beatificación, sin embargo de que en éste no se hace mención alguna de la obra, terminada de seguro en aquel tiempo. Sus investigaciones hechas por cuenta propia, vienen á dar los mismos resultados que el trabajo de los jueces canónicos; y esto da mayor realce á la verdad histórica, que informa sus escritos. La sola diferencia que se nota es alguna anécdota, alguna visión ó revelación más, que no se encuentra en el proceso, acaso porque los refirieron confesores de Crescencia, que habían pasado ya á mejor vida cuando el proceso se formó.

Por último no nos resta más que citar otro manuscrito, y es el panegírico compuesto en 1807 por el anciano párroco de Boos, Cayetano María de Kolb.

En el apéndice hay «una colección de pensamientos y afectos de la venerable María Crescencia Höss». Es una copia de los apuntes que Crescencia escribiría para su propio uso desde 1718 á 1741. Kolb dice que recibió esta colección para copiarla de María Ana Ortlieb, íntima amiga de la Beata, y religiosa en el monasterio de María Rosengarten en Wurzach (1726-1779), donde murió á los setenta años. La Superiora de este Monasterio Nepomucena Kolb, en un escrito de 16 de Enero de 1807, no solo confirma el hecho, sino que además añade que Ana Ortlieb, vivió en santa amistad con Crescencia y considerada como su hija espiritual. Al escrito vá unida una imagencita de Santa Ana, mandada por Crescencia á su amiga como regalo y en el dorso de la estampa se lee «M. Crescencia, Madre». Lo escrito es de mano de la Beata. La última palabra «Madre» está escrita al revés, tal vez por humildad, queriendo ocultar á los profanos los dulces lazos que la unían á su hija espiritual.

En esta colección de pensamientos está condensada una grande y sólida piedad muy propia de nuestra Beata. Por otra parte, de las Actas de Beatificación, se deduce claramente la costumbre de la Beata de confiar al 'papel ciertas inspiraciones y buenos propósitos. Estos papeles se encontraron después de su muerte. Es verdad que en las Actas no se hace mención de ellos, pero estamos seguros que la colección de Kolb es auténtica, y por esto ya en

una parte, ya en otra, en el decurso de nuestra obra hemos referido algunas de aquellas sentencias.

Entre las biografías impresas son dignas de mención:

—Compendio de la vida de la venerable sierva de Dios María Crescencia de José Plácido, editada por el P. Adriano Tisón, abogado de la causa de beatificación. Roma, traducida con permiso de los Superiores, 1.^a edición, 1824. Tomada como está de las actas de la beatificación esta vida es exacta, pero demasiado sucinta.

—Compendio de la vida de la venerable sierva de Dios M. Crescencia Hóss de Kaufbeuren, por Simón Buchfelner dedicada á la juventud. Ausburgo 1822. Es un pobre bosquejo lleno de reflexiones insignificantes.

—Un artículo escrito según las actas de la beatificación en el Diccionario de los Santos, por el Dr. J. E. Stadler, Libro I, pág. 678. Se reprodujo en el «Sendboten» y en el «Crescencia Büchlein» del P. Federico Willam. Einsiedeln, 2.^a edición, 1865.

Se encuentra además el compendio de la vida de Crescencia en las obras siguientes:

—Albano Buttler; vidas de santos del Dr. Räss Weiss, tomo XIX, 9 de Abril.

—Plácido Braun: vidas de Santos y de Beatos de la diócesis de Ausburgo, págs. 207 y siguientes.

—Jocham: Bavaria Sancta, Múnaco, 1862, tomo II págs. 472-505.

—Sintzel: Vidas y obras de Santos, tomo V pág. 24.

—R. P. Pedro Singer, O. F. M.; Martirologio seráfico. Salzburgo 1860, pág. 146.

—Albano Stolz: Leyendas, para el 9 de Abril.

Es de admirar, como á pesar de tanta veneración como hay á la Beata Crescencia en toda Baviera y el Tirol, no se haya pensado en publicar una vida detallada de la misma. El autor de este libro se determinó á llenar esta laguna por circunstancias particulares que no son del caso referirlas aquí. Su principal apoyo son las [actas del proceso que tienen un valor mucho más grande que las fuentes ordinarias de la historia profana. Ha tenido á la mano las siguientes obras impresas.

1.^a El *Summarium super Virtutibus*, etc. Roma, Cámara Apostólica, 1797, vol. in folio de 582 páginas. Las declaraciones juradas de los testigos están clasificadas en veintiocho partes. De ellas sacamos los materiales de un modo especial.

2.^a *Informatio Animadversiones, Responsio super Virtutibus*, etc. Romæ, 1797.

La *Informatio*, compuesta por Jacinto Amici y revisada por el célebre Gardellini, contiene en 89 páginas, la prueba, sacada del *Summarium*, de que Crescencia poseyó las virtudes teologales y las cardinales en grado heróico.

Las *Animadversiones* escritas por el Promotor de la Fé Jerónimo Napoleoni, contienen las objeciones

en un *Summarium objectionale* de 57 páginas. El *responsorium ad objectiones* de Scipion Stambri- ni y de Jacinto Amici, revisado por el Gardellini es una solución triunfante de todas las dificultades presentadas, y en el *Summarium additionale* se añaden varios testimonios y documentos que no es- taban en el *Summarium super virtutibus*. Por eco- nomizar espacio citaremos esta parte de las actas con estas abreviaturas, «Act. B.».

3.^a *Secunda positio super Virtutibus*, Romæ 1804. Contiene las objeciones del Promotor de la Fé con las respuestas del defensor. Se cita como el anterior: «Act. B.»

Las otras actas del proceso como serían: *Positio super causæ introductione*, — *Positio additionalis super causæ introductione*, no son de gran interés para nuestro trabajo.

Para no causar enojo al lector con citas demasia- do frecuentes nos contentaremos con indicar al prin- cipio de los capítulos y en los puntos más intere- santes el lugar de las actas donde se encuentra lo que decimos. Cuando alguna cosa particular no se encuentre en las Actas, tendremos cuidado de indi- car la fuente de donde está tomado, que será el manuscrito de Sor Gabriela Merz ó del P. Ott, del párroco Kolb, ó cualquier otro documento conser- vado en el archivo del Monasterio de Kaufbeuren.

El autor se ha cuidado bien al referir hechos milagrosos, que puedan causar admiración, de

que no falte el apoyo de pruebas sólidas. Si de un lado la excesiva credulidad es una *debilidad* del entendimiento porque á ojos cerrados admite por verdaderos hechos inverosímiles, por otro «el miedo á los milagros» peor que la debilidad de la inteligencia es una verdadera obcecación *obscuridad* de la mente.

Por miedo á los milagros entiendo la negación sistemática de hechos sobrenaturales, reconocidos como verificados. Esta negación, además de ser un error en el orden histórico nace de un falso principio y disminuye y vulnera la fé misma. Que un ateo tema y niegue el milagro es lógico, pero si el cristiano que cree el relato evangélico, la Encarnación del Verbo, prodigio mayor que todos los prodigios, preparada con milagros, rodeada de milagros y continuada en la Iglesia con milagros,—si un cristiano, digo, en lugar de examinar y de creer se entregase al sistema fácil de ignorar y de negar, daría de sí una prueba clara de necedad. ¿Y qué cosa sería más milagrosa, si el Señor Dios omnipotente que está con nosotros en el tabernáculo y vive en nuestras Iglesias no manifestase su presencia con señales extraordinarias? ¿No sería esto faltar la promesa solemne de la verdad misma cuando dijo (1): «En verdad os digo: El que cree en mí hará las cosas que yo hago, y aún las hará mayores?»

(1) Joan. 14. 12.: Amen, amen dico vobis, qui credit in me opera, quæ ego facio et ipse faciet et majora horum faciet.

El ejemplo que nos da la Iglesia muestra claramente la línea de separación entre la credulidad y la incredulidad, poniendo en práctica la advertencia del Apóstol (1). «Examinadlo todo, y lo que es bueno admitirlo y retenedlo». Ella es rígida y prudente en el exámen de los testigos y de los hechos, pero al mismo tiempo está siempre dispuesta á admitir humildemente el dedo de Dios en los acontecimientos que llevan con certeza el sello de la divinidad.

(1) I. Thess. 5, 21.: Omnia autem probate: quod bonum est tenete.





LIBRO PRIMERO

VIDA DE LA BEATA CRESCENCIA EN LA FAMILIA Y EN LA RELIGIÓN.

CAPITULO PRIMERO

Su familia y nacimiento (1).

Kaufbeuren, pequeña ciudad de la parte de la Suebia sujeta á Baviera, fué la pátria de la dichosa mujer, cuya vida vamos á narrar.

Cuando dejado Ausburgo á través de la llanura monótona de Lechfeld nos acercamos á Kempten, se nos presentan hácia el mediodía en su majestuosa belleza las cimas de los Alpes de la Algavia perdidas allá en el lejano azul. Gradualmente aquél paisaje severo vá tomando un aspecto animado y alegre. Un valle poco profundo regado por el Wertach, el más considerable de los afluentes del

(1) Summarium, n.º 4, § 1, 86.

Lech, se abre paso en la llanura; en el fondo de este delicioso valle se descubre la pequeña ciudad de Kaufbeuren. Por detras, viejas murallas de fortificación con una antigua Iglesia de S. Blás, adornada con preciosas pinturas, se levantan á los lados de la colina, que desde su cima ofrece al asombrado espectador una inmensa y magnífica perspectiva que abarca todo aquel valle, la llanura y los Alpes del contorno.

Después de la caída de los Hohenstaufen, Kaufbeuren con las aldeas del contorno se convirtió en ciudad libre, y en tal estado se conservó hasta nuestro siglo. Depende de la diócesis de Ausburgo. Aquí, como en otras partes, la Reforma vino á romper la unidad de la fé; sin embargo, hoy los protestantes representan una cuarta parte de la población, cuando en el tiempo de Crescencia igualaban á los católicos. Habiendo ido muchas familias católicas á establecerse en Kaufbeuren, los habitantes que apenas llegaban á cinco mil, al presente pasan de siete mil (1).

Hacia el fin del siglo XVII, vivía en Kaufbeuren, un tejedor, muy pobre, pero muy estimado por sus excelentes cualidades. Se llamaba Matías Höss. Toda su riqueza consistía en una casucha situada en la Vía Nueva; sin embargo, siendo laborioso y

(1) En el último censo oficial de 7.675 habitantes eran católicos 5.832 y protestantes 1.844.

económico, proveía sin dificultad á las necesidades de la familia. Estaba unido, adherido invenciblemente á la fé católica y juntaba á la fé una conducta tan inmaculada que los mismos protestantes se sentían movidos á estimarle y venerarle. Y en efecto, su virtud no era nada común, tanto que mereció llegar á ser padre de una hija que á semejanza de un astro luminoso había de ser el ornamento de la Iglesia en Alemania, y de la órden de S. Francisco, por el esplendor de su santa vida.

Alma sencilla y leal, obrero laborioso y honrado, fervoroso cristiano, y excelente padre de familia: hé ahí en pocas palabras el retrato de este hombre, tal cual se representaba á los ojos de sus conciudadanos. Pero la mirada de Dios descubría en él cosas aún de más precio. En el secreto del corazón, Matías Höss cultivaba virtudes que sólo pueden nacer y desarrollarse al calor de una unión íntima con Dios. El humilde artesano nunca dejaba de contemplar en el gran libro de la Cruz los misterios del amor divino, antes bien alimentaba una devoción tan grande á los dolores de Jesucristo que pedía á Dios poder participar de ellos, con su Hijo y con él llevar la Cruz.

Como si no fuesen bastantes las privaciones y los sufrimientos que lleva consigo la pobreza, éste generoso siervo de Dios se daba á mortificar el cuerpo con rigor, añadiendo á los ayunos de la Iglesia, otros ayunos, no obstante las penosas fatigas

de su oficio; y disciplinándose á menudo, y en la cuaresma todos los días, reducía el cuerpo á la servidumbre del espíritu. Los manjares de su pobre mesa le parecían todavía demasiado sabrosos, por lo cual los mezclaba con hierbas y píldoras amargas, y se le hizo tan usual este medio de mortificación, que llevaba siempre consigo una cajita de estas píldoras compuestas por él (1).

Aunque pobre jamás se le vió negar limosna á los necesitados, y cuando la falta de recursos no le permitía satisfacer en el momento á la petición que se le hacía, daba juntamente con el bálsamo de una buena palabra, la promesa de dar al pobre la limosna, tan luego como tuviese algo que darle.

El Sábio ha dicho (2): *Una buena mujer es una buena dicha, y le tocará en suerte á quien teme á Dios, y le será dada al hombre por sus buenas obras.* Estas palabras parecen dichas para la mujer de Matías Höss, Lucía Hormann. Era hija de un cirujano de la pequeña ciudad de Füssen en la frontera del Tirol. Habiendo aprendido ella de su padre alguna práctica en cosas de cirugía, con frecuencia y con mucho gusto era llamada á bendar las llagas y curar otros males, aún para la fractura de huesos, así es que desde la mañana hasta la noche estaba siempre á disposición de quien requería su trabajo. Más su

(1) Act. B. Summ. object. n. 15, § 2 y 5.

(2) Eccli. 26, 3: Pars, bona, mulier bona in parte timentium Deum, debitor viro pro factis bonis.

corazón alimentaba una predilección por los enfermos pobres y sin descanso, como una hermana de la Caridad, velaba día y noche á su cabecera.

Dios bendijo la cristiana unión de tan virtuosas personas, haciéndolas padres de ocho hijos, tres varones y cinco hembras (1). Dos hijos y dos hijas volaron muy pronto al cielo: el tercero José, sucumbió á consecuencia de una desgracia. Jugando recibió de un compañero un empellón que le hizo caer en un sótano. Al cabo de algunos días muere el muchacho por efecto de las lesiones, con el perdón en los lábios para aquél que de esa manera había cortado su vida en flor. María la primogénita (nacida el 19 de Abril de 1679) se sintió muy jóven llamada á la vida religiosa. Como pobre, fueron muchas las dificultades que tuvo que vencer antes de ser admitida entre las hermanas franciscanas de Hagenau en la Alsacia, donde murió en la paz del Señor á la edad de ochenta y tres años, con el nombre de María Angelina.

Regina, la más jóven de las tres hermanas, nacida en el 1697, no fué menos aprovechada que las otras de la educación que se daba en aquélla casa. Se casó con un honrado tejedor del mismo lugar, José Heinritz y llegó á ser madre de dieciseis hijos; cinco de ellos se hicieron religiosos en varias

(1) Ott. lib. I, cap. I.

órdenes. Uno de ellos, canónigo de Sta. Cruz en Memmingen, fué un prelado de mucha nombradía. La pobre madre, cargada con tantos hijos, tuvo que sufrir pruebas muy duras. Primero se la murió el marido, después fué visitada con enfermedades continuas, no pudiendo sacar adelante el comercio de su difunto esposo, lo cual equivalía á abrir la puerta á la más espantosa miseria. En tales apuros viene en su ayuda la santidad de su hermana Crescencia. En efecto, varios personajes, y especialmente la duquesa de Saboya, princesa de Lichtenstein, que tenía un gran concepto de Crescencia, se cuidó de la pobre viuda, y proveyó á la educación de sus hijos. Regina, después de haber edificado también al prójimo con el ejemplo de una paciencia á toda prueba en medio de tantas desgracias de la vida, purificada en el dolor, dejó este valle de lágrimas á los sesenta y un años de edad el 1798.

Las dos hermanas de Crescencia, después de su preciosa muerte, escribieron los recuerdos que conservaban de la niñez, los cuales ahora se guardan cuidadosamente en el convento de Kaufbeuren. Los escritos de la primogénita llevan la fecha de 26 de Mayo de 1748, y los otros de 21 de Julio del mismo año.

Por más grande que haya podido ser la perfección de María y de Regina, fué superada con mucho por la de Crescencia. Esta vino al mundo el 12 de Octubre de 1682; el día siguiente caían sobre su

cabeza las aguas regeneradoras en la Iglesia parroquial de San Martín, recibiendo el nombre de Ana. El párroco D. Felipe Gäch ejecutó por sí mismo la ceremonia, y como padrinos asistieron dos ejemplares católicos, Matías Propst y María Vögel.

El germen de la vida espiritual, depositado en el corazón de esta criatura con el santo bautismo, fué cultivado de un modo singular por el Espíritu Santo. Bien pronto esta semilla se manifestó de una manera especial, y se convirtió en una hermosa flor, que atrayendo sobre sí las miradas del celestial jardinero, esparcía en su derredor el suave perfume de las virtudes más escogidas.

Si es verdad que los hijos buenos y santos son el mayor de los dones que Dios concede al justo, nuestros humildes esposos de Kaufbeuren recibieron en premio de su piedad un don muy precioso, capaz de excitar la envidia aún en los príncipes de la tierra y en los ricos llenos de orgullo. Sí, ciertamente, pobres de bienes temporales, eran ricos de virtud, y de aquí benditos en sus descendientes. Lo mismo que dice el Espíritu Santo por estas palabras: *La casa del justo está bien fortificada, las ganancias de los impíos son disipadas.—Uno la echa de rico, y no tiene nada; otro aparece pobre y abunda en riqueza* (1).

(1) Proverbios, 15-6; Domus justi plurima fortitudo et in fructibus impii conturbatio.—Ibid 13-7: Est quasi dives, cum nihil habeat: et est quasi pauper, cum in multis divitiis sit.

CAPITULO II.

! La hija de la gracia ⁽¹⁾

Frecuentemente se complace Dios en anunciar de antemano la abundancia de las gracias preparadas á los santos, con hechos milagrosos realizados en su nacimiento ó en su más tierna edad. Desde la cuna de Crescencia una luminosa aurora sobrenatural hacía presagiar la salida del sol de la gracia que había de proyectar sus esplendentes rayos en la vida toda de aquella niña, para hacer de ella un centro de luz y de amor.

En las *Memorias* de la hermana mayor de Crescencia, Sor María Angelina, se cuenta que la madre al dar á luz á esta afortunada criatura no sintió dolor alguno. Otras señales extraordinarias de la semilla divina, que el Espíritu Santo había echado con el bautismo en su tierno corazón, aparecieron en los primeros días de Ana. Los hechos que vamos á contar apenas serían creíbles si las vidas de los santos no nos presentasen una multitud de niños privilegiados en los cuales el desenvolverse

(1) Summ. pág. 18-38.

de la vida sobrenatural por obra de la gracia, precedió y sobrepujo con mucho al desarrollo de la naturaleza. Por no citar más que algunos nombres de los últimos siglos, hechos semejantes se leen en la vida de Santa Rosa de Lima, de Santa Juliana de Falconeris, de Santa Verónica Juliana y de Santa Francisca de las cinco llagas. Ana estaba todavía en los brazos de su madre, cuando ésta observaba ya en la niña pacífica y suavísima, un gusto especial por todo lo que se refería á Dios.

Consignaremos que la piadosa señora debiendo ir á Misa, y no teniendo á quien dejar su hija, la llevaba consigo á la Iglesia, donde Anita permanecía quieta, quieta, como de ordinario no están los niños á su edad. Estaba inmóvil, sin mover los labios, espirando su rostro un aire celestial, con las manitas juntas, y los ojos fijos en el altar después de la elevación de la sagrada Hostia, parecía toda inundada de alegría (1). Por esto no se maravilla nadie, si con los primeros vagidos la pequeña niña comenzaba ya á balbucir las palabras del *Pater Noster* y que antes de los tres años ella sola recitase muchas veces al día la Oración Dominical y la Salutación Angélica con un recogimiento extraordinario. A la misma edad no se cansaba nunca de hablar de las cosas de Dios, de hacer que otras las hablaran, y de aprenderlas ella. Bien pronto aprendió hasta de memoria el Credo, y todos quedaban

(1) *Summ. n. 5.*

asombrados al oír con cuanta exactitud y lucidez respondía á las preguntas del catecismo.

Cumplidos los cuatro años, de día en día se aumentaba cada vez más en ella el amor á la oración: así es que con frecuencia se la veía arrodillada, inmóvil en un rincón de la casa, horas enteras. Los otros niños por lo común no gustan más que de jugar y van con gusto donde quiera que se ofrece ocasión de divertirse: al contrario nuestra Ana, no gozaba más que en la Iglesia. Su puesto predilecto era al lado del altar, donde sabía que estaba oculto el Sacratísimo Corazón de su Salvador.

Raras veces pedía Anita otro permiso que para ir á la Iglesia, y sino la llamaban oía todas las Misas que se celebraban en la mañana, recogida y con la actitud de un ángel. Era tal su costumbre de estar en la Iglesia, la puerta del cielo como ella la llamaba, que cuando sus padres la echaban de menos, sin necesidad de otra cosa estaban seguros de encontrarla delante del Santísimo Sacramento absorpta en la oración.

De tal modo ésta alma tierna se elevaba ya hácia el cielo con tanto ímpetu y con tal constancia, que es para avergonzar á muchos cristianos; y del corazón de esta pequeñita subía incesantemente hasta el trono de Dios el incienso de una oración sencilla, pura, fervorosa como no es de seguro la oración, mecánica, llamémosla así de muchos creyentes.

Más si los ojos de todos los que la observaban quedaban admirados de su maravillosa piedad, ninguno de ellos conocía la fuente de donde brotaba, solamente mucho mas tarde un mandato hecho á Crescencia rasgó el velo que ocultaba los secretos de su niñez. Las Actas hablan solamente en general de apariciones milagrosas del Niño Jesús y del Angel de su Guarda, que le fueron hechas entre los tres y los cuatro años (1). El P. Ott., es mucho más explícito, como encontramos en su libro tercero (2).

Ana, dice, tenía tres años, cuando un día se le mostró Jesús bajo la forma de un gracioso niño, vestido con tela de color morado, sembrado de flores, cubierto con un manto rojo, con la cabeza y los pies desnudos. Estaba sola, y tenía delante de ella leche, una manzana, y una pera que la había dado su madre. En seguida la niña dirigiéndose á Jesús le invita á tomar lo que quiera. Pero el pequeño Rey responde: «Mi Padre tiene manjares y frutas mucho mejores y más dulces que estos, en su jardín».—«¿Pues quién es tu Padre? Dónde vive? ¿cómo te llamas? ¿y cómo se llama tu Madre?» Así le preguntó la pequeña, Jesús contesta; «Mi Padre es el Padre del Cielo. Yo vivo en la celestial Jerusalén, me llamo Jesús, y el nombre de mi querida Madre

(1) Act. B. Summ. object. n. 11, § 4.

(2) Cap. I.

es María». Entonces la niña saltando de gozo, y movida de ardiente deseo rogó al huésped que la llevase al bello jardín de sus Padres.

Al instante arrebatada en éxtasis, fué transportada en espíritu al paraíso en la presencia de Dios. Y Dios la dijo: «Si quieres ser mi hija debes amar únicamente al Hijo mío y á mí, no debes mezclarte con los otros niños, debes buscar la soledad y obedecer á tus padres». Después Jesús con una mirada graciosa la dice: «No hay más que un sólo Dios, en quien debes creer. Es uno en tres personas, el Padre celestial, yo Hijo de Dios, y el Espíritu Santo y todos tres no somos más que un sólo Dios. Esta es la primera verdad que tú debes saber y creer».

Ana en aquel momento por una gracia especial recibió el pleno uso de la razón. Al cesar el éxtasis se encontró colocada en el lecho donde la madre la había llevado, creyendo que el éxtasis fuese un sueño profundo. El efecto de esta aparición fué inexplicable, se había encendido en su corazón un deseo ardiente de poseer á Dios, bien eterno, y de entonces en adelante sólo la oración y la meditación hacían sus delicias.

Estas comunicaciones celestiales se repitieron de nuevo, como lo prueba una segunda aparición del Niño Jesús contada por el mismo biógrafo (1).

(1) Ott, lib. I, pág. 58.

El Niño Jesús apareciendo á la niña la dijo: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres. Hija mía, dame tú corazón, y todo lo que yo tengo será tuyo». Después la abrazó tiernamente, y la puso el anillo en el dedo añadiendo: «Ahora te tomo por mi prometida: tú eres mía y yo soy tuyo, tú corazón y el mío no han de ser más que una sola cosa».

Además, Ana, como muchos otros santos vé con frecuencia cerca de sí al Santo Angel Custodio, que la acompañaba á la Iglesia y á la escuela. De él fué también amaestrada en la santa religión, especialmente en la manera de dirigir todas sus acciones al fin sobrenatural (1). Igualmente, como refiere Sor María Angelina, recibió de sus manos un cilicio que debía llevar por amor á Jesucristo. Sea lo que quiera de este hecho, lo cierto es que desde los cuatro años la piadosa niña atormentaba su inocente carne con ayunos y con disciplinas.

La divina Providencia siempre vigilante con sus escogidos, hizo que nuestra Ana recibiese los sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía mucho más pronto, que lo que se acostumbraba en aquéllos países. Así es que fué confirmada de cuatro ó cinco años al mismo tiempo que una hermana suya que la llevaba seis. El Obispo sufragáneo de Ausburgo fué quien llamó al Espíritu Santo á esta escogida morada, el 23 de Mayo de 1685 ó 1686. Más

(1) Ott., lib. III, cap. 4.

una prueba luminosa de la piedad y de la precoz virtud de esta predestinada pequeñita nos ha sido suministrada por el hecho de haberla admitido el párroco á la sagrada mesa á la edad de siete años. ¿Quién acertaría á explicar los ardientes suspiros con que adelantó el día en que le fué concedido unirse á su Dios? Ya algunos antes el ánsia de recibir el pan de los Angeles era en ella devoradora como lo demostraba la costumbre de hacer frecuentemente y con gran fervor las comuniones espirituales, que duraban á veces una hora entera (1).

Desde pequeñita Ana fué enviada al catecismo de la parroquia donde según afirman vários testigos, atraía hácia sí las miradas de todos por la sabiduría y la claridad de sus respuestas. El Consejero Juan Bautista Neth, cuenta que cuando los otros no respondían, se obligaba á Ana á responder admirando á todos con explicaciones de sorprendente claridad. En aquel tiempo estaba confiada la enseñanza religiosa al P. Ignacio Wagener de la Compañía de Jesús; el buen Padre no pudiendo ya contener su admiración, muchas veces exclamaba delante del auditorio. «Hija mia, ¿quién te ha enseñado? A lo que parece ha sido un maestro que no es de este mundo». A veces la hacía subir sobre un banco desde donde tenía que improvisar un discurso, quedando todos atónitos al verla y oirla hablar. Y de

(1) Ib. lib. II, cap. 5.

hecho quien la amaestraba no era un maestro de este mundo, era aquel mismo que había iluminado á los apóstoles y á los profetas. Era aquel que para enseñar no necesita escribir, ni formar sonidos articulados, sino que con su luz comunica interiormente la claridad, la inteligencia y la vida.

Acaso alguno creerá que una inteligencia tan viva y tan penetrante, toda concentrada en el estudio de la ciencia sobrenatural, sería incapáz de atender á otra cosa en este mundo. Y no fué así; lo mismo en la escuela que en la Iglesia, Ana era el modelo de las niñas. El maestro solía decir que jamás había tenido una discípula semejante, aludiendo lo mismo que el catequista á un maestro misterioso. En breve tiempo aprendió á leer y escribir; entonces sus padres no teniendo interés en hacerla una doctora la dejaron en casa. Sólo más tarde la hicieron estudiar música, que toda su vida la gustó mucho. Biver, su profesor de canto admiraba la facilidad grande con que vencía todas las dificultades (1). Tenía una voz agradable y sabía modularla con tanta gracia que nadie se cansaba de escucharla.

Verdaderamente Dios estuvo pródigo en todo con esta criatura, inteligencia pronta y profunda, imaginación viva, carácter amable y dulce, un corazón tierno y fuerte, siempre dispuesto á los arranques generosos y á los más acerbos dolores que

(1) Ott, lib. I, cap. I.

amargan la existencia. Su complexión, si bien delicada, soportaba toda clase de trabajos, prestándose muy bien á hacer el papel de Marta y de María.

Estas hermosas cualidades de su ánimo fueron amorosamente cultivadas con una bien entendida educación. Una flor delicada no puede crecer en una vía pública, requiere el cercado, un jardín. De la misma manera la hija de Dios no podía educarse sino en el jardín donde el divino Maestro la había plantado, esto es, en la familia cristiana. Si, ciertamente, el divino jardinero había escogido el oscuro hogar del tejedor de Kaufbeuren, tan caro á sus ojos para que esta planta predilecta encontrase allí un terreno á propósito, donde los gérmenes de la vida natural y sobrenatural se abriesen sin obstáculos, y de ese modo pudiera llegar á su pleno desarrollo.

Los consortes Höss á decir verdad, podían ser considerados como la personificación de las virtudes cristianas, para cuya enseñanza valía más su ejemplo que cualquier método de pedagogía. Por esto es fácil figurarse qué impresión produciría en el generoso corazón de Ana el espíritu tan profundamente religioso de su padre. ¡Con cuánto ardor no imitaba ella su mortificación y sus oraciones! Cuando según la costumbre el piadoso artesano empezaba á hablar de la pasión del Señor, la niña de cuatro años no más, se deshacía en llanto; más

tarde siendo ya grandecita tomaba la palabra y sacaba del corazón frases tan sublimes que hacían decir al padre: «¿Hija, quien te ha enseñado eso?» El silencio y el llanto eran las únicas respuestas de Crescencia.

Este cúmulo de gracias tan singulares produjo muy pronto los frutos más admirables. El corazón de Ana abierto tan presto por obra del Espíritu Santo á la luz de la razón y de la fé, seguía dócilmente los impulsos divinos que la conducían hácia su fin sobrenatural, y dirigían su vista, su esperanza y su amor hácia el sol de justicia. Un arranque semejante hácia Dios en un corazón tan jóven es verdaderamente extraordinario, pero es más extraordinaria todavía y más preciosa la fidelidad, con que esta alma escogida continuaba su camino cada día con mayor rapidez por el sendero espinoso de la perfección.

En las vidas de todos los santos, aún en la de aquéllos, que fueron modelo de inocencia encontramos un momento, sino de debilidad, al menos de enfriamiento; debilidad ó enfriamiento que más tarde les da motivo de infinitos actos de contrición, de humillaciones, y acciones de gracias por el beneficio de su *conversión*. Crescencia parece exceptuada de esta crisis, llamémosla así, espiritual, al menos al ojo humano no ha sido dado encontrar huella alguna de nada de esto en su vida. Verdadera flor del paraíso trasplantada en el campo de este

mundo y abriendo desde la aurora de la vida su oloroso cáliz, derrama en derredor celestiales fragancias, hasta que llegada á su perfecto desarrollo exhala el buen olor de Jesús, y esto con tanta plenitud de gracia que en ella, como en San Pablo no parece que vive sino Jesucristo.

A nosotros pobres pecadores, que en los cuadros nos gusta el contraste de la sombra, que casi nos cansa la constancia de tanta luz, ó al menos la miramos como excesivamente superior á nuestras fuerzas; ¿no nos será dulce, consolador, admirable, encontrar aquí abajo en la tierra un lirio purísimo entre las espinas, una espléndida manifestación del amor infinito de Cristo, del poder de su gracia, un alma tan perfecta, que á nuestra débil mirada podría parecer exenta del pecado de Adán?

De su propia voluntad, ó mejor dicho, inspirada por el Espíritu Santo, un año antes de su primera comunión, es decir, á los seis años, Ana había hecho voto de castidad en honor de la Purísima Virgen María (1). Permaneció pura como un ángel en el discurso de su vida, como lo fué en su infancia, y como nos dicen sus confesores jamás una sombra de tentación se probó que oscureciese tan hermosa virtud.

(1) Summ. n. 5. — Un documento de 28 de Agosto de 1753, firmado por diez Religiosas, atestigua que Crescencia manifestó este hecho á la Superiora por obediencia.

Toda su vida exterior llevaba tan claramente el sello de la gracia, que en la vecindad no se la llamaba con otro nombre que el de *Angelina*. Es sabido que los niños por buenos que sean no dejan de causar algún disgusto á los que tienen que tratar con ellos: pero los padres de Ana, como atestiguaron á la superiora del Monasterio de Kaufbeuren, nunca tuvieron el más pequeño motivo de quejarse de su hijita. Se comprenderá fácilmente que tal inocencia y tal docilidad no nacían únicamente de las buenas disposiciones naturales, sino más bien de la acción constante de la gracia, máxime si se atiende al ódio que desde los primeros años sintió la niña hacia todo lo que tenía apariencia de pecado. Con frecuencia se la oía decir: Ah, papá mío, yo ruego á Dios que me dé la gracia de no pecar nunca en toda mi vida, Dios mío, pecar no; antes caer muerta mil veces que cometer un solo pecado.— Y por qué, hija mía, este miedo al pecado?— Porque, papa mío, el pecado ofende á nuestro Señor.

Al contrario de los otros niños que no gustan más que de jugar, divertirse y meter ruido, nuestra Angelita no salía de casa más que para ir á la Iglesia, hablaba muy poco, y para animarla en la conversación había que hacer recaer el discurso en cosas de Dios. El juego y la recreación de esta criatura privilegiada, era estarse sola, solita en un pequeño oratorio ó permanecer de rodillas delante del

Santísimo Sacramento horas y más horas; he ahí todo su entretenimiento.

Esta alma bendita se asemejaba de verdad al heliotropo, flor maravillosa, que despertando al primer rayo del sol vuelve de continuo su cara de oro al astro del día, siguiéndole en su curso, y de él recibiendo luz, calor y vida.

¡Afortunada doncella! Desde los primeros albos de la vida te conduces tú, como no se conducen los hombres en edad más adelantada, porque has dado á Dios tu corazón todo entero y para siempre. Cierto que la gracia de Dios fué la que te hizo digna de nuestra veneración, pero tú jamás sentiste, como nosotros, el aguijón del remordimiento por haber dejado ociosa esta gracia (1). Ya que hayamos tenido la desgracia de abrir en nuestros primeros años demasiado pronto y con excesiva prodigalidad nuestros corazones á las ilusiones mundanales, alcánzanos, que al menos ahora, en la edad madura, sigamos la invitación que nos hace el Espíritu Santo por estas palabras: Dirigid vuestros corazones y vuestras almas en busca del Señor Dios vuestro. (2).

(1) I. Cor. 15, 10: Gratia autem Dei sum id, quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit.

(2) I. Par. 22, 19: Praebete igitur corda vestra et animas vestras, ut quaeratis Dominum Deum vestrum.

CAPITULO III

Crescencia modelo de la virgen cristiana (1)

Ella crecía en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres (2), solamente estas palabras del Santo Evangelio pueden expresar los progresos continuos de la joven Ana al pasar de la infancia á la adolescencia. Católicos y protestantes repetían á la vez que la piadosa Ana, más que una criatura de este mundo, parecía un ángel del cielo.

Habían pasado ya muchos años después de su muerte y todavía los padres y los maestros de Kaufbeuren presentaban á Ana y la recordaban á los niños y á las niñas como modelo de todas las virtudes, especialmente de una obediencia pronta y alegre (3). Nunca se la vió en paseos públicos, ni acompañada por personas de diverso sexo. No andaba fuera de casa sino para llegarse á la iglesia ó para hacer algún mandado, y entonces su porte, su vestido y sus palabras no eran más que un reflejo de la piedad y del candor de su alma escogida. Bajo el techo paterno, su presencia era como un

(1) Summ. n. 5.

(2) Luc. 2, 52: Et Jesus proficiebat aetate et gratia apud Deum et homines.

(3) Summ. n. 15, §. 162.

rayo de sol. Con su disposición y su actividad era la ayuda de la madre en las faenas domésticas y en la educación de los otros hijos, y cuando la necesidad lo requería auxiliaba también al padre en su oficio de tejedor y lo hacía tan bien, que más tarde no solo tejía el paño para las religiosas, sino que hasta enseñaba á las otras á tejerlo.

En el obedecer á sus padres con ánimo pronto y alegre, Ana semejaba á los ángeles del cielo siempre atentos á los deseos del Rey celestial, de aquí que ni una tardanza, ni una queja, ni una observación, nunca obraba por propia voluntad. De ahí la paz del corazón que se la veía pintada en el rostro. Más á pesar de su alegría, hablaba poco y nunca de sí misma, ni tampoco se excusaba si se echaba la culpa de algún descuido ó cualquiera culpa de otra persona.

Otra virtud que de día en día se desarrollaba en ella, era el amor tierno é inagotable para con los pobres y los enfermos. Podía muy bien decir de sí misma lo de Job (1). «Desde la infancia creció conmigo la compasión, y conmigo salió del seno de mi madre».

En esto la ayudó mucho el ejemplo de su madre, pero sobre todo la fé, que le hacía ver en los pobres la imagen de J. C. é imprimía en su caridad no

(1) Job 31, 18. *Ab infantia mea crevit mecum miseratio et de utero matris meæ egressa est mecum.*

solo un carácter sobrenatural, sinó además tal energía que parecía olvidarse enteramente de sí misma. Según atestigua su hermana Regina, todo dolor, toda miseria del prójimo despertaba en ella la más viva compasión, su ternura se extendía hasta á los animales, y así es que no podía verlos conducir al matadero. Apenas oía que un mendigo llamaba á la puerta, volaba allí enseguida y le recibía con palabras llenas de amor y respeto como si hubiese llegado un gran rey, y si acaso estaban comiendo pedía al momento que la dejaran dar parte de su comida, pero con tal premura como quien va á hacer una gran ganancia. Es más consolador dar que recibir, y quien da por amor de Dios gana más que el ciento por uno.

Ana sabía cuanto importa para seguir á Jesucristo combatir las inclinaciones de la carne, por eso mientras se empleaba en el servicio de Dios con todas sus fuerzas, cuidaba imprimir prontamente la cruz de Jesucristo en su propia carne, en su mente y en su corazón. Escaso alimento, escasa la bebida, pocas horas de sueño, y cuando se trataba de lo necesario siempre se ingeniaba para la mayor mortificación. Tampoco la faltó la ocasión de adquirir la virtud de la paciencia, pues sabemos por su hermana Regina que ya desde entonces comenzó el demonio á maltratarla con aquéllos tormentos extraordinarios, de que hablaremos más adelante. Para quitar la fuerza á este temible enemigo, Ana echaba mano

de los cilicios, de las maceraciones y de las vigili-
as prolongadas; aún cuando alimentaba el cuerpo, no
dejaba de mezclar hierbas amargas con su pobre
comida. De este modo venía á imprimir en el cuer-
po la pasión de Jesucristo que ya tenía impresa en
el corazón.

Añádase á esto un eminente espíritu de oración,
nunca turbado por las distracciones del trabajo, y
que ocupaba todo el tiempo libre de que Ana podía
disponer. Se estaba en oración largas horas inmóvil,
de rodillas, en un rincón oscuro de la casa que la ser-
vía de oratorio y de lugar de penitencia y durante
la noche interrumpiendo el sueño se levantaba
en el rigor del invierno para darse á tan santo
ejercicio. Después al venir el día se iba á la Iglesia,
oía misa y no salía de allí sino llamada por la obe-
diencia. El recogimiento y la perseverancia encen-
dieron en su pecho aquella dichosa llama de amor,
la única capaz de desembarazar al alma de distrac-
ciones y malas inclinaciones y levantarla sobre si
misma para tenerla suspensa en la contemplación
de Dios.

La atención profunda que prestaba á los miste-
riosos razonamientos de su Predilecto, daba á su
cuerpo una inmovilidad singular que según dice el
consejero Neth le valió el título de *estátua*.

Se confesaba por aquel tiempo con el P. Hai-
land de la Compañía de Jesús (1). Atestigua este

(1) Ott. lib. I, cap. I.

Padre que nunca encontró un alma en que anduviesen tan á la par la pureza, la humildad y el espíritu de penitencia. Érale muy difícil encontrar en ella materia de absolución. Con el permiso de este sábio director, Ana se acercaba á la mesa eucarística los Domingos y días de fiesta. ¡Hermoso espectáculo para los ángeles y para los hombres! Larga era la preparación, y cuando se acercaba al altar en toda su persona se notaba un aire tal de devoción que movía á los circunstantes al recogimiento y á la piedad. En el momento de la comunión su rostro con la expresión del extásis tomaba un color de rosa que causaba admiración el verla. De vuelta á casa después de una larga acción de gracias, continuaba su trato con el celestial esposo, guardando con las criaturas mayor silencio que el acostumbrado. La humilde sierva del Señor ponía especial cuidado en tener escondidos en su corazón los dones que recibía del Espíritu Santo, las gracias y las ilustraciones que llovían sobre ella en aquéllos preciosos momentos. Solo una vez siendo maestra de novicias, se la escapó decir que los días de comunión en su juventud fueron más que todos los de su vida felicisimos y ricos de gracia.

Sabemos por otra parte que la víspera de la comunión, hacía oraciones y mortificaciones especiales. El deseo de recibir á su esposo la dejaba dormir poco (1), y mucho antes de la aurora, á veces á las dos

(1) Ott. pag. 32.

de la madrugada estaba ya Ana de rodillas delante de la Iglesia, fija la mente en el tabernáculo y esperando con ánsia la hora de abrir las puertas. No nos debe causar maravilla si alguna vez el Espíritu de Dios que causaba en su corazón tales milagros de piedad, se manifestase también en el orden natural de una manera prodigiosa, para confirmar la fé en esta alma toda suya y para premiarla por su fidelidad. Varias veces, como refirió el P. Pamer, su confesor, la puerta de la iglesia cerrada con fuertes cerrojos, se abrió delante de esta joven, volviéndose á cerrar después que ella entraba. Ana en esas ocasiones se retiraba en un rincón y allí estaba sin ser vista hasta la apertura de la iglesia (1).

Juntamente con la devoción á la sagrada Eucaristía se aumentaba en ella cada día más, la tierna devoción á la Pasión de Jesucristo. Todo lo creado la traía á la mente los dolores de su Salvador, y la encendía en el deseo de ser crucificada con El, de no entender, de no pensar, de no amar, de no saber más que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado (2).

Tales virtudes, la hicieron objeto de amor profundo por parte de sus padres y de admiración por parte de sus conocidos. Nadie tuvo para ella una palabra de reprensión por defectos, que la hubiesen podido encontrar; al contrario muchos llegaron

(1) Summ. n. 5. §§. 16, 126, 193.

(2) I. Cor. 2, 2: Non enim judicavi me scire aliquid, inter vos, nisi Jesum Christum et hunc crucifixum.

á alabarla en su presencia. Estas alabanzas pudieron haber sido causa de fatales consecuencias, si el Espíritu Santo no la hubiese protegido, y con anticipación no la hubiera amaestrado en huir de la vanidad y del deseo de agradar á los hombres. El veneno de la adulación tan del agrado del hombre caído, no tuvo nunca entrada en el corazón de Ana. Era muy cuidadosa en rechazar lejos de sí todo pensamiento de orgullo, y los cumplimientos que se la hacían por esta ó la otra gracia espiritual ó corporal cualquiera que fuese, la causaban más temor que la vista de una serpiente venenosa. Era preciso verla como en semejantes ocasiones huía enseguida con el rostro encendido y herido el corazón (1).

Para librarse de las tentaciones del amor propio, procuraba algunas veces dar de propósito alguna nota falsa, porque creía que una disonancia del pensamiento con la verdad, era más funesta que cualquier desentono en una música pasajera. Moviada por este mismo sentimiento de humildad, juzgaba como derecho propio escoger las labores más bajas y penosas de la casa.

De esta manera pasaban tranquilos en su sencillez los días de esta virgen, semejantes á claro riachuelo que atraviesa un valle apacible. Hija predilecta de sus padres, objeto de admiración para

(1) Ott. pág. 9.

todos, modelo de sus iguales, tal fué Ana en su primera juventud. Todavía no rugían sobre su cabeza las grandes tempestades de su vida futura; antes al contrario el cielo sonreía para ella, que amaba á todos y de todos era correspondida con fervoroso afecto. ¿Y qué hay más lisonjero para una joven que verse amada de todos, y qué tentación hay más peligrosa que llenar el vacío de un corazón hecho para amar abriéndole á cualquiera criatura? Pero no hay que temer, Dios había ya tomado posesión de esta su hija predilecta, la cual guiada por la fé tenía fijo el ojo de su inteligencia en el único objeto que solo puede aquietar los movimientos del corazón.

Esto no quiere decir que Crescencia estuviese libre de amarguras, que Dios castiga al alma á quien ama (1), y nosotros sabemos cuánto amaba esta alma, hija de la gracia al Dios suyo. Desde los primeros años, Ana tuvo que sufrir crueles angustias interiores, á las cuales se unían á veces tentaciones y asaltos de Satanás; pero faltan noticias detalladas de los padecimientos de su juventud. Además desde su infancia Ana oía resonar en el fondo de su corazón la voz de Dios que como á Abraham repetía; sal de tu pueblo, y de tu parentela y de la casa de tu padre (2). Semejante invitación la tenía

(1) Hebr. 12, 6: Quem enim diligit Deus castigat.

(2) Gen. 12, 1: Egredere de terra tua et de cognatione tua et de domo patris tui.

impresa en el alma, y no la dejaba tranquila en el seno de la familia consumiéndola el deseo de seguir la voz del Señor y de darse toda á Él dentro de los muros de una casa religiosa. Graves obstáculos se ponían delante para llevar á cabo este propósito, pero nada podía destruir la confianza de nuestra jovencita, ni la seguridad de que la daría los medios para llevarlo á efecto el que había puesto en su corazón un deseo semejante. Y á esto se refiere una visión contada por el P. Ott (1) que debió infundir grande ánimo á nuestra Ana. Tenia catorce años cuando se la apareció el Angel de su Guarda que llevaba en una mano una cruz roja, y en la otra el hábito de San Francisco. Mira, hija mía, la dijo, este es el hábito preparado para tí. De tal manera la delineaba su porvenir; una vida de dolores, una cruz de amor llevada debajo del hábito de San Francisco. Y á la verdad sería difícil imaginar otra vocación distinta para una virgen de la cual parece haber dicho expresamente el Espíritu Santo estas palabras. Cuán hermosa es la generación casta, ilustrada con el esplendor de la virtud; su memoria vivirá para siempre porque está honrada por Dios y por los hombres (2).

(1) Ott, lib. III, cap. 4.

(2) Sap. 4, 1: O quam pulchra est casta generatio cum claritate: immortalis est enim memoria illius, quoniam apud Deum nota est et apud homines.

CAPITULO IV.

El monasterio de Maierhoff.—Vocación milagrosa. ⁽¹⁾

Había allí mismo en Kaufbeuren un Monasterio muy pobre habitado por las hermanas de la Orden tercera de San Francisco. Las últimas investigaciones (2) demuestran que el comienzo de esta casa se remonta al siglo XI y que con la existencia del mismo se relaciona el desarrollo que tomó la villa de Burón. Una tradición muy antigua, que no debe despreciarse, dá por fundadora á la Señorita Ana Hof (hácia el año 1050). Al principio no fué propiamente un monasterio, sino una casa donde vivían en común algunas señoras piadosas con el trabajo de sus manos. Servían á Dios del mejor modo que podían, sin pertenecer á ninguna Orden, y vivían casi del mismo modo que las Beguinas que más tarde se propagaron extensamente en los países del Norte. A esto alude la frase que se usa en los antiguos documentos *Reunión de hermanas en Maierhoff*. En el siglo XIV, probablemente por el 1315, estas hermanas, como tantas otras, abrazaron por

(1) Summ. n. 6, §. 1-196.

(2) Geschichte des Frauenklosters von Kaufbeuren von Hoeyneck, pág. I siguientes.

orden de los Obispos la regla de la Orden tercera de S. Franciscó(3), sin que por esto dependiesen de la Primera regla del Orden. Solo después de la promulgación de la bula de Sixto IV (1471), en virtud de la cual los monasterios de las terciarias fueron sometidos á la jurisdicción de los Franciscanos, la casa de Maierhoff fué incorporada á la provincia de Strasburgo.

Esto no obstante la dirección espiritual de las hermanas siguió confiada al cura de la parroquia, por no tener los Franciscanos convento alguno ni en Kaufbeuren ni en sus cercanías. Tampoco tenían las hermanas un capellán fijo, sino del clero de la ciudad, una vez uno y otra vez otro iban á servir su iglesia. En el año 1478 una buena alma tuvo la inspiración de hacer en esta pequeña iglesia una *fundación* de misas, de este modo se aseguró el servicio con gran consuelo de las religiosas. Este estado de cosas, con alguna interrupción, á veces bastante larga, duró hasta el 1691, en que los Jesuitas abrieron un colegio en Kaufbeuren, y se encargaron del oficio divino, hasta que en 1719 llegaron á ser confesores ordinarios de Maierhoff.

En el 1335 redujo á cenizas la ciudad entera un terrible incendio, escepto solamente siete casas, y se quemó también nuestro monasterio. Fué reconstruido pero tan pequeño y reducido, que después fué

(3) Esta regla escrita por San Francisco estaba dispuesta para los hombres y las mujeres que viven en el siglo.

forzoso agregarle una nueva fábrica. Con las limosnas de generosos bienhechores, la Superiora Ana Scherich pudo construir la fábrica principal que hoy existe y juntamente con ella la pequeña iglesia, coronada, por esbelta aguja. (1470, 1472).

La ciudad pretendió tener derecho de protección sobre Maierhoff haciéndolo ejercitar por dos gobernadores (Klosterfleger) á los cuales había que dar un tanto cada año. Al principio esta intervención municipal pareció ventajosa para el monasterio, pero después no dejó de causar sérios disgustos, convirtiéndose con frecuencia en la protección del león (1), si bien no llegaron á interrumpirse, al menos por mucho tiempo las buenas relaciones de una y otra parte.

Luego que se desencadenó la tempestad, que bajo el nombre de reforma había de devastar toda la Alemania, Kaufbeuren no fué echada en olvido, pues muy pronto los protestantes divididos en tantas sectas se hicieron dueños de la ciudad. El 6 de Agosto de 1545 el municipio prohibió el ejercicio de la antigua religión en todo el territorio, de aquí que los cinco sacerdotes, únicos que había, tuvieron que abandonar á Kaufbeuren. Después de su salida se echó mano de todos los recursos y de toda clase de vejaciones para apartar á las religiosas de su vocación y de su

(1) Cosas particulares se leen en Hoeyneck pág. 74-80; y para lo que sigue, pág. 80-87.

fé. ¡Vanos esfuerzos! La superiora Regina Kirchmayer y las catorce hermanas que había en el monasterio, permanecieron impertérritas en su puesto. No se celebraron más los divinos oficios ni en la capilla del convento ni en la ciudad durante tres años, los que pasaron del 7 de Agosto de 1545 al 10 de Julio de 1548. La victoria de Carlos V, sobre la liga de Schmalkalden volvió á abrir las puertas de las iglesias, trayendo una paz relativa, aunque en todo el tiempo que duró dicha tutela no faltaron vejaciones, pero no fueron nunca víctimas las religiosas de Kaufbeuren de las brutales agresiones, que tantos monasterios de mujeres tuvieron que sufrir, cuando no se las suprimía en nombre de la libertad.

En el monasterio de Kaufbeuren contra la costumbre del Orden franciscano la elección de superiora era de por vida. El registro donde se anotaban sus nombres no es exacto por lo que hace á los primeros siglos; pero todos los particulares que se pueden desear en cuanto á las religiosas, se encuentran en la importante obra de Koeynck «Historia del monasterio de mujeres de Kaufbeuren».

Cuando Ana Höss, siguiendo el llamamiento divino, pensaba abrazar la vida del claustro, la pareció que el monasterio de las Franciscanas era el mejor asilo para ella, puesto que á los ojos de la carne nada había podido influir para que la elección recayese en una casa; cuya pobreza era extrema y bien sabida. Cuán grande fuese la pobreza del

monasterio se manifiesta por el hecho de que cuando la superiora M. Juana Altweger, que le gobernó loablemente desde el 1707 al 1741, cuando fué elegida, según ella aseguró no encontró en casa más que medio florín, y por otra parte halló sin proveer un gran número de necesidades urgentísimas. Las rentas eran muy escasas y casi nulas, ni las ganancias de las labores propias de mujeres bastaban para su sostenimiento. Esta escasez era causa de una excesiva bien que excusable solicitud por las cosas temporales, de la cual se originaba la relajación en la disciplina regular. Sin embargo el espíritu de la comunidad no era malo, toda vez que la mayor parte de las hermanas servían al Señor con devoción y sencillez. Verdad es que alguna parecía no tener demasiado espíritu de caridad ni de oración; pero Dios había escogido desde la eternidad la hija de un tejedor, que ni ella misma se reputaba digna del último lugar en la casa de Dios, para mejorar esta casa en lo espiritual y en lo temporal y para conducirla á la más alta perfección.

Ciertamente, Crescencia debe ser considerada como la segunda fundadora del convento de Kaufbeuren. Ella le comunicó su espíritu y le transformó de tal modo, que cuarenta años después de su muerte, esto es hácia el 1782 el Obispo Auxiliar de Ausburgo (1), juez muy competente escribía acerca

(1) Act. Positio add. super, causæ introd. pág. 24.

del excelente estado del monasterio «que puede y debe ser llamado el más floreciente instituto de piedad y de perfección, donde no penetra nada que pueda ofender la verdad ó la conciencia».

En el tiempo de que hablamos además de la pobreza del monasterio sufría también por las leyes restrictivas que el primer magistrado de la ciudad, con la mezquindad propia de los lugares pequeños, se creyó en el deber de imponerles por el bien público. Así por ejemplo, un decreto prohibía que se les vendiese ni donase ninguna propiedad inmueble (1).

Como hemos visto, las religiosas apenas tenían que comer, de consiguiente como les podía ocurrir la idea de comprar bienes? Aun así la tal prohibición era muy gravosa para el monasterio, porque, entre otras cosas, le imposibilitaba para poder desembarazarse de una grave y continua turbación. Inmediata al monasterio había allí una taberna frecuentada por personas de la peor calidad, la cual por las voces y el ruido causaba á las pobres religiosas un verdadero suplicio, principalmente en el tiempo que estaban en coro. Para librarse de tan mal vecino, no había más que un medio; comprar aquel edificio. Pero cómo? Y supuesto que tuviesen dinero á la mano para ello, quedaba la dificultad del magistrado, que en su alta sabiduría habría impedido un mal tan grande al bien público de la ciudad.

(1) Ott, lib. I, cap. 2; Hœyneck, pág. 75.

La divina Providencia se burla de las locuras humanas y ya veremos como en sus manos la tal dificultad se transformó en medio para abrir la puerta del monasterio á la piadosa Ana.

Antes de que esta atravesase el umbral del convento, echemos un ligera mirada sobre el pasado y el presente de la comunidad. Las hermanas se dedicaban á la oración y al trabajo de manos, todavía no educaban niñas, ni cuidaban á los enfermos. Una semiclausura las separaba del siglo. Vivían bajo la jurisdicción de la provincia franciscana de Estrasburgo, de aquí es que tocaba al Provincial hacer todos los años la visita canónica, presidir las elecciones, especialmente la de la Superiora, resolver los casos difíciles é impedir los abusos (1), pero los confesores no eran del orden franciscano, sino sacerdotes del clero secular hasta 1719, y después los Jesuitas estuvieron encargados de la dirección espiritual y de confesar á las religiosas (2).

(1) Cuando Crescencia vivía en este Monasterio estuvieron al frente de la dicha provincia según las memorias que tenemos los siguientes padres: P. Odorico Schnabel (desde el año 1703); P. Tomás Bandrexel (desde el año 1707) P. Luchiesio, P. Sebastián Hoss (desde el año 1721); P. Quintiliano Weez (desde el año 1726); P. Chiliano Kazenberger, P. Benjamín Elbel, el moralista tan conocido (desde el año 1737); y el último el P. Bonifacio Schmidt, en cuyo tiempo murió.

(2) Fueron confesores del Monasterio en tiempo de Crescencia; el Párroco de la ciudad Dr. Damián Kuilestadt (desde el año 1704 á 1715); el párroco de Kemnat Felipe Santiago Meichelbeck (por dos años); el párroco de Oberbeurem Juan Pícheln.

Después de la muerte de Crescencia el monasterio se mantuvo todo el siglo XVIII en el estado floreciente en que ella le dejó. Dos fieles discípulas de la Beata M.^a Joaquina Kögl (1744-1769) y M.^a Rafaela Miller (+ 1799) le gobernaron en todo según el espíritu de su maestra. M.^a Isabel Ibel (1799-1822), tuvo la desgracia de ver disuelta la comunidad, pues la tempestad desencadenada contra todas las Ordenes religiosas pasó también sobre este asilo perfumado por la oración y la virtud. En el año 1802 fué prohibida la admisión de novicias, fueron confiscados los bienes y arrebatados los innumerables ex-votos de los cuales muchos eran de oro y plata; y si las hermanas no fueron lanzadas de allí, fué debido á que los comisionados encontraron aquel lugar demasiado estrecho y demasiado pobre para cualquier otro uso. Habiendo rehusado unánimemente las hermanas volver al siglo como se las propuso, el gobierno menos aprensivo y más tolerante que algunos modernos, cedió á sus súplicas, y las dejó vivir juntas, continuando la vida monástica, como si la paz no hubiera sido nunca turbada. Animaban la

Después los Padres de la Compañía de Jesús: Ignacio Lieb (por 5 años); Ortulfo Lachner (por 6 años); Fernando Schitzinger (por un año); Pedro Schneller (por un año); Atanasio Baier (por un año); Bartolomé Binner (por 2 años); José Burger (por 2 años); Tomás Faber (por 2 años); Miguel Baner (por un año); Genaro Mayer (por 2 años); Juan Bautista Pamer, que asistió á la moribunda.--Cfr. Act. B. Summ. Object. n. 15, § 49.

esperanza de las pobrecitas las explícitas predicciones de Crescencia. «El Monasterio será suprimido, se disminuirá el número de hermanas, pero la comunidad no perecerá, antes al contrario, con el tiempo llegará á ser más numerosa que lo ha sido antes». Esta profecía fué comprobada con un éxito felicísimo.

La comunidad providencialmente subsistió aun en el año 1831, cuando el magnánimo Rey de Baviera Luis I concedió el permiso de recibir novicias con la condición de unir á las antiguas prácticas la de educar jovencitas. En aquel tiempo vivían todavía seis hermanas de las veinte suprimidas y estaban gobernadas por la madre Francisca Wiedeman.

Ignacia Bògle la última que salió de la escuela de Crescencia, no murió hasta el 15 de Febrero de 1864. El personal ha ido sucesivamente aumentando; así que cuando antes no se podían tener más que veinte religiosas, hoy habitan allí unas sesenta ocupadas, con gran satisfacción del gobierno y del pueblo, en una escuela primaria, en la dirección de un colegio para las jóvenes que aspiran al título ó patente, y un patronato para las obreras de la fábrica.

Últimamente el Monasterio de Kaufbeuren ha fundado otras tres casas, una en Kempten, para un patronato de obreras, otra en Obergunzburg, para un asilo de niños y la tercera en Ursberg, para un hospicio de idiotas.

Este nuevo desarrollo ha hecho necesario agrandar los locales. Aunque la Iglesia ha sido bien restaurada, la parte antigua de toda la casa ha sido conservada religiosamente en su pobre sencillez como estaba en el tiempo de Crescencia. Toda la casa está llena de recuerdos y de reliquias de la dichosa esposa de Cristo. Excepto el campanario, la Iglesia no ofrece cosa de particular, hasta es baja y pobre. Tiene tres altares; en lo alto de la nave está el coro de las religiosas que corre á los dos lados del sagrario alrededor del altar mayor y está adornado de muchos cuadros muy devotos. Aquí pasó Crescencia la mayor parte de su vida, y aquí recibió las gracias más señaladas. Antiguamente cada religiosa tenía su puesto para la oración separado de los otros por medio de una tabla ó de una tela. Para aprovechar espacio hubo que quitar las tablas y telas pero el destinado para la Beata no fué removido y todavía hoy se vé en el puesto antiguo cubierto de las estampas y objetos de devoción pertenecientes á Crescencia.

Tal es el lugar donde se desarrollieron los sucesos de nuestra historia.

Hemos dejado á Ana en la convicción profunda de ser llamada á separarse totalmente del mundo, resuelta á llevar á cabo su designio á toda costa, de manera que el deseo de conseguir su objeto no la dejaba descansar. Al fin un día descubrió al padre su santa intención, conjurándole que la ayudase, ó al

menos la indicase los medios para ser admitida en el Monasterio de la ciudad.

¿Quién lo creería? El padre tan religioso, la cortó la palabra oponiéndose con todas sus fuerzas al santo propósito. Para disuadirla la dijo que por una parte él nunca podría darla el dote necesario, y por otra que como el Monasterio era tan pobre no había que pensar en que hiciera rebaja, añadiendo que teniendo en cuenta el débil estado de su salud, lo mejor sería quedarse en casa en su estado virginal y vivir honradamente con el trabajo de manos.

Todo este discurso del buen padre es una prueba más añadida á la constante experiencia de que rara vez los padres son buenos consejeros en materia de vocación religiosa. El sentimiento que le daba perder la hija predilecta, llevo á oscurecer en él la luz tan clara de la fé y le hizo resolver un asunto sobrenatural desde el punto de vista humano sin tener en cuenta que los pensamientos y los caminos de Dios no son los pensamientos ni los caminos de los hombres (1).

La hija hasta entonces tan dócil, no pudo someterse esta vez. Sus designios como sus esperanzas se fundaban en Dios, por esto no era posible que renunciase á ellos. Otras veces rogó al padre que hiciese una tentativa cerca de la comunidad, pero

(1) Isai 55, 8: Non enim cogitationes meae, cogitationes vestrae, neque viae vestrae, viae meae, dicit Dominus.

en vano. Entonces, haciendo un esfuerzo, se presentó ella sola á la superiora, que era la Madre Teresa Schmid. Pero hubo de experimentar otro engaño, como lo había anunciado el padre. «El Monasterio era demasiado pobre para recibir jóvenes sin dote». A nuevas instancias la misma respuesta. «Por dos años, dice el P. Pamer (1), todas sus súplicas fueron en vano, y las lágrimas que hubieran ablandado una piedra encontraron el corazón de los hombres más duro que una peña».

A pesar de esto, la valerosa joven, esperando contra toda esperanza redobló las oraciones buscando la fuerza en aquella fé que traslada los montes mismos. Jamás el Señor se ha dejado vencer en generosidad, por tanto un día le plugó derramar el bálsamo del consuelo en el corazón de Crescencia con un milagro. En el corredor de las religiosas que conduce al coro, había pendiente un Crucifijo. Ana pasando por delante de él se arrodilló y suplicó al Señor que le concediera por fin la gracia tan deseada. De pronto se oyó de lo alto una voz que dijo. «Esta será tu morada» (2). A la voz milagrosa se añadió otro hecho certificado por varios testigos y confirmado por Sor Gabriela Merz (3). «El Crucifijo tenía antes la boca cerrada, todas las hermanas antiguas lo sabían y lo han atestiguado. Pero dichas estas

(1) Act. B. Summ. add. pag. 6,

(2) Summ. n. 6.

(3) Ibid, §§ 5, 53, 4.

consoladoras palabras á su sierva, los lábios del Crucifijo quedaron abiertos como se ven hoy todavía». Y en efecto el Cristo parece hablar con quien le mira. Una tal mudanza produjo viva impresión entre las hermanas, dando lugar á discusiones animadas sin sospechar nunca la causa verdadera. Pasaron varios años de este acontecimiento cuando hecha manifiesta la virtud de nuestra Beata, la madre Juana Altweger tuvo la inspiración de preguntarla sobre tal cosa, y después manifestó la respuesta de la Beata á muchas personas. Crescencia entonces obligada por la obediencia aunque visiblemente llena de rubor, contó punto por punto lo que había sucedido.

Consolada tan maravillosamente Ana dijo á su padre, sin revelar el secreto del Rey «Yo creo, espero, estoy segura de entrar en este Monasterio». «Qué dices hija mia? responde el padre, adonde te arrastra tu imaginación? Menos mal sino conociéses nuestra pobreza. Echa, echa fuera estos pensamientos, yo no te puedo dar nada, y sin dote nadie te recibirá».

Entre tanto se extiende por la ciudad la voz de que el Monasterio se niega á admitir á la «buena Ana». Y hé aquí los católicos y los protestantes unidos quejarse de la superiora, persuadidos todos que «un ángel como aquél», no podía menos de llegar á ser una gloria para el Monasterio (1).

(1) Gabriela Merz, pág. 10,

Mientras los hombres hablaban Dios obraba, y escogía para ejecutor de sus designios á un protestante, el síndico mismo de Kaufbeuren, Señor Matías Wörle de Wohrburg.

Por medio de este hombre honrado quiso la Providencia dar al Monasterio, no solo un tesoro cuyo valor no conocían las hermanas todavía, sino además librarlas de penosas dificultades. Aunque protestante no podía pasar por la pretensión injusta de la ciudad, negando el permiso para remediar el desorden escandaloso de la vecina hostería que hemos dicho, y por esto se empeñó tanto con el consejo municipal que se acordó por unanimidad ceder el local á un precio módico. En el colmo de la alegría no sabían las hermanas como dar muestra de su agradecimiento hacia tan insigne protector.

En esta ocasión el Señor Wörle que conocía y estimaba á Ana desde pequeña, supo en qué penas estaba empeñada por las continuas repulsas recibidas. Sin decir palabra ni á los padres ni á la misma interesada, resolvió hacer valer su propia autoridad en favor de ella llegando al Monasterio á pedir un puesto para la aspirante. «Porque, son sus palabras, sería una pérdida que un ángel semejante tuviese que quedar en el mundo». A tal intercesor no se le podía negar nada, mucho más cuando al hacer la demanda Matías Wörle había aprovechado la venida del provincial P. Odorico Schnabel. El provincial después de la conversación con Wörle

hizo venir á Ana á su presencia y de la conversación que tuvo con ella concibió tan alta estima de su persona que á todo trance se empeñó que fuese desde luego recibida aún sin dote. Se reunió el capítulo el 5 de Junio de 1703, y se acordó recibir á Ana Höss como postulante, y para la prueba.

De esta manera fueron satisfechos los deseos de esta vírgen, valiéndose Dios de medios, que ningún entendimiento humano podía sospechar. Sí, ciertamente, es propio de Dios abrir brecha allí donde la sabiduría humana no ve otra cosa que un muro inexpugnable. No acertamos á decir cuanta fué la alegría de Ana compartida por toda la ciudad y especialmente por el síndico (1). Por fin el 16 de Junio por seguir á Jesús, dejó la casa paterna donde tantos años los padres queridos habían contemplado la inocencia de esta, su hija. La jóven seguía animosamente la voz del Crucificado: «Quien quiera de vosotros que no deja todo lo que posee no puede ser mi discípulo (2).

El dolor y la alegría se disputaban el corazón de Ana en el momento de dejar para siempre aquéllos lugares queridos que alegraron su infancia, y tal vez

(1) Hoeynck apoyado en la autoridad del P. Pamer, cuenta que el Señor Worle por quien tanto rogó Crescencia manifestó muchas veces deseo de hacerse católico, pero dilatándolo de un día para otro le impidió la muerte cumplir el ánimo que tenía. De esto nos vuelve á hablar el mismo P. Pamer en una carta de 3 de Enero de 1756.

(2) Luc. 14, 33: Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

al atravesar los umbrales de su nueva morada fué presa de secreta angustia al pensar en los dolores y las delicias, los combates y las victorias que la aguardaban dentro de aquellos pobres muros.

Por un privilegio muy especial los días de la prueba fueron acortados para Ana pues el día después de su entrada vistió desde luego la lana seráfica, llevando á cabo la ceremonia, por comisión del provincial, el Padre Francisco Imhoff, guardián del convento de Ausburgo.

Hé ahí á Ana que entra en una nueva fase de su vida. El Espíritu Santo que la dirigía desde la infancia, y que del uno al otro cabo comprende al universo con fortaleza, y le gobierna con suavidad (1) convertía los obstáculos en otros tantos escalones haciéndola subir por aquélla misteriosa escala de oro que conduce al trono de Jesucristo. Aprende tú también ó alma cristiana, á seguir los llamamientos que Dios te hace según la advertencia ó amonestación del Salmista (2): Manifiesta al Señor tus caminos, expónle tus necesidades, y espera que Él hará por tí cuanto sea necesario».

(1) Sap. 8, 8; attingit ergo a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter.

(2) Psal. 36, 5: Revela Domino viam tuam et spera in eo, et ipse faciet.

CAPITULO V

El año de la prueba. (1)

Apenas la sierva del Señor se vió revestida con el hábito franciscano dió enseguida al olvido todo lo pasado, y fijó su ánimo en la adquisición de la perfección más completa, en el verdadero amor del crucificado y de su Cruz. Llegar al colmo de este amor era en su juicio la meta de la vida religiosa, un tesoro tan precioso que todas las grandezas del mundo eran para ella como lo fueron para S. Pablo menos que el lodo de la tierra (2).

Hasta este día la vida suya era á sus ojos un continuo desvarío y una constante resistencia á la gracia, por lo que determinó en su corazón, hacer una áspera penitencia y enmendarse totalmente. Al rayo de la luz del cielo, esta alma generosa había conocido la nada de las cosas terrenas, la miseria y perversidad del hombre caído; además inflamada por el fuego del Espíritu Santo sentía una sed ardiente por la justicia. «Como el ciervo desea el agua

(1) Summ. n 6.

(2) Phil. 3, 8; Omnia detrimentum feci et arbitror ut ster-cora.

de la fuente, así ella no deseaba otra cosa más que á Dios (1)». Aunque posterior en algunos años bastará el siguiente fragmento (2) para darnos una idea de como había entendido Crescencia su vocación desde el principio de su vida religiosa.

«¡Oh! Jesús dueño benigno de todas las cosas. Yo lo se, toda mi felicidad viene de vos, yo conozco que no puedo separarme de vos un solo instante. Aceptad, pues, ó Dios mío, cuanto vengo á prometeros. Como á cada instante respiro, así á cada instante quiero adoraros, amaros y alabaros. Sí, sí, á cada instante yo quiero ser abrasada de celo por vuestro honor, por la salvación de las almas, para glorificaros, espiar mis pecados, amar al prójimo, imitar vuestra humildad, vuestra caridad, vuestra pureza, vuestra paciencia y la obediencia vuestra. Día y noche yo quiero pedir os estas gracias. Protesto delante de vuestra divina Majestad en la presencia de la Virgen María y de toda la corte celestial, que esta es mi voluntad y firme propósito que Vos Dios y Señor mío, os dignareis aceptar y avalorar con vuestra gracia ahora y siempre».

Desde novicia puso en ejecución esto que escribió en el año 1721 (3): «Siguiendo las huellas del

(1) Psalm. 41, 1: Quemadmodum desiderat cervus, ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te, Deus.

(2) Kolb, pág. 40.

(3) Kolb, pág. 11.

Rey mío crucificado, quiero émpuñar con fortaleza la espada del divino amor para combatir las tentaciones de Satanás, y todos los obstáculos con una fé viva [con una entera confianza en los auxilios de Dios, en nombre de Aquél á quien he prometido luchar sufrir, tener paciencia y vencer con la virtud de la gracia, y todo esto sin la más pequeña esperanza de lucro, sino únicamente por el amor y el honor del eterno Rey mío».

Tales propósitos no fueron vanos deseos, sino al contrario, desde los primeros días del noviciado, Crescencia se dió á practicarlos con tanta perfección que dejó atrás á las hermanas más adelantadas. Bien considerados estos propósitos, demuestran en Crescencia un concepto exacto de la vida religiosa y de la sana ascética induciéndola á levantar el edificio de la perfección, sobre el fundamento de las virtudes *interiores*. Todos sus propósitos se refieren á la purificación del alma, á despojarse de las malas inclinaciones, al abandono en la voluntad de Dios, á huir de la tibieza, á la caridad para con los enemigos, al amor de la Cruz, á la obediencia á los superiores y confesores y principalmente, al recogimiento interior. Practicando estas virtudes, máxime la obediencia, la humildad y una franca jovialidad en medio de los más terribles sufrimientos, no tardó mucho la novicia en atraer sobre sí las miradas de todos, pero ella no se paraba en eso, preocupada únicamente del huesped querido

que moraba en su corazón. Rechazaba lejos de sí con todo esmero, cualquier obstáculo que viniese á turbar la unión íntima con Él, y las cruces que venían de manos de Jesús, las consideraba como otros tantos mensajeros celestiales. Dos propósitos hechos en el 1718 nos ponen de manifiesto estas disposiciones interiores. «Para entender y para comprender, escribía, las palabras que el Espíritu santo me diga, yo cuidaré de estar siempre recogida y en paz y cuando las pasiones ó los cuidados quieran levantar la voz les diré: Callad. Después clamaré á Dios con Samuel: Hablad, Señor, que vuestra sierva escucha» (1).

Bajo el título «Amor de la Cruz» escribe, «Oh Dios mío, padre amabilísimo cuando sea de vuestro agrado darme alguna crucecita, me alegraré de ello puramente por vuestro amor, viendo que Vos habeis tenido á bien pensar en vuestra indigna hija».

Y verdaderamente el Padre celestial pensaba en ella, puesto que quien había encendido estos deseos de amar y padecer se tomaba el cuidado de que en el exterior todo correspondiese al deseo interior de aquella alma. Y en efecto, Dios sometió á duras pruebas esta alma predilecta, á fin de que el oro de la gracia fuese purgado de la escoria de la naturaleza, visible solo á los ojos de Dios, y á fin también de que sus virtudes purificadas en el fuego de la tri-

(1) Kolb. pág. 2.

bulación tomasen nueva fuerza con actos heroicos de humildad, de obediencia y de caridad. Así la perfección recibía la última mano de la paciencia, de aquella virtud, de la que decía el Apóstol (1). «Nosotros nos gloriamos en nuestra tribulación, sabiendo bien que esta produce la paciencia, la paciencia á su vez produce la prueba, la prueba, la esperanza, la cual no es ilusoria, porque el amor de Dios ha sido difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado».

La prueba más segura que tenemos del alto grado de perfección á que había llegado Crescencia, cuando se hizo religiosa, nos la suministra también la gran abundancia de padecimientos, á que estuvo sujeta desde el principio de su vida religiosa. La Cruz fué grande, y aún grandísima, y ella la llevó por cuatro años sin apoyo ninguno. Víctima de las injusticias humanas, blanco del enemigo, no vaciló, no se quejó, no murmuró, sino que estuvo contenta de todo y en paz, besando la mano que la hería.

Nosotros en este capítulo contaremos la dolorosa historia de cómo su alma se purificó por medio de las persecuciones que los hombres la suscitaron. Más para que nadie saque de aquí motivo de escán-

(1) Rom. 5, 3-5: *Gloriamur in tribulationibus, scientes, quod tribulatio patientiam operatur, patientia autem probationem, probatio vero spem, spes autem non confundit: quia caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.*

dalo séanos permitido recordar al lector alguna verdad á cuya luz necesitan ser juzgados los hechos que vamos á referir, y otros semejantes que se leen en las vidas de los Santos.

Según lo que enseñan los maestros de la vida espiritual (1) las almas llamadas á la unión mística con Dios deben pasar por diversos grados de purificación pasiva. Entre estos grados debemos recordar la purificación pasiva que mira á la parte inferior del hombre, designada por San Juan de la Cruz con el nombre de «noche oscura de los sentidos». Durante este período el alma está cubierta de un torrente de contradicciones, de desprecios, de calumnias y de prevenciones injustificadas. No es raro que por permisión divina esto suceda por medio de personas buenas, hasta santas, y que así la herida llegue á ser más profunda. No nos sea molesto escuchar á este propósito á un venerable hijo de S. Francisco (2). «Os digo que Dios antes de omitir esta preparación para un alma escogida por Él con amor particular y apartada de todos, permitiría más bien, que por causa de ella sufrieran daño otras cien mil». Sí, Dios vendaría antes los ojos á mil santos, á fin de que sin conocerlo purificasen y diesen tormento á este vaso de elección con sus juicios mordaces, temerarios y desventajosos.

(1) Tomás de Jesús, De oratione divina, lib. II, c. 11-15. Schram Institut, theol. myst. p. 1, 188 y siguientes.

(2) Enrique Harphius, Theol. myst. lib. II, c. 11.

La historia de los Santos ofrece pruebas luminosas de cuanto hemos dicho. Una Santa Isabel de Hungría fué tratada ásperamente por personas que nada tenían de nobles; un S. Francisco fué injuriado por su propio padre ante el Obispo de Asís: una Santa Catalina de Sena que fué mirada por los mismos que la engendraron como una criadita: un San Pedro Damián, que según testimonio de Baronio tuvo que sufrir de parte del Santo Pontífice León IX: un San Alfonso María de Ligorio con otros ciento y otros mil que hubieron de experimentar en sí mismos cuán verdaderas son las palabras del Apóstol (1). «Todos los que quieren vivir santamente en Jesucristo sufrirán persecución».

Debemos pues ser cautos en nuestros juicios, y así como hemos de evitar juzgar mal de las personas piadosas, así debemos ser indulgentes con los que por falta de prudencia, se han puesto á molestar á los Santos. Tal vez se verifica en ellos la palabra del Señor (2) «no saben lo que hacen». Digamos también nosotros que no sabían lo que se hacían los perseguidores de nuestra novicia. Y de hecho reconocieron después su desacierto, cuando se les cayó la venda de los ojos, se acusaron de haber

(1) II. Tim. 3, 12. Et omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

(2) Luc. 23, 34: Pater, dimitte illis; non enim sciunt, quid faciunt.

obrado sin consejo, por un impulso inexplicable y lo confesaron públicamente.

Por otra parte el Padre de las misericordias había preparado á Crescencia para la prueba que la aguardaba por medio de una visión (1). La Beata vió salir al Salvador cargado con una pesada cruz de la celda de la superiora Teresa Schmid; entonces su espíritu de pronto iluminado conoce que esta cruz había de ser su herencia y la superiora el instrumento por medio del cual quería Dios purificarla con el dolor.

De hecho fué así, y las cualidades de la perseguidora hicieron la cruz más pesada de cuanto se puede imaginar.

Teresa Schmid nació en Mónaco el 1670, su padre era médico del Elector de Baviera y fué elegida superiora el 1698. Es de creer que en su elección se tuvo más cuenta con sus dotes naturales y las relaciones de sociedad de la hermana pretendiente, que con sus virtudes. Su incapacidad para el gobierno no tardó mucho en manifestarse. Así es que yendo las cosas de mal en peor se tuvo que proceder á su deposición, la que tuvo efecto en el año 1707. Deposición única en la historia muchas veces secular del convento de Kaufbeuren, y que explica la omisión del nombre de Teresa Schmid en

(1) Act. B. Defensio, n. 72.—Act. B. Summ. object. n. 11, § 20.

el catálogo de las superiores conservado en el archivo del monasterio.

La madre Teresa tuvo de seguro algunas cómplices en la guerra movida contra Crescencia, estando por su parte una vieja por nombre Antonia con cuatro ó cinco hermanas que la ayudaban con mucho ardor. La razón inmediata, que se alegaba para justificar esta persecución por parte de la superiora, era la de haberse visto obligada á abrir la puerta del convento á nuestra inocente víctima: de aquí su dureza, sus continuos y descorteses reproches, contra la pobre hija rea de no haber llevado la dote, gran daño para la comunidad! En su obcecación creyó borrar esta falta con otra mayor, haciéndola creer que en fuerza de malos tratamientos se la debía obligar á salirse por sí misma. Acaso en aquella cabecita tuvo entrada la idea de hacer en esto un servicio á Dios y al mismo monasterio; tratando á la novicia intrusa, no como una hermana, sino como una esclava!

En su disculpa diremos que el estado en que se hallaba Crescencia en aquel tiempo, se prestaba muy bien á formarse sobre ella ideas equivocadas, dado el espíritu inquieto y mal prevenido de la superiora. Teresa y sus partidarias tenían ideas muy pobres sobre la vida espiritual, y ay! si se pretendía ir más allá de sus cortos alcances! Ahora es de saber que ya entonces la novicia era objeto de vejaciones diabólicas. En la cocina, donde

estaba de ayudante, una vez se rompían los vasos, otras se apagaba el fuego y otras se caían las cazuelas; hoy un daño, mañana otro. Y quién tenía la culpa? La pobre Crescencia, hecha por el diablo el macho de cabrío espiatorio, era acusada de descuido, de malicia, de brujería, para venir después á la acostumbrada cantilena; es necesario á toda costa echarla por sus defectos.—Debemos también suponer que los celos y la envidia, dos pasiones feroces principalmente en el corazón de la mujer tuvieron su parte en estas inculpaciones.—Como quiera que sea la situación de Crescencia, empeoraba de día en día y cada vez más: todo lo que hacía era mal interpretado, y sus mismas virtudes eran tenidas por vicios. Se mostraba amable? era una hipócrita. Se mostraba humilde en medio de los insultos? era una estúpida, insensible. Se ocupaba en cosas de piedad? trataba de engañar al prójimo con vanas apariencias. Nunca daba gusto á la superiora, la cual no tenía para ella más que un semblante severo, palabras ásperas, reprensiones y castigos. Añádase á esto que las tales hermanitas no contentas con llenar la cabeza de Teresa con sus quejas procuraron tener de su parte al confesor y hasta al provincial. Y de qué se la acusaba? Crescencia que no abría la boca sino cuando la preguntaban, Crescencia la criatura más callada de este mundo, Crescencia no guardaba el silencio! Luego sin tener en cuenta su débil complexión, se la obligaba

á trabajos de fuerza reservados hasta entonces á los criados: rara vez se la permitía sentarse con las demás á la mesa común: su alimento era de la peor calidad, pan mohoso, cerveza maleada, y esto tan escaso que junto todo las privaciones y los trabajos fuertes, sufría forzosamente hambre. La maestra de novicias lloraba con frecuencia al ver tanta crueldad, y se industriaba por socorrer á su hija guardando para ella de oculto un pedazo de pan (1).

Las pruebas más penosas aún fueron las órdenes insensatas y ridículas que la ciega superiora daba á este modelo de docilidad. Por no traer aquí más que alguna, á veces hacía que la novicia vestida de juglar, saltase delante de personas extrañas é hiciera bufonadas del todo opuestas á la modestia y moderación religiosa. Y después que la obediencia la había hecho vencer la repugnancia para ciertas cosas, por añadidura era ásperamente reprendida delante de la comunidad por el espectáculo dado solo por obedecer. La humilde virgen decía su culpa de rodillas, aceptaba tranquila las reprensiones y los castigos, agradeciendo la corrección de la madre. Pero como la broma no acababa, las hermanas no pudieron contenerse é hicieron entender á Crescencia que la obediencia en tales casos no obligaba. La pobrecita alegremente

(1) Summ, n. 15, §§ 22, 50.

respondía (1). «No, no, hermanas. La santa obediencia me basta. El desprecio, la vergüenza, la burla qué importan cuando puedo obedecer? Así encuentro á Dios, y poseyéndole no me queda nada que desear».

Pero la pobrecita tenía el corazón dolorosamente herido al comparar la dureza actual con la ternura que había experimentado en el hogar doméstico. Con todo había adelantado tanto en el camino de la fé, era tan mortificada en los sentidos y tenía tal deseo de participar de los dolores é ignominias del Cristo, que jamás vaciló un instante, semejante á una roca inmóvil ante las olas agitadas, su alma de temple fuertísimo no se doblegaba sostenida además por el amor y la esperanza puesta en el Corazón de Jesús.

Atestiguan varias personas que jamás se oyó salir de sus lábios una queja, ni una palabra de excusa, ni se la vió nunca una tentativa de resistir, ni tampoco se turbó jamás la serenidad de su rostro lleno de paz y de alegría interior. Cuanto más arreciaba la tempestad en el exterior, más se recogía su alma dentro de sí misma en la fé. Por tal manera florecía como un lirio entre las espinas derramando en su derredor el candor de su belleza, y la fragancia de la humildad, de la paciència y del amor cristiano.

(1) Gabriela Merz, pág. 186.

Si por casualidad alguno censuraba tal modo de tratarla, era de oír cuantas excusas aducía. Encontraba que se la trataba todavía con demasiada bondad, no viendo en todo ello sino las mejores intenciones de este mundo. La alimentación mala era para ella demasiado buena, no acababa nunca de agradecerla como si hubiese recibido una limosna inmerecida. Además oraba sin cesar día y noche por su amada superiora, instrumento de tantas penas, y oraba por ella aun después que Teresa fué depuesta de su oficio. Así «venció, según la expresión del Apóstol (1), con el bien al mal». Entre tanto Dios recompensaba tanta fidelidad derramando sobre Crescencia las más escogidas gracias, sosteniéndola en medio de las terribles tentaciones, cuando el demonio transformado en angel de luz ponía en movimiento todas sus maquinaciones infernales para apartar á la novicia de tan hermosa vocación.

Crescencia amaba tiernamente á su padre, pues bien, el demonio procuraba convertir un sentimiento tan legítimo en un lazo para arrancarla del convento. La andaba representando al padre reducido á la piel y á los huesos por el disgusto de haber perdido á su hija, como también la andaba pintando con los más brillantes colores los recuerdos de la juventud pasada entre los goces de la

(1) Rom. 12, 21: *Noli vinci a malo, sed vince in bono malum.*

familia, goces ya pasados para siempre, y convertidos en acerbos dolores en aquel lugar mismo que debía ser para ella un asilo de paz. «Quién como Dios?» exclamaba la pobrecita ante tales sugestiones, «yo estoy pronta á sufrir esto y mucho más». De esta manera «con el escudo de la fé sabía apagar las encendidas saetas del muy perverso enemigo» (1). No por esto se dió por vencido el demonio: á las sugestiones, hizo seguir fantasmas revestidas de formas humanas. Dos veces se la presentó en la forma de la hermana más pequeña lamentándose de la triste condición de los padres que no hacían más que llorar por no poder salir adelante sin la ayuda de la hija alejada de ellos. No estaba obligada ella á asistirlos? Y ciertamente la casa paterna guardaba para ella más paz, más calma que el monasterio, donde no había encontrado sino trabajo, miseria y persecución. El padre impaciente esperaba á la puerta la vuelta de su hija; aquí está la llave—aquí el vestido—huye. Lucha terrible entre la luz y las tinieblas! Crescencia levantó su corazón á Dios, se santiguó, invocó los santos nombres de Jesús y de María, y el Espíritu Santo descendió sobre ella. «No he venido aquí, por tí, dice ella al demonio mentiroso, ni por tí he de salir». Así se desvaneció el fantasma.

(1) Ephes. 6, 16: In omnibus sumentes scutum fidei, in quo positus omnia tela nequisimi ignea extingueret.

Además la hermana Gabriela cuenta un hecho semejante (1). El demonio se presentó en figura de cazador llevando á la novicia los vestidos del siglo, é incitándola con palabras astutas á aprovecharse de ellos, y huir de allí por un foso que pasaba á través de la entrada del monasterio.

La pobrecita estuvo sola abandonada á sí misma entre tantas tribulaciones. Ni aún el confesor la daba algún alivio ó porque estuviese mal prevenido por las quejas de la superiora, ó porque creyese bien hecho someter á la prueba de la humillación á su penitente. Así Crescencia durante el año del noviciado, y aún más allá todavía fué para las unas una piedra de tropiezo, para otras un enigma, mas por otra parte fué objeto de admisión en el concepto de algunas bien pensadas. Entre estas debemos contar tres hermanas, cuya virtud sobresalía en la comunidad, y que no se dejaban engañar por las maliciosas delaciones de las otras. Se llamaban Constanza Leder, Benita Pez y Juana Altweger. Esta última había de suceder á la madre Teresa en el gobierno de la casa. La autoridad de estas buenas religiosas quitó del medio todos los obstáculos para que al concluir el año de la prueba, Crescencia hiciese sus votos sin que ninguna osase chistar. Deseando esta vivamente unirse por fin á su Dios con los tres votos

(1) Pág. 24.

religiosos, y de vivir siempre en la felicísima necesidad de llevar la Santa Cruz del Señor, se preparó con gran diligencia á las deseadas bodas que se celebraron el 18 de Junio de 1704.

La ceremonia empezó con un elocuente discurso del P. Provincial Odorico Schnabel. Pero ninguna palabra fué tan elocuente, ni tan fascinadora como la vista de la víctima en el acto de ofrecerse á Dios en holocausto. En el momento de acercarse al altar para recibir la sagrada Hostia, los ojos de todos fijos en ella no podían separarse de un espectáculo tan grande, tan sublime: un santo temblor invadió á todos los circunstantes, é hizo derramar lágrimas á aquellos dichosos espectadores.

Parecía que la sierva de Dios no era ya un sér de este mundo; sino rodeada de espíritus celestiales, perfumaba con aquella pureza suya angelical el aire que la rodeaba, y arrebatava en éxtasis aún á aquellos que jamás habían levantado su pensamiento más alto de lo que el mundo aprecia. Las llamas de un fuego misterioso se comunicaban á todos los corazones, y con su ardor daban á entender el horno que ardía en el corazón de la desposada de Cristo. Y sin embargo, el velo del silencio ocultaba las maravillas que en aquellos momentos tenían lugar entre Dios y Crescencia! Después de muchos años obligada por el confesor, se creyó en el deber de contar las finezas usadas con ella por el

Esposo celestial en el instante de su sacrificio. Hé aquí la relación del confesor (1).

Antes de pronunciar los votos fué arrebatada en espíritu, pareciéndola no vivir ya entre los hombres en este mundo. Jesucristo su divino esposo se la apareció acompañado de su Santa Madre, mientras el Angel Custodio estaba á su lado y la conducía al lugar donde habían de celebrarse los místicos desposorios. Una vez allí, Nuestro Señor, inclinándose suavemente hácia ella, la puso en el dedo un anillo de incomparable hermosura, diciendo: «Ahora te tomo por esposa, anda, sufre, combate; Yo te asistiré con mi gracia, y mi Madre te pondrá bajo el manto de su protección». Inmediatamente después pronunció los tres votos de pobreza, castidad y obediencia en manos del provincial.

En aquel día, según costumbre del monasterio, la fué cambiado su nombre de Ana con el de la santa virgen y mártir Crescencia, al que se añadió el de María. Nombres muy apropiados, porque toda la vida permaneció virgen, libre hasta de la tentación, mártir de amor, y creciendo de día en día en la perfección.

La visión que acompañó á su profesión arroja una viva luz sobre el estado en que se encontraba el alma de la nueva esposa de Jesucristo, y nos revela que habiendo pasado los grados más altos de

(1) Ott. lib. I, cap. 2.

lo oración pasiva, tocaba ya la unión sublime, llamada «Bodas místicas», á la cual va siempre unida una visión semejante (1).

Este alto grado fué todavía el anuncio y la prenda de una elevación mucho más grande y más sublime. Pero no se puede subir á estos últimos grados de la vida mística, sino pasando por dolores interiores y exteriores inenarrables, los cuales llevados y aceptados, con amor transforman de tal manera al alma en Cristo crucificado, que la escogida puede decir con verdad con San Pablo (2): «Vivo yo, pero ya no yo, sino Cristo vive en mí». Por este altísimo sendero fué llevada por la mano de Dios nuestra Creencia, hasta que llegó á ser una *nueva criatura* en Cristo.

El cristiano guiado por Dios por un sendero menos áspero que el que siguieron los santos, debe al menos seguir con fidelidad el camino que le va trazando la divina Providencia. «Dichoso aquél que soporta la tentación, porque después de la prueba, recibirá la corona de la vida, prometida por Dios á aquellos que le aman (3).

(1) Santa Teresa, castillo del alma, morada séptima. c. 1, 2. — Tomás de Jesús. De oratione divina, lib. IV, cap. 14, 15.— Schram Institut. theol. myst., tom. I, § 322; Scholion.— Scaramelli, Mystica tom. I, grad. 9.

(2) Gal. 2, 20.

(3) Jac. 1, 12: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam, cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se.

CAPITULO VI.

La fosa de los leones. (1)

Nuestro Señor reveló un día á Santa María Magdalena de Pazzis, que en breve sería arrojada en una «fosa de leones», es decir, sería expuesta á la rabia de las potestades infernales, las cuales la harían sufrir tormentos de toda clase. Y de hecho los demonios la hicieron mucha guerra por espacio de cinco años, pasados éstos Santa María Magdalena salió victoriosa de la lucha y bien purificada para entrar en el estado más sublime de la vida interior.

La heroica vírgen Crescencia tuvo también que bajar á una fosa semejante, donde por cuatro años hubo de sufrir persecuciones tan extravagantes que parecerán apenas creíbles á nuestros lectores, y eso que, volvemos á asegurarlo, no referimos sino aquéllo que está fundado sobre sólidos testimonios, y ha sido probado jurídicamente. Si los asaltos de la serpiente infernal contra Crescencia no tuviesen ejemplo en la historia, acaso se podría dudar de ellos, pero al contrario en la historia de los

(1) Summ. n. 6.—Act. B. Summ. object. n. 13 com. Resp. pag. 50.

Santos de todos los siglos se encuentran con frecuencia los mismos hechos y aun más sorprendentes. Por lo que los maestros de la vida espiritual nos enseñan que en ciertos periodos ó grados de la vida mística, de aquellas almas que están sujetas á la purgación pasiva, los ataques exteriores del enemigo no son una excepción, sino una regla constante (1). Sin embargo, es de advertir que no deben confundirse estos asaltos exteriores del demonio con la posesión. Los primeros, como dice Scaramelli, son una especie de obsesión, la cual se verifica, cuando por permisión divina, los demonios cercan á una persona y la atormentan. Por explicarlo con un simil, ellos no *poseen* la fortaleza, sino que la *asedian*.

Hacemos también notar que tales persecuciones diabólicas entran en un orden de cosas extraordinarias, y que por ésto según el espíritu y la práctica constante de la iglesia se deben examinar cuidadosamente, tanto más cuanto que en semejantes

(1) Scaramelli, *Mystica*, tom. II, pag. 292 sigs.—Tomás de Jesús, *De oratione divina* lib. II, c. 14 y 15.—Schram *Inst. theol. myst.* tom. I, § 217-225.—Görres, *Mystica* p. III, pag. 430-470, en donde habla también de nuestra Beata. Las mismas ó semejantes vejaciones extrañas se refieren en las vidas de Santa Francisca Romana, de Santa Rosa de Lima, de San Pedro de Alcántara y de otros muchos antiguos y modernos. En la relación de las vejaciones extravagantes del demonio á que estuvo sujeta nuestra Crescencia, nos servimos solamente de los testimonios jurados que se leen en las Actas de su Beatificación.

materias las ilusiones y los fraudes maliciosos con facilidad se admiten sin detenido exámen.

Pues bien, Crescencia fué vejada por el enemigo desde que entró en el monasterio, y tal vez desde antes. De las primeras nadie se daba cuenta, y ella misma lo cubría todo con el silencio. Cuando al principio, según digimos, la arrebatában las cosas de las manos, la echaban á perder el trabajo, la apagaban el fuego, etc., etc., se acusaba de ello como efecto de su falta de habilidad, después la traza de la persecución diabólica se hizo evidente, palpable, en términos de poner en conmoción toda la casa.

Una noche á las ocho Sor Beatriz Leder, encontrándose en el dormitorio vió entrar un hombre, sin cabeza, vestido de cazador, en la celda de Crescencia, en el momento que ésta volvía á ella: «Por caridad, no os movais de aquí, exclamó Sor Beatriz más muerta que viva, y tirándola del vestido, un espectro horrible ha entrado ahora en vuestra celda». Pero Crescencia intrépida respondió, que la obediencia en aquella hora mandaba á las hermanas descansar, y sin más entró en su habitación.

Esta aventura de poca importancia en sí misma, no quedó oculta, porque Sor Beatriz bajo la impresión del terror, no obstante los ruegos de Crescencia, lo contó todo á la superiora, y ésta quiso saber todas las circunstancias. La Beata tuvo entonces

que confesar que los demonios la atormentaban mucho en la celda hasta hartarla de palos.

Los espíritus malignos viéndose descubiertos no tuvieron ya reparo alguno, sino continuaron sus crueldades en pleno día y á la vista de toda la comunidad. Cuando en el capítulo Crescencia postrada en tierra, decía su culpa, una mano invisible sacudía su cabeza contra el pavimento con tanta violencia que la hacía brotar sangre por boca y narices. Sentada á la mesa al lado de la pared, la misma fuerza invisible la golpeaba contra ella con tanta brutalidad, que las hermanas aterradas temían que la rompiese el cráneo. La Superiora la señaló un sitio de la parte contraria, pero aun esta prevención fué inútil, pues los espíritus infernales volvieron á la carga, y muchas veces arrojaban á su víctima contra la tierra, cogiéndola por los pies y sacándola de repente fuera del refectorio. Las hermanas corren en pos de ella y no la ven ya. Después de mucho buscarla la encontraron en un rincón de la casa debajo de un montón de nabos. Otra vez arrebatada del mismo modo se la encontró en un sótano entre los maderos puestos debajo de los toneles y costó no poco trabajo sacarla de tan estraña posición.

En el tiempo del descanso era peor. Se oía como preámbulo un ruido que daba miedo delante de la celda sitiada, después espectros horribles en forma de bestias, serpientes, sapos, tarantulas y escorpiones llenaban la celda y se arrojaban contra

Crescencia. Esta aunque aterrorizada, se sobreponía al temor natural con un acto de fé, y así haciéndose superior á sí misma gritaba á aquella tropa inmunda: «Yo estoy aquí por obediencia; éste es mi puesto, y no el vuestro: andad de aquí», así se marchaba aquella tropa maldita. Pero á veces se atrevieron á echarla abajo del lecho y pisarla.

Una noche se oyó que salía de su celda un ruido inaudito como de golpes de zurriagos, de armas y de silbidos. En un momento fué botada fuera Crescencia y arrojada al pié de la escalera, atravesando dos puertas que estaban cerradas, arrastrándola hasta un foso que atravesaba el corral. Allí los espíritus malignos la sumergieron en el agua, y después la arrojaron debajo de un montón de leña. Algunas hermanas acudieron al ruido. Habiendo oido cerrar las puertas con violencia y remover las piedras del foso fueron allá abajo á buscarla, y por fin la encontraron oprimida por enormes trozos de madera, con la cabeza en la nieve, aterida de frío, y por decirlo de una vez, medio muerta (1).

Hechos semejantes se repitieron muchas veces. Unas después de arrojarla en tierra era sumergida en el agua donde tenía que permanecer en tan rígida estación y tanto tiempo, que era un milagro que no se ahogase ó muriese de frío (porque hasta los vestidos quedaban helados y cubiertos de hielo) (2).

(1) Act. B. Summ. object. n. 13, § 21.

(2) Ott. pag. 20 y Summ. n. 6.

Otras era arrojada de cabeza por las escaleras abajo, ya arrimada á la pared la hartaban de palos, ya la daban bofetones tan rudos que se la hinchaba la cara, y la hacían sangrar por boca y narices.

No hay tormento que el enemigo de los hombres no hiciese probar á la Beata en el tiempo que le fué permitido ejercitar su paciencia. Encontrándose ella una vez en el granero, se dejó oír de repente un rumor sordo. La superiora mandó enseguida dos hermanas para ver que era. ¡Qué espectáculo! Crescencia estaba allí desmayada, llena de sangre, estrujada entre dos vigas del desván. La caída de tanta altura fué tal que entonces perdió dos dientes, y en la nariz recibió tanto daño que formó una escrescencia notada en el rostro de la Beata por toda su vida.

Apenas la sierva de Dios se repuso de esta caída, el enemigo volvió y la echó debajo de una caja llena de hierro viejo. Debió estar allí mucho tiempo, porque las hermanas rara vez pasaban por aquel sitio distante. Otra vez se la encontró en el granero debajo de un arquetón viejo casi destrozada.

En estas aventuras á veces ocurrían cosas graciosas. Sucedió un día que mientras ella cuidaba en la cocina de una enorme marmita llena de fideos y leche hirviendo, Sor Juana Altweger que estaba cerca, vió la marmita llevada por mano invisible sobre la cabeza de la vírgen dejando caer el líquido sobre ella produciéndola con esto quemaduras dolorosísimas

en todo el cuerpo (1). Otra vez nuestra Beata iba á llevar á la Comunidad una sopa en vino, cuando he aquí que se presenta un fantasma negro como un africano, que coge la sopera y trata de llevársela. Crescencia invocando el divino auxilio, se arma de un gran cucharón de madera, y sigue al extraño ladrón, y después de pegarle á su sabor, volvió triunfante con su sopera, mientras el enemigo muy mortificado tuvo que tomar las de Villadiago. La Comunidad aplaudió unánimemente y dijo que jamás había tenido una comida más sabrosa.

Estas maniobras infernales, de las cuales gran parte tuvieron lugar á las claras y en presencia de las hermanas, que con juramento las han atestiguado, duraron otros tres años (2) después de la profesión de Crescencia. Para soportarlas sin perder la paz, se necesitó un valor heróico. Pero lo peor fué que dieron ocasión á los hombres de redoblar las persecuciones contra la pobre víctima.

Por causa de las mismas todo el monasterio estaba revuelto. Unas mal prevenidas se entregaban á los juicios más severos; otras estaban indecisas, y aun aquellas pocas que al principio la demostraron alguna benevolencia, comenzaban á vacilar. No estará poseida del demonio? decían con timidez.

(1) Summ. n. 6 y 16, § 204.

(2) P. Pamer, último confesor de Crescencia en una carta escrita el 28 de Junio de 1756 dice: que aquellas acometidas duraron más de cuatro años.

Poseida? no, es una bruja, decían las malas, ha hecho pacto secreto con el demonio para procurarse la aureola de Santa. No hay que olvidar que en aquel tiempo abundaban los crédulos, y que las ideas de entonces favorecían los juicios aventurados de estas pobres mujeres. Entre tanto, tales rumores traspasaron los umbrales del Convento, se estendieron por el pueblo y eran acogidos como podemos figurarnos.

Tan graves acusaciones no podían menos de madurar una abundante mies de amarguras para nuestra Crescencia. A las palabras seguían los hechos: las hermanas huían de ella, encontrándola se hacían la señal de la cruz y tomaban mil precauciones para que sus vestidos no tocasen siquiera los vestidos de la *bruja*.

Y todo esto es nada si se compara con la conducta de la Superiora, la cual cada vez más se creía dispensada enteramente de toda regla de buena crianza y de justicia para con Crescencia. Un solo rasgo nos bastará para demostrarnos en ella una sequedad y una dureza de corazón muy rara en las personas de su sexo.

Fué admitida en la Comunidad por intercesión del Sr. Cura del lugar y confesor del monasterio Daniel Kuile, Catalina Kempter pariente suya, (en religión Sor María Felice). Esta admisión fué extraña, porque no habiendo en el monasterio más que veinte celdas, y estando completo el número de hermanas,

no se podía recibir á Catalina sin obligar á una hermana á dejarla su propia celda. La Superiora no tuvo trabajo en resolver esta dificultad: llamó á sí á Crescencia y la mandó ceder su puesto á la recién venida, aduciendo razones tan insulsas como esta: «Vos no habeis traído nada al convento, y sois para nosotras una carga: al contrario Sor María Felice trae una buena dote», despidió á la humilde joven con estas palabras: «Andad vos misma á buscar un rincón donde dormir».

Para ser Crescencia una copia fiel del Señor, no tuvo ni en el convento un lugar seguro donde reclinar su cabeza; sino como un mendigo tenía que llegarse á las puertas de sus hermanas y esperar de su corazón compasivo un jergón incómodo para pasar la noche. Dos años se la vió todas las noches con humildad y con ánimo siempre igual repetir la misma peregrinación, hasta que habiendo enfermado la maestra de novicias, dejó el dormitorio para ir á la enfermería donde poco después entregó el alma á Dios.

Y en esto quien no recordará un rasgo de la vida de Santa Isabel de Hungría? Echada de Wartburgo, andaba errante por todo Eisenach buscando inútilmente un asilo para sí y sus niños, y rechazada por todo el mundo se retiró á una estancia de animales inmundos. Quien quiera que admire la grandeza de ánimo con que la hija del Rey pidió á los Franciscanos que cantasen el *Te Deum* en

acción de gracias por su semejanza con el divino Redentor, no negará ciertamente un tributo de simpatía y de admiración á la pobre hija del tejedor de Kaufbeuren.

Sí que es verdaderamente admirable Crescencia en tan larga prueba. Ni una queja, ni una palabra en defensa suya, ni un ruego sale de sus lábios para pedir que se ponga término á sus penas. Su rostro siempre permanecía sonriente. El faro de la fé, su única guía, la hacía mirar desde un punto de vista elevado las personas y los acontecimientos, y en su sincera humildad estaba convencida de que tratándola de esta manera se obraba con justicia. Una pobre recibida por caridad podía pretender que se la tratase de otro modo? Y dejando al espíritu elevarse y recorrer horizontes, á los que no llega la vista humana, sabía encontrar riquezas y honores aún en aquellas cosas donde el ojo del vulgo no descubre más que pobreza y humillaciones. Beber con tasa moderada del cáliz del dolor que el Amor encarnado aceptó por única herencia suya en esta tierra, la parecía á ella un favor más digno de sus deseos que todos los tesoros. He ahí por qué su reconocimiento era tan grande y tan de corazón, cuando se la daban alimentos echados á perder, hábitos remendados, y un rincón en celda ajena para poder descansar. Jamás se notó en ella ni el más ligero resentimiento hácia sus perseguidores, antes al contrario, tenía tal costumbre de

volver bien por mal, y era esto tan sabido que estaba en boca de todos este dicho: «El que quiera estar en gracia de Crescencia no tiene que hacer más que ofenderla».

Pero aun no se había llegado al fondo del amargo cáliz. Crescencia debía ser además el blanco de calumnias las más negras llevadas ante el provincial, el confesor y otras personas respetables. Es verdad también que estos no las creían, sin embargo tenían la cabeza llena de dudas y sospechas sobre el espíritu que gobernaba á Crescencia, dudas que no ocultaban á la hermana misma, sometiéndola á rigurosos exámenes. Hasta el confesor ordinario desesperando de llegar á descubrir alguna vez la verdad entre tantos pareceres y entre tantos hechos extraordinarios la hablaba de despedirse.

Por entonces dos jóvenes franciscanos, de paso para Maieroff, invitados, según parece, por la superiora entraron en el monasterio y no tuvieron reparo en examinar el estado de Crescencia. El examen hecho á la luz de la experiencia de unos jóvenes, se dirigió especialmente á averiguar si estaba ó no engañada por el demonio, ó si era culpable de brujería ó hipocresía. Animados por la superiora y por otras olvidaron todo miramiento de discreción y de caridad. El silencio de Crescencia, su pudorosa modestia, nada sirvió para hacer más cautos, á aquellos jueces inexorables. Ella respondía humildemente: «Yo no sé que cosa es la

brujería». La conclusión de esta conferencia fué que «Crescencia había hecho pacto con el demonio y que además de esto era estúpida, insensible y rara en modo superlativo» (1).

Cualquiera puede figurarse cómo sería acogida esta sentencia por la madre Schmid, sin más hizo encerrar en una oscura prisión á la mansa víctima y allí la dejaba languidecer por el hambre. Pero allá dentro el Padre celestial vino á visitar á su hija, inundándola de luz y de delicias, y trasformando aquel miserable cuartucho en un verdadero paraíso.

Algún año después, gobernando ya la comunidad la madre Juana, un canónigo de Ausburgo por nombre Weindach, tomó parte también en el asunto, examinó á Crescencia y la censuró con acrimonia. En tono de amenaza hizo entender públicamente que era necesario trasladar *esta hermana* á otro monasterio para tenerla bien encerrada; y se jactaba de estar en buena relación con la autoridad eclesiástica para obtener tal medida de rigor, que según él era indispensable.

Las amenazas del canónigo, aunque quedaron en simples amenazas, suscitaron dentro y fuera del monasterio muchas discusiones, que fueron referidas á la pobre víctima por personas más dispuestas á hablar que á querer bien como es debido.

(1) Summ. n. 8, §. 153, n. 16, §. 13.

El horizonte era oscuro por todas partes, pero Crescencia estaba tranquila. Se acordaba de Jesús que á las más graves acusaciones respondía con el silencio, como dice la Santa Escritura *Jesus autem tacebat* (1) y en este recuerdo encontraba una defensa meritoria y eficaz poniendo su causa en las manos de aquel que ha de juzgar á los vivos y á los muertos. El Juez divino premiará la confianza de su sierva, la glorificará delante de los hombres, más de lo que ella voluntariamente se humillaba, y que los demás la hubieron injuriado.

Con su calma habitual Crescencia hubo de soportar además las contradicciones de personas muy respetables. Esto era para ella más penoso porque en su humildad consideraba los más pequeños defectos como grandes pecados, y se tenía á sí misma como la criatura más despreciable. En su consecuencia, se la veía siempre pronta á dar fé á todo lo que se decía ó se intentaba contra ella, y dispuesta á aceptar toda suerte de improperios especialmente si venían de los superiores ó de los sacerdotes.

Ciertamente una de las penas más amargas es la persecución de hombres que estimamos ó que representan á Dios. Escuehemos en esto á Santa Teresa que habla por experiencia propia. «Lo que me ha sucedido, (habla de las contradicciones y de las dudas del confesor y de los superiores, relativas á

(1) Math. 26. 63.

su espíritu) hubiera bastado para hacerme perder el juicio. En ciertas ocasiones me he visto reducida á tal extremo que no podía levantar los ojos á Dios, y aunque yo había sufrido mucho toda mi vida, sin embargo esta contradicción por parte de personas buenas me pareció siempre el mayor de los tormentos».

Añádase á esta larga letanía de penas que Crescencia no gozaba ya en aquel tiempo de los consuelos celestiales los cuales llenándola de luz y de amor la habrían hecho sufrir en paz todo lo demás. La devoción tierna había cedido su puesto á los escrúpulos, á una sequedad desoladora, á un sentimiento de abandono, á tinieblas espirituales acompañadas de violentas tentaciones contra la fé y la esperanza. El pensamiento de no ser del número de los predestinados, la perseguía sin descanso. No la quedaba más que la fé desnuda y obscura para resistir al enemigo, aquel escudo, con el que al decir del Apóstol, (1) se pueden apagar las saetas encendidas del enemigo. Bajo la égida de esta fé y estrechamente abrazada á los piés de Nuestro Señor, Crescencia se abandonaba en él en todo y por todo, hasta el sacrificio, hasta la muerte. Así imitaba al verdadero sabio (2) que tiene en sí la palabra de vida y la practica, que cree y vive de la fé; que tiene

(1) Ephes. 6. 16: In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extingueri.

(2) Math. 7. 24. 25.

la casa fundada sobre una roca. La tempestad de las tentaciones, las olas de la adversidad pueden sacudir un alma fija en Dios, pero no pueden hundirla en el fondo del abismo. Al contrario purificada de esta manera en los últimos escondrijos del amor propio, de la confianza en las propias fuerzas, y de la complacencia en sí misma y en las criaturas se la verá levantarse sobre sí y sobre todo lo terreno, enriquecida admirablemente en la vida de la fé, de la esperanza y de la caridad.

Alma cristiana, aquí tienes un ejemplo para no levantar tu edificio espiritual sobre la arena de los sentimientos y preocupaciones humanas. Si á Dios place permitir á los hombres y á los demonios suscitar tempestades sobre tu cabeza no pierdas el ánimo, sino levanta los ojos á la Cruz, y medita las palabras del sabio: «Acepta todo aquello que te ha mandado y en el dolor sufre constantemente y en la humillación ármate de paciencia, pues en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación» (1).

(1) Eccli. 2-4-5: Omne quod tibi applicitum fuerit, accipe, et in dolore sustine et in humilitate tua patientiam habe; quoniam in igne probatur aurum et argentum; homines vero receptibiles in camino humiliationis.

CAPÍTULO VII

La liberación. (1)

La noche oscura duró más de dos años, cuando al fin apareció un rayo de luz, precursor de próxima liberación. María, única confidente de su corazón oprimido, María apareció á Crescencia para consolarla, para exhortarla á la paciencia y para asegurarla que dentro de poco satanás sería desarmado. Al mismo tiempo la Reina del cielo la ordenó que visitara con el beneplácito de sus superiores una de sus imágenes milagrosas venerada en la iglesia de los Franciscanos de Lechfeld. «Allí, la dijo; tu te verás libre de estas penas».

Crescencia llena de agradecimiento á la Madre celestial, se fué en seguida á la superiora Teresa Schmid para pedirla con humildad su permiso. La respuesta como se pudo adivinar, fué una negativa redonda. Y como algunas hermanas movidas de compasión interpusieran sus buenos oficios, la superiora añadió á la negativa una descarga de improperios. Así se desvaneció toda esperaza de hacer

(1) Summa, n. 6.

cambiar el ánimo de quien tenía en su mano la autoridad, y así á Dios también la gracia prometida por la Virgen, cuando ni la regla, ni la costumbre, ni la clausura se oponían á las peregrinaciones.

Dios quería otra prueba más de Crescencia con esta negativa sin caridad. En lugar del ansiado permiso El la ofrecía un don más precioso, la ocasión y la gracia de ejercitar la paciencia. Crescencia inclinando su cabeza adoró los inexplicables designios del Altísimo. Pero si á Él plugo que los demonios y los hombres se conjurasen á la vez en daño de esta criatura predilecta, no tardó en llegar el día en que El mismo vino á hacer pedazos el instrumento principal de la persecución.

El gobierno de Teresa Schmid no se podía tolerar por más tiempo, y por esto se pensó en tomar una medida enérgica, hallándose en peligro intereses de monta del monasterio. Interpuso su autoridad con este objeto el Provincial y en 1707 procedió á la deposición de la indigna superiora. La sustituyó Sor Juana Altweger excelente religiosa que Ott (1) pinta así: «Era una mujer muy inteligente, piadosa y espiritual, la cual rigió el monasterio treinta y cuatro años con singular sabiduría, tanto en la parte religiosa como en la parte económica. Ella se ganó la estimación, el afecto y la gratitud, no solo de las súbditas, sino de cuantos la trataron de

(1) Lib. I, c. 3.

cerca. Parecía escogida á propósito por Dios para guiar á Crescencia según las máximas de la prudencia probando su virtud, y dándola ocasión de hacer actos de la más elevada perfección conforme al ejemplo de los santos más célebres».

La madre Juana apenas puesta en el cargo se resolvió á cumplir el deseo de Crescencia, por quien tuvo siempre la más viva simpatía en vista de las singulares virtudes que la adornaban. Y así la dió el permiso de hacer la peregrinación acompañada de Sor Ana Neth.

Con ocasión de este viaje hemos de referir algunas cosas extraordinarias confirmadas no solo con el testimonio no del todo seguro de dicha compañera, sino además de la superiora, que también examinó en seguida á la propia Crescencia (1).

En el momento de ponerse en camino se ofreció una séria dificultad; ni la una ni la otra sabían el largo camino que había de Kaufbeuren á Lechfeld, ni había allí persona alguna que pudiera servir de guía. Entretanto llamó uno á la puerta, preguntando si había allí alguna persona que quisiera ir á Nuestra Señora de Lechfeld, donde él se dirigía. La portera al llevar la noticia á la superiora, la dijo que en su vida había visto un jóven más modesto y bien criado. La superiora aceptó.

(1) Act. B. Defensio, §§. 50-51.

En tanto el joven no quiso aceptar el refresco preparado por la portera, toda afanosa por obsequiarle, diciendo que ya venía prevenido y que esperaba á las hermanas fuera de las puertas de la ciudad para conducir las al término de su viaje.

Así se hizo. Caminando se oraba, se rezaba el rosario, y después el desconocido comenzó á hablar de las cosas del cielo, especialmente de las grandezas de María, con tanta gracia que no se advertía lo largo del camino. Cuando llegaron á dar vista á la iglesia de los Franciscanos, desapareció de repente el compañero de viaje. No hay qué decir, la vista podía dirigirse libremente por toda aquella vasta llanura, pero por mucho que miraron las hermanas en todas direcciones no pudieron descubrir ninguna figura de hombre. Ana Neth asaltada de temor exclamó: «Qué es esto? Quién era este?» Pero la compañera que sabía bien que *es bueno esconder el secreto del Rey* (1), respondía con evasivas, que aquel hombre las había conducido bien, que ya se veía el convento y la iglesia que se debía dar gracias á la Divina Providencia, y cosas semejantes.

El resto del viaje se acabó en silencio. Llegadas á la iglesia, Crescencia estuvo postrada delante de la imagen de la Virgen, hasta la noche y el día siguiente antes de amanecer estaba ya á las puertas

(1) Tob. 12, 7: Sacramentum regis abscondera bonum est.

de la iglesia esperando que abriesen. Después de la Santa Comunión, Crescencia fué arrebatada en éxtasis: por más de una hora estuvo inmóvil como una estatua, unas veces pálida, otras teñida de un carmín celestial. Ana Neth la miraba estupefacta y temblorosa, no sabiendo qué pensar de lo que pasaba ante sus propios ojos (1).

La Virgen había venido resplandeciente de gracia y de hermosura á visitar á su hija. La cumplió la promesa de librarla de los asaltos exteriores del demonio, pero al mismo tiempo la hizo saber que tendría que sufrir otras penas interiores por el mayor bien de su alma. «Hija mía, añadió, no tengas miedo, yo te protegeré».

El mismo día Crescencia con el corazón inundado de gozo y celebrando las misericordias del Señor volvió al monasterio, sin decir palabra de las maravillas ocurridas en el viaje. Pero había quien las contase. La compañera comenzó á decir que el guía era algo más que un hombre. Sus discursos, decía, me inspiraban los sentimientos de los discípulos de Emmaus, el corazón se encendía con ellos; ó era un santo, ó un angel, de otro modo no podía haber desaparecido tan de repente sin poderle ver más.

La superiora que conocía la imaginación fogosa de Ana no hizo gran caso de su relación, sin

(1) Ott. pág. 30.

embargo, dentro de sí pensaba en su corazón lo que había oído y teniendo ocasión preguntó á Crescencia. «Quisiera saber quien era el que os condujo á Ntra. Señora de Lechfeld». Crescencia enmudeció, no podía mentir, tampoco quería confesar. Confusa, aturdida, al fin balbuceando dijo que fué... su santo patrono... San Antonio de Pádua. Después obligada con repetidas preguntas, confesó también la aparición de la Virgen y la promesa recibida después de la Comunión.

San Antonio de Pádua, siempre bueno con los que le honran, quiso ser el conductor de las dos viajeras. Un compañero celestial tuvieron también Santa Rosa de Lima, Santa Francisca de las cinco llagas y muchísimos otros Santos y Santas.

Con esta peregrinación, según la dulce promesa de la Reina de los Angeles, las tinieblas de la noche cedieron el lugar á la aurora de un día luminoso, al resplandor que debía hacer subir á Crescencia, hasta la unión íntima con su adorado Maestro. Dios quitó á Satanás el poder de atormentar en el cuerpo á la fiel religiosa y con la nueva superiora su estancia en el monasterio se hizo más placentera. La persecución fué menos rigurosa y no reaparecía sino á intervalos, ó por cualquier habluría ó porque las preocupaciones y las antipatías no se destruyen en un momento. Todavía las cosas extraordinarias de Crescencia engendraban sospechas en algunos, sospechas que á veces se convertían

en juicios absolutos, esto es que se trataba ni más ni menos que de una intervención del demonio. De aquí nuevos exámenes, nuevas dolorosas pruebas, que la madre Juana con todo el amor hacia su hija no creyó prudente impedir; antes bien, ella misma se mostraba moderadamente severa. El P. Provincial al ponerla en el cargo se lo había mandado (1) expresamente. Se debía mortificar á Crescencia en todo y por todo, imponerla mandatos duros, irracionales y penitencias humillantes, aunque fuese inocente, tratarla como culpable, sin decirle jamás una palabra que significase afecto.

Este superior, muy instruido en las cosas de espíritu, no obraba sin razón. Las almas llamadas á caminar por sendas extraordinarias, deben ser sometidas á pruebas, para que un día se pueda saber con certeza si fueron ó no guiadas por Dios. Y aún entonces es necesario en interés suyo que sean ejercitadas en las virtudes en grado heróico señaladamente en la humildad y en la abnegación de las inclinaciones naturales de su juicio y voluntad. Así por una parte tendrán un preservativo contra la presunción y estima de sí mismas, y por otra se las estimula á dar al Autor de la gracia numerosos testimonios de su fidelidad con una generosa renuncia de sí mismas. La humildad y la obediencia, he ahí la piedra de toque para los

(1) Summ. n. 15, §. 42.

espíritus, practicarlas es el mejor modo de adelantar en el camino de los perfectos.

Juana Altweger estaba conforme con las intenciones del Padre Provincial, pero al ponerlas por obra sufría más su corazón que el mismo de su hija.

Contaba más tarde muy gustosa (1) que nadie había sido probado como Crescencia, que muchas veces había pensado si sería excesivo el rigor usado con la pobre hermana, exponiéndola á perder el ánimo pero que esta había sobrellevado todas las pruebas con la misma fidelidad y siempre placentera y alegre había superado una después de otra todas las dificultades sin cansarse nunca, tanto que más pronto se cansaba la madre de mandar que la hija de obedecer. Más adelante hablaremos extensamente de esto, tratando de las cosas admirables con que el Señor manifestó las virtudes de su sierva.

Según San Agustín podemos por algún tiempo ocultar la verdad, pero nunca podremos vencerla. Antes la verdad resplandece con más viva luz, cuando se llegan á desvanecer las nubes amontonadas por la malignidad ó la ignorancia para obscurecerla. Así por fin se disiparon de la mente de los superiores las dudas relativas á los éxtasis y revelaciones de Crescencia. El cielo daba testimonio á su favor como hubo de experimentarlo en sí mismo

(1) Summ. n. 15. § 186.

el provincial (1). Durante la visita canónica hecha en Noviembre de 1716, dudando el Padre todavía con relación á la vida interior de Crescencia, creyó bueno pedir á Dios una prueba decisiva. Conforme á su deseo, cuando estaba solo en la celda é iba á sellar una carta se le ocurrió este pensamiento. «Seguramente, si ahora Crescencia sin ser llamada me trajese una candela, yo lo tendría como señal de que Dios la guía». Después con el pensamiento mandó á Crescencia que le llevase una candela encendida. No había acabado todavía de pensar esto cuando oye llamar á la puerta y ve á la hermana llevando en la mano la candela. Disimulando la sorpresa el Provincial, la reprendió y con tono austero la dijo. «¿Qué es esto Crescencia?... traer la candela encendida en pleno día?» Más ella respondió humildemente. «Pues no me la ha pedido vuestra Reverencia para sellar una carta? yo me he sentido impulsada á traerla».

Sin decir más corre derecho en busca de la superiora, y en presencia de varias hermanas, comenzó á contar lo sucedido, que acababa de convencerle y disipar las dudas en cuanto á la santidad de la joven. Puso término á su animado discurso con estas palabras «Crescencia es verdadera y sinceramente buena. El Señor está con ella, el Señor la guía».

(1) Summ. n. 21. §§. 34, 104, 167.



Piadoso lector, si en nuestros pequeños reveses tenemos valor para mostrar un poco de fé, un poco de paciencia después de ser visitados por el Señor podemos decir también en medio del gozo de nuestra alma: «O Dios, Vos no os deleitais en nuestra aflicción, sino que después de la tempestad mandais la calma, y después de las lágrimas y los suspiros haceis llover la alegría en el corazón. ¡Oh! Dios de Israel, que vuestro nombre sea bendito por todos los siglos! (1).

(1) Tob. 3, 22, 23. Non enim delectaris in perditionibus nostris, quia post tempestatem tranquillum facis, et post lacrymationem et fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum, Deus Israel, benedictum in sæcula.

CAPITULO VIII

Continúa la vida religiosa de Crescencia.

Orar, trabajar, sufrir, he ahí en pocas palabras compendiada la historia de cuarenta años que pasó Crescencia en el silencio del claustro. Estas tres cosas á la verdad forman la corona de cada religiosa, de donde podría parecer que con esto está dicho todo, y no queda más que decir en alabanza de nuestra Beata. Sin embargo no es así, pues queda mucho que admirar en el *modo* y la *medida* con que la generosa Crescencia atendió á estos deberes.

En cuanto al trabajo una voluntad de hierro suplía en ella á la falta de fuerzas corporales, uniéndose á esto una gran habilidad que la hacía apta para todos los trabajos, y capaz de todos los oficios del monasterio. Hemos visto ya á Crescencia desde el principio acudir á la cocina y á otras obras fatigosas. Desde allí pasó al telar donde se hacía el paño para las túnicas que usaba la Comunidad. Pero mientras las manos trabajaban para el prójimo, su corazón estaba siempre con Dios. Era muy joven cuando aprendió de su Angel Custodio el arte sublime de adorar los divinos misterios en

medio de las ocupaciones más ocasionadas para distraer la mente, de donde provino que todos los confesores se maravillasen de la gran facilidad con que en medio de los trabajos y las ocupaciones de la vida ordinaria, unía siempre nuevas y sublimes intenciones y así tenía continuamente el corazón unido con Dios. Su alma estaba elevada ó por mejor decir, atada al órden sobrenatural; su mente estaba tan envuelta entre los resplandores de la fé, la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, tan profundamente impresas en su corazón, que en todos sus pensamientos en todas sus palabras y en todas sus acciones se podía leer el lema del Apóstol: «Todo y en todo era Cristo» (1). Con su vista interior descubría algún misterio divino en todo lo que veía ú oía, en todas sus obras ó en las ajenas, y encontraba analogías sobrenaturales en las cosas más comunes, analogías ocultas á quien se para en las apariencias. De aquí las comparaciones espirituales, que si para ella eran la cosa más natural del mundo, en otras pueden parecer rebuscadas en demasia, y un esfuerzo de imaginación.

Así al tirar la lanzadera esta amante de Jesucristo recordaba los golpes de las cuerdas recibidos por el divino Maestro en su flagelación, y las ofrecía al Padre celestial, rogándole que renovase en ella el dolor que le causaron. Si lavaba el suelo

(1) Coloss. 3, 11: Omnia et in omnibus Christus.

la parecía recoger con sus manos la sangre preciosa del Redentor derramada por la tierra: si daba cuerda al reloj deseaba transformar el movimiento de las ruedas en una dulce música que se hubiese de elevar hasta el trono del Altísimo. Si veía en el suelo cualquier bagatela, la recogía por amor á la pobreza y lo echaba en el fuego para hacerla llegar al fin asignado por el Criador, con el ánimo de encender un brasero de amor divino ó de formar un cetro de oro digno del Rey de reyes. Estos rasgos copiados de los escritos de las discípulas (1) bastan para darnos una idea de la unión constante de Crescencia con Dios, y del modo cómo trabajando con las manos tenía la mente en Dios, y nos explican por qué cuando trabajaba parecía siempre absorta en éxtasis, y cómo á veces trabajando recibía visiones y revelaciones.

Crescencia parecía no advertir nada de lo que pasaba en su derredor, incluso las necesidades del cuerpo, y no volvía en sí sino cuando oía la voz de la caridad ó de la obediencia. Su único alivio era la oración, la meditación, la lectura espiritual, los entretenimientos piadosos y *para dar un nuevo vuelo al espíritu* se valió también de la música religiosa y los cánticos sagrados.

Al son melodioso de los instrumentos se inflamaba su rostro impaciente de poseer á Aquél que es la armonía de los cielos, y de oír los cánticos que

(1) Intenciones de la Beata Crescencia.

resuenan en el paraíso. (1) Verdadera cítara bastaba el más ligero soplo para hacer vibrar el alma de esta criatura y hacer salir de ella un cántico de amor hácia el autor de toda armonía. Al oír cantar á un pajarito exclamaba. «¡Oh! Dios que sois el Creador de todas las cosas escuchad la alabanza de esta pobre criatura. Alabada sea vuestra omnipotencia que le ha dado la vida, alabada sea vuestra sabiduría que le rige y gobierna, y la bondad vuestra que le conserva. Ya que este ser irracional es incapaz de ofrecerse á Vos, os le ofrezco yo como criatura y como obra de vuestras manos».

El trascurso de algunos años había hecho olvidar las persecuciones pasadas y puesto en claro el mérito de la sierva de Dios, tanto, que se pensó en hacerla portera. Por espacio de dieciseis años (2), en el desempeño de este oficio puso en él fidelidad y exactitud singulares haciéndose objeto de admiración principalmente por unir la amabilidad en los modales á la modestia, caridad inexhausta y un continente angelical. Tenía el secreto de evitar discursos inútiles sin ofender á nadie. Y cuando se la presentaban sus ancianos padres, la monja no osaba hablar con ellos, si antes no había obtenido el permiso. ¿Qué diremos de los pobres representantes de su amor crucificado? Con cuánta devoción

(1) Gabriela Merz. pág. 245.

(2) Así se lee en un documento de 28 de Agosto firmado por muchas hermanas; otros testimonios añaden un año más.

los servía! A sus ojos eran el mismo Jesús, que venía á alargarla la mano para recibir una prueba de su amor. Y cuán industriosa era! A la caridad acostumbrada tenía siempre algo que añadir, y siempre acompañaba la limosna con palabras tan amorosas, con tal aire de compasión que la merecieron el título de *madre de los pobres*. Quedaron inconsolables aquellos pobrecitos, cuando Crescencia fué relevada de la portería (1).

En capítulos especiales veremos á la admirable maestra de novicias y á la excelente superiora. Independientemente de estos oficios se mostraba su celo aun en el cuidado solícito de las enfermas, y en el recibimiento de los huéspedes. Jamás se la conocía molestada y eso que su cuerpo era atormentado casi siempre con enfermedades y dolores. Enseguida que fué admitida en el monasterio tuvo día y noche dolores de cabeza y de dientes, produciéndola fluxiones y fiebres intensas, que la impedían hasta estar de pié. Además no faltaban quienes la hiciesen entender que aquello eran ficciones y nada más, y que de aquellas cosas resultaba un agravio mayor para el monasterio.

Haciéndose violencia á sí misma la Beata conservaba la calma, y aún la alegría en medio de los más crueles sufrimientos. A un religioso que se mostró de ello maravillado contestó: «Yo lo puedo todo en Aquél que me conforta, Él es el Señor que

(1) Summ. n. 10, §§ 47-437.

hizo salir las cosas de la nada. Qué me podrá dañar si Él es mi auxilio? Yo me abandono en Él en el tiempo y en la eternidad» (1).

Los achaques se aumentaban con los años, presentándose con caracteres inexplicables para los médicos. Un gran ardor corría por sus venas y la ocasionaba una ardiente sed, la cual se irritaba más y más, absteniéndose como se abstenía ella de beber. Violentas punzadas la impedían dar un paso y los remedios de nada servían. Pero de cuando en cuando los achaques cesaban de repente y Crescencia quedaba perfectamente curada.

Escuchemos la relación de una de estas curaciones milagrosas que nos ha dejado un confesor del monasterio (2).

«En el mes de Febrero de 1718, Sor Crescencia Höss, fué atacada de una fiebre peligrosa por una inflamación de los intestinos. Las entrañas, y en especial el corazón, parecían convertidas en fuego, al mismo tiempo que temblaba de frío. Una sed intensa por una parte y por otra el insomnio la impedían tomar un poco de descanso. Conocía de antes el temperamento débil de esta hermana; de aquí que previese una muerte próxima, porque las medicinas no causaban efecto alguno. Con este temor de perderla en breve, nos pareció lo mejor prepararla para la eternidad con la administración del

(1) Summ. 10, §§ 35-73.

(2) Act. B. Summ. adición págs. 8 y 9.

Santo Viático y la Extrema-Unción. Pero cuando parecía perdida toda esperanza, la bondad divina la restituyó á la vida. El 4 de Febrero me hizo saber la promesa formal que la había hecho el Señor, de que al día siguiente estaría curada, libre de todo dolor, y se levantaría del lecho completamente sana á la hora de la Misa».

«Doy testimonio de que esta profecía tuvo exacto cumplimiento; Sor Crescencia se ha levantado delante de mí como si nunca hubiese estado enferma, y ha asistido á la santa Misa. No podemos agradecer bastantemente á la bondad divina por haber querido conceder un tan grande beneficio á su pobre criatura. Lo aseguro poniendo mi firma y sello el año 1718 á los veinticuatro días del mes de Febrero. Felipe Santiago Meichelbek, doctor en Sagrada Teología, Párroco de Kemnath, al presente confesor ordinario del Monasterio de Mayeroff del Orden de San Francisco».

En el libro tercero de esta nuestra obra se verá una curación semejante, acaecida en el año 1742.

Aquí no nos queda por contar sino la curación igualmente instantánea de un mal en el pié (1). El pié derecho de Crescencia se había contraído y de tal manera acortado que no era posible fijarle en el suelo. Movida del ánsia de comulgar se hizo llevar, más que sostener, por las hermanas Felicitas

(1) Según un documento conservado en el Archivo del Monasterio con fecha de 9 de Abril de 1748.

Kempton é Isabel Krimner. Apenas llegó á su reclinatorio desapareció el mal completamente; así pudo salir de la iglesia sin dificultad, y entregarse enseguida á sus ocupaciones. A la madre Juana se la ocurrió interrogar á su hija sobre lo sucedido, y ella la respondió que Jesucristo se le había aparecido después de la comunión y habiéndola tocado Él con su mano divina había cesado la enfermedad en un momento.

Tantas enfermedades habían vuelto á Crescencia incapaz para los trabajos fuertes de la casa, más por esto no perdió nada la fuerza de su espíritu siempre fijo en Dios, porque como ella decía «el tiempo que no se emplea en la oración es tiempo perdido».

Distribuía las horas del día de esta manera. A las dos de la madrugada, á veces antes y con permiso de la Superiora aun á la media noche dejaba la cama Crescencia para darse á la oración, bien en la celda ó bien en el coro, donde se la encontraba siempre antes de las cuatro, que era la hora de levantarse la comunidad. Nada podía impedirla las vigili-
lias nocturnas, ni tampoco se arrimaba á la estufa en la estación rígida del invierno. Nunca faltaba á los ejercicios, á la oración y demás reuniones de la comunidad, y mientras tuvo fuerzas para ello acudía con la misma exactitud al trabajo, empleando en la oración el tiempo que la quedaba. Difundida la fama de su santidad tuvo que emplear muchas

horas en el bien del prójimo, consolando á los afligidos, enseñando á las personas que la pedían consejos y gracias. Pero exceptuados estos casos, así como el de una enfermedad, era siempre escrupulosamente exacta en la regularidad de los actos comunes. Si tenía un poco de tiempo le aprovechaba en hacer una visitica á Jesús Sacramentado. Parecía haber plantado sus tiendas delante del tabernáculo, y allí exclamaba: «Señor es dulce morar en este lugar»(1). Bajando del Tabor evitaba cuidadosamente toda distracción, las palabras inútiles, la pérdida de tiempo: y si se figuraba que había faltado en esto con alguna pequeña negligencia derramaba abundantes lágrimas de contricción.

Aun cuando por su mucha edad, ó por estar enferma no podía moverse, se hacía llevar por las hermanas delante del Santísimo Sacramento. En la presencia del Dios de amor olvidaba los males del cuerpo, y una fuerza superior la hacía fácil, lo que á una persona sana y robusta hubiera quebrantado el ánimo. Sin apoyarse, sin moverse permanecía de rodillas horas enteras como si estuviese ya libre de las ligaduras terrenales. Después de la oración común comenzaba á prepararse para la santa comunión con una piedad angélica. Desde el año 1723 se la había concedido la comunión diaria. La acción de gracias duraba mucho ordinariamente en éxtasis, mientras que se lo permitía la obediencia. Hacia el

(1) Math. 17, 4: Domine, bonum est nos hic esse,

fin de su vida no se la ponía ya término fijo, y ella se aprovechaba de eso para continuarla á veces hasta mediodía. En aquel tiempo nadie la molestaba, ya sea por el bien que se prometían de sus oraciones, ya también porque se sabía que en aquellas horas dichosas no sentía sus crueles enfermedades.

Hasta tanto que no tuvo oficio de superiora tenía siempre presente el sábio consejo de San Juan de la Cruz. «Pensad que Dios y vos solos estais en el convento». Atendía á sus acciones, cerrando los oídos á toda palabra que no fuese la de Dios.

Una sola vez faltó en este propósito (1) y fué cuando la madre Schmid tuvo que dejar el oficio. Hemos dicho la mucha pobreza que obligaba á las religiosas de Maieroff á ganarse el pan de todos los días con el trabajo de sus manos. Por esto se introdujo y se conservaba la deplorable costumbre de rezar Vísperas y Completas en el refectorio mientras se trabajaba. En seguida que la nueva superiora tomó en sus manos las riendas del gobierno, se le puso delante la humilde y modesta Crescencia, para decirle con santa libertad que Nuestro Señor quería que se quitase semejante abuso, porque el lugar para las divinas alabanzas es el coro, y que en recompensa Jesús prometía la abundancia de sus bendiciones. La intervención tan resuelta de Crescencia hizo mella en el corazón de la madre, la cual en el mismo día quitó aquel abuso. Por su parte Dios

(1) *Summ. n. 16, §. 27 y n. 20, §. 33.*

mantuvo su palabra, pues con el abuso desapareció también la miseria de aquella casa. Mas tarde la M. Juana se complacía en recordar que las bendiciones con que fué favorecida desde el principio de su oficio se debían todas atribuir á las oraciones y á las virtudes de Crescencia. «No hay en ello duda, decía, ninguno mejor que yo recuerda la extrema miseria en que se encontraba la comunidad cuando yo fuí nombrada superiora, pues no encontré en casa más que medio florín. Si no hubiera sido por Crescencia nos encontraríamos en las mismas condiciones». Y en verdad la Madre la confiaba sus afanosos cuidados, y de lo alto descendía siempre la providencia, muchas veces de un modo milagroso. Si había que pagar alguna deuda, venía una generosa limosna de personas distantes ó desconocidas, si el granizo ó las inundaciones assolaban los campos vecinos, los campos y el huerto del monasterio no recibían por eso daño alguno. Por una larga experiencia se convencieron de que en las manos de Crescencia las provisiones ordinarias como harina, manteca, grasa, pan, duraban cuanto ninguno podía esperar. Esto acontecía de manera aún más evidente en la distribución de las limosnas. Muchas veces las viandas parecían insuficientes para contentar el gran número de pobres.

Crescencia entonces levantaba el corazón á Dios, y la limosna se multiplicaba entre sus manos. Ott (1)

(1) Pág. 54.

cuenta un caso especial. Un viernes había á la puerta una multitud numerosa de pobres, venidos de la ciudad y de los pueblos circunvecinos para ver á su *querida madre*. Crescencia echó una mirada á las escasas sobras de pan que tenía y dijo: ¿Qué es esto para tantos pobres?, sin más se puso á rogar á Aquél que con menos todavía había saciado á cinco mil hombres, y después comenzó á distribuirlo. ¡Cosa admirable! No solo cada pobrecito de aquellos llevó su ración de pan, sino que con admiración de todos sobró todavía una cantidad considerable.

En consecuencia de estos hechos, todos recurrían á las oraciones de nuestra dichosa hermana y ella jamás dejaba de conceder su caritativa intercesión por cosas pequeñas ó grandes.

Un año la fiesta de la Porciúncula (2 de Agosto) cayó en viernes. Era costumbre dar la comida á todos los forasteros que acudían al monasterio. La buena Superiora Juana, deseando tratar bien á sus huéspedes y afligida porque no tenía pescado, rogó á su hija que viniese en su auxilio. Crescencia se sonrió. «Tened confianza, querida Madre, en el cielo saben que hoy es fiesta, y S. Pedro, como acostumbra cogerá peces en gran cantidad». Aludía á la fiesta de las cadenas de S. Pedro (1.º de Agosto). El día siguiente al amanecer se encontró á la puerta una canasta con muchos y excelentes peces, sin que se supiese quien la había mandado.

Otra vez la ecónoma Sor Joaquina Kogle (discípula de la Beata que después fué Superiora) se lamentaba también de no tener pescado. «Carísima hermana, la dijo Crescencia, os atormentais demasiado con el pensamiento de las cosas temporales. Rogad, esperad, y dejad hacer al buen Dios, y tendremos pescado bastante». Y así sucedió. En otra ocasión faltaba el vino hasta para la misa del día siguiente. Las hermanas á quienes estaba encomendado el cuidado de las cosas de casa, fueron á decirselo á la madre Crescencia, entonces superiora. «Tened confianza, las dijo, y volved á la bodega». Las dos hermanas volvieron allá llevandó consigo el rosario de la Madre, para ponerle alrededor del espetón. De pronto salió el vino claro y abundante, y de él se tuvo para tres semanas, hasta que llegó el barril ordinario. Semejantes maravillas se repetían á cada momento.

Un día se tenía que poner en el altar mayor una estatua pesada; varias hermanas probaron á levantarla, pero inútilmente. Pasa Crescencia é hizo otro tanto, pero apenas la tocó se vió á la estatua levantarse en el aire y por sí misma ponerse en el lugar debido á la vista de las hermanas estupefactas.

En este prodigio obró la caridad, en el que vamos á contar obró la devoción á María Santísima. Una estampita de la Virgen caída en el fuego, había salido negra, negra. La hija de María la coge entre las manos, sopla sobre ella y pasa por encima un paño blanco. Con este soplo y este ligero contacto, la

imagen volvió enseguida á su blancura y su belleza. Fué colgada en el coro, donde se convirtió en objeto de devoción para todas: y rogando delante de ella Crescencia, las hermanas creyeron haber visto llenarse de lágrimas los ojos de la Virgen (1).

Séanos permitido contar este otro hecho hasta gracioso. Una condesa de Viena mandó á la Santa Hermana una pequeña estatua bellísima, que representaba al Niño Jesús. Crescencia que tenía una tierna devoción á la Santa Infancia, sintió vivo deseo de exponer cuanto antes en la capilla al pequeño Rey. Para esto necesitaba vestir la imagen con una tela preciosa, pero no había dinero para comprarla; solo tenía la convicción contando con el permiso de la Superiora, que Jesús Niño pagaría él mismo su propio vestido, y así compró cuanto necesitaban.

Entonces ocurrió que cuando estaban las hermanas en el refectorio admirando el rico vestido del Rey Niño, una persona, jamás vista y que no volvió más, dejó en la portería una carta para Crescencia. Se abrió la carta y se encontró dentro la cantidad exacta que correspondía al valor de la tela. A una voz las hermanas todas exclamaron: «Jesucristo mismo ha mandado el dinero». Quién no se alegrará con estas buenas hermanas al ver cuan bueno y condescendiente es nuestro Padre Celestial, aun en

(1) Documento de la Superiora Joaquina de 1.º de Septiembre de 1753 en el Archivo del Monasterio.

las cosas pequeñas para manifestar su grande amor á los sencillos y humildes de corazón?

Sin advertirlo iba haciéndose dueña Crescencia de los corazones de las personas entre las que Dios la había puesto. Su exquisita caridad la ganaba el amor de todos, y ella los dominaba con sus maneras humildes y afectuosas. ¡Dichosos nosotros, si á su ejemplo los cristianos llamados á gobernar á otros no usasen otro cetro que el del amor! ¡Entonces el reinado de la caridad fundado por Jesucristo, con cuánta facilidad se extendería por el mundo entero!

Aquí es grato advertir que siendo Crescencia tan severa consigo misma, no tenía para con las demás, sino dulzura, indulgencia y cortesanía. Las alegrías y los pesares de las otras, eran alegrías y pesares suyos, y por amor á ellas dejaba gustosa su amada soledad, é interrumpía su habitual silencio. Su encantador aspecto aun cuando arreciaba la tempestad era el espejo de un alma llena de amabilidad é inundada de los carismas del Espíritu Santo. Afanosa y constante en las faenas más humildes de la casa, pronta por otra parte á intervenir en las recreaciones, poseía el secreto de sacrificarse sin aparentarlo, y de hacerse agradable á todos con su edificante afabilidad. Como estaba dotada de una inteligencia rica en pensamientos originales y elevados, no se desdeñaba de entretener á las hermanas con conversaciones festivas, si bien conseguido su objeto callaba por un

momento, y después con destreza llevaba la conversación á cosas espirituales. Siguiendo el ejemplo de San Francisco quería á sus hijas siempre alegres en el Señor, y tenía el don de convertir las recreaciones ordinarias en otros tantos entretenimientos celestiales, así es que al disolverse la reunión, solían decir: He ahí que nos hemos recreado en el alma y en el cuerpo. No era raro que algunas hermanas confesasen que salían de las recreaciones tan animadas por la Sierva de Dios, y más recogidas y aliviadas en el espíritu que solían salir de sus oraciones ordinarias (1).

Raras veces salía nuestra Beata de su amado monasterio, y eso por poco tiempo. Unicamente sabemos que visitó algunas veces el monasterio próximo de Mindelheim, de la orden tercera de San Francisco, gobernado por el mismo provincial. Una sola vez fué á Múnaco para consultar sobre cosas de espíritu á la priora de las Carmelitas descalzas, la madre Ana Josefa, religiosa de extraordinaria santidad, muerta el 6 de Diciembre de 1726. De esta visita habla por extenso el autor de la vida de dicha priora (2). ¡Crescencia, acompañada por Sor Isabel Krimner llegó á Múnaco en Abril de 1721, donde con el beneplácito del Obispo príncipe de

(1) Summ. n. 10 §. 207.

(2) Escrita por el P. José Stork del orden de San Benito, segunda edición pág. 530 á 540. Ausburgo, Pustet.

Freysing fué introducida en la clausura del monasterio carmelitano. Las dos almas escogidas se comprendieron recíprocamente, y se unieron en una santa amistad espiritual. De Crescencia se cuenta que mientras la priora hablaba del santo amor de Dios, derramaba copiosas y continuas lágrimas. Pasados allí unos pocos días, nuestra Beata muy consolada, volvió á su amado conventito, pero duró inalterable entre estas dos almas la unión íntima del espíritu que después se conservó también entre los dos monasterios.

Por lo que concierne á su vida interior, nos es imposible seguir el orden cronológico, porque muchas noticias que encontramos en los documentos no tienen fecha. Por esto en el segundo libro nos ocuparemos en recoger estos fragmentos esparcidos para formar con ellos un solo cuerpo exacto tal vez. En el tercer libro volveremos á tomar el hilo de nuestra historia. Pero antes de cerrar el presente echemos una mirada con el P. Ott (1) y con algún otro contemporáneo á la persona de nuestra amada y venerable Crescencia.

«Sor Crescencia era de mediana estatura, de bellas formas, de aspecto alegre pero digno, su complexión era tan delicada que en su rostro blanco con tinte rojo, se la podían contar las venas. Tenía una voz dulcísima, una palabra que hacía vibrar todas las fibras del corazón. Toda su persona respiraba

(1) Lib. IV. cap. 3.

pureza y modestia virginal y de una imponente dignidad hasta el punto, que vista una sola vez se ganaba la admiración y la simpatía de cualquiera, despertando al mismo tiempo en quien la miraba una afición grande á la pureza, porque su cuerpo no era más que un limpiísimo espejo del alma noble y santa que en él habitaba». En cuanto á las dotes del alma tenía una capacidad más que ordinaria, una inteligencia clara, un entendimiento fácil, una memoria buena, una imaginación riquísima y así acostumbraba á vestir sus pensamientos con imágenes nuevas y muy acomodadas para hacerse comprender de todos.

Las dotes naturales del ánimo que también eran muchas y excelentes, desaparecían ante los dones que el Espíritu Santo había derramado en ella á manos llenas como nos lo dejó escrito en el año 1736 uno de sus confesores (1). «Yo que suscribo atestiguo delante de Dios, mi justo Juez después de madura reflexión, con pleno conocimiento de causa basada en la experiencia de dos años que he sido confesor ordinario del monasterio de Kaufbeuren, atestiguo, digo, que en lo que toca al espíritu de Sor María Crescencia de Höss no puede haber el más pequeño engaño ó fraude por cuanto me ha sido dado entender. Su humildad extraordinaria y profundísima, su obediencia en todo, resignación absoluta

(1) Act. B. Summ. addit. pág. 12.

en los innumerables sufrimientos del cuerpo, celo inacabable por la oración y por la unión íntima con Dios, horror hácia todo lo que pudiese ofender la castidad, recogimiento perpétuo, amor ardiente para con Dios y para con el prójimo, arte maravillosa de avalorar las más pequeñas acciones con intenciones sublimes, con el cuidado incesante de ofrecer todo á Dios, en suma, su vida verdaderamente seráfica encierra todo aquello que se estima y venera en los más grandes santos.

«El cielo mismo ha dado testimonio del buen espíritu de Crescencia, pues á muchísimos que se han encomendado á sus oraciones, ó que por sus méritos han implorado el divino auxilio ha concedido gracias singulares, de los cuales yo mismo habiendo sido aunque indigno, ó espectador ó favorecido puedo referir en gran número.

«Así yo lo afirmo según está en mi conciencia, por mi honor de sacerdote, delante de Dios, y lo suscribo de mi puño y letra, y pongo el sello acostumbrado.

«Kaufbeuren, á 15 de Septiembre de 1736.

«Bartolomé Binner, de la Compañía de Jesús, confesor del monasterio de Mayeroff».

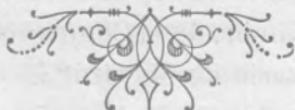
Pasamos en silencio las relaciones de los otros confesores, y entre ellas la que el Padre Genaro Meyer dió á ese propósito en el lecho de muerte. No podemos sin embargo, dejar de referir las hermosas palabras, con que el P. Pamer cerraba su minuciosa

y particularizada memoria (1). «En verdad como en una cadena un anillo se une con otro anillo, así en Crescencia una virtud se unía con otra virtud, un acto heroico con otro acto heroico, formando en el más alto grado de intensidad la cadena de una vida santa».

¡Oh! cuán pobres, y cuán llena está de lagunas y de contradicciones, de propósitos estériles y de comienzos sin perseverancia la vida de tantos cristianos, hasta piadosos en comparación de la de Crescencia! La cadena de oro de las gracias divinas se rompe siempre por nuestra culpa, y por nuestras negligencias, mientras «La senda del justo es como la luz esplendorosa que avanza y se aumenta hasta el día perfecto de la eternidad» (2).

(1) En el lugar citado anteriormente, pág. 7.

(2) Prov. 4, 18: *Justorum autem semita quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectam diem.*





LIBRO SEGUNDO



EL RETRATO DE LAS VIRTUDES HERÓICAS DE LA BEATA

CAPITULO PRIMERO.

La fé, fundamento de su vida (1).

La fuerza vital del árbol en su duración y su extensión se calcula por la fuerza y la profundidad de sus raíces. De la misma manera la vida sobrenatural en el hombre depende de la fé, según el Concilio de Trento (2), «principio de la salvación del género humano, fundamento y raíz de la justificación».

Crescencia comentaba este punto doctrinal de esta manera; «La fé es el único camino seguro para conducirnos sin peligro de extravío, ella sola nos puede hacer gozar de Dios, en cuanto es posible, aun en este mundo miserable.»

(1) Summ. n. 7, §. I, 395, y Act. B. inform. n. 31-58.

(2) Conc. Trid. Sess. 6, cap. 5.

Una tal convicción la hacía que considerase como un bien inestimable la gracia de la fé. Cuando hablaba de esta virtud, su discurso era un himno á la grandeza de este don, un cántico á la bondad de Dios, porque la había hecho nacer de padres católicos, crecer en el seno de la verdadera Religión, mientras que en derredor suyo había visto tantas otras criaturas privadas de esta suerte. Sor Gabriela (1), la oyó repetir muchas veces. «No estaría contenta de haber sido criada, si el buen Dios no me hubiera hecho miembro de la Iglesia Católica, favor tan señalado que no podré agradecer bastantemente en toda la eternidad. Sí, la fé supera en excelencia á la creación misma, porque los infieles criados como nosotros, no se salvarán por no tener fé». Esta estima de la fé, unida á una tierna caridad para con todos, pero especialmente para con sus conciudadanos la hizo derramar abundantes lágrimas, mientras vivió por la suerte desgraciada de tantas almas de su tiempo, separadas de la iglesia verdadera. De continuo subían de aquél pecho al Padre de las misericordias fervorosas plegarias, acompañadas de ásperas penitencias para volver al Buen Pastor las ovejas descarriadas. A este fin no dejaba nunca de exhortar á sus hermanas en especial á sus novicias, á ocuparse en la conversión de los protestantes. Cuando ocurría hablar de ésto, su pálida figura se

(1) Pág. 19.

ponía encendida, gruesas lágrimas regaban su rostro ó sinó los sollozos ahogaban la palabra en su garganta, oyéndose solo sus lamentos. «Ah ¡si los hombres quisieran de veras creer en Dios, si le quisieran conocer como se debe!».

No conociendo fronteras su celo abrazaba á todos los infieles, á todos los herejes. Era nada para ella cualquier sacrificio para volver una sola alma á la fé, por ésto todos los días se ofrecía como víctima á este fin. Y esta oferta no era una simple fórmula, era la expresión sincera de un deseo inmenso, que traspasando su alma de dolor, parecía dominar todos sus sentimientos, hasta su amor por la soledad. Si la voluntad de Dios no la hubiese detenido, este angel de caridad, hubiera tendido su vuelo á lejanas playas, dispuesta á dar la vida por las almas, como descubrimos en este grito propio de un Apóstol: «No soy más que una pobre mujer, sino en el primer navío me iría á las Indias para llevar á Jesús á los paganos ó al menos para ofrecer mi sangre á Dios».

Lo que no podía poner por obra procuraba conseguirlo con la oración y las penitencias. Era conmovedor oirla hablar cuando la Providencia conducía á su presencia algun misionero. Con acentos sublimes infundía en su pecho nuevo valor, y le rogaba, le conjuraba á seguir con generosidad la vocación divina. Después que se marchaba, ya estaba delante de Jesús para recomendar al apóstol, invitando á las hermanas á hacer otro tanto.

La sola cosa que tenía muy en el corazón era la dilatación del reino de Dios sobre la tierra. Las noticias del día, los acontecimientos del mundo no la preocupaban nada, pero su oído estaba siempre atento á los discursos que de un modo ó de otro se referían á los intereses ó á la doctrina de la Iglesia. Bastaba la relación de una conversión, de un pequeño adelanto en la propagación de la fé para alegrarla y hacerla prorrumpir en cánticos de acción de gracias al Padre de las luces con maravilla y edificación de los presentes. Tales alegrías eran experimentadas por Crescencia en dos ocasiones, cuando la llevaban la noticia de que una familia entera de su ciudad había dejado el luteranismo para hacerse católica. Además cuando llegaba á saber que había muerto un niño protestante al pensar que de ese modo había conseguido vivir para siempre la vida verdadera con los escogidos, saltaba de gozo como se alegran por lo mismo los ángeles del cielo.

¿Más quien podrá describir el dolor que experimentaba con la noticia de las apostasías, de las divisiones, de los escándalos de los católicos ó de los triunfos de los enemigos de Cristo y de su Iglesia? La oración y el abandono en la voluntad de Dios eran lo único que podían conservar su paz interior.

De esta gran estima de la fé provenia la devoción especial de Crescencia para con los santos mártires. Dar la vida y derramar la sangre por la fé de

Jesucristo era para ella el supremo honor que un cristiano puede anhelar, honor de que ella se juzgaba indigna. Al solo nombre de mártir se ponían en conmoción en su pecho los sentimientos más diversos de admiración y de gozo y se inflamaba en ella el deseo de hacerse digna de favor tan grande. Por tal manera se fundían á la vez en aquella alma el martirio de la fé con el martirio del amor, y no pudiendo dar su sangre por el primero echaba mano de las disciplinas para sacrificarse en aras del dolor voluntario. Ni las enfermedades, ni la flaqueza, ni los achaques propios de la edad pudieron detener su brazo; tanto que después de su muerte se pudieron observar en su cuerpo virginal frescas aun las huellas de sus austeridades.

El P. Pamer (1) refiere que Crescencia al rezar el *Gloria Patri* mientras inclinaba profundamente la cabeza, ardía en el deseo de que se la cortasen por la gloria de la fé católica.

Con frecuencia era arrebatada en éxtasis en las fiestas de los santos mártires. Cuando cesaba aquel estado sobrenatural salían de sus labios palabras vivisimas de alabanza á los santos y de exhortación para las hermanas.

Este espíritu de fé tan extraordinario se comprenderá mejor viendo como tal virtud era en ella *pura, firme, iluminada y viva.*

(1) Carta del 3 de Enero de 1756.

Era *pura* porque ateniéndose á la revelación en absoluto no tenia más que un motivo de creer: la autoridad de Dios que revela manifestándose al entendimiento: los otros motivos ofrecidos por la razón, cesaban de brillar como estrellas al aparecer el sol de la verdad. Su inteligencia se elevaba por encima de los sentimientos y de las imágenes naturales, de las ideas y de los razonamientos humanos, de la sabiduría y de la ciencia de los mortales.

Crescencia con la sencillez de una niña escuchaba la voz del Padre celestial reposando tranquila en aquella primera Verdad que ni se puede engañar á sí misma, ni engañar á los demás. Hacia la verdad suprema tendía con todas las potencias de su alma, con energía y juntamente con docilidad, porque la certidumbre de la fé, para ella superaba cualquiera otra certidumbre, que pueda brotar del más profundo trabajo del espíritu. Así es: la fé hace bajar la cabeza delante de Dios, aun cuando su palabra esceda los límites dentro de los cuales está encerrada nuestra inteligencia, lo mismo que cuando choca con la experiencia de los sentidos, antes al contrario, en esas ocasiones la fé perfecta hace inclinar la cabeza con mayor gusto, que el que se experimenta cuando la revelación responde á nuestros cortos alcances.

Para nuestra Beata no había consuelo más puro que ocuparse durante el día en hacer muchos actos de fé. «Vos, Dios mio, solía decir, que lo veis todo,

lo habeis dicho, y yo lo creo firmemente.» O bien repetía. Oh! secretos del Señor, que santos son y que estupendos! «Yo quiero creer en Vos, quiero confesaros con el corazón y con los labios». Con tal manera de creer, exenta de todo juicio propio, Crescentia evitaba todos los peligros á que están expuestas las almas, que andan por caminos extraordinarios de la vida espiritual, y que por lo mismo están sujetas á repentinas alteraciones en sus sentimientos. Su fé no vacilaba jamás, ya fuese envuelta en los resplandores de la visión, ya estuviera cercada de tinieblas en la noche oscura.

Siguiendo el consejo del Apóstol San Pedro se atenía á las enseñanzas de la Iglesia, como «á oráculos asentados sobre base firmísima á los cuales es bien atender, como á un faro que luce en lugar obscuro mientras no despunte la aurora y se levante en nuestros corazones la estrella de la mañana»(1).

Y por esto solía decir. «Para mí vale más un artículo de fé, que todas las revelaciones particulares juntas; con estas podré ser engañada, con aquél yo descanso en la verdad infatigable». Sor Gabriela refiere estas palabras (2). «No hay en ello duda alguna, decía también, es una gracia grande la que hace Jesucristo cuando se aparece á una criatura,

(1) Petr. 1, 19: Et habemus firmiorem propheticum sermonem cui bene facitis attendentes, quasi lucernæ, lucenti in caliginoso loco, donec dies elucescat et lucifer oriatur in cordibus vestris.

(2) Pág. 24.

sin embargo no lo deseo, porque me basta la fé que me hace ganar el mérito de creer lo que no veo. No es objeto de fé lo que se ve con los propios ojos, creamos sí lo que no vemos, busquemos á Dios á la luz de la fé, y el Evangelio nos dirá bienaventurados» (1).

Estas máximas eran la guía de nuestra Beata en las alternativas de la vida mortal. Como Dios mismo condujo á Israel por el desierto á la tierra prometida, apareciendo de día en forma de una columna de nube, y por la noche en la de una columna de fuego (2), así Él mismo conduce á las almas escogidas á la patria celestial con la luz de la verdadera fé. Por esto nuestra Beata en la luz espiritual del día y entre las tinieblas terribles de la noche no perdía de vista la guía de esta virtud. Ilustrada con frecuencia con visiones y revelaciones sobrenaturales no hacía gran caso de tales luces, ni fijándose en ellas dejaba la alta posición de la fé; la cual si bien es oscura para el entendimiento humano, es el medio aptísimo de unir nuestra mente con la primera verdad y en realidad es en sí misma más sublime que todos los distintos conocimientos que el entendimiento del hombre puede comprender. Antes bien todas las visiones y revelaciones la servían

(1) Joan. 20, 29; Beati qui non viderunt et crediderunt.

(2) Exod. 13, 21: Ostendebat viam per diem in columna nubis et per noctem in columna ignis; ut dux esset itineris in utroque tempore.

como de medio para engolfarse más en esta obscuridad de la fé, como la llama S. Buenaventura (1), y levantarse sobre sí misma, para abandonarse del todo en la palabra de Dios.

La firmeza y pureza de su fé llegaron principalmente á su colmo cuando el Señor la sustrajo toda otra luz sobrenatural, poniéndola en el estado que San Juan de la Cruz llama la noche oscura de los sentidos y del espíritu. En este estado penoso cesando á la vez que las ilustraciones divinas, toda devoción sensible no la quedaba más que la brújula de la fé, para encaminarse hácia el fin supremo, hácia el cual se dirige con tanta mayor energía, cuanto más penoso era aquél abandono aparente. Por tal manera su fé crecía de grado en grado, y de esplendor en esplendor, hasta el punto de perfección que puede considerarse como la aurora del día eterno en que el alma contempla á Dios claramente (2). Su heroísmo en el ejercicio de la virtud de la fé, junto con los dones del Espíritu Santo parecía hacerla ver más bien que creer los misterios encerrados en ella, á semejanza de Moisés, de quien dice San Pablo (3): «Tenía delante á lo invisible como si

(1) Cfr. *Itinerarium mentis in Deum*, c. 7, ns. 4-5.

(2) Hebr. 11, 27: *Invisibilem enim tamquam videns sustinuit.*

(3) II. Cor. 3, 18: *Nos vero omnes, revelata, facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur á claritate in claritatem, tamquam a Domini spiritu.*

lo viese con sus propios ojos». «Oh, ¡Dios mio! exclamaba ella, aun cuando se multiplicasen las apostasías y todo el mundo renegase de la fé, confiaría en vuestra gracia que no me alejaría un punto de la verdad que habeis revelado por la que sostendría la contradicción de todos hasta el martirio. Lo sé, lo creo, Dios es infalible en todo lo que nos ha revelado, y nos enseña por medio de su Iglesia».

«Os digo la verdad, repctía á las hermanas, si Jesucristo se mostrase visiblemente en la hostia, aun cuando me fuese fácil verle, no alzaría los ojos para verle: antes los cerraría, porque la fé me dá una certeza de la presencia real de Jesucristo infinitamente mayor que la que me puedan dar los sentidos».

Una fé tan pura y tan firme no podía menos de llevar consigo la paz, la luz y el consuelo que S. Pablo deseaba á los Romanos (1), cuando los escribía; «Que Dios autor de la esperanza os llene de gozo y de paz en vuestra fé, á fin de que vuestra esperanza vaya creciendo de día en día, y con ella crezca la gracia del Espíritu Santo».

En las lecturas de comunidad y en las conversaciones ordinarias cuando se hacía mención de cualquier misterio de la fé, la luz interior solía inflamar

(1) Rom. 15, 13: Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo, ut abundetis in spe et virtute Spiritus Sancti.

de tal manera sus afectos, que no conseguía reprimir la conmoción interior, sin que los presentes la advirtiesen por los efectos exteriores.

Al solo nombre de Trinidad, de Encarnación, de Santísimo Sacramento, la Beata se sentía encender en un fuego interno, que la arrebatava en éxtasis. Lo mismo ha de decirse del nombre de Belén. Cuando en la vigilia de la Navidad Crescencia tenía que leer el Martirologio en el refectorio, con todos sus esfuerzos no podía balbucir más que las primeras palabras. «Mañana Jesucristo»... Y su conmoción se comunicaba á las otras, hasta que por fin otra tenía que acabar la lectura.

No es de admirar que con una fé tan viva resolviese nuestra Beata con la mayor facilidad cuestiones muy árduas en materias teológicas. Varias personas doctas nos han dejado testimonio de esta ciencia infusa, no se cansan de elogiar la precisión en el lenguaje de la pobre religiosa, que no sabía más que leer y escribir. Entre otros cuenta el Padre Pamer haber quedado asombrado al oír una vez como la Beata comentó el *Magnificat*. Citando una tras otra las palabras de este cántico, exponía los misterios que encerraba con tanta gracia y con unción tan grande que el Padre hubo de confesar que en su vida había oído cosa semejante (1). Otro testimonio tenemos del provincial el Padre

(1) Ott. lib. II, c. 5.

Benjamin Elbel, hombre de gran mérito cuyas obras de Teología Moral son conocidas y apreciadas por todos aun en nuestros días (1).

La Santa Escritura como es natural, era para Crescencia una fuente inexhausta de luz y de consuelo. Plugo al Espíritu Santo romper los sellos del libro sagrado y hacer que la mirada de su esposa se espaciase en la inmensa extensión de los libros inspirados para confusión de muchos doctos únicamente atentos á la letra, sin fijarse en el espíritu. ¡Infelices! en vez de encontrar allí la vida, acaban por ser víctimas de la letra que mata y que ellos tuercen con el mismo encarnizamiento con que los judíos se arrojaron contra el Señor. Los evangelios, especialmente eran caros á Crescencia: de ellos sacaba la materia para la meditación, y como los sabía casi de memoria, señalaba muy bien el lugar donde se hallaba tal ó tal texto. «Aunque no hubiera más libros, solía decir, que los Santos Evangelios ellos solos bastarían para conducir á un alma por el camino de la santidad, porque la fuerza de la palabra del Señor bajando hasta el fondo del corazón y penetrando hasta la médula de los huesos, enseña el arte de amar, de padecer, de obrar y de combatir» (2).

Por esta razón no se cansaba de recomendar á sus hijas la lectura y la meditación del Santo Evangelio «de este libro del cielo», como ella le llamaba.

(1) Murió el 4 de Junio de 1756.

(2) Summ. n. 21, §. 54.

Cuando ocurría hablar de él, en especial cuando explicaba á las novicias algún pasaje evangélico, de silenciosa que era ordinariamente se hacía elocuentísima. Era hermoso oír con qué arte intercalaba los ejemplos de los Santos, en las enseñanzas más sublimes, y con cuanta delicadeza sabía sacar de las cosas más usuales las comparaciones mejor acomodadas para hacerse entender por todas.

Algunos de estos entretenimientos espirituales recogidos por las novicias se conservan todavía en el convento. Ciertamente que tales apuntes no pueden darnos la palabra viva de la Beata, sin embargo no le será enojoso al lector conocer alguno que otro fragmento. Las frecuentes alegorías nos indican el gusto de aquella época. Si hoy no se estiman tanto, no por eso se las querrá negar el mérito de imprimir mejor en la memoria las enseñanzas que contienen.

Habiéndola preguntado durante el Adviento sobre el modo mejor de prepararse á la gran fiesta de Navidad, Crescencia decía á sus novicias:

«Proponed, ofrecer á Jesús en vez de un establo y un pesebre un espléndido palacio». Para construir un edificio material, lo mismo que para uno espiritual se necesitan cinco cosas: 1.^a fundamento sólido; es decir, la práctica de una humildad profunda. 2.^a Levantarlo recto; obediencia perfecta. 3.^a Acuerdo completo entre los trabajadores; concordia y unidad fraternal. 4.^a Materiales escogidos,

agua, piedras, cemento y maderas; todo lo cual se ha de buscar en la meditación. La madera en el huerto de las Olivas considerando los dolores de Jesús y de María, las vigas en la Cruz de Jesucristo, las piedras morando en el Calvario, el barro para hacer los ladrillos en nuestra bajeza y nuestra maldad para hacerla cocer en el horno del Corazón de Jesús; las pequeñas mortificaciones serán el cemento sobre el que se echará agua del torrente Cedrón. 5.º Buenos instrumentos, que son los mismos de la Pasión, el martillo, las tenazas, la escalera, los clavos, las sogas y las varas. Cada cual podía escoger uno de los instrumentos teniéndole delante de los ojos del alma como objeto de meditación mientras se ocupaba en el trabajo de manos.

Después las daba las reglas prácticas para levantar el edificio en las cuatro semanas de Adviento. El Eterno Padre se vé considerado como el arquitecto, y el Espíritu Santo como el empresario de la obra, á fin de que el palacio resulte digno en todo del Hijo de Dios. San José será el carpintero, los Angeles los obreros. Para esto se empieza el día con un acto de fé, diciendo: el arquitecto me llama al trabajo. Después levantadas del lecho por obediencia se hará un acto de esperanza poniendo el trabajo en manos de aquel cuyo poder sostiene al mundo. En seguida se irá al coro sin tardanza «al arsenal del amor», para sacar del tabernáculo los

instrumentos necesarios, pidiendo al Señor que dirija nuestras acciones segun su beneplácito.

Aquí indicaba Crescencia las oraciones, las intenciones y los actos de virtud, que se podían hacer especialmente durante la oración, la Misa, el oficio divino y las labores. Los instrumentos del trabajo pueden traer á la memoria los de la Pasión y mientras se ocupan las manos los labios y el corazón repetirán: «Sea por siempre bendito el seno virginal de María. Bendito y alabado sea, ¡oh María! el tesoro nobilísimo que habeis concebido por obra del Espíritu Santo».

Al sentarse á la mesa se podrá meditar el amor generoso del Señor para aquellos que trabajan pensando que él es quien nos dá por sus propias manos buenos alimentos, cuando nosotros no merecemos más que pan y agua. El dolor y el propósito acompañarán estas reflexiones.

Examinando la conciencia conviene ponerse en la presencia del divino empresario el Espíritu Santo, pidiéndole su consejo, para visitar la fábrica, é inspeccionar en especial los tres primeros puntos. Por último antes de entregarse al descanso, es menester pedir perdón de todas las faltas y negligencias, reponer en el tabernáculo los instrumentos, pedir á los Angeles que velen por los que duermen, y defiendan de los enemigos la propiedad del futuro Mesías. Entonces podremos darnos al descanso, al dulce descanso en el regazo de María.

Una bellísima relación nos hace ver además que junto con la Santa Escritura sabía también leer con ojo penetrante en el libro de la creación. «Un día, refiere Sor Rafaela (1) entonces novicia, la madre Crescencia me llamó diciendo; te voy á dar un recuerdo, y ofreciéndome la hoja de un árbol me dijo. Mira hija mia una partecita de la omnipotencia de Dios. Yo entre mi decía, ¿qué significa esto? pero sin atreverme á preguntar nada. Entonces la Madre tomó la hoja en la mano y dijo:

«Considera bien hija mia, cuanta sabiduría, cuanta bondad, y cuanto poder se encierran en esta pobre criatura. La omnipotencia la ha dado el ser y se lo conserva, porque sin esto volvería en seguida á la nada: la sabiduría se manifiesta en los tejidos: cada punto, cada hilo tiene su razón de ser y su objeto, y todo en ella está tan admirablemente ordenado, que el árbol entero se halla como dibujado en esta hoja; la bondad... Dios ha creado esta hoja para nuestro bien en el tiempo y en la eternidad. Nosotros, por lo tanto, debemos mirar y admirar en ella al Criador, amarle, adorarle, reconocer que el árbol existe, florece y fructifica para nuestra utilidad y nuestro consuelo.

«Se puede aun, continuaba diciendo, considerar el mar en esta pequeña hoja. Todos los arroyos, los

(1) Sor Rafaela Müller, fué después Superiora desde 1769-1799.

torrentes y los ríos atraviesan los montes y los valles para llegar al mar. Esto se halla figurado en las pequeñas venas de la hoja, en las que nos es dado por otra parte ver como sombreados los caminos que á través de este valle de lágrimas conducen al cielo. Las puntas de la hoja traen al pensamiento los límites impuestos al mar por Dios, para que no inunde la tierra. En los hilos no solo se representan los ríos y los arroyos, sino también los dones de naturaleza y de gracia, las santas inspiraciones que traspasan los valles y los montes, las rocas y los abismos que se encuentran en el corazón humano. Y con tal que no se opongan obstáculos á la divina gracia, sino que haya cooperación de parte del hombre, todas las virtudes germinan y florecen.

«¡Oh! Dios, cuán grande es vuestro poder cuán incomprensibles vuestros caminos! Bendito seais en las obras de vuestras manos!»

Otras veces se ponía *Crescencia* á ensalzar los atributos divinos en los animalejos, como las moscas, las hormigas y abejas. «Aunque tan pequeñas, decía, no falta nada á estas bestiecitas, tienen ojos, orejas, boca, pies, alas y todos los otros miembros tan proporcionados que superan al entendimiento humano». Si nuestros ojos y nuestros corazones estuvieran perfectamente purificados, todas las criaturas serían también para nosotros un espejo de las cosas divinas y como la escala de Jacob para subir desde la tierra al cielo.

Y lo que más importa, una fé tan ilustrada no era solamente rica en pensamientos y palabras sublimes, sino que además era fecunda en frutos, y según el dicho del Apóstol S. Pablo (1), *en frutos de luz*, esto es, de una vida santa, interior y exteriormente, efecto de la fé.

«El justo mio vive de la fé» (2). He ahí las palabras que retratan como con un pincel el carácter de la vida de Crescencia. Al resplandor de esta virtud, reflejo del rostro de Dios y superior á la luz que nace de los espíritus limitados de la tierra, percibía su alma la inspiración de los pensamientos, de las palabras, de los deseos y de las obras. Toda su vida revela la presencia de esta luz superior é inefable que fija al alma en Dios, é imprime en ella, como dice San Buenaventura (3), su sello de vida en tres maneras: con el heroismo de la virtud, con el celo grande por la verdad y con la caridad sobre abundante. El heroismo se mostraba en la práctica de las más hermosas virtudes, por las cuales no había lucha que no afrontase; el celo se revelaba en apartar de sí hasta la más ligera sombra del mal, al mismo tiempo que anhelando siempre á lo mejor, nada la podía detener para conseguirlo; la abundancia de la caridad,

(1) Eph. 5-9; Fructus enim lucis est in omni bonitate et justitia et veritate.

(2) Hebr. 10, 38: Justus, autem meus ex fide vivit.

(3) S. Buenaventura, Collation. in Hexaem. collat. 9, n. 27 y 29.

que no conocía medida ni regla de prudencia humana, la hizo pasar por insensata, porque evidentemente la caridad había hecho en verdad que «el mundo estuviese crucificado para ella y ella para el mundo» (1).

De aquí provino que á Crescencia le pareciese la vida de fé la mayor de las gracias, pidiendo ella al Señor en la oración que la condujese por esta senda segura. «Como los hombres tuviesen una fé sincera, decía, en la infinita grandeza de Dios, en su deseo de hacernos felices, en la premura que tiene de hacernos tales en el tiempo y en la eternidad, no se encontraría uno que no le amase con todo su corazón».

Al ver como muchas personas devotas con todos sus ejercicios de piedad no dan un paso adelante en el camino de la perfección, esta verdadera creyente atribuía semejaute hecho á falta de fé. «Estos, decía, malgastan el talento de la fé». «¡Dichosa el alma que desconfía de su propio juicio y no quiere por guía otro faro que la palabra divina! ¡Y cómo podré yo agradecer bastante á mi Dios que me conduce por este camino?». De aquí que no dejase por probar medio alguno para enriquecer sus acciones con intenciones santísimas: así se formó en ella bien pronto el hábito de no considerar en todas las cosas

(1) Gal. 6, 14: Per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.

sino los intereses de la eternidad. El mundo y todo lo que pasa era nada á sus ojos. Solo Dios era todo. Las cosas que de ordinario llenan el corazón del hombre, Crescencia las tenía debajo de los pies, y, semejante á los Angeles ante el trono de la divinidad, tenía siempre la vista de su mente fija en el Eterno. «Me parece decía con ingenuidad, que en el mundo no hay más que Dios y yo: ¡Ah! hermanas es una gracia inestimable tener siempre presente al Bien infinito. Yo os suplico que esteis siempre penetradas del espíritu de fé».

Y los frutos que de aquí sacaba eran: sencillez de corazón, una perfecta pureza de conciencia, una paz imperturbable, progresos harmónicos y constantes, recogimiento continuo, fuerza en las tentaciones y abandono completo en Dios, en medio de los más crueles dolores y las penas más imprevistas.

Añádase á todo esto una afectuosa veneración á la Santa Iglesia. En su espíritu de caridad tendía sus brazos igualmente á la cabeza y á los miembros, al Padre y á la Madre, á Cristo y á su Iglesia, según la exhortación de S. Agustín, «Amemos á Dios como á nuestro Padre, y á la Iglesia como á nuestra Madre» (1). Animada por este pensamiento Crescencia solía llamar á la santa Iglesia «mi amada madre», para con la que observaba el cuarto mandamiento como ningún hijo le ha observado jamás.

(1) Serm. 22. c. 9, n. 9.

De la boca de esta madre querida escuchaba con perfecta docilidad la palabra de Dios, teniendo además en suma estima sus pequeñas advertencias, sus costumbres y ceremonias. ¿Y qué diremos del respeto á la Santa Sede? No solo consideraba al Papa como á un Padre, sino como á Jesucristo mismo. Serle fiel, aunque costase la vida, era para ella el primer deber de todo cristiano. «Sed fieles, decía á las hermanas, sed fieles á la Santa Iglesia hasta la muerte y si es necesario dad por ella la sangre y la vida (1). La Iglesia no puede caer en error, que lo ha dicho la Verdad Eterna, si no teneis ocasión de darla prueba de vuestro amor y de vuestro acatamiento en cosas grandes, dadse la en las pequeñas. Observad sus mandamientos, tened muy en cuenta los sagrados ritos, celebrad con pompa sus fiestas; en una palabra, sed siempre y en todo hijas obedientes de la Santa Iglesia Católica».

Para las prácticas de piedad no tenía otra guía más que la recomendación de la Santa Sede, y si alguien la pedía un reglamento de vida, Crescencia al momento comenzaba por la necesidad de atenerse á las doctrinas, y á las costumbres de la Santa Iglesia, «la maestra por excelencia». Todo error, aun las opiniones de fecha reciente, eran para ella objeto de horror. Y cuánto no sufrió cuando llegó á saber que se hablaba de ciertos rosarios salidos de sus

(1) Ott. pág. 48, y en las Actas á cada paso.

manos y bendecidos por sacerdotes adictos al monasterio, como si hubiesen sido bendecidos é indulgenciados por el mismo Jesucristo! Protestó con las lágrimas en los ojos é hizo cuanto pudo por destruir esta ridícula invención, creada por la credulidad popular. No obstante esto, tan absurda superstición continuó teniéndose por verdadera bastante tiempo y suscitó sérias dificultades para la beatificación, teniendo que hacerse un proceso particular para destruirla (1).

Hasta el profundo respeto hacia los sacerdotes era, uno de los frutos de la fé viva de Crescencia, la cual podía decir con el Seráfico Patriarca, «si me encontrase con un angel y con un sacerdote, primero haría acto de reverencia y de honor al sacerdote. En el angel yo no vería más que un angel, mientras que en el Sacerdote, yo veo á Jesucristo mismo».

Después de los sacerdotes venían las autoridades civiles como mandatarias de Dios. Sobre este punto no sufría que nadie se atreviese á criticar ó faltase al respeto debido. «Debemos respetarlos, decía, porque Dios Nuestro Señor y legislador así lo quiere».

Con esta fé que lo abrazaba todo la Beata llegó al fin de la vida y pudo vencer la misma muerte. «Oh! misterios del Señor. Oh! misterios del Señor, exclamaba, yo quiero creer en ellos hasta el último suspiro». Próxima á espirar se volvió al P. Pamer y

(1) Act. B. Resp. n. 100 y siguientes.

le dijo. «Protesto á la faz del cielo y de la tierra que quiero morir en el seno de la Santa Iglesia Católica romana». Después viendo á las hermanas que lloraban por los dolores atroces que sufría exclamó: «¿Por qué llorais? Son bien pequeños é insignificantes los males que sufro en comparación de los tormentos de los santos mártires. Ellos los abrazaron valerosamente por la fé. Plegue á Dios hacerme sufrir á semejanza suya».

De esta manera la Virgen prudente con la lámpara encendida en la mano «se llegaba á Jesucristo con un corazón sincero en la plenitud de la fé» (1).

(1) Hebr. 10, 22: *Accedamus cum vero corde in plenitudine fidei.*

CAPÍTULO II

La esperanza, su fuerza. (1)

Con mucha razón la esperanza puede llamarse la primogénita de la fé. Ella levanta el corazón del hombre, enciende en su alma el deseo de poseer el Bien inefable en que cree y le hace descansar confiadamente en Aquél «que no falta á sus promesas, porque no puede contradecirse á sí mismo» (2). Fija en Dios, ayudada por El, su esperanza, abraza á Dios mismo y la hace gozar, dice Santo Tomás, anticipadamente el Bien esperado. «En esta virtud teologal se encuentra la fuerza motriz que dirige al alma hácia su fin sobrenatural y el valor para afrontar y vencer los innumerables obstáculos del viaje. La esperanza sirve á nuestra alma de ánora segura y firme que llega hasta el fondo» (3).

«Como el ánora, según el comentario de Santo Tomás retiene inmóvil á la nave en medio de las olas, así la esperanza fija al alma en Dios en medio

(1) Summ. N. 8. §. 1 á 317.

(2) II Timo. 2.-13: Si non credimus ille fidelis permanet, negare se ipsum non potest.

(3) Hebr. 6, 19: Spem, quam sicut anchoram habemus animæ tutam ac firmam, et incedentem usque ad interiora velaminis.

del mar de este mundo con esta diferencia que el áncora se echa á bajo, en lo profundo, mientras la esperanza se arroja á lo alto, en Dios. Y á la verdad en la tierra no hay nada sólido en que podamos fijarnos, apoyarnos y reposar».

El maestro de Crescencia, es decir el Espíritu Santo, la enseñó muy pronto á echar el áncora á lo alto, por encima de todo lo creado, en el corazón paternal de Dios, donde no hay peligro de que se levante tempestad alguna. Los vientos, desencadenados contra la frágil navecilla de su corazón, lejos de causarle daño alguno, servían para acrecentar su fuerza y su confianza en Dios. De donde sacaba esta consecuencia práctica: «Dejad de vivir antes que de esperar». El primer efecto de su fé fué un ardientísimo deseo de alcanzar á Dios único y sumo Bien suyo. Mientras los hombres del mundo no aprecian ni desean más que cosas pasajeras y viles, ella por alcanzar á Cristo, (1) tuvo por lodo de la tierra todo lo que no era Dios, ó medio para llegar á El. Practicaba lo que solía decir. «Es necesario levantar la mirada de lo visible, á lo invisible, y poner en el Señor toda la esperanza».

El deseo de poseer el Bien supremo la devoraba. Algunas veces se la veía alzar al cielo los ojos llenos de lágrimas, mientras del corazón exhalaba este suspiro: «Adveniat regnum tuum». O bien esta

(1) Phil 3. 8: Omnia detrimentum feci, et arbitror ut sterora, ut Christum lucrifaciam.

otra: «¿Quién me dará alas como de paloma para volar y posarme en la sagradas llagas de mi amado?». Mirando el azul del cielo tachonado de estrellas, exclamaba. «Sois muy hermosas, oh estrellas, pero más hermoso es quien os creó. Oh! vosotras que formais la corona de mi Amado, decidle que desfallezco por el deseo de verle por un instante siquiera». En las horas tristes del abandono de su Amado Crescencia permanecía impasible, «en la promesa que hemos hecho de esperar», dando así prueba de haber llegado á la perfección de la virtud, «renunciando á todo apoyo humano, y abandonándose con ánimo confiado en la fidelidad de Dios».

De la misma fé brotaba en su corazón la *confianza* en Dios padre amorosísimo y fidelísimo, la cual no vacilaba jamás, aun en medio de las pruebas más duras, según la admonición de San Pablo (1). Con acento de fuego solía decir. «Oh fé! oh fé santa! tu me enseñas que Dios es mi padre, ¡dulce palabra, recuerdo lleno de esperanza! Dios mi padre, Dios mi padre». Al comenzar el Padre nuestro su alma se sentía profundamente conmovida, y daba una expresión imborrable á las palabras Padre nuestro que estás en los cielos. «Qué hermosura! Dios mi padre, Dios mi padre».

De ordinario su acto de esperanza le formulaba de esta manera. «Oh! Dios Omnipotente y fidelísimo

(1) Hebr. 10. 23: Teneamus spei nostræ confessionem indeclinabilem (fidelis enim est qui repromisit).

yo espero y esperaré siempre, por que sois misericordioso y fiel en vuestras promesas, que con el socorro de vuestra gracia á la que corresponderé con todas mis fuerzas, y por los méritos de Jesús, yo llegaré á poseeros, mi fin último y dichoso». En los ejercicios espirituales de 1741 anotó en sus apuntes (1): «Mi Dios Crucificado, Dios lleno de amor. Vos habeis curado todas mis llagas y yo soy causa de vuestros dolores. Misericordia! Permaneceré á los piés de vuestra Cruz, esperaré en vos con invencible firmeza y no andaré desalentada con el recuerdo de mis extravíos. Destruid, ó Señor, todo lo que pueda hacer alimentar una vana confianza en mi ó en las criaturas. Las criaturas son cañas, yo no espero nada de ellas, nada tampoco de mi misma. Yo espero contra esperanza cuando abandonada por todos me parece que hasta el cielo haya perdido. Si me quitaseis la vida aun entonces yo esperaré, ó Dios mío. Cuanto más parece que os alejais de mi, más se aumenta mi esperanza. Dios mío, Vos, Vos sois mi fuerza».

En estas valientes disposiciones Crescencia no se apoyaba en su natural, contra cuya tímidez tuvo que luchar toda su vida, y más aun, por algunos años el misterio de la predestinación fué para ella una verdadera tortura de espíritu. Ella confesaba á sus novicias, (2) que el enemigo la sugería continuamente estos y semejantes pensamientos. «Tu vas

(1) Kolb. pag. 50.

(2) Gabriela Merz. pag. 45, 48.

á condenarte; hagas lo que quieras, todo está perdido, tu eres un objeto de abominación á los ojos de Dios; tus oraciones y las mismas obras buenas en que te empleas no hacen más que disgustarle». En estos crueles tormentos su espíritu se introducía en el Santo Corazón de Jesús, abandonándose en su Padre, todo bondad, todo misericordia, todo amor que estando lleno de ternura para con sus hijos no pide en cambio más que amor y abandono. «Mi Dios yo siempre os encuentro fiel. Conociendo Vos mi flaqueza y la pobreza mía, estais siempre dispuesto á socorrerme porque soy hechura de vuestras manos». En sus entretenimientos espirituales, por lo que hace á las tentaciones daba estos consejos. «Cuando el demonio me pone en la cabeza malos pensamientos respecto de la predestinación, yo huyo en seguida á mi Señor crucificado, y escondida en sus sacrátisimas llagas dando libre desahogo á mi confianza filial, le digo: Mi amado, aun cuando me arrojéis en lo profundo del infierno yo esperaré en vuestra bondad y en la fidelidad vuestra, que no me abandonareis; y estando con Vos el infierno mismo será un paraíso para mi. Dios es infinitamente bueno y por esta razón no será nunca El el primero á dejarnos: es propio de Nuestro Señor sufrir con paciencia y usar de misericordia. Ah! Ciertamente Él es mi única esperanza y en Él está mi salvación».

Con el arma poderosa de la Santa Escritura siempre en la mano Crescencia hacía temblar muy

pronto á su infernal enemigo, ó bien se acordaba de algún rasgo de la vida de los Santos, ó echaba mano de ciertas máximas, que le eran más familiares.

«No quiere el Padre que ninguno de sus hijos se pierda». «El Salvador mio es Dios, no temo nada: Mi auxilio estriba en el nombre del Señor. Dios es el Dueño, ¿quién me podrá hacer mal, si El está de mi parte? ¿Quién ha sido confundido? Señor me basta vuestra gracia». Gustaba de usar en especial los siguientes textos: «Aunque se lancen contra mi ejércitos armados no temerá mi corazón, está pronto á esperar en el Señor (1). No se conmooverá mientras humilla á sus enemigos».

A estos mismos medios acudía para consolar á otras personas.

La verdadera esperanza no deja nunca de ir acompañada de temor de poner obstáculos á la misericordia divina: temor que como un muro de defensa pone al alma á cubierto de la presunción y de la tibieza.

«Pecar no; decía Crescencia, por lo demás mande Dios lo que más le agrade. Espero que su misericordia me libraré de pecar». Y pedía con humildad este temor saludable (2). «Dios mio dadme un

(1) Psalm. 26. 3: Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum; et Psalm. 111. 7. Paratum cor ejus sperare in Domino; confirmatum est cor ejus; non conmovebitur, donec despiciat inimicos suos.

(2) Kolb. pag. 43.

temor filial, á fin de que yo tema todo lo que pueda ofenderos, un temor respetuoso que me enfrente en vuestra presencia, que sea hijo del amor. Si Vos, Dios y hombre, habeis temblado por reverencia delante de vuestro Padre, ¿qué deberé hacer yo vil gusano de la tierra?».

Del mismo modo temía aun cuando el confesor más sabio no veía en tal ó cual acción ni sombra de culpa. «Si en esto no hay pecado por la misericordia divina, no por esto me quedé tranquila, no sabiendo si soy digna de amor ó de ódio. Quien está en pié, mire no caiga».

Entre el temor y la esperanza su alma estaba en el equilibrio, que Dios quiere que estemos durante esta vida mortal. Ella misma nos lo dice en estos términos (1): «Verdaderamente soy una gran pecadora, pero la misericordia de Dios sobrepaja mis pecados. Soy una frágil caña, una nada, no tengo habilidad sino para aumentar pecados, y he ahí por qué yo espero y ruego al Señor que no aparte de mí su mano misericordiosa». La voz de la esperanza no era sofocada por la del arrepentimiento, aun cuando se creyese culpable realmente de alguna falta. Las almas timoratas pueden sacar un tesoro de las enseñanzas que sobre este punto nos ha dejado. «El amor y la sangre de mi Amado me tienen en una perfecta seguridad, confieso que he ofendido á Dios muchas

(1) Gabriela Merz. pag. 43 y siguientes.

veces, pero no le ofenderé ciertamente por faltar á la esperanza. Y esta gracia, sin la más pequeña desconfianza la espero de sus mismas promesas. Aunque hubiese cometido todos los pecados del mundo, confiaría siempre en la sangre de Jesucristo. Arrojaría todos estos pecados en las llagas de mi Salvador en la seguridad de que no puedo honrarle mejor que teniendo siempre en El plena y entera confianza, aun siendo una miserable pecadora. Bien sé que Dios merece ser amado lo mismo por su justicia que por su misericordia, pero sondeando el abismo de mi nada y de mis pecados, los arrojo todos allá abajo, en el abismo sin fondo de su bondad».

Estas doctrinas eminentemente cristianas, Crescencia las traducía á la práctica ó por mejor decir, de ellas sacaba la fuerza en sus padecimientos. Cuando todo parecía perdido: «Hé aquí, decía alegremente un momento propicio para esperar en Dios. Cuanto más inútil parezca más quiero confiar en Aquel que es el principio y el fin de mi esperanza».

Viéndola las hermanas en cierta ocasión oprimida por una gran prueba y expresándola su compasión y la admiración que las causaba verla tan serena, Crescencia las abrió su corazón dejando salir de su pecho estas sublimes palabras (1). «Yo descanso tranquilamente en el seno de mi amado

(1) Summ. n. 8 § 96.

Padre celestial y espero que en él descansaré dulcemente aun cuando el mundo y el infierno juntos para dañarme se levanten contra mí, y lo mismo si el cielo y la tierra se viniesen abajo. ¿Qué cosa me puede hacer mal, si Dios es mi auxilio y el ánora de mi salvación? Amadas hermanas, esperad también vosotras siempre y en todas las cosas en Dios bueno y poderoso que no nos manda cruces superiores á nuestras fuerzas y que después de la tempestad hace brillar el sol. ¿Qué mérito tiene amar á Dios cuando nos consuela? Besar la mano que nos hiere es el colmo y la prueba del amor verdadero. Es necesario morir antes que perder la esperanza».

Quando después del exámen del celoso canónigo de Ausburgo antes referido, la calificación de bruja corría de boca en boca y se trataba de encerrarla en una prisión con gran azoramiento de la madre Juana y de todo el monasterio, Crescencia sola permanecía tranquila y silenciosa. «Dios es el dueño, decía, en Él espero y ¿qué tengo que temer si El me cubre con sus alas?». Y en lo más recio de la tempestad cuando los mismos confesores abrigan dudas sobre ella, como hemos dicho, la heroica esposa de Jesús crucificado no tenía en su boca más que palabras de confianza. «No sería yo acaso la más dichosa de las criaturas, cuando el mundo quiera derramar sobre mí á manos llenas el ridículo y ponerme bajo sus piés? No me quedará

en la tierra la esperanza en el Todopoderoso y la seguridad de que lo convertirá todo en su gloria y mi salvación?».

Satanás mismo no pudo conseguir turbar la serenidad de esta alma. Reducida á los últimos extremos á causa de las vejaciones diabólicas sonreía dulcemente á las hermanas asustadas. «Podrá matar, pero no puede derribar á quién confía en Dios Todopoderoso». Así llegaba á lo más perfecto de la esperanza, sin temer otra cosa que ofender á Dios. Los padecimientos, la pérdida de las cosas terrenas y aun de la vida misma, todo lo que de ordinario conmueve en los hombres las fibras del corazón pasaba ante sus ojos como una sombra fugaz. La Verdad eterna había hecho comprender á su hija el dulce fruto de gracia y de gloria, encerrado bajo la corteza amarga de las tribulaciones de aquí abajo, y la había manifestado la virtud que tiene la gracia de Jesucristo para desvanecer todo mal, y convertir al punto toda amargura en amor. Lo cual confiaba Crescencia á una amiga íntima por nombre Sor Joaquina durante una enfermedad. «Aunque yo no soy más que una caña débil no me harán temer todos los poderes de la tierra y del infierno entre si coligados para descargar sobre mí su rabia y su crueldad. Con la esperanza apoyada en Dios la victoria es mia. Me basta la gracia.» Dichosa el alma que no vuelve la vista adelante ni atrás, á la derecha ni á la izquierda, sino solo la dirige á lo alto, y que

peregrina en la tierra tiene su corazón en el cielo. «De allá arriba esperamos al Salvador Jesucristo que mudará el estado vil y abyecto de nuestro cuerpo, haciéndole semejante al suyo glorioso» (1).

«Señor mandadme cruces aquí abajo, desgracias, oprobios, calumnias, un mar de persecuciones que yo no haré más que esperar en Vos, cada vez con mayor firmeza. Y si quisierais quitarme la vida aun entonces esperaré en Vos, y me abrazaré á Vos, ó Padre poderosísimo y misericordiosísimo». Así rogaba Crescencia cuya vida entera estuvo calcada sobre este dicho de la Santa Escritura: «La esperanza no confunde» (2). Con esta virtud, obtuvo fuera del alivio ó del verse libre del peso de la Cruz, una consolación y una fuerza tal, que en vez de sucumbir abrumada por las penas, su alma se levantaba ligerísima hacia el cielo. Más aun, á las consolaciones interiores, el Señor añadía palabras y signos exteriores y sensibles de ternura.

Era su costumbre ocultar estas gracias extraordinarias bajo el velo del silencio. Pero sabemos por las relaciones de los confesores que durante esta persecución el Señor se dignaba aparecer á su sierva. «Espera en mí, yo soy tu Padre, y tengo cuida-

(1) Phil. 4. 20. 21: *Nostra autem conversatio in cœlis est unde etiam salvatorem expectamus Dominum N. J. C. qui reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ.*

(2) Rom. 5. 5: *Spes autem non confundit.*

do de todo lo que á tí se refiere. No temas sino lo que es ofensa mía; sé fiel, ámame siempre y tendrás gracias en abundancia».

Cuando el mar de las persecuciones de los hombres engrosaba, Nuestro Señor se la aparecía en secreto, y la decía: «No temas: Yo, hija mía, soy tu protector contra todos tus enemigos, tu esperanza no quedará burlada». Así como después que ella alcanzaba una victoria sobre su propio corazón el divino Maestro venía á infundirla más ánimo para sostener nuevos combates.

Si la esperanza de Crescencia era sublime en las cosas que hacen relación al cielo, no lo era menos por lo que toca aun á las cosas de la tierra. Tenía por principio que «Dios y los ciudadanos del cielo suelen ayudar con más prontitud y eficacia á aquellos que se ven privados de todo socorro humano». «No andeis con afán por el día de mañana, decía á las hermanas (1). «A nosotras nos toca amar á Dios, á Él el proveer á nuestras necesidades». ¿Faltaba algo? ¿Se temía alguna pérdida de consideración? Crescencia no se descomponía. «La provisión de tales cosas no falta en las manos de Dios. Espero en El, que como Padre amoroso nunca olvida á sus hijos. Si nos abandonamos en El, si somos fieles á los votos y á las reglas, no nos faltará el pan. El Señor que con tanta benignidad apacienta á los

(1) Ott. lib. 2, cap. 2.

pajaritos desprovistos de razón, sustentará mucho más amorosamente á nosotras que le amamos con toda nuestra alma. Buscad primero el reino de Dios y tendreis infaliblemente el pan cotidiano. En nosotros está el servir á Dios, en El el conservarnos». Muchos milagros vinieron á premiar esta confianza filial. Séanos permitido recordar alguno que otro.

Crescencia había hecho pintar en el dormitorio de las religiosas, las estaciones del via-crucis, como se ven hoy todavía. No teniendo dinero recurre á la oración, y el dinero vino enseguida en la cantidad necesaria, por un bienhechor que ignoraba lo del Via-Crucis, y el apuro de Crescencia.

Otra vez movida por una obligación de gratitud pensó regalar á un alto dignatario un crucifijo como convenía al oficio que este desempeñaba. Apenas concibió el deseo, la providencia le hizo con un crucifijo hermosísimo de una manera inesperada.

Después ocurrió que había que pagar una suma de doscientos florines en el acto, y Crescencia la encontró en una cajita vieja sin que nadie pudiese darse cuenta de la procedencia de aquel dinero.

Fuera de estas maravillas, tenía un don más precioso, que era devolver la confianza á las almas desesperadas. Primero tuvieron de ello experiencia las hermanas, después todos los que atraídos de la fama de santidad acudían á Crescencia. Muchas veces la mandaba Dios pecadores inveterados que

perdida toda esperanza no tenían ya valor para presentarse á los ministros de Jesucristo.

La sola presencia, alguna palabra salida de aquéllos lábios virginales, bastaba para echar el mal espíritu. El corazón del miserable se le abría libremente, descubriendo el estado desgraciado de su conciencia. En estos casos *Crescencia*, infundía en las almas desesperadas la esperanza que tanto abundaba en su propio corazón. Los aseguraba que ningún pecador, mientras vive en la tierra, debe caer de ánimo ni menos entregarse á la desesperación; que la tristeza después de haber pecado, si nace del sentimiento de haber ofendido á Dios, tan bueno, es laudable, puesto que la bondad divina, objeto de nuestra tristeza es siempre el motivo eficaz de una justa esperanza, en fin, que Dios es bueno para con todos aquellos que esperan en El, y que quien lo busca con sinceridad, le encuentra siempre. Luego exhortaba al pecador así consolado á hacer una buena confesión recomendándole á algún sacerdote y no le despedía sino cuando le había inflamado en la esperanza del Señor.

No se portaba de otro modo con los que acudían á ella para confiarla sus pesares. Los exhortaba á rehacerse á la sombra de la esperanza diciendo, que las aflicciones nos vienen del cielo, no para perdernos sino para salvarnos, para purificarnos, para probar nuestra virtud. Vivir en la congoja, añadía, ser tentados, es lo mismo que una gran ganancia.

Llevada de la esperanza Crescencia con el transcurso del tiempo, con el crecer de los años, acrecentaba en sí misma la paz, el espíritu interior, y el deseo de poseer al Amado. Como la paloma de que habla el Salmista (1), suspiraba «cuándo me será concedido estar en la presencia de Dios?». «Yo espero con alegría la muerte, porque ella me abrirá las puertas del eterno convite». Y cuando vino la muerte á secundar sus deseos, decía á los circunstantes: «Deseo ver pronto desatados los lazos que me retienen en la tierra, pero ni un solo instante antes que plazca al Señor. En el entretanto mi paraiso consiste en padecer, y padeciendo cumplir la divina voluntad».

¡Oh! cristiano, entre las tempestades de la vida, entre los horrores de la muerte no levar el ánclo de la esperanza. Cuanto más repita el enemigo todo está perdido, mas es preciso atenerse á la palabra de la verdad. «Seamos perseverantes en tener firme nuestra esperanza, porque es fiel Aquél en quien se funda (2).

(1) Psalm. 41-2: Quando veniam et aparebo ante faciem Dei.

(2) Hebr. 10-23: teneamus spei nostræ confessionem indeclinabilem (fidelis enim est qui repromisit).

CAPÍTULO III

Caridad inagotable (1).

«Hay almas, como escribe S. Gregorio (2), que embebidas en la contemplación de las cosas celestiales desfallecen por el deseo de levantarse á lo alto no pidiendo nada sobre la tierra. Estas engolfándose en el amor divino, no se cuidan de las cosas, caducas, aman con ardor, y descansan en el mismo ardor con que aman. Invasadas por esta llama, la comunican á los demás por medio de sus palabras. ¿Qué nombre podemos dar á estas almas sino el de Serafines, puesto que, desde el momento que su corazón se ha hecho fuego, no hacen más que lucir y enardecer?».

No dudamos en aplicar estas palabras á la Beata Crescencia. Desde las promesas del Niño Dios á la pequeña Ana á los tres años de edad, el amor divino iba consumiendo su corazón y devoraba con ardor siempre creciente junto con las imperfecciones naturales, la vida misma de su cuerpo. He aquí qué es lo que entendía por amor Crescencia (3). «Amar

(1) Summ. n. 9. § 1-629.

(2) Homil. in Evang. II, homil. 35, n. 11.

(3) Kolb. pág. 33.

á Dios, conocerle y por su amor obrar por Él, como Él se ama, se conoce y obra por su propia gloria; vivir de amor como Él vive: hablar de las cosas divinas con un amor semejante á aquél con que Dios habla de sí mismo, y de las verdades eternas, unir las potencias del alma á la fuerza de la divinidad, de modo que Dios solo y lo que á Él se refiere sea conocido y amado, agradecer el amor infinito con la virtud de la caridad divina, he ahí lo que debe ser la ocupación de mi corazón. Dios es el amor, Dios es la fuerza».

Semejantes pensamientos se traslucían en todas sus obras y discursos, hasta su aspecto exterior reflejaba como un espejo el fuego interno del Espíritu Santo, que se había difundido en su corazón (1). El que tenía la dicha de oirla hablar del amor divino, confesaba que jamás había oído una palabra ni tan clara ni tan fervorosa. Nadie se separaba de ella, atestigua un contemporáneo, sin llevar consigo una centella de amor. «Amadas hermanas (2), decía, «amad á Dios, no ameís más que á Él, no perdais un solo instante de amarle. Dorad al fuego de este amor todas vuestras acciones, hasta las más pequeñas; andad, venid, sufrid, y obrad siempre por amor. De día y de noche repetía á cada paso:

(1) Rom. 5-5: Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum.

(2) Summ. n. 9, §. 97.

«Os amo, os amo por Vos mismo, porque sois el Bien supremo, porque sois Dios. ¡Oh! Señor amabilísimo, por qué no puedo yo amaros como María vuestra madre, como los ángeles, como los Santos, como los justos de la tierra, como las pobres almas del purgatorio?».

Tres gracias le eran de mucha estima y quería que se pidiesen todos los días; el odio al pecado, el amor perfecto de Dios, el amor santo para con los prójimos. «Amad á Dios, amad al amor. ¡Oh! qué doloroso es que el Amor no sea amado!. Haced la prueba, gustad cuán suave es el Señor!». Estos acen- tos rompían los corazones más duros. Cuando por consiguiente encontraba alguna persona que seme- jante á ella hablaba el lenguaje del amor divino, no cabía en sí de gozo, y silenciosa, trasportada escu- chaba la conversación hasta que estallaba la llama, que ardía en su pecho.

Algunos apuntes del año 1723 (1) nos hacen pe- netrar por un momento en el interior de esta alma seráfica.

«El amor me dá alas para volar hasta el trono de la Santísima Trinidad. Allá arriba yo abogo por la causa de la Iglesia, de la cristiandad, de los infie- les, de los pecadores, de las almas del purgatorio».

«El amor me da alas, y yo á manera de paloma vuelo á las tierras vecinas y á las lejanas, para

(1) Kolb. pág. 27.

anunciar con la fuerza de Dios el Evangelio á los que no creen».

«El amor me dá alas á fin de que como abeja pueda posar sobre las criaturas y sacar de ellas la miel de la caridad».

«El amor es el mejor de los maestros: me enseña á vencerme, á obedecer, á sufrir y á callar».

«Quiero abandonarme del todo al amor. Cuando os amo, Dios mío, soy fuerte como la muerte».

«Con el amor, ¡oh! Inmenso, yo puedo encerraros dentro de mi corazón. Con vos los muros más espesos me dejan paso libre».

«El amor me hará rescatar las almas del purgatorio, el amor me ayudará á vencer las tentaciones, mi resabiada naturaleza y el amor propio. El amor hará vanos los ataques del enemigo».

«Por el amor soporto con paciencia las adversidades y penas de la vida, el amor me ayudará á amar cada vez más».

«Quiero comenzar á amar á Dios santamente para llegar á conseguir mi último fin, para que así Dios sea alabado, amado y glorificado en mí por toda la eternidad».

«No podría vivir ya, si en mi hubiese algo que no se enderezase á Dios y al amor suyo. Sí, si tuviese mil corazones, con todos ellos debería amar á mi Creador, el solo digno de ser amado: mi vida es amor, mi amor es sufrir, porque no hay amor verdadero más que en la Cruz. Perseguida por todos

los hombres y por todos los espíritus malignos, sus tormentos serán óleo que alimente el fuego de mi amor».

«Si viese en mis venas una gota de sangre, que no amase á Dios, la echaría por tierra al momento; si por una sola palabra que el amor no dictase se me prometiera llegar á ser un ángel, no la diría en toda la eternidad».

Se lee en los apuntes de Kolb del año 1722: «Señor, dadme vuestro amor, y yo seré tan rica que nunca os pediré más. En el ardor que me abrasa, me atrevo á repetirlo, no os pediré jamás cosa alguna, sino que me dejéis en mi humilde condición, y Vos lo seáis todo, Vos que en vuestra perfección permanecéis siempre el mismo, y sois todo en todas las cosas. En mis acciones quiero amaros como os amais á Vos mismo, quiero amaros en unión con Vos; quiero amaros con vuestros dones y con vuestras gracias; quiero amaros porque sois todo mío; no quiero alegrarme más que en Vos y por el amor vuestro».

«Amar á Dios por ser quien es! Dios mio os amo sobre todas las cosas, pues sois el Bien Supremo. La única consolación mia es que Vos lo sois Todo y yo nada».

El amor de *complacencia* para con la infinita belleza y perfección de Dios, tenía sumergida su alma en aquel inmenso gozo en que están absortos todos los miembros de la Iglesia triunfante. Este amor

predominaba de tal modo en el corazón seráfico de Crescencia, que delante de él se desvanecían todos los otros sentimientos. Ella lo que amaba, lo amaba por su Amado, nada por sí misma: y como nada se había reservado para sí, en lugar de su gozo personal, recibía gozo en Dios por todas las cosas. ¡El gozo en Dios! La finura de su caridad se manifiesta en esta plegaria que nos ha sido conservada por el Padre Ott (1). «En el fondo de mi corazón, yo me alegro de vuestra divinidad y de vuestra beatitud. ¡Ah! si me fuese posible servirlos y amarlos tan intensamente como os aman y sirven todas juntas las criaturas escogidas! Si me fuese dado amar á Dios como todos los Ángeles del Cielo! si hubiese millones y millones de mundos y de cielos á fin de que de millones y millones de modos se diese honor y gloria á mi Amado! Herid mi corazón con un dardo de amor, que me haga amaros infinitamente más que á mí y que á todo, pero heridlo también de dolor, á fin de que yo padezca por amaros más que otro alguno. ¡Ah! Señor, haced que yo sea despreciada por amor á Vos del mundo entero».

A veces salían de su boca expresiones muy vivas como las que el exceso del amor sabe arrancar del pecho de los Santos. «Si yo estuviese segura que no había de vivir sobre la tierra más que un solo instante, y que después iba á ser arrojada en el infierno,

(1) Lib. II, cap. 3.

durante ese momento yo amaría también á mi Dios, únicamente á Él, á Él sobre todas las cosas; y el infierno solo lo sería para mí, porque allá abajo no se ama á Dios» (1).

Pero como el amor más que por los afectos y las palabras se demuestra por los hechos, por esta razón debemos considerar á Crescencia en las obras. Puesto que el más alto grado de amor, según San Buenaventura (2), consiste en unirse á Dios con todas las potencias del alma, y encontrar en Él un verdadero reposo, con tal paz que como si hubiese entrado en el arca de Noé, el alma se está en Él en silencio reposando dulcemente, sin agitación y sin turbaciones: *Et factus est in pace locus ejus* (3), sentido esto, oigamos la respuesta dada por la Beata al P. Pamer que la preguntó qué hacía de día y de noche: «No puedo decir más sino que pienso en Dios y le amo».

Las mismas palabras repetía en una especie de éxtasis, del cual nos ha dejado memoria su amada hermana Sor Joaquina, y casi las mismas se encuentran en los propósitos del retiro de 1714 (4): «Levantaré incesantemente mi alma hácia Vos y en el silencio de mi corazón contemplaré á la luz interna vuestras divinas perfecciones».

(1) Gabriela Merz, pág. 71.

(2) De Triplici-Via, cap. 2, n. 11.

(3) Psalm. 75, 3.

(4) Kolb pág. 50

Las ocupaciones del día no turbaban en nada este trato familiar con el divino Maestro; al contrario parecían avivar más la llama divina, estando la parte superior del alma, por hablar como los doctores místicos, siempre vuelta á Dios, merced á una gracia enteramente extraordinaria.

Siendo todo lo criado para esta alma contemplativa el espejo del Criador, todas las cosas la incitaban á amarle. En las cosas bellas veía un destello de la Belleza increada: en los sonidos oía el eco de las armonías divinas, en todas partes encontraba las huellas de su Amado. Y como los seres eran para su entendimiento los peldaños de la escala que lleva á la Verdad Eterna, así para su corazón eran un imán que la atraía poderosamente á amar al Dador de todo bien. «Mi amor se me manifiesta en todo lo que veo y oigo; por todas partes me precede, por todas me sigue; yo soy suya y Él es mío». En el año 1727, (1) escribió, «Habiendo criado Dios todo por amor á su gloria, es necesario amarle en toda la naturaleza, como Él se ama á sí mismo y como Él se honra. Quiero dejar de amarme á mí misma, no quiero amar más que á Vos ó Criador mío, á fin de hacerme una sola cosa con Vos. Oh! Dios, para que me sea dado dejar toda afición á las criaturas, para poder ofrecer un amor sin particiones, quiero amaros en todas las cosas, porque todas me ofrecen vuestra imagen».

(1) Kolb pág 34.

Su corazón iluminado con luz superior, aun en las cosas pequeñas, en un grano de arena, en una hojita de un árbol, descubría destellos luminosos de la sabiduría, del poder, de la belleza, del amor de Dios, y por ellas se escitaba á pagar con amor al divino Esposo. Así viendo la belleza de las flores, y la inmensa bóveda estrellada de los cielos, no podía menos de abrir sus labios alabando y dando gracias al Altísimo. Solía llamar á las estrellas, «candeleros esplendentes, delante del trono de Dios, y brillante diadema de su Amado», añadiendo: «vosotras sois de veras hermosas, pero cuánto más hermoso es Dios que os ha sacado de la nada! Oh! ceñid como corona su cabeza, y decidle cuánto le amo».

No menos se sentía conmovida con el canto de los pajaritos, con los cuales, á ejemplo de S. Francisco y de Santa Rosa de Lima, algunas veces se ponía á porfía á cantar las alabanzas del Señor.

«O pajarito, (1) decía, entona un canto de amor y de alabanza á mi Amado». Después exhalaba de su pecho un lamento, un gemido: «Oh! Dios que diferencia entre mí y esta bestiecita. Al pájaro le dais un granito y unas gotas de agua y por tan poca cosa canta con toda su fuerza y cantando celebra á su bienhechor. Y yo con tantos favores os agradezco tan poco, tan poco os amo, antes bien os ofendo!».

(1) Summ. n.º 9. §. 63.

Dichosos los ojos de quien siente en el pecho la llama del amor. Ellos traspasan el velo de la creación y descubren nueva luz y nuevos horizontes.

A esta luz íntima y superior que en las cosas pequeñas hace ver al Inmenso, se seguían rápidamente en Crescencia los más ardientes afectos.

«Dios mío, es verdad que no os veo ahora cara á cara, pero porque os amo me siento feliz.—Toda criatura es una invitación de amor, porque cada una de ellas es una manifestación de Dios.—Lo creado es una escala para subir á Dios.—Me parece que en el mundo estamos dos solos, Dios y Crescencia.—Mi nido es el corazón de Jesús, donde descanso en una deliciosa soledad, aun entre el ruido de los negocios terrenales.—Renunciaría á tí, corazón mío, si cesaras de palpar de amor y por amor...»

Si hemos de creer lo que dice Gabrida (1) no salía nunca del pensamiento de Dios y de sí misma. Por medio de las más sublimes intenciones dirigía todas sus acciones al cielo, ó mejor dicho, á Jesucristo. «Nada absolutamente, nada de humano se mezcle en mis obras, sino solo el amor las dicte, y sea de ellas el principio, el medio y el fin. El principio, con el firme propósito de cumplir por amor la voluntad de mi Dios, el medio, obedeciendo por amor, y el fin abrazando el amor. No soy yo la que vivo, sino

(1) Pág. 76.

Jesucristo el que vive en mi con el amor y con el dolor. Aumentad pues en mi Oh! Padre mío, la medida del amor y del dolor». Los actos de amor de complacencia, de contrición y de abandono los manifestaba ya con ingénuo candor, ya con elevados acentos. «Oh Dios, yo os ofrezco á Vos mismo, os ofrezco todo lo que sois, os saludo, oh! Trinidad Santísima, por medio del corazón incomparable de Jesús; os saludo con las alabanzas que os habeis dado, os dais, y habeis de daros por toda la eternidad, con todas aquellas que os han de dar perpétuamente los ángeles y los hombres.—Deseo amaros, Dios mío, como os ama María, como os ama la humanidad de Cristo, y sobre todo quisiera tener vuestro divino corazón para amaros cuanto merecis, ó Dios admirable! Mi mayor contento es que Vos podeis amaros como os amais, dignamente, oh Bien supremo».

Dos efectos propios de la caridad nos descubren el origen celestial del amor de *Crescencia*, á saber, una pureza de conciencia angelical, y un deseo ardiente de amar y padecer cada vez más. Llamamos pura la conciencia, que va rectamente por el camino manifestado por la voluntad divina. Ahora escuchemos á *Crescencia*. «La voluntad de Dios es la meta á que me dirijo. Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. No reservarse nada de la propia voluntad. Cúmplase vuestra voluntad, repetía con frecuencia. Prefiero recoger una pajita por obediencia,

antes que resucitar cien muertos por propia voluntad».

Siempre tenía presente el dicho de los antiguos; si Dios ha de entrar en un corazón, necesariamente ha de salir de él la criatura. Crescencia encaminaba todo su celo á evitar todo apego al mundo y á sí misma, renunciando hasta la propia libertad, movida por el deseo de conseguir lo que es propio de los hijos de Dios. De aquí es que ajustaba sus propias acciones conforme á la regla, con la misma fidelidad con que observaba los mandamientos divinos, acordándose de lo que dice el Señor. «Quien tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama á mí» (1).

Desde su entrada en religión, apareció su exactitud perfecta en todo: así es que ni la curiosidad, ni la malignidad de algunas hermanas, que vivieron con ella cuarenta años, pudieron nunca encontrarla en falta. Ella sola era la única que encontraba siempre qué decir sobre su falta de exactitud: cada quince días pasaba revista rigurosa á sus pensamientos, palabras y acciones las más indiferentes, á fin de que ninguna falta quedase sin una lágrima de dolor. Anotaba con esmero increíble, y por escrito, el resultado de sus minuciosas investigaciones.

(1) Joan. 14-21: Qui habet mandata mea et servat ea, ille est, qui diligit me.

Vivísimo dolor experimentaba si oía hablar con ligereza de las infracciones de la Regla, como cuando alguna decía: este punto no obliga bajo pecado. Con lágrimas y con suspiros protestaba contra estos dichos, diciendo que tales sentimientos solo pueden nacer de almas tibias, y que conducen fatalmente á la indiferencia por lo que hace á la perfección: que tales razonamientos deben rechazarse con rigor, porque sean grandes ó sean pequeñas las cosas que hacemos, es lo cierto que con ellas agradamos ó desagradamos á Dios.

Una conciencia tan pura hacía las delicias de los confesores. Desde el P. Hailand que la confesaba en el siglo hasta el último de sus confesores, todos á una repitieron que Crescencia no solo había conservado intacta la gracia del bautismo, sino que con dificultad podían encontrar en ella vestigio alguno de pecado por mínimo que fuese, para que fuera materia suficiente de absolución. El P. Lacher, que la confesó por espacio de seis años, el P. Binner, su censor y severo Juez, los padres Bauer y Pamer, están en esto perfectamente de acuerdo, y el P. Schmid Provincial, y confesor extraordinario, añade que si se confesase un angel, apenas se diferenciaría su acusación de la de Crescencia.

Al solo nombre de pecado palidecía y rompía en estas expresiones: «Dios mío, pecados, no, no, jamás. Vengan antes desgracias, desprecios, penas espirituales, pero pecados nunca, nunca. Más quisiera

sufrir todas las penas del purgatorio, hasta el último de los días, que hallarme culpable de un solo pecado venial». Otras veces decía: «Señor, si fuera posible, preferiría padecer las penas del infierno sin pecado, que estar en la gloria manchada con un solo pecado venial». El horror llegó á tanto que pedía al Señor la hiciese morir al instante, primero que ofenderle con una sola imperfección. La más ligera negligencia de parte de un religioso, la parecía más reprehensible, que un delito cometido por el común de los cristianos.

«Señor, escribía (1), no permitais que la divina semilla arrojada en mi corazón quede estéril, ó sea sofocada por la zizaña de mis negligencias é imperfecciones. Mediante el exámen de conciencia, visitaré con frecuencia el campo de mi alma, y si encontrase malas yerbas, las arrancaré pronto con la contrición, la confesión y la penitencia». No hacía más que seguir el ejemplo de los Santos que derramaban amargas lágrimas cada vez que á la luz del Espíritu Santo descubrían, ó les parecía descubrir algo del polvo del pecado.

Dos ó tres veces por semana y en los últimos años de su vida, todos los días Crescencia se llegaba al Sacramento de la Penitencia, perfectamente preparada. A veces se la oía sollozar fuerte y agitadamente, tanto que el dolor apoderándose de todo su

(1) Kolb, pág. 17.

ser, la daba el aspecto y la figura del que está para subir al patíbulo. Al verla así, las hermanas estaban conmovidas y no podían mirarla sin remordimiento y sin confusión. Después en el confesonario eran tantas las lágrimas, que el lugar ocupado por la Beata quedaba todo regado con estas aguas de amor penitente, mientras el confesor, confundido, temblaba al ver tanta contrición por culpas que á su juicio, no necesitaban absolucíón. El Padre Pamer (1), dice que por la vehemencia de la contrición temía que se la reventase el corazón dentro del pecho. Luego de terminada la confesión era otra cosa; alegre y contenta se deshacía en acción de gracias.

En sus peticiones al Sagrado Corazón de Jesús no hacía más que pedir esta contrición perfecta (2). «Oh, Jesús misericordioso, dadme lágrimas para llorar mis muchos pecados. Yo no puedo como Moises hacer brotar una fuente, tocando la roca de mi corazón. Vos lo sabeis, yo no tengo el amor de la Magdalena, sin Vos soy nada ni puedo hacer nada». Aligerado su espíritu con una vida tan penitente se levantaba tan en alto, que veinte años antes de su muerte parecía que no existiese ya para ella ni el mundo ni ella misma, apenas el más ligero movimiento de la naturaleza rebelde daba muestras de

(1) Summ. n. 9, §§. 300-302.

(2) Kolb. pág. 42.

existir. Así es que podía libremente dirigir todas las potencias de su alma á hacer actos de caridad, en vez de ocuparse en combatir el amor propio con sus astucias.

Un corazón puro es la mansión favorita de la Santísima Trinidad, «porque estar vacío de todo lo criado equivale á estar lleno de Dios». En esto plugo al dulcísimo Salvador amaestrarla con una aparición. (1). «Hija mía, yo me encuentro feliz en un corazón puro, en él hallo mi consuelo y mi alegría. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios...» (2).

En este tan alto grado de amor y de contrición el alma siente los pecados ajenos casi con el mismo dolor que los propios. Y hé ahí por qué esta virgen seráfica se deshacía en llanto al ver como el amor humanado era desconocido, y con frecuencia ofendido tan indignamente. Cuando oía hablar de grandes pecados salía fuera de sí, y no podía contenerse sin exclamar. «Qué mónstruo tan horrendo es el pecado! Qué desgracia, no se ama al Amor!»! Después rogaba al Cielo que tuviese misericordia de los culpables, y alejase de la Majestad divina estas abominables ofensas. «Protejeos á Vos mismo, ó Señor, de tan horribles insultos á que se entregan

(1) Ott. lib. II, c. 4.

(2) Math. 5, 8: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.

los hombres. Impedidlos con vuestro poder y aniquiladlos al instante en vuestra misericordia».

En semejantes ocasiones estaba del todo ocupada en ofrecer á la divina Majestad las más severas penitencias en unión de los padecimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Pero como creía que sus propias obras no servirían de nada, se ponía á exhortar á las hermanas á amar á Dios cada vez más y rogarle que impidiese el pecado. «Porque, decía, si con nuestras súplicas y mortificaciones conseguimos impedir un solo pecado, habremos hecho más que los antiguos héroes y nuestra acción sobrepujará el milagro de resucitar muertos. Qué cosa tan mala es ofender á Dios. Pecado no, no, no».

También se trata del amor en estas palabras del divino Maestro: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia porque ellos serán hartos». Es propio de quien ama, sentir el estímulo del hambre y de la sed de un amor cada vez más grande; y aun cuando el corazón amando se sienta algún tanto satisfecho, este contentamiento no hace más que aumentar el hambre, al revés de lo que sucede en la vida corporal, que el deseo y la satisfacción se excluyen mutuamente. Oigase á S. Lorenzo Justiniano (1). «Cuando un alma es presa del amor, el mayor acrecentamiento le parece siempre bien poca cosa, confrontado con un amor más

(1) De disciplina monast., conversat., cap. 6.

intenso aún». En el diccionario de la caridad no se debe encontrar la palabra: basta.

En el 1727, Crescencia escribía (1). «Ojalá pueda aumentarse mi gozo en el Señor sufriendo y amando. Deseo contemplar frecuentemente las infinitas perfecciones de Dios, con especialidad su amor, para conocerle, para gozar de El, para levantarme hasta Él, para hacer siempre lo más perfecto».

«Os quiero amar, oh Majestad divina, como los Angeles, como los Serafines».—Sé perfecta, como perfecto es tu Padre Celestial, me dice mi Amado (2). Permitid, Señor que mi ser se pierda en vuestro ser divino y que os plazca, agrade, como Vos complaceis á vuestro Padre celestial. Si, yo quisiera amar como ama Dios, sufrir como sufrió Jesucristo, triunfar con el Salvador, y no obstanté esto, quedarme abismada en mi nada».

Aquí comienza la unión divina, de la cual se ha dicho (3). «El que se une á Dios, forma con Él un solo espíritu». No como lo entienden los místicos panteistas, sinó con una unión enteramente sobrenatural de transformación.

No le bastaba á Crescencia su propio corazón, hubiera querido que en su pecho palpitasen los

(1) Kolb. pág. 35.

(2) Math. 5, 48: Estote vos perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.

(3) I. Cor. 6, 17: Qui adhæret Domino, unus spiritus est.

corazones todos para ofrecer con ellos un amor más abundante al Soberano del Universo. Con el pensamiento discurría así (1): «Oh! Dios os ofrezco mi corazón y los corazones de todos los hombres, os los ofrezco y los meto en el vuestro para vuestra eterna alabanza. ¡Ah! formad de todos ellos un solo corazón, una sola llama, un solo amor!».

Para animar á las novicias las hacía tomar parte algunas veces en sus prácticas interiores. Para echar fuera mi tibieza cuenta Sor Rafaela, me decía Crescencia, que todas las mañanas hacía con Dios un pacto de amor, por el cual toda respiración, todo movimiento del día y de la noche, habían de ser otros tantos actos de amor y suspiros encendidos al intento de conseguir un amor totalmente colocado en Jesucristo.

Herida de este modo por la llama de la caridad, renovaba en efecto durante la noche estos actos, rogando á los ángeles y á los santos con la Esposa de los Cantares (2). «Si encontrais á mi Amado, decidle que desfallezco de amor». «El silencio de la noche, decía, se presta muy bien para amar, por eso las esposas de Cristo deben aprovecharse de él para renovar los actos de amor velando ó durmiendo. El amor no conoce el sueño». La sagrada sed que la abrasaba, la llevó á hacer el voto de obrar

(1) Kob. pág. 39 desde el año 1729.

(2) Cap. 5, 8: *Adiuro vos, filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo.*

siempre lo más perfecto, lo que comprende no solo la fuga del pecado venial, sino de toda imperfección. Observó este voto desde 1725 hasta su muerte, es decir, diecinueve años, como atestiguan sus confesores los PP. Mayer y Pamer (1).

Sin embargo no estaba satisfecha ni podía persuadirse de que cumplía el precepto de la caridad para con su Amado, como vemos por estas palabras suyas «Dios mio, cómo podeis soportar una criatura tan miserable, tan pecadora y tan indigna? Haced que yo os conozca, que os ame y que espere en Vos. Hasta ahora, aunque muy avanzada en edad, no he comenzado todavía á amaros, pero desde hoy me ocuparé en esto con toda mi alma».

Con esta humildad no había peligro que tuviera complacencia en sí misma ni en nada de lo que hacía. Antes bien, según el dicho del Apóstol (2) «olvidaba luego lo que quedaba atrás, por correr ansiosa hácia el bien supremo, que es amor». Y con ella hubiese querido arrastrar al universo entero. «Hermanas, subamos, subamos al cielo, volemos hácia Dios. Quién me diera alas de paloma para buscar un asilo en el agujero de la peña, en las llagas del Señor? Ah! si para encontrar á Jesús

(1) Summ. n. 9, §. 590 y Act. inform. n. 111.

(2) Phil. 3, 13: Ego me non arbitror comprehendisse: Unum autem: quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea vero quæ sunt priora, extendens me ipsum.

tuviese que subir á la cima de las más altas montañas ó bajar á lo profundo de los mares, aun á costa de la vida, sin pensar en ello un solo instante yo lo haría alegremente» (1).

«¡Oh! Santo amor yo caigo aniquilada por vuestra dulzura inefable; no puedo más, porque mi corazón es demasiado pequeño. Gran Dios, amaos á Vos mismo como lo mereceis, en vez de amarme á mí, pobre criatura» (2).

El deseo de amar hace de Crescencia una verdadera mártir del corazón, como nos revela este grito de dolor intensísimo. «Oh! Dios mio, esta pena escede toda otra pena, sufrir por Vos es un gran tormento y al mismo tiempo una alegría grande, mas no poder amaros como es debido, que martirio! Os amo Dios mio, hasta la muerte, pero si me quitaseis del pecho este amor, para mí habría acabado todo, porque no puedo vivir sin amar al amor».

Quien no escucha aquí el eco del grito de amor de Santa Teresa: «Yo muero porque no muero?» Palabras admirables, incomprensibles para quien no ama, pero muy claras para las almas que son émulas de S. Francisco y de Santa Teresa.

Nuestra serafina sentía comunicado al cuerpo el calor del alma, en aquel cuerpo que si bien débil

(1) Gabriela Merz, pág. 74.

(2) Ott. pág. 60.

y reducido á la piel y los huesos estaba ardiendo aún en el rigor del invierno, y cuyo efecto se sentía con solo aproximarse á ella. Este fenómeno se advertía principalmente cuando había que sostenerla para llevarla al coro, sus manos abrasaban, y el calor de toda su persona pasaba los vestidos más gruesos. A veces el fuego que circulaba por sus venas se hacía insufrible y había que recurrir á los baños de agua fría (1).

De esto tal vez prevenían las frecuentes hemorragias de sangre por la nariz y otra porción de incomodidades de todo género; al menos así lo juzgaban los médicos. Uno de ellos, protestante, un cierto Schm, después de haberla visitado por espacio de dos años antes de su muerte, decía á todo el mundo, que no había para ella ningún remedio, porque aquel fuego venía de lo alto, y que esta religiosa tenía un amor de Dios extraordinario (2). Y los éxtasis casi diarios, de que hablaremos más adelante, no son también en el fondo la manifestación y el efecto de un amor intenso para el cual la naturaleza resultaba insuficiente?

El Espíritu Santo obraba tan poderosamente que aún en la oración más bien parecía pasiva que activa. La luz que en ella derramaba, la iluminaba, encendía y movía las potencias de su alma de tal

(1) Ott. lib. II, cap. 3, y Gabriela Merz.

(2) Summ. n. 9, §. 513.

modo, que Crescencia parecía vivir entre resplandores divinos. Y realmente conforme avanzaba en edad, su vida interior adquirió una paz, una dulzura y una estabilidad que bien daba á conocer un espíritu inmóvil en Aquél, que es la inmovilidad misma.

Aun más que en los éxtasis, el oro puro de la caridad de Crescencia resplandecía bajo las cruces. El verdadero amor se complace en sufrir, y esta nota característica no faltó tampoco en Crescencia, como nos es dado conocer por algunas máximas suyas, que aquí pondremos con relación al amor y al dolor. Un capítulo especial nos la mostrará en la Cruz (1).

«Qué consuelo! qué gozo! qué dulzura amaros á Vos solo, serviros á Vos, y unirse con Vos. Oh! Bien supremo! Aun cuando Vos me haceis gustar en vez del vino del cielo la mirra de la tierra, así y todo el amor que sufro por Vos es suave y deleitoso. Sí, cuanto más me visitais Vos con amarguras, más me alegra vuestro amor. Dadme, Señor, un amor fuerte, constante, invencible, un amor que no puedan apagar las aguas de la tribulación! Y puesto que el alimento del amor está en el dolor, hacedme padecer, oh! Dios mio! Padecer, Señor, y no morir, y cuando Os plazca hacedme morir, haced que el hilo de mi vida no se corte por la flaqueza natural, sino por una sacudida violenta de amor».

(1) Kolb. págs 16, 37 y 55.

«Señor, miradme á mi, estoy dispuesta á ser el blanco de vuestros golpes. Qué puede haber más delicioso que verse uno traspasado por los dardos de amor lanzados por Dios mismo? Mi corazón está pronto, Señor y al descubierto, tomadle y heridle con vuestro amor. Amo vuestras flechas, oh Esposo del alma mía; ellas salen disparadas del arco del amor, y encaminan al amor. Oh Dios Todopoderoso, Vos sabeis que os amo, y si en mi hay algo todavía que no os ame, arrancadlo de mi. El corazón mio es vuestro, guardadlo, no me le volvais más!».

Lo que es la atracción en el gobierno del mundo físico, es el amor en el orden espiritual (1). Dios es el centro de gravedad de todos los corazones, como es el punto céntrico de todas las cosas. Por una fuerza misteriosa Él atrae hácia sí los espíritus, aún los espíritus rebeldes, de la órbita de las cosas finitas al centro inmóvil é infinito. Por esta razón apenas el corazón se determina á seguir la atracción divina, y á ella se abandona libremente, elevándose en alas de la gracia sobre todo lo criado, entonces la fuerza del amor se convierte en virtud sobrenatural, en vínculo de perfección (2) que une á Dios y forma entre sus espíritus bienaventurados aquella magnífica ciudad, en la que Dios será siempre todo en todos» (3).

(1) S. Buenaventura, III. Sent. d. 29, a. 1, q. 1.

(2) Coloss. 3, 14: Vinculum perfectionis.

(3) I. Cor. 15, 28: Ut sit Deus omnia in omnibus.

Cada cual debe esforzarse por ir adelante en este camino á fin de llegar al término para que fué creado. Ahora bien, si el verdadero progreso, (considerado desde el punto de vista de la eternidad que nos espera) lleva consigo el adelantamiento en el amor, ¡cuánto sería de desear que los modernos patrocinadores del progreso aprendiesen en la escuela de esta humilde y sencilla religiosa el secreto de adelantar siempre, que es lo que realiza el deseo fervoroso de amar á Dios! Y siendo verdad que la felicidad verdadera no se encuentra más que en el amor bien dirigido y de eterna duración, como deben ser compadecidos tantos mundanos, cuya elegancia y exterior apariencia no son bastantes para ocultar las interiores miserias y desórdenes!

No habiendo nunca sentido aletear en derredor suyo el soplo del verdadero amor, desconocen por completo hasta el principio y el objeto del amor. A estos tales se dirige *Crescencia* con estas palabras (1). «Los hombres se empeñan en creer que el verdadero bienestar se encuentra en las cosas de este mundo, en los placeres de la carne, en estar libres de padecer. No, la felicidad se halla en el espíritu, y consiste en obrar y padecer según la voluntad de nuestro Padre del cielo».

Tú, lector piadoso, mira tu corazón: ni en el tiempo ni en la eternidad encontrarás paz nunca,

(1) *Gabriela Merz*, pág. 69.

mientras no descansa en Dios! Alza los ojos á la Cruz y oirás que se te dice: (1) Jesucristo ha muerto por todos, á fin de que quien vive, no viva para sí, sino para Aquél que murió y resucitó por todos.

(1) II Cor. 5, 15: Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et surrexit.

CAPITULO IV

El Santísimo Sacramento, su paraíso en la tierra

«La voluntad de Dios y el Santísimo Sacramento son mi paraíso en la tierra» decía con toda verdad Crescencia. Y en efecto, la fé perfecta y el perfecto amor la habían abierto el camino real, el único que en este valle de lágrimas y de pecados nos lleva á un paraíso mucho más delicioso que aquel que perdieron nuestros primeros padres. La Santa Eucaristía, milagro de los milagros la inspiraba una devoción, que podemos llamar milagrosa y que nos dá la clave para explicar los prodigios de que vamos á ocuparnos.

El P. Genaro Mayer de la Compañía de Jesús, en la relación que hizo en su lecho de muerte sobre las virtudes de la Beata dice, que bastaba un exámen superficial para convencerse de que la devoción de Crescencia á la Sagrada Eucaristía, fué del todo extraordinaria. De ello aduce dos pruebas.

Toda su vida se la vió asídua al pie de los altares. Débil y enferma mientras conservó fuerzas

bastantes para ir por sí sola, estaba horas y horas, medios días en tiempo libre en adoración delante de su Esposo. Cuando no podía ir sola, añaden otros testigos, se hacía llevar allí. Arrodillada parecía un ángel con la mirada fija en el tabernáculo, con tanto fervor y recogimiento que ningún ruido la estorbaba para su contemplación. La mudanza de color en su rostro, los suspiros que no podía contener, en fin, la actitud seráfica de toda su persona manifestaban como á través de un velo el amor que ardía en el horno de su corazón. En presencia de su único Bien, Crescencia se olvidaba de sí misma; todos sus padecimientos, hasta el destierro mismo, todo lo olvidaba. Bebía á grandes sorbos el agua viva prometida por el Salvador sacando de la fuente de Jacob la luz, el consuelo, la alegría y muchas veces hasta las fuerzas físicas.

Repetidas veces las religiosas la suplicaban que tuviese un poco de compasión con su pobre cuerpo enfermo, y que no estuviese tanto tiempo en la Iglesia con aquellos fríos tan grandes, y ella como sorprendida las decía (1) «y dónde pensais vosotras que se puede encontrar más fuerza y más calor?»

Durante la exposición del Santísimo Sacramento Crescencia no se apartaba de allí, á no ser mandada por la obediencia. La octava del Corpus era para ella un tiempo de extraordinaria alegría; la

(1) Ott. lib. II, c. 5.

pasaba casi siempre en el coro, embriagada por las dulzuras de Jesús Sacramentado. Todos los jueves del año conmemoraba por el mismo estilo la institución de tan Santos Misterios. «Oh! Jueves, ó día del milagro, ó día del amor, en el que Dios por vez primera se hizo comida y bebida del hombre» (1).

Entre sus prácticas de piedad merece ser referida la de hacer genuflexión al pasar por delante de la iglesia, adorando al Santísimo Sacramento. En cualquier incidente que ocurriese ó cuando se la pedía consejo, dirigíase con el corazón hácia el Sagrario en demanda de auxilio y de luz. Al dejar el lugar santo era fácil leer en su rostro la violencia que tenía que hacerse para separarse de «la puerta del cielo». Y antes de salir acostumbraba á pedir á alguno de sus santos patronos, que ocuparan su puesto, y que quisieran hacer sus veces alabando y adorando á Jesucristo. Por fin diremos que cuando tenía que alejarse de la iglesia, tenía los ojos vueltos hácia ella, mientras le era posible, hasta que perdía de vista la torre.

La segunda señal notada por el P. Mayer como prueba de la perfecta devoción de Crescencia para con la Santa Eucaristía era el solícito cuidado que se tomaba por todos los objetos destinados al sagrado culto. Cuando se trataba del tabernáculo y

(1) En el lugar citado.

del altar nada era demasiado. Los vasos y los ornamentos habían de ser bellos y preciosos. Fuera economía, decía, cuando se trata de honrar menos indignamente á la Divina Majestad. En sus últimos años los regalos llovían de todas partes. Entonces Crescencia muy contenta se iba á la Superiora á rogarla que los emplease en el adorno de la iglesia.

De este modo desapareció la miseria del oratorio, y con el tiempo hasta se formó su tesoro rico en vasos preciosos, en paramentos bellísimos y en ornamentos de mucho valor. Como era natural se encomendó á Crescencia el ambicionado cargo de tener limpio y adornado el santuario, como también el de hacer y custodiar la ropa blanca y ornamentos sacerdotales.

Si se ponía á hablar del Santísimo Sacramento, sus razonamientos llenos de luz y de fuego, según refiere Sor Rafaela Muller (1), superaban cuanto se hubiera podido oír ó leer sobre este misterio. Pero muchas veces la cogía el éxtasis y se acababa la palabra, pero entonces la expresión sola de su rostro concluía el discurso comenzado, con más elocuencia que hubiera podido hacerlo de palabra. Siendo maestra de novicias ponía todo su empeño en hacer arraigar en el ánimo de sus discípulas profundos sentimientos de adoración y de confianza

(1) Summ. n. 12, §. 75.

para con Jesús Sacramentado. Las recomendaba las visitas frecuentes á la iglesia, las frecuentes comuniones espirituales, la costumbre de ir á buscar en el tabernáculo consejo junto con la fortaleza y las enseñaba á visitar muchas veces en espíritu, durante las labores, al Divino Maestro diciendo: «Alabado y adorado sea en todo momento el Santísimo Sacramento».

A ella se debe también, desde que fué superiora, la costumbre que la religiosa comunidad observa hasta nuestros días de no pasar nunca por delante de la iglesia sin saludar á la Hostia Santa con el trisagio angélico *Sanctus-Sanctus, Sanctus, Dominus, Deus Sabaouh*.

Veamos ahora con qué maravillas premió el Señor el amor y el celo puro de Crescencia hacia su divina persona. (1)

Una noche antes de acostarse fué según lo acostumbraba al coro para hacer su homenaje al Rey divino. Falta de fuerzas por el trabajo muy fatigoso de aquel día recomendaba al Señor su propia debilidad, y se anegaba en su Sagrado Corazón, cuando en esto sale del fondo del tabernáculo una voz que la dice: (2) «Cuan hermosos son tus pasos, ó hija del príncipe.»

(1) Ott. lib. III. cap. 5.

(2) Cant. 7. 1.: Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

En otra ocasión desempeñando su oficio tenía que pasar muchas veces por delante del Señor Sacramentado sin poderse detener, solo podía dirigir á Jesucristo esta fervorosa jaculatoria. «Dios mío, todo por amor y por obediencia.» Pasando por allí la última vez Crescencia, vió una multitud de pequeñas llamas que coronaban el tabernáculo. Asombrada se atrevió á preguntar á su Esposo, «qué era aquello». Y Jesús, la dijo: «Estos son los actos de amor que me has dirigido al pasar».

Jesucristo en la hostia no nos dá solo la gracia, sino se dá á si mismo á fin de que el alma «more en Él y Él en el alma». (1) Esta promesa divina se cumplía en toda su extensión y significado en el corazón angelical de Crescencia. En efecto ella encontraba en la santa comunión, «su paraíso en la tierra» y celebraba sus maravillas á la manera de los Santos. «Oh! amor, exclamaba, (2) milagro de los milagros.—Dios es este amor. Dios se ha hecho mi alimento.—Oh! dulce convite del alma mia, que tiene hambre y sed de Vos! Ya que no me es permitido recibiros tan á menudo como deseo; sufriré esta privación con paciencia y en silencio, más no por eso dejaré de prepararme todas las mañanas como si tuviese que llegarme á la sagrada mesa; así, mi Jesús me encontrareis siempre dispuesta».

(1) Joan. 6. 57: In me manet, et ego in illo.

(2) Kolb. pag. 12.

«Me parece, decía otra vez, que yo no podría abstenerme de la Comunión, por humildad, por más que esté persuadida, que siendo pecadora como soy, no tengo ningún derecho á este beneficio, solo me abstendría de ella con gusto, si así lo dispusiese la obediencia. Mi mayor deseo es cumplir la voluntad de Dios, lo que haré obedeciendo á mis superiores y confesores».

Quién hubiese visto á un alma tan fervorosa acercarse á la sagrada mesa, hubiera creído asistir á un banquete de ángeles. Tal era la impresión que en esos casos recibía el consejero de la ciudad M. Kollmann. (1) «Centenares de veces he visto comulgar á Crescencia con admiración siempre nueva quedándome en la duda si estaba delante de un angel ó de una criatura humana». Sor Gabriela añade: «Su persona resplandecía como si fuese un Querubín, y muchas veces derramaba en su derredor una fragancia celestial».

Sor Rafaela también escribía por su parte. «El deseo de comulgar era tan vehemente en Crescencia que el más pequeño retraso se la hacía insoportable, y el hambre de este manjar divino llegaba hasta el deliquio, en el cual, incapaz de hablar y aun de tenerse en pié, era necesario sostenerla de ambos lados para llevarla á la mesa sagrada. Una vez allí, renacían sus fuerzas como por encanto: y

(1) Sum. n. 9. §. 469.

no era raro el caso de sentirse salir de su persona un olor deliciosísimo. En la acción de gracias se entretenía hasta que la obediencia la llamaba á otra parte; de ordinario la prolongaba por varias horas inmóvil, de rodillas, como privada de los sentidos con el rostro ya pálido como la cera, ya encendido como una rosa, pero siempre de encantadora belleza, tanto que con solo mirarla, se sentía uno movido á devoción. Todo esto lo he visto yo, y doy de ello testimonio por experiencia propia».

Sucedía con frecuencia que por la mañana Crescencia se desvanecía. Los confesores no han dudado en explicar este hecho por el deseo intenso de la Santa Comunión. La Beata confirmaba esta explicación con sus palabras, porque solía decir que por conseguir una comunión sola, de buena gana hubiera sufrido todas las enfermedades posibles, y que habría renunciado todos los gozos del paraíso, excepto la visión y posesión de Dios, antes que perder una sola Comunión.

Hemos dado ya una idea del modo como se preparaba á recibir á Nuestro Señor Jesucristo, pero Sor Gabriela (1) nos ha dejado sobre este punto noticias detalladas más relevantes que merecen ser consignadas en este lugar.

Toda la vida de Crescencia parecía tener por sosten y apoyo, sobre que giraba, la Santa Comunión.

(1) Pag. 147.

Desde las dos de la madrugada empezaba la preparación próxima con actos de diverso género. Su pensamiento estaba ocupado en los misterios de la Pasión, desde la institución del Smo. Sacramento hasta el sacrificio de la Cruz, sacrificio que se renueva en la santa Misa. Ofrecía al Padre celestial los padecimientos del Salvador, y se revestía de sus méritos para no ser demasiado indigna de recibirle.

Después de la Comunión su alma postrada delante de su Bien le saludaba de esta manera: (1) «Mi corazón y mi carne se alegran, saltan de gozo en la presencia de Dios vivo; cuándo merecí jamás este favor, que el Hijo de mi amada Madre venga á visitarme? A lo cual se seguía la recitación del Magnificat (2) con parafrasis apropiadas, pero Crescencia rara vez pasaba del verso, *fecit mihi magna qui potens est*, y nunca quiso decir la causa de esto. Tal vez en aquel momento trasportado su espíritu por la luz y el amor sobrenatural la hacían descansar en Dios, cesando de formular sus actos con palabras.

Sor Elena Kurz cuenta un hecho (3) que prueba hasta qué punto hubo llegado el deseo de Crescencia por poseer á su Esposo en la S. Eucaristía.

(1) Psalm. 83. 2; Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.

(2) Luc. 1. 46. y siguientes: véase á Ott. pag. 103.

(3) Summ. n. 9. pag. 340.

«El día segundo de la Natividad de 1742 cuando nos acercábamos á la sagrada mesa por orden de religión, nuestra Madre, que según la costumbre debía venir la última, llegó como en un vuelo cerca de las dos más jóvenes sores una de ellas Sor Rafaela y la otra era yo. El lugar obligaba á que se nos pusiera delante, pero ni á nosotras ni á las demás hermanas se nos ocurrió que ella se hubiese llegado entonces á la mesa sagrada. Además el espacio era tan estrecho, que solo dos personas podían estar en él de rodillas á la par: sin embargo no fué causa de ninguna turbación, y todas quedamos asombradas sin darnos cuenta como había hecho la Madre para ser la primera en comulgar. En ocasión oportuna la hice aunque disimuladamente alguna indicación sobre esto. Toda sofocada y temerosa respondió humildemente: «Llegué demasiado presto? No me apercibi de ello. Qué local! por todas partes llevo el desorden!, hermanas mías, si os he dado enojo, perdonadme!»

Con estas palabras la Madre se prometía ocultar un prodigio bajo el velo de su descuido, más para el que conoce el lugar, no cabe duda que lo que ocurrió fué un vuelo estático, de los que Görres (1) refiere numerosos ejemplos.

Tenemos otro hecho que á pesar de las dificultades suscitadas por el Promotor de la Fe ha sido

(1) *Mystik*, tom. II, pág. 511-553.

defendido por los abogados de la beatificación (1) y es la comunión milagrosa que por espacio de dos años recibió Crescencia por mano de ángeles en los días que no comulgaba la Comunidad. Es verdad que ejemplos semejantes se leen en la vida de San Buenaventura, de Santa Clara de Montefalco, de Santa Catalina de Sena, de Santa María Magdalena de Pazzis, y de algunos otros, pero en ninguna de las vidas de Santos se repitió el hecho con tanta frecuencia.

Cierto que la única que podía decirlo era Crescencia: y ella lo manifestó con ingenuidad al Padre Ignacio Lieb, de la Compañía de Jesús, que era su confesor, á su superiora la madre Juana y á Sor Justina. Como es notorio el testimonio personal adquiere valor aún por circunstancias extrínsecas. Reasumamos aquí las diversas deposiciones de testigos con relación á esta maravilla.

No obstante el deseo intensísimo de recibir á su Dios, Crescencia no podía esperar de los superiores el privilegio de la comunión extraordinaria.

El día 15 de Julio de 1721 fiesta de la Virgen y Martir Santa Crescencia, su patrona, nuestra Beata durante la Santa Misa se moría de languidez, y dirigía ardientes suspiros á su Amado. No era día de comunión para la comunidad, pero el divino

(1) Summ. n. 9, §. 25; Act. B, Summ. object. n. 12, et Respons. n. 114-150; Ott. lib. II, pág. 95 y siguientes.

Maestro pensó en ello. Al *Domine non sum dignus* una procesión de Angeles visible solo á los ojos de la Beata, partió del altar mayor, y un serafín llevando la sagrada Hostia fué á comulgar á la desposada con Cristo según el rito de la Santa Iglesia. Esto sucedió por dos años enteros hasta el 27 de Octubre de 1723 cada día, que la costumbre la tenía alejada del celestial convite.

Crescencia se apresuró á dar cuenta de ello á su confesor. El buen P. Lieb al principio comenzó á dudar, y no sabiendo cómo salir del paso, recomendó á su penitente sentimientos de humildad, y gratitud al gozar de favor tan grande. En su corazón había resuelto examinarla severamente, no omitiendo en el entre tanto de encomendarse á Dios á fin de poder resolver un caso tan difícil. Después sin decir nada á nadie pidió á Nuestro Señor una prueba de tres días durante los cuales no se permitiera á los ángeles llevar la Comunión á Crescencia y al mismo tiempo él mismo prohibía á ésta mentalmente que la recibiese. El Padre Lieb decía la misa ordinariamente á las Franciscanas y precisamente en su misa era donde se obraba el milagro. Al terminar el tercer día preguntó á Crescencia cómo estaba de salud.

«Cómo puedo estar bien? No estoy un momento tranquila, porque hace tres días que no recibo la Comunión. Temo haber cometido algún pecado». El buen Padre después de haberla escuchado

atentamente la despidió diciéndola buenas palabras para animarla. Después recurriendo de nuevo al Señor le dijo: «Si en esto quereis mostrar un rasgo de vuestra liberalidad, conceded de nuevo la comunión á vuestra sierva». El día siguiente Crescencia fué llena de júbilo á decirle que los Angeles habían vuelto á llevarla el pan celestial.

El religioso mientras tanto guardó para sí el secreto y solamente á la madre Juana creyó que debía decirselo, persuadido como estaba de la verdad del prodigio. Veremos como no faltaron tampoco otras pruebas para afirmarle más en su juicio.

Crescencia tenía un espíritu muy sério, y por lo mismo no estaba muy satisfecha de una gracia, que en fuerza de ser tan extraordinaria, la traía turbada. Recibir la Comunión de mano de un sacerdote era para ella más seguro y al mismo tiempo más meritorio, porque de esa manera ganaba más en la fe y en la humildad; de aquí que no cesase de rogar á Dios que la manifestase su voluntad divina, y la llevase por el camino ordinario sin privarla de sus favores. Todavía no había esperanza de obtener de sus superiores el privilegio, objeto de sus ansias, tanto más cuanto que ella estaba demasiado persuadida de su propia indignidad para tener valor ni siquiera de pedirlo.

La divina Providencia, siempre atenta á las necesidades de la Beata, vino en su auxilio.

Crescencia, cayó enferma por el exceso de su amor y se iba consumiendo por efecto de un calor inexplicable que la secaba; llegó al extremo de creerse en una muerte próxima, al ver que los remedios de nada servían. En esta dolorosa circunstancia, el confesor y la superiora tuvieron una misma inspiración; no sería el mejor remedio en este caso la Comunión diaria? Contentos ambos de haberse encontrado en el mismo pensamiento consultaron con el Provincial. Era este de aquellos á quienes el Señor había manifestado tan claramente el espíritu de Crescencia. Él sin más consintió desde luego en la demanda, la sierva de Dios sobremanera contenta comenzó á comulgar todos los días el 27 de Octubre de 1723. Se había dispuesto que el primer año no comulgase públicamente sino solo en presencia de las religiosas. Mas tarde se quitó también esta condición. Así se consiguió lo que se deseaba, que la enferma se repuso inmediatamente.

Apesar de todo el Padre Lieb se creyó en el deber de estudiar más á fondo el espíritu de la penitente y con este objeto la prohibió la Santa Comunión.

La pobrecita sin desplegar sus lábios obedeció humildemente; y entonces Dios para premiar su virtud, así como también para confirmar la verdad de los prodigios obrados por medio de los Angeles, se complació en obrar otros nuevos.

La mañana, en que Crescencia debía abstenerse de la Comunión, según la orden recibida, el Padre en el momento de tomar la Sagrada Hostia para comulgar, con profundísimo estupor suyo no encontró en la patena más que la mitad. Para encontrar la otra mitad comenzó á palpar y buscar minuciosamente, pero todo en vano. Con esta cruel ansiedad tuvo que acabar el sacrificio. Después, habiendo hecho salir á los fieles y á las religiosas, y á puerta cerrada comenzó el Padre de nuevo sus registros, los cuales no dieron mejor resultado que los primeros. Todo consternado va en busca de la Superiora, y á las pocas palabras se llamó á Crescencia, la cual interrogada sobre el caso respondió con la mayor sencillez: «Mi angel custodio me ha dado á mí la otra mitad de la hostia».

Con este motivo nos viene el recuerdo de un gracioso episodio de la vida de Santa Catalina de Sena, cuando el Beato Raimundo de Capua se vió desaparecer entre las manos una partecita de la hostia que estaba rota, sin poderla más encontrar. Entonces Catalina para tranquilizarle confesó haberla recibido ella de las manos mismas de su Salvador Jesucristo.

De aquí en adelante estaba asegurada para Crescencia la suerte de comulgar todos los días aunque muy á menudo se ofreciese á renunciar á ella, prueba evidente de su obediencia, gozó sin embargo de este consuelo hasta su dichosa muerte, esto es, por espacio de veinte años.

Aun antes del 1721 y una vez solamente, como preanuncio, según lo llama el P. Ott. (1), de la gracia repetida después tantas veces, recibió á Jesús Sacramentado en aquella manera admirable. Obedeciendo las instrucciones del P. Provincial, la madre Juana ponía á duras pruebas la virtud de Crescencia, y entre otras un día de comunión, en vez de ir al coro la mandó que fuese á la cocina. Pronta á la voz de la obediencia, mas toda absorta en Dios, la Beata atendía á hacer la labor que se le había mandado sin tener otro pensamiento que el de cumplir con su obligación. Entonces sucedió que el Señor, solícito en premiar su virtud, la envió por mano de un Serafín el pan de los ángeles, en el lugar mismo en que la tenía ocupada el mandato de la Superiora.

Estos favores, en verdad, son rarísimos, pero Dios no se deja vencer en generosidad por la criatura. Sabemos que Crescencia se había entregado totalmente al Señor, y esto nos explica cómo el Señor la haya abierto tan liberalmente los tesoros de su Omnipotencia y de su amor divino ocultos en el Santísimo Sacramento.

La pluma no se presta á describir los efectos producidos por la Sagrada Eucaristía en un alma tan santa. Todas las promesas magníficas del Salvador tuvieron pleno cumplimiento, en especial aqué-

(1) Libro III, c. 2, pág. 268 y Act. B. Summ. objet. n 12.

lla que es el compendio de las demás (1), «El permanece en mí y yo en él». Este manjar celestial, este pan vivo que bajó del cielo, que tiene la virtud de transformar á quien le recibe en un ser semejante á Jesucristo, obraba en ella con tanta eficacia que podía decir *con verdad* (2). «Vivo, yo, pero no yo, sino Jesús es el que vive en mí». Los pensamientos los afectos, las palabras, la voluntad, el amor, los dolores, su vida entera gravitaba hacia un solo centro. «Jesucristo entronizado en su corazón».

Jamás Crescencia pudo encontrar palabras suficientes para explicar á sus confesores lo que pasaba en su interior después de haber comulgado. Solo sabía decir (3): «Que la santa humanidad de Cristo aparecía cercada de luz incomparable, que ella veía claramente en el abismo del misterio de la Santa Trinidad, cómo desde *ab æterno* el Hijo es engendrado por el Padre, y cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo».

Los éxtasis, las curaciones repentinas de enfermedades corporales, todo esto revelaba cómo los torrentes de gracias del corazón de Jesús se derramaban en el corazón de su amada. Está también probado que el manjar celestial la sostenía por espacio considerable de tiempo sin necesidad de alimento

(1) Joan. 6-57: *In me manet, et ego in illo.*

(2) Gal. 2-20: *Vivo ego, Jam non ego, vivit vero in me Christus.*

(3) Ott. lib. III, c. 2.

de este mundo. En las últimas seis semanas de su vida fué su único alimento, como había sucedido ya en la enfermedad de 1742, que duró casi seis meses, en los cuales lo poco que comía seguramente no era bastante para poderla hacer vivir (1). En la vida de no pocos santos se encuentran muchos ejemplos de un efecto semejante del Santísimo Sacramento.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que tanta conexión tiene con la del Santísimo Sacramento, era entre todas las otras la más amada ya desde la infancia. No se cansaba de alabar, meditar y amar el amor misericordioso de este divino Corazón. «Ella vivía más en el corazón de Jesús, que en el suyo propio, y nunca olvidó la promesa hecha á la pequeña Ana por el niño Jesús. «Tu corazón y el mío no forman más que un solo corazón». Otras visiones y otras promesas habían reanimado este recuerdo y reforzado esta devoción. He aquí un favor que nos parece principio de muchos otros (2).

Un día arrodillada delante del Santísimo Sacramento, Crescencia según su costumbre, sumergía su propio corazón en el del Señor, cuando de repente la pareció ver salir del tabernáculo gran número de rayos que iban á penetrarla y al mismo tiempo oía pronunciar distintamente á su oído estas palabras: «Aquí tienes el símbolo de mi amor, y el modo con que yo quiero inflamar tu corazón y unirle al mío».

(1) Act. B. Summ. addit. pág. 14.

(2) Ott. lib. III, c. 2.

Aunque asombrada *Crescencia* se atrevió á pedir aun más, esto es, «que se dignase darle también su corazón, porque con él, siendo perfectísimo como es, podría amar á Dios dignamente». Una gracia tan singular la fué concedida más tarde como veremos ahora, de un modo misterioso.

En una fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, se apareció el Señor á su sierva en una visión sublime y la dió su propio corazón, no como sucede ó se verifica ordinariamente con quien comulga en buena disposición, sino por una unión especial y mística ó misteriosa, tanto que este divino tesoro se hizo de la propiedad de *Crescencia* merced á una verdadera donación. Perdida entre el estupor y la caridad, *Crescencia* á su vez dejó su propio corazón á su Esposo divino, prometiéndole que había de ser todo de Él, sometido á su cetro real, pronto igualmente al padecer y á la alegría, á la vida y á la muerte. Desde aquél instante una vida nueva modelada cuidadosamente sobre la virtud del Sagrado Corazón, apareció en ella. Pero aquí abajo no hay rosa sin espinas, á la lluvia sucede la sequía y á la risa el llanto, *Crescencia* abandonada, andaba suspirando noche y día en busca de su único amor. Jesucristo volverá.

Y volvió. Él estaba radiante de luz y de gloria, y su corazón descubierto parecía traspasado de flechas. A aquella vista movida de compasión, preguntó la humilde esposa: «Señor mío, quien os ha

llagado así?». Y Jesús respondió con una gracia infinita. «Tu, tú, hija mía, has llagado mi corazón con tantas flechas de amor, cuántos son los ardientes suspiros que por mí se te han arrancado del alma. De ellos me complazco extremadamente. Tu gozo debe aumentarse y crecer sufriendo y amando».

La verdad de esta visión se confirmó por los efectos que produjo en el alma de Crescencia, la cual no tuvo desde entonces en la cúspide de sus deseos más que padecer, y padecer y padecer y amar sin medida.

Oh cristiano!, también por tí Jesucristo en el Santísimo Sacramento ha querido quedarse entre los hombres, y repite (1). «Quien se alimenta de mí, vivirá eternamente». También por tí arde la lámpara del Santuario para mostrarse en el tabernáculo «el paraíso en la tierra». No tengas, pues, por más tiempo los oídos cerrados á la dulce invitación del Salvador (2). «Venid á mí todos, vosotros los que estais cansados y gravados, yo seré vuestro consuelo y alivio.

(1) Joan. 6-51: Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.

(2) Math. 11-28: Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.

CAPITULO V

Cómo Crescencia traía de continuo en el corazón la vida y la muerte del divino Maestro.

No querer saber más que á Jesucristo y Jesucristo crucificado, vivir, padecer, morir, resucitar merced á una unión íntima con Él, he ahí, según San Pablo (1), la vida del cristiano, he ahí el rasgo más característico de la vida de los Santos y he ahí el espíritu que animaba á Crescencia.

Ella vivía en Cristo y Cristo vivía en ella. Desde los primeros años de su vida, por una gracia especial, sus aspiraciones y su amor se habían concentrado en el Hombre-Dios; y este germen de vida interior se iba desenvolviendo á través de las fibras de su ser hasta conducirla á ensimismarse en el divino Crucificado. Su corazón no hacía más que meditar los misterios de Jesús su celestial Esposo. Guiada por la Santa Iglesia, que todos los años en el ciclo de sus fiestas hace pasar ante los ojos de

(1) I Cor. 2, 2.: Non judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum et hunc crucifixum.

los fieles la economía entera de la redención, la sierva de Dios asistía con atención profunda á todos los actos de este sagrado drama y con las meditaciones piadosas, con las prácticas espirituales seguía paso á paso todos los misterios de la vida y de la muerte de su Señor, ó mejor dicho, unida á Él por modo misterioso recorría la dolorosa historia de la redención.

Jesús niño en el pesebré, Jesús doctor de la verdad, Jesús cordero en la Cruz, Jesús premio de los escogidos, Jesús esposo de las almas en la Sagrada Eucaristía, eran los puntos favoritos en los que consideraba á Dios, eran las fuentes de donde sacaba no solo sus ardores sino también la fortaleza heroica de aquella virtud, que hizo de su vida una magnífica imitación de Nuestro Señor Jesucristo.

Las fiestas de Natividad eran para ella días de extraordinaria alegría. Continuamente salían de su pecho fervientes llamamientos para que el divino Infante bajase á la tierra y poder «adorarle y recibirle con el mayor gozo». En el Adviento y en las tres semanas precedentes, su alma estaba toda ocupada en prepararse á la llegada del Mesías, á cuyo objeto ofrecía al Señor todas las horas y las acciones todas del día. Con actos interiores y exteriores andaba formando una cuna espiritual para el niño Jesús. Los suspiros de los Patriarcas pidiendo al Redentor subían al cielo desde el fondo de aquella

alma aumentando en intensidad, á medida que se acercaba el gran día.

La Virgen, que llevaba en sus entrañas la salud del mundo, era también objeto de su tierna devoción. A porfía con los ángeles se ocupaba en adorar continuamente, y amar al Unigénito del Eterno Padre hecho hijo de una madre terrenal por obra del Espíritu Santo. Las mismas alabanzas de los ángeles no la satisfacían, y por esto suplicaba además á la Virgen purísima, que alabase, bendijese y acariciase por ella á su divino Hijo. A la oración añadía los ayunos, y otras muchas mortificaciones, entre las cuales merece recordarse la del silencio en honor del «Verbo silencioso» en el seno de su Madre, silencio que no interrumpía, sino era obligada por razones de caridad ó de obediencia.

La noche de Navidad parecía que su alma no estaba ya en la tierra. No nos es dado seguir ni siquiera de lejos el vuelo de su espíritu hacia el cielo. Los días que transcurren desde la Navidad á la Epifanía, según decía ella misma, eran los más dulces de todo el año. Si el solo nombre de Belén bastaba á extasiarla, se puede comprender fácilmente qué devoción se apoderaría de ella en estos días de gracia. Sentimientos tan vehementes no podían tenerse secretos, y Sor Rafaela da de ellos esta prueba(1). «Observé su turbación especialmente en el momento de pronunciar mis votos entre sus manos,

(1) Summ. n. 12, párraf. 80,

Crescencia por sus enfermedades se había quedado muy pálida durante la ceremonia de mi profesión, pero apenas se nombró al «Parvudo de Belén», su rostro se puso como de fuego y parecía salir de sí misma».

Escogió Dios aquel tiempo para concederla muchas revelaciones y visiones. Con el P. Ott (1) no citaremos de ellas más que una. Según costumbre, en un día de Adviento Crescencia saludaba á la Virgen y á su divino Hijo de esta manera: «Sea alabado y bendecido, oh María, el precioso tesoro que habeis recibido del Espíritu Santo, alabado sea el fruto bendito de vuestro seno». A estas palabras se apareció la Virgen rodeada de resplandor con su Hijo en los brazos ofreciéndosele á Crescencia, y diciendo con gracia infinita: «He aquí el fruto de mis entrañas!». La Beata tomó en sus brazos á Jesús, y circundada por su luz se perdió en Dios.

Sin embargo, el objeto preferente de las meditaciones de Crescencia era la pasión del Señor, así que fija en tal recuerdo podía decir con mucha razón(2): «Yo estoy crucificada con Cristo». Las solas palabras, «la pasión de Jesucristo» la hacían llorar á mares, y entre sollozos repetía: «¿Qué es esto? Un Dios que sufre y muere!». Y cuando el jueves por la tarde y el viernes oía la campana anunciando la

(1) Lib. II, cap. 4.

(2) Galat. 2-19: Christo confixus sum cruci.

agonía y la muerte del Salvador, hacía un luto y un llanto, que no se puede expresar.

La Beata no cesaba de recomendar á todos la meditación de la muerte del Señor. «Esta práctica, decía, encierra un tesoro incomparable, el fruto vivo del paraíso, el que coma de él no morirá para siempre. Para una religiosa la cruz debe ser el primero de sus libros: en este libro escrito con sangre, impreso en el fondo del alma con el amor, se contiene toda la perfección».

Como las abejas vuelan de flor en flor para sacar de ellas la miel, así Crescencia volaba de una llaga á otra del Crucificado, recogiendo con el dolor la dulzura del amor y el nectar de la gracia. Cuanto más estudiaba este libro sarto, mas la inundaba de gracias el divino Maestro, sumergiendo en su abundancia las imperfecciones naturales, fortaleciendo su virtud y mudando sus padecimientos en amor y en alegría.

No contenta con esto Crescencia enseñaba á sus hijas á pensar de continuo, aun durante las labores, en los dolores de su celestial Esposo. Con tal objeto distribuía la historia de la pasión en diversos puntos conforme á las horas y los días de la semana, en los cuales introducía ya una, ya otra acertada y oportuna advertencia para acomodar los misterios á las ocupaciones que tenían entre manos. Así cada instrumento del trabajo podía servir como de espejo, donde se reflejaba cada una de las escenas del

Calvario. Bebiendo se podía pensar en la hiel y vinagre, que ofrecieron á Jesús en la cruz (1), andando con agua venía á la memoria el torrente Cedrón, la tela representaba el santo sudario y el velo de la Verónica, un tenedor ó un cuchillo podrían recordar la lanza del centurión, un plato la corona de espinas. Al subir las escaleras se había de meditar la subida al Calvario, llevando algún peso ó la leña debía pensarse en ayudar á Nuestro Señor cargado con la cruz. La sierva de Dios aseguraba que con un poco de perseverancia en estos ejercicios, se adquiriría muy pronto una facilidad tan grande que en todas las cosas se vería al Señor padeciendo, y uno se sentiría movido á hacerlo todo en unión con Él. Pero añadía que había que evitar toda tensión de espíritu para que no se redujese esta práctica á un juego de imaginación, que no produciría entonces más que hojas sin fruto; pues este ejercicio debe hacerse en íntima unión con Nuestro Señor para reproducir en nosotros sus virtudes. La verdadera devoción no se dirige á otra cosa. Por ejemplo cuando nos representamos la despedida de Cristo á su Madre afligidísima es menester animarnos de sus mismos sentimientos, de modo que nos haga decir: Con cuánto dolor debieron separarse! También yo quiero abandonar de buen grado mis parientes, mis amigos, y todo lo que no es Dios! Recordando la

(1) Summ. n. 12, párraf. 67 y 71.

bofetada, que Jesús recibió delante de Caifás, se dirá al punto. He ahí por qué yo debo sufrir amorosamente en silencio todas las ofensas y humillaciones, que me sobrevengan!

Para aumentar en la comunidad la devoción á la pasión dolorosa de Jesucristo, Crescencia siendo superiora hizo pintar el Via-Crucis en el dormitorio, y fué la propagadora de este santo ejercicio, que ahora, gracias á Dios, se practica con tanto celo en toda la Iglesia. Mientras tuvo fuerzas no dejó pasar un día sin recorrer la vía dolorosa, deteniéndose mucho tiempo á los pies de la Madre de los dolores, á la que pedía que quisiera guiarla en este ejercicio y por su medio ofrecerle á su amado Señor. En su última enfermedad hizo poner en la celda los cuadros del Via-Crucis para contemplarlos hasta el último momento.

Hasta el silencio del Señor delante de los que le calumniaban é injuriaban, era objeto de particular veneración para Crescencia: *Jesus autem tacebat* vino á ser como su escudo contra los dardos envenenados del ultraje. Su espíritu se entretenía largo tiempo también en el huerto de las olivas, donde la agonía de Jesús la sugería meditaciones conmovedoras. La separación de la Madre y del Hijo, María al pié de la Cruz, las tres horas de la agonía destrozaban aquel corazón sobremanera tierno. En el tiempo de Cuaresma y especialmente en la Semana Santa, Crescencia no se apartaba nunca del Calvario.

Allí se la veía mucho tiempo de rodillas con los brazos abiertos delante de su Crucifijo ó de la Virgen de los dolores, tanto que todos se maravillaban cómo una mujer enferma y falta de fuerzas pudiese estar en aquella actitud por tanto espacio de tiempo.

Los viernes de cada semana y todos los días de Cuaresma, su ayuno continuo se hacía mucho más rígido. En su silencio y en su recogimiento prolongado no acertaba á quitar su vista de su Salvador. La viva compasión, que partía su alma, se manifestaba con abundantes lágrimas, con hemorragias de sangre por la nariz y con un aire de dolor tal que parecía que iba á entregar su alma á Dios. Aun durmiendo su corazón velaba con el Señor y asistía á su pasión. Crescencia con una exactitud admirable conocía todas las circunstancias históricas y geográficas de la vida de Jesucristo. No las podía haber aprendido únicamente en los libros, sino que en esto debió tener una luz superior para poder conocer tantos y tan dolorosos incidentes como debieron tener lugar en aquella trágica escena.

Un Padre franciscano, que había vivido muchos años en Tierra Santa, hablando con ella no pudo ocultar su sorpresa al oírla hablar de Jerusalén, de Belén, de Nazareth y sus contornos. «Crescencia conocía mejor que el Padre todos aquellos sitios». El resultado más importante de esta meditación

continua para esta alma bendita, fué hacerla morir enteramente á todo lo que no era Dios, ó que no se refería á Él, y una sed insaciable de tomar parte en los tormentos de Jesucristo.

Jesucristo, autor de esta sed, no podía contentarse para corresponder á las ardientísimas aspiraciones de su esposa con padecimientos ordinarios y corporales. Aunque ella no tuviese la gracia de las llagas es de creer que Jesucristo la hiciese compañera suya en el padecer de un modo místico. Apesar de todos los esfuerzos de Crescencia para tener oculto este don, las hermanas acabaron por descubrirle (1). Al primer sonido de la agonía el Jueves por la tarde, el rostro de la Beata se contraía de tal manera que por la vehemencia del dolor se la hubiera creído próxima á espirar. Aun el Viernes apenas tenía aliento para hablar, ni aún para moverse: era la imagen de la desolación, especialmente desde las nueve hasta las tres de la tarde. De ordinario los Viernes no comía nada ó casi nada. Con frecuencia la mandaba la Superiora que se fuese á dormir, y allí la encontraban echada medio muerta. Después de las tres empezaba á mejorar poco á poco, pero quedaba tan acabada, que á penas podía tomar un poco de alimento.

(1) Summ. n. 12, párraf. 23, 34, 66, y Gabriela Merz, página 224, Ott. lib. II, cap. 3.



Repetiéndose este fenómeno con mucha regularidad y no pudiendo atribuirlo á una causa natural, las religiosas concluyeron por creer que su hermana más bien que meditar lo que hacía era sufrir la pasión del Señor. Tales cosas después de tres años se hicieron menos sensibles. Esto sucedió, dice el P. Ott. (1) porque en fuerza de súplicas obtuvo que sintiendo los mismos dolores no se apercibiesen de ello las personas con quienes vivía. Sor Joaquina la observó por espacio de doce años y Sor Bernardina por diez y nueve. Sentimos aquí la falta de detalles más exactos, puesto que las relaciones de Sor Ana Neth, y por lo tanto la historia del Padre Katzemberger no son auténticas. Todavía debe ser creído el Padre Katzemberger en aquello que le manifestó la misma Crescencia, á saber, que sufría un dolor en la cabeza como si la atravesase una espina, y en el costado izquierdo como si la hubiese herido una lanza de dos filos.

Otros dos hechos referidos con más extensión por el P. Ott (2), nos parecen dignos de ser consignados aquí:

En la celda de Crescencia había un gran Crucifijo hácia el cual tenía la más tierna devoción. El Cristo la había concedido repetidas veces gracias

(1) Lib. II, cap. 13.

(2) En el mismo lugar.

muy señaladas, que ella se creyó en el deber de referir á la Superiora. Esta, siempre prudente, temió no se tratase de artificios diabólicos. De aquí que una mañana mientras Crescencia estaba en el coro, cogió el crucifijo y le escondió en un lugar, donde nadie podía llegar, en la firme persuasión que la Beata iría en seguida á importunarla, para que la volviese el crucifijo. Pasa un día, pasan dos, y no se ve parecer á Crescencia. La superiora maravillada del silencio de la hermana la preguntó si tenía todavía el Crucifijo. Sí, que le tenía; la superiora le encontró en el mismo sitio de donde le había quitado. Sabiendo bien que por mano de hombre no había podido ser llevado allí, tuvo una prueba más de que su hija no estaba alucinada.

El segundo hecho es aún más notable, y puede ser comprobado por quien tenga la dicha de visitar en el día de hoy la celda que habitó la Beata.

Un día absorta en el pensamiento de la flagelación de Nuestro Señor, Crescencia fué arrebatada en éxtasis, y vé entre otras cosas, los instrumentos de la flagelación, una vara entretejida con largas espinas y un zurriago con doce ganchos agudos. La madre Juana habiendo oído casualmente hablar de esta visión, quiere tener una prueba de ella, y sin más mandó á Crescencia que reprodujese en pintura los

(1) Lib II, cap. 13.

instrumentos que había visto, y esto en seguida á sus propios ojos. Ella sabía de seguro que la hermana Crescencia no había estudiado nunca ni el dibujo ni la pintura, pero el espíritu de obediencia de Crescencia no se detuvo por eso. Sin dudar un instante, la hermana coge un gran pliego de papel, y sobre él pinta la vara y el zurriago. Es una obra de arte, ejecutada á grandes rasgos y con los medios más simples. Millares de personas que la han visto, y entre ellos algunos maestros de fama, han quedado sorprendidos de admiración (1).

En resumidas cuentas es menos milagroso pintar sobre el papel un objeto visto en espíritu, que reproducir uno en sí mismo con la fuerza recibida del Espíritu Santo, la viva imágen de Jesús crucificado. Y sin embargo este milagro le pide Dios á todos los cristianos, habiéndonos dado un precepto formal (2) «de ser semejantes á la imágen de su hijo Jesús».

Hé ahí, por qué oh Cristiano, si te interesa tu eterna felicidad debes estudiar con atención el libro

(1) Este diseño se ve todavía hoy en el monasterio con una escritura de la Madre Juaquina Köglin, fecha 1 de Julio de 1744, que atestigua que la figura es obra de las manos de Crescencia, ignorante totalmente del arte de dibujar.

(2) Rom. 8, 29. Prædestinavit, conformes fieri imagini Filii sui.

vivo del Crucifijo, informando tus pensamientos y tus afectos en los padecimientos del Salvador, según el mandamiento del Espíritu Santo (1), «puesto que Jesucristo ha padecido en la carne, también vosotros debéis armaros con el mismo pensamiento».

(1) I. Petr, 1, 1: Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini.

CAPITULO VI.

*El Espíritu Santo, dulce huésped del alma
de Crescencia.*

En el bautismo empieza el Espíritu Santo á morar con el Padre y con el Hijo en el alma del cristiano: pero de ordinario su acción permanece oculta y á penas se deja entrever por medio de alguna señal exterior. Al contrario, en Crescencia como hemos visto desde los primeros años se manifestó su presencia en esta hija bendita, de modo tan evidente que todos se maravillaron de esto. Ella sola no reparaba en las maravillas de su propia vida, más contenta con la obscuridad de la fé, tuvo siempre una devoción extraordinaria al Espíritu Santo. Todo su deseo y cuidado era hacerse un templo sin mancha, digno del divino Espíritu (1), y adornado con todas las virtudes. Entre las dificultades y los padecimientos, como entre las tentaciones invocaba el auxilio del Espíritu Santo, con alguna oración, con el canto del *Veni Creator*, ó algún otro de los himnos de la Iglesia.

(1) Summ. n. 12, párraf. 128.

Se preparaba á la fiesta de Pentecostés con una fervorosa novena; así es que Aquél por quien había suspirado tanto, se apresuraba á inundarla de gracias incomparables y á admitirla á íntimas comunicaciones, tal vez acompañadas de visiones, como dicen las actas de su beatificación (1) y el P. Ott, bajo la forma de un joven. Bajo esta forma se la apareció en una fiesta de Pentecostés, llenándola suavemente de los siete dones, y diciéndola: «Quien no ama más que á mí yo le conservaré en mí y en mi gracia». Crescencia no acertaba á decir la impresión producida por esta vista ni la claridad de la luz nueva que amaneció en su alma. Se la revelaron y pusieron de manifiesto los abismos de su propia nada y las inclinaciones de la naturaleza, y lo que importa más, que desde entonces fué capaz de observar y distinguir claramente los movimientos y los efectos de la gracia.

La representación del Espíritu Santo bajo la figura de un joven, suscitó serias dificultades al abrirse el proceso de beatificación.

Para poner al lector en disposición de que pueda distinguir lo verdadero de lo falso, nos vemos obligados á interrumpir el orden cronológico y tratar de hechos acaecidos después de la muerte de la Beata en la esperanza de que esta aparente digresión no será inoportuna ni inútil.

(1) Act. B. Summ. object. n. 11, párraf. 2, y Ott. lib. 3, cap. 2.

A lo último de la vida de Crescencia, la fama de su santidad había traspasado los confines de la Alemania, y había llegado á oídos del Papa Benedicto XIV, tan célebre por su sabiduría. Pasando los hechos de boca en boca, sucedió lo que sucede de ordinario, se fueron amplificando, émbelleciendo y alterando en términos que se hicieron sospechosos, hasta el punto que el Santo Padre, de tan gran espíritu y tan prudente, en especial en estas materias mandó el 17 de Mayo de 1744 al Obispo de Ausburgo José Langrave de Hessen, un Breve relativo á Crescencia, con el precepto de tomar enérgicas medidas, si acaso se trataba ó eran sus cosas ilusiones ó mistificaciones y mentiras, y se le mandaba además que enviase una relación sumaria de la vida de esta religiosa, sus milagros y demás que á ella se referían, Benedicto XIV creyó que Crescencia vivía todavía, cuando ya había muerto hacía seis semanas, esto es, el 5 de Abril. Por esta razón la parte del Breve, que se relacionaba con la investigación acerca de su vida, no tenía ya objeto, pero el Obispo de Ausburgo creyó interpretar bien el deseo del Papa tomando también las informaciones prescritas acerca de su vida.

Fueron encargados para esto dos teólogos notables, Juan Bautista Bassi, canónigo de S. Mauricio, y Eusebio Amort, canónigo regular de Pollingen, célebre por sus escritos sobre moral y derecho canónico, y además por su acerba crítica contra la

«Ciudad de Dios» de la venerable María Agreda, obra defendida calurosamente por varios teólogos franciscanos, crítica y defensa sostenidas por ambas partes con mucho ruido y no menos vivacidad.

A los dichos canónigos se unió el benedictino Celestino Agrícola, notario Apostólico, y abrieron el proceso en el Monasterio de Kaufbeuren el 16 de Septiembre de 1744. Con la prisa omitieron el procedimiento según las formas canónicas, y no oyeron á los testigos uno á uno, sino todos juntos y sin pedirles antes juramento; por esta razón su interrogatorio no pudo sacar más que respuestas vagas y poco satisfactorias. Así juzgó del proceso Benedicto XIV en el Breve citado en otra parte. La relación de los sobredichos se mandó á Roma y fué sometida ante todo á una comisión especial; después fué leída por el mismo Papa (1).

Aun excluyendo toda sospecha de fraude el Soberano Pontífice no veía aun en esta relación la prueba de una santidad eminente. Por entonces su Santidad creyó descubrir allí las huellas de un error condenable. La sierva de Dios había inventado, aprobado y difundido imágenes, representando al

(1) Ni el original de esta relación, ni una copia figuran ya en los documentos del proceso de beatificación. Apesar de todas las investigaciones hechas no se ha podido encontrar más que el proceso sin las conclusiones, impreso en los *Actos B. Summ. Object. n. 15*. El autor de este libro tuvo la fortuna de descubrir en los archivos parroquiales de Kaufbeuren, una copia legalizada proveniente de un convento suprimido.

Espíritu Santo en forma de un joven; por otra parte había distribuido coronas, cruces y otros objetos de piedad, que el pueblo creía bendecidos é indulgenciados por el mismo Jesucristo. Por su parte el Obispo hacía notar que verdaderamente en su diócesis circulaban imágenes del Espíritu Santo en la forma indicada, pero que él las había prohibido. El 1.º de Octubre de 1745, el Papa espidió sobre esto otro Breve al Obispo de Ausburgo cuyo compendio es como sigue (1).

Recordando ante todo el proceso formado sobre las virtudes de la difunta, Benedicto XIV exhorta al Obispo á conformarse enteramente á las Reglas que se siguen en Roma, y están contenidas en su libro de *Canonizatione*: después dice que sería mejor dejar el asunto para mas adelante en vista de las circunstancias presentes, y mientras tanto observar el giro que toman las cosas. Vienen después las imágenes del Espíritu Santo. El Papa no examina si Crescencia haya ó no inventado, aprobado y difundido estas imágenes, más insiste sobre una segunda cuestión: Está permitido ó no el representar al Espíritu Santo bajo la forma de un joven? ¿Tales imágenes pueden ponerse en uso y en veneración?

El Soberano Pontífice aprueba las disposiciones adoptadas por el Obispo con relación á dichas

(1) Bullarium Benedicti XIV, tom. 1, pág. 560, edit. Romana: edit. Luxemburg. pág. 328: el texto ocupa 6 páginas en folio.

imágenes, exhorta á que no se permita su impresión ni circulación, y hacer desaparecer con prudencia y sin escándalos las que había. Apoya esta medida con razones claras y sólidas, partiendo del principio admitido en la Iglesia, ó sea que la divinidad en sí misma, como espiritual é invisible no puede ser representada con imágenes, y no debe figurarse más que en la forma misma en que se ha dignado aparecer á los hombres conforme á la relación de la Santa Escritura. Asentada esta regla disciplinar, el Espíritu Santo no debe representarse más que en forma de paloma ó bien de lenguas de fuego, no conformándose otras imágenes de la tercera persona de la Santísima Trinidad con los principios y usos de la Iglesia Católica.

Pasa finalmente á la segunda inculpación hecha contra Crescencia, de haber propagado falsas indulgencias, bendiciones y usos supersticiosos. Ya volveremos á ocuparnos de esto en adelante.

Seguramente el Breve no tocaba en realidad á la buena fama de Crescencia, ni impedía su beatificación: sin embargo hizo retardar mucho tiempo la apertura del proceso, y suscitó dificultades, que sin él no habría habido. Más es necesario decir también, que sirvió admirablemente para poner de manifiesto muchas particularidades y hacer brillar más la gloria de la Sierva de Dios.

Cuando se quiso poner mano en el proceso, el Promotor de la fé se opuso á ello, aduciendo por

razón el Breve de Benedicto XIV. Al punto se formó una comisión apostólica para depurar la verdad sobre el terreno mismo de los hechos. Se oyó á muchos testigos, y después de largas discusiones al fin se vinieron á establecer las conclusiones siguientes:

En primer lugar se convino que Crescencia no había inventado las dichas representaciones del Espíritu Santo. Imágenes semejantes existían ya de tiempo inmemorial en diversas iglesias de Alemania, como en la Diócesis de Salisburgo, de Passau de Costanza y de Múnaco. En esta última ciudad en la iglesia de S. Pedro, se la veía en el cuadro del altar mayor, y en la capilla de las Carmelitas. Hasta en el monasterio mismo de Kaufbeuren las religiosas poseían una de esas efigies anterior al tiempo de Crescencia, representándose en ella al Espíritu Santo con esta inscripción: «En esta semejanza el Espíritu Santo se manifestó á la Virgen Teresa» (1).

En segundo lugar se probó que no fué Crescencia, sino la madre Juana la que hizo que se grabáran las pequeñas estampas, y se pintase el gran cuadro del Espíritu Santo. Tales imágenes se distribuyeron en el Monasterio durante el gobierno de esta Madre. Algunas de ellas llevan el nombre de

(1) Recientes investigaciones en las Catacumbas, han demostrado que la representación del Espíritu Santo en forma de un hombre no era del todo desconocida en los primeros siglos cristianos. Ved. Krans. Roma Subterránea.

«Madre Crescencia», pero en la forma de letra se reconoce la mano de Sor Ana Neth.

En tercer lugar se comprobó que apenas elegida superiora Crescencia, prohibió á las religiosas que distribuyesen tales imagenes; y para evitar toda ocasión de desobediencia, hizo que la llevasen todos los ejemplares que se pudieron recoger, como refirieron las mismas hermanas á quienes se obligó á hacerlo.

De este modo fueron cayendo una á una todas las objeciones del Promotor de la fé.

Parece que la verdad es esta: ó sea, que Crescencia era frecuentemente favorecida por la visita del Espíritu Santo, que se la aparecía en forma de un hermoso joven con los cabellos ensortijados, vestido con vestiduras blancas, como la nieve, con la cabeza descubierta y rodeada de siete lenguas de fuego. Así lo cuenta el P. Ott; y algunos testigos citados en las actas, dicen haberlo sabido por personas informadas de la misma Beata. Sea de esto lo que quiera, nosotros afirmamos con el abogado de la causa, que no se pudo aducir una razón sólida contra la posibilidad de tal aparición.

Si hemos de dar fé al P. Ott, y á la tradición del monasterio, Crescencia tomó alguna parte en la pintura del grande y hermoso cuadro del Espíritu Santo (1).

(1) Ott. lib. III.

Después de haber hecho imprimir gran cantidad de pequeñas imágenes del Espíritu Santo la madre Juana deseó tener un cuadro grande conforme á la visión de Crescencia. Por el año de 1727 ó 1728 dió comision al efecto á un pintor de Mónaco por nombre Rufino. El pintor encontró dificultad para ejecutar su obra conforme á las indicaciones recibidas al principio. Entonces en virtud de santa obediencia se obligó á la Sierva de Dios, á comunicar no solo los más pequeños detalles de todo lo que había visto, sino también á hacer todo lo que estaba de su parte para el buen resultado de la obra. Fué este un ataque brusco á su humildad, pero se sometió, y en pocos días se hizo el cuadro á satisfacción de todos. Ninguno se admiraba más que el mismo pintor de la facilidad y de la perfección de aquella obra: por esto se quiso hacer enseguida una copia para la Electora Amelia, (más tarde emperatriz, y asáz devota de Crescencia), más con todos los esfuerzos no se pudo hacer. En lo sucesivo solía decir todo conmovido, que solo el Espíritu Santo podía haber guiado su pincel para hacer el original, y que le había guiado por los méritos de la Beata. Esta obra de arte llamó la atención de todos y por devoción una condesa del imperio la hizo poner en un rico cuadro. A pesar de esto nunca se expuso al público. Se guardaba en un aposento, y el P. Ott, dice: «Durante mi permanencia en este lugar tuve el honor de enseñar el cuadro treinta veces á serenísimos

príncipes del país. La gloriosa emperatriz Amelia estaba de él tan prendada, que en el 1735, hizo fundir un facsimil del mismo, que después regaló generosamente al monasterio».

Ya lo hemos dicho. Crescencia prestó su auxilio para llevar á efecto el cuadro obligada por la obediencia. Si alguno quiere censurar por esto á la superiora, no olvide que tales figuras estaban ya en uso desde mucho tiempo y circulaban á la vista de los confesores y superiores. El silencio de la Beata, la cooperación que prestó al pintor no fueron una aprobación, más bien nosotros tenemos formales motivos para creer con el P. Ott, todo lo contrario, motivos que encontramos en la relación misma de los canónigos Bassi y Amort. A la verdad, Sor Justina testifica (1). «Desde el día que se pintó el retrato del Espíritu Santo, Crescencia no ha bebido más que agua hasta su muerte». Además de esto la prontitud con que siendo ya superiora hizo retirar todas las imágenes semejantes, nos da á entender, que este modo de honrar al Espíritu Santo no era de su agrado, y que hizo lo que hizo, sometiendo su juicio al de los superiores, quedándose después en silencio. Y aun concedido que anteriormente se hubiese prestado á semejantes manifestaciones, un error involuntario sobre un punto que concierne más á la disciplina que á la fé no suministra prueba alguna contra su eminente santidad.

(1) Act. B. n. 15, párraf. 19.

Ha habido grandes Santos, y aun grandes doctores de la Iglesia que han errado en materias de fé, porque la Santa Iglesia en su tiempo no había pronunciado aun su juicio infalible (1). Finalmente sabemos por una carta autógrafa del P. Pamer S. J. que la Beata antes de morir le declaró, que ella hubiera quedado contentísima si los superiores eclesiásticos hubiesen dado orden de quemar todas sus cosas, especialmente las imágenes del Espíritu Santo.

Todo cristiano debe apreciar mucho la devoción al Espíritu Santo estando todos nosotros llamados á ser su templo. Por esto: «No contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual habeis sido designados para el día de la redención» (2).

(1) El cuadro de Rufino se conserva en el monasterio, defendido de una acometida y bajo llave. La estatua de plata fué confiscada por el Estado en 1801 junto con los exvotos de oro y plata, y sin duda ha caído en manos de algún judío.

(2) Ephes. 4, 30: Et nolite contristare Spiritum Sanctum Dei in quo signati estis in diem redemptionis.

CAPITULO VII

Devoción de Crescencia á la Madre de Dios, á los Angeles y á los Santos.

«Quien ama á Jesús ama también á su Madre, y quien ama á la Madre ama así mismo á Jesús». Estas palabras de la sierva de Dios justifican muy bien la enseñanza de la Iglesia Católica y el culto de los Santos, no solo contra los herejes declarados, sino igualmente contra los escrúpulos hipócritas de espíritus tibios y superficiales, quienes separando lo que en la vida real está unido, y es todo uno, creen combatir una preocupación introducida en menoscabo del honor de Jesús con la devoción, dicen ellos, demasiado fervorosa para con la que siendo Virgen y Madre nos ha dado al Verbo lleno de gracia y de verdad.

Desde la infancia fué admitida Crescencia á las más filiales é íntimas relaciones con la Santísima Virgen, y su devoción fué aumentando de día en día hasta parecer que la Beata no vivía ya más que en los corazones de Jesús y de María.

No podía oír hablar de María sin que quedase como encantada, y sin sentir el corazón latir fuertemente por la Madre de las Misericordias. Al nombre

de María inclinaba la cabeza en señal de su tierna devoción para con «su amada Madre», tan fiel á la promesa de tenerla siempre por hija.

Demos aquí una prueba de las conmovedoras frases con que ensalzaba las celestiales dotes de la Santísima Virgen. «Hija del Padre celestial. —Madre llena de gracia del Hijo—Esposa purísima del Espíritu Santo—Soberana Señora del cielo y de la tierra, —Compendio de toda belleza creada,—Madre de misericordia y ante el Padre, el Hijo y Espíritu Santo la más poderosa intercesora de nuestra salvación.— Aquella por quien se concede toda gracia». Ensalzaba y defendía los gloriosos privilegios de su Inmaculada Concepción y su perpétua virginidad con la firmeza de «un muro» (1). «Mi más ambicionada gloria, decía, sería dar á título de esclava de amor, la vida por el sublime misterio de la Concepción Inmaculada, y derramar mi sangre por afirmar que María fué siempre virgen antes del parto, en el parto y después del parto».

Tenía de continuo en la boca estas alabanzas é invocaciones; «Hacedme digna de alabaros, oh querida Madre,—Mi corazón se alegra en el Señor y salta de gozo en María, mi Madre carísima.—Oh María, mostrad que sois mi madre misericordiosa. Oh, espíritus celestiales, cantad un cántico nuevo á María, porque está llena de gracia.—Oh María,

(1) Gabriela Merz, pág. 155 y siguientes.

acordaos de mí, decid que sois mi Madre y esto me basta».

Todos los días en honor de la Santísima Virgen rezaba el oficio de la Inmaculada Concepción, de que era muy devota, el rosario, las letanías, y muchas veces el *Sub tuum præsidium* y el *Magnificat*. Al *Angelus* se arrodillaba, y su recogimiento edificaba á los que tal vez por costumbre recitaban esta hermosa plegaria demasiado aprisa.

Crescencia se preparaba con una novena de ayunos, de mortificaciones y oraciones á las fiestas de la Santísima Virgen, como acostumbraba hacer en las grandessolemnidades de la Iglesia, y la fiesta misma la pasaba en el amor y en las alabanzas de la Madre del Verbo divino. No creía nunca alabar bastante-mente á Dios por haber obrado tan grandes cosas en María y congratularse con Ella por su gloria.

Esta verdadera hija de María tenía hecho voto de no negar nada de lo que se la pidiese en nombre de su querida Madre, no siendo contra la voluntad de Dios.

En su ilimitada confianza atribuía á la amorosa intercesión de esta Madre, cuantas gracias había recibido. Decía que las oraciones que la había dirigido nunca las había desechado, ni las desecharía en adelante: que antes bien muchas veces María se anticipa á la oración. Por esta razón recomendaba á todos el cultó y devoción á María, y una confianza completa para con esta tierna Madre.

El P. Domingo Gleich, franciscano, se lamentaba con la Beata de un mal que padecía en un pié, que no le dejaba caminar. Ella le exhortó á que acudiese á la Virgen, y con la oración y los méritos de la consejera consiguió el Padre al momento la curación (1).

Tratándose de conversiones se volvía á María, refugio de pecadores y el efecto era segurísimo. Con la candidez de un niño comunicaba todo con su madre celestial, las penas, las alegrías, las ocupaciones, todo lo depositaba en sus manos, para que por ellas pasase á Jesús.

Uno de sus favoritos ejercicios era el de acompañar á la Santa Virgen en las acciones todas de su vida mortal, y ofrecérsela como criada. La seguía á Belén, entraba en el establo y allí se quedaba con una infinidad de actos y de intenciones que el Espíritu Santo la sugería con profusión. Después la acompañaba en su huida á Egipto, y allí servía amorosamente á los desterrados, volvía con ellos á Nazareth, habitación predilecta donde con dependencia de la Santa Familia acudía al trabajo de comunidad. La Cuaresma la pasaba al pié de la Cruz y al lado de la Madre de los dolores y delante del sepulcro, no pensaba en la pasión del Hijo sin recordar al mismo tiempo la de la Madre.

(1) Summ. n. 12, párraf. 112.

No la gustaba limitar la devoción á María á solas oraciones y meditaciones, puesto que según decía «la verdadera devoción consiste en la imitación de las virtudes de María». De aquí que las tuviese siempre delante para glorificar, alabar y dar gracias á Dios, pero más aun para pedírselas al Señor é imitarlas. Nunca se acercaba á la sagrada mesa sin haber expuesto antes su propia pobreza á la Santísima Virgen, Reina de las misericordias: pidiéndola de limosna que la revistiese de alguna de sus virtudes, que son la admiración de cielos y tierra.

En correspondencia á un culto tan verdadero, el P. Ott (1), nos dice que «en la santa porfía de amor que tenía lugar entre la Madre y la hija, esta á amarla y honrarla cuanto más podía, y aquélla á colmarla de beneficios, la victoria quedaba siempre por María». Crescencia encontraba siempre cerca de su madre seguro asilo en los peligros, fuerza en los combates, consuelo en las aflicciones, y cuanto más la perseguían el mundo y el infierno más fuerte era la resistencia que les oponía desde esta torre inespugnable de David.

María se mostraba familiarmente á Crescencia, la decía palabras llenas de bondad, la instruía y la dejaba toda consolada. El lector lo recordará, la Reina del cielo prometió á la hija del tejedor, que sería su madre y que la socorrería en todos sus apuros. En lo sucesivo la dió pruebas palmarias de su

(1) Lib. 2, cap. 5.

fineza poniendo entre sus brazos al Divino Infante (1). Este rasgo de finísimo amor se repetía con frecuencia al cantar las letanías. En una fiesta de la Asunción se la hizo asistir á la humilde Crescencia al triunfo de su Soberana en la Sión celestial (2).

Cuando en los primeros años de su vida religiosa se desencadenó contra ella la persecución. «El auxilio de los cristianos» se la aparecía con frecuencia y la decía: «No temas, yo estoy contigo» (3).

Arreciendo la tempestad cada día más, amenazaba sumergir á la pobrecita, la cual en cierta ocasión corrió á echarse á los pies de una imagen de María, que tenía en la celda, no ciertamente para verse libre de semejantes padecimientos, sino para ofrecerlos por sus manos al Corazón de Jesús. Radiante de gloria y de hermosura, vino la Virgen en persona á recibir este generoso sacrificio, y la dice con mucha gracia, «Estoy sobremanera satisfecha de ofrecer á mi Hijo tan precioso regalo. Estate segura que en compensación de esto inundará tu corazón un torrente de gracias. Ten entre tanto el ánimo preparado á nuevas contradicciones, y no olvides las palabras de tu Señor á sus discípulos (4),

(1) Act. B. Summ. Object. n. 11, párraf. 27, y Gabriela Merz, pág. 157.

(2) Ott, lib. II, cap. 5.

(3) Act. B. Summ. Object. n. 11, párraf. 27.

(4) Joaa, 15-20: Si me persecuti sunt et vos persequentur. Así lo refiere el P. Ott, lib. III, cap. 4.

«como me han perseguido á mí, así os perseguirán á vosotros».

Qué diremos de la insistencia de la desposada con Cristo cerca de «la Madre del amor hermoso» por obtener de Ella la perfecta caridad? Al rogarla el «don del amor». María respondió con otra aparición. Tenía en los brazos al Niño Jesús y dijo á Crescencia. «Cuando te humillares, y anonadares como este Niño, entonces tu le amarás perfectamente». «Si, oh, madre de Dios exclamó Crescencia, yo lo [quiero con el auxilio divino. Y vos, dulcísimo Señor, dignaos recibirme por esclava vuestra, y permitid que os sirva con todas mis fuerzas». Echando sobre ella una mirada graciosa como Él sabe hacerlo, Jesús la respondió: «Amada mía, te doy mi amor, y tú, tú amame cuanto quieras». Después desapareció con su Madre dejando á su pequeña esclava embriagada de gozo y de amor, tanto que no podía contener el corazón.

Hacia la fiesta de la Natividad cayó gravemente enferma, dolores cruelísimos sentía en todos sus miembros. Estando próximas las fiestas del Nacimiento se alegraba de ello deseando vivamente sufrir todos estos dolores, por amor y en honra del recién nacido Niño. A este fin, ofreció sus padecimientos á la Madre de Dios, para que hiciese de ellos un ofrecimiento al pequeño Jesús en el modo que le fuese más agradable, en la seguridad de que un don hecho por la Madre le sería más acepto, que

presentado por una pobre esclava. Terminada la oración se la apareció enseguida María, diciéndola «Hija mía tu mal será calmado» y acercándose á la enferma la puso en los brazos á su divino Hijo, quien colmándola de caricias la decía: «Tu humildad y tu paciencia me han arrebatado. Cuando se me busca se me encuentra (1): y el que me encuentra tendrá la vida eterna, y la tendrá en abundancia. No me dejes vencer ni en generosidad ni en amor. Mira cuán satisfecho estoy cuando tu sufres por mí. Sé constante y fiel, y mi gracia será grande». Después volvió á los brazos de su Madre, quien al despedirse dejó por recuerdo á Crescencia estas palabras (2). «Yo soy la Madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la esperanza, yo seré siempre tu Madre».

Estas apariciones, estas ternuras por más que parezcan inauditas á los cristianos tibios, fueron sin embargo prodigadas á las almas contemplativas de todos los siglos. Las relaciones entre los santos dados á la vida mística y los habitantes de la patria celestial son infinitamente más íntimas y más frecuentes, que lo son las que existen entre los hombres en la vida ordinaria. El amor y la confianza

(1) Luc. II, 9: Quærite et invenietis; además en los Prov. 8, 35: Qui me invenerit inveniet vitam, y en S. Juan, 10, 10: Et abundantius habeant.

(2) Eccli., 24, 24: Ego Mater pulchræ dilectionis et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei.

de Crescencia para con María, no sobrepujan acaso los afectos que entrañan los hijos para con sus madres terrenas? Por que pues el más perfecto corazón de madre no podrá recompensarlas con mayores finezas y no podrá inclinarse desde lo alto del cielo hácia una hija suya perdida todavía en el valle de las lágrimas?

Las crónicas registran más apariciones de la Virgen, pero sin detalles. Registran además este último obsequio de amor que Crescencia presentó á María. Poco antes de morir había mandado hacer dos coronas de plata adornadas con piedras preciosas, para dos estatuas, de Santa Ana con su hija María. Habiendo llegado las coronas, la Beata pidió que se las enseñaran. Presa de los dolores más crueles y ya próxima á entrar en la agonía, experimentó tanta alegría á la vista de estos objetos, por el honor de que servirían á María, que pareció á los circunstantes arrebatada fuera de sí, quedando mudos de sorpresa.

En el corazón de Crescencia la Madre de Dios tenía un puesto especial, pero no estaban excluidos de él ciertamente los otros ciudadanos del cielo, á quienes llamaba «los familiares de Dios» á quienes nuestra Beata amaba profundamente, y con los que tenía digámoslo así, mucha familiaridad. Solía decir: «Pobre como soy de toda virtud, voy como un Lázaro de un puesto á otro en el paraíso á pedir á los santos una limosna para mí y para los demás.»

Con su ángel custodio estaba en continua comunicación. Iluminada de un modo sobrenatural se le veía siempre al costado más presente que lo que se le hubiera podido representar los ojos del cuerpo. Esta vista ya desde la cuna la producía un vivo sentimiento de respeto, que por sí solo bastaba para impedir en su presencia cualquier mal pensamiento ó acción menos honesta. Agradecida más de lo que se puede pensar hácia su celestial protector tomaba de él consejo; y seguía atentamente sus inspiraciones. En la iglesia rogaba á su buen angel y á los demás espíritus celestiales que la rodeasen y la ayudasen á adorar á Jesucristo. Cuando dejaba el lugar santo ó se entregaba al reposo les daba el encargo de alabar y bendecir á Dios en su lugar.

A su vez los ángeles se mostraban enternecidos con el candor de Crescencia. Se la aparecían con frecuencia en forma sensible, la amaestraban en las verdades de la fé y en las reglas de la vida interior, para tener á raya los sentidos y prevenir los movimientos de las pasiones. Cuando aun era pequeña y recibía de su madre un pedazo de pan, muchas veces un angel la movía á darle de limosna, con estas ó semejantes palabras. «Niña mía por amor de tu desposado no comas este pan, dalo al pobrecito que ahora encuentres» (1), y ella dulcísima desde entonces se privaba del pan para darlo á los pobres.

(1) Ott. lib. III, cap. 4.

Bastaba que le invocase para que él corriera en su auxilio, y habiéndole escogido por «su vigilante» podía estar segura, que la había de recordar con tiempo todo lo que tenía que hacer. Muchos y muchos ejemplos pudiéramos aducir para demostrar cómo su angel cumplía fielmente el oficio, que su cliente le había encomendado. Por eso ella aconsejaba á las personas desmemoriadas, que acudiesen á su angel custodio. Para ella esta intervención llegó á ser una cosa ordinaria.

Los mismos ángeles, que por espacio de dos años la llevaron la comunión, se daban prisa por ayudar á la hermana en las faenas más humildes. Si en la cocina alguna vez no se sentía con fuerza bastante para levantar una cosa de peso, con una mirada á su angel este lo levantaba. Esta asistencia fué visible para todas en el tiempo en que el espíritu infernal daba mal tratamiento á la pobre Crescencia, pues cuando se apagaba el fuego se encendía de pronto nuevamente, las vasijas rotas se encontraban de nuevo enteras, y así de lo demás. Para mover á devoción á sus novicias hácia la Santa Eucaristía y para demostrarlas la tierna bondad de Dios, contaba la Beata (1) que un día rogó á su angel custodio, que cuidase del fuego de la cocina mientras ella iba á adorar al Santísimo Sacramento. Cuando volvió después de algún tiempo encontró á este celestial

(1) Act. B. Summ. Object. n. 11, párraf. 14.

espíritu al lado del horno ocupado en cocer los guisantes. Viendo esto se volvió tranquilamente al coro.

La visión que vamos á referir será grata á los religiosos. En la fiesta de los ángeles Custodios al comenzar Prima, Crescencia vió al angel custodio de cada una de las religiosas al lado de su sitio. Uno de estos estaba desocupado, y el angel que estaba allí parecía descontento... La religiosa que debía ocuparle se había quedado en cama por pereza.

Como era natural, Crescencia tenía una devoción especial á los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, los cuales en cambio la colmaban de favores. San Miguel, en quien veneraba al intrépido defensor del honor de Dios y al Patrono de la iglesia militante, la infundía fuerza y valor, y la protegía contra los asaltos de Satanás. S. Gabriel era su intermediario cerca de la Santísima Virgen. Para conseguir la conversión de grandes pecadores, la enviaba por medio de este embajador sus propios suspiros, plegarias y penitencias. El efecto de ordinario no se hacía esperar. Con esta devoción á San Gabriel se relaciona una hermosa visión (1). Rezando el *Angelus* la ferviente religiosa suplicaba al Señor que hiciese llegar el sonido de la campana á los oídos de todos los hombres, á fin de que unidos todos á los ángeles y á los santos, en especial á San Gabriel, enviasen un

(1) Ott, lib. III, cap. 4.

saludo á la Madre de Dios en nombre de la Santísima Trinidad. Un día el glorioso mensajero del Altísimo despliega su vuelo desde lo alto de los cielos y replegándose hácia Crescencia entona con inefable dulzura el *Ave María*. Al oír aquellas notas el alma de Crescencia fué arrebatada en éxtasis, vió la corte celestial dispuesta con un orden magnífico y oyó una sinfonía incomparable en la que todas las voces se confundían junto con el canto de San Gabriel.

En el arcángel S. Rafael tenía guía en sus cortos viajes, éste la había prometido también acompañarla en su último viaje á la eternidad. Como ya veremos mantuvo su palabra.

En los Santos, veía otros tantos miembros vivos del cuerpo místico de Jesucristo; de aquí que celebrase sus fiestas con gran regocijo, y poniéndoselos delante como modelos copiaba en sí sus virtudes, y los proponía además á las novicias para que los imitasen. S. José le era sobre todo amado: había puesto en «el padre putativo» una confianza ilimitada, habiendo conseguido por su mediación los más grandes favores, en especial en las cosas temporales. A San Joaquín y Santa Ana sus santos patronos pedía desde su juventud un amor perfecto á Jesús y María. Por empeño suyo se pusieron en la capilla del monasterio sus estátuas ricamente adornadas. Estaba muy disgustada de que San Joaquín estuviese tan poco honrado en la Iglesia, y por

esto aprovechó las relaciones, que tenía con personajes elevados para que interpusiesen sus buenos oficios con objeto de hacer llegar á la Santa Sede la petición de dar mayor solemnidad á la fiesta de San Joaquín. Con gran alegría suya Clemente XII, secundando las instancias del mundo católico, por su decreto de 3 de Octubre de 1738, ordenó la celebración de esta fiesta en la Iglesia universal, el Domingo infraoctava de la Asunción, fiesta que León XIII ha elevado á rito de segunda clase. Los mismos oficios interpuso también por la propagación de la fiesta de S. José, escribiendo varias cartas á la Electora de Baviera María Amalia, cartas que se conservan aún (1).

San Juan Bautista, los Apóstoles, los parientes del Señor, Juan y Judas la inspiraban mucha devoción, en especial San Judas Tadeo á quién daba un culto de reparación porque, decía, con motivo de su nombre no se piensa en honrarle.

Entre los demás Santos tenía preferencia por Santa María Magdalena, S. Dimas, Santa Crescencia, Santa Bárbara, San Juan Nepomuceno (por su silencio) S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, San Luis Gonzaga, S. Estanislao de Kostcha (por su inocencia) Santa Teresa y todos los mártires y santos franciscanos con el seráfico patriarca á la cabeza y S. Antonio de Pádua.

(1) Véase más abajo el lib. III, cap. 3.

Con S. Francisco se entretenía Crescencia como una hija con el Padre más tiernamente amado. Todos los días le dedicaba un tributo de obsequio y para la fiesta del 4 de Octubre se preparaba con una novena de actos de pobreza, de caridad y de humildad. Le veía con frecuencia y una vez hé aquí como: «Desde la víspera de la fiesta del serafín de amor Crescencia se creyó en el deber de honrarle con actos de caridad incesantes, dándole muchas gracias por haberla admitido entre sus hijos. El día mismo de la fiesta, después de comulgar, Nuestro Señor le manifestó al seráfico Padre. Este aparecía traspasado de innumerables flechas y la hizo entender, que aquellas flechas simbolizaban los ejercicios del día anterior. Al mismo tiempo el Santo la recibía de nuevo por hija y la aseguraba de su paternal protección».

Amaba después á S. Antonio con todo su corazón, y acudía á él especialmente para la conversión de los pecadores, le recordaba que toda la cristiandad le invocaba para hallar las cosas perdidas, y puesto que quien ha perdido la gracia lo ha perdido todo, por esto era deber suyo interceder en pró de los pecadores. Ya hemos visto como él la condujo á Nuestra Señora de Lchfeld.

Con el P. Ott (1) hemos tenido que confesar también nosotros, que es imposible contar punto por

(1) Lib. III, Cap. 4.

punto los hechos que pasaron entre Crescencia y los miembros de la Iglesia triunfante. Séanos permitido sin embargo aducir alguna prueba, de la sencillez y de la íntima confianza con que los trataba.

Bajo un cúmulo de penas interiores y de padecimientos corporales, Crescencia parecía enteramente abandonada. Este martirio duró vários días, cuando se la apareció S. Bernardino, que era su predilecto entre los Santos de la Orden, y vino á consolarla. Al verle exclamó Crescencia: «Al fin dáis señales de vida, amado S. Bernardino! y donde habeis estado en tanto tiempo?». Por toda respuesta á estos ingénuos lamentos el Santo en un momento por virtud de Dios la curó de todos su males corporales y la inundó el alma de gozo.

Cuando en los primeros años de su vida religiosa era el blanco de todos, y en los escrúpulos que la atormentaban no tenía apoyo alguno, Crescencia resolvió pedir al Señor con repetidas instancias, que la diese un guía espiritual. El Señor la concedió por gracia á S. Ignacio de Loyola. Este experimentado director la aclaró muchas dudas y animándola á caminar por el camino de la Cruz, la prometió la gracia divina, y que él mismo no la abandonaría nunca en medio de las dificultades de espíritu. Fiel á su promesa S. Ignacio se la apareció várias veces en los momentos más apurados, cuando á los ásaltos exteriores se juntaban tinieblas sobre tinieblas

en el espíritu. Cada visita suya traía consigo la luz, la tranquilidad y la paz.

Un aliado valioso para convertir los paganos y los herejes le tuvo en S. Francisco Javier. Frecuentemente el apóstol mostró á su émula no menos celosa que él en el deseo de salvar almas, los frutos abundantes que producían sus oraciones y penitencias entre los paganos de Asia y América. En efecto la Beata á menudo más alegre que de costumbre solía responder á los que la preguntaban la causa de su alegría, si bien toda confundida. «Estoy alegre por que S. Francisco Javier ha venido á verme y me ha dicho que muchos paganos se convierten á la Iglesia católica, hé ahí el motivo de mi alegría».

Se dice que S. Luis Gonzaga (1) solía hacer con Crescencia lo mismo que su Angel Custodio. Teniendo que hacer fuego en la hospedería y no pudiendo manejar un grueso madero, dijo al Santo: «Oh S. Luis Gonzaga, venid en mi ayuda». Y el amable Santo cogió en su mano el tridente, que se conserva hasta hoy en memoria del milagro, y acabó de preparar la estufa.

Los sabihondos del mundo sonreirán al oír el relato de este hecho. A estos les recomendamos las siguientes palabras que se leen en la Santa Escritura. «Yo perderé la sabiduría de los sábios, y reprobaré la prudencia de los prudentes» y esta

(1) Act. B. Summ. object. n. 11, párraf. 5.: Ott. lib. III, capítulo 4.

«Dios ha escogido las cosas necias según el mundo para confundir á los sábios» (1).

Inútil parece añadir de cuanta veneración rodeaba Crescencia según el espíritu de la Iglesia todo aquello que se refería á los Santos, como las reliquias, las devotas imágenes, los objetos bendecidos, los ritos y usos sagrados. Llegaba su esmero en estas cosas hasta recoger una gota de agua bendita que hubiese caído en tierra (2), para que no fuese profanada.

Si Dios es no solo santidad misma, sino el principio de toda santidad; si como legislador exige de la criatura racional que sea perfecta como Él lo es: (3) si como santificador comunica el Espíritu de santidad; si nos manda que paguemos tributo de suprema adoración á la santidad eterna, que está en Él, fuente de toda santidad en el cielo y en la tierra, se deduce de aquí que nosotros estamos en la obligación de honrar la santidad creada, la cual semejante á un arroyuelo sale del abismo de la bondad divina para volver después á su fuente. Quien alaba los rayos del sol por ventura hace injuria al mismo sol? Tiene menos amor á la madre el hijo que venera su retrato? Cómo pues ha de ofender á

(1) I. Corint. 1, 19. Scriptum est: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo; et ver. 27. Quæ stulta sunt mundi elegit. Deus, ut confundat sapientes.

(2) Summ. n. 12, p. 127.

(3) Levít. 11, 44. Sancti estote, quia ego sanctus sum.

Dios el culto que la Iglesia dá á los santos? Al contrario, le honra doblemente considerándole ya como santidad por esencia, ya como dispensador de toda santidad.

Por estas razones, oh cristano, «á Dios solo el honor y la gloria» (1) puesto que la adoración en sentido propio y riguroso solamente á Él es debida. Pero después «dad á cada uno lo que le corresponde á quien honor, honor». Después de Dios y el Hombre Dios, el mayor honor corresponde á la Santísima Virgen, y á los escogidos habitantes del cielo, porque en ellos reposó la fuerza de Dios, y el espíritu suyo (2).

(1) 1. Timot. 1, 17: *Soli Deo honor et gloria in sæcula sæculorum*, después Rom. 13, 7. *Reddite ergo omnibus debita .. cui honorem, honorem.*

(2) 1. Petri: 4, 14, *Quod est honoris, gloriæ et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus super vos requiescit.*

CAPITULO VIII

El don de oración y contemplación.

«Es necesario orar siempre» (1). Pocos cristianos habrán observado este precepto del Salvador con la exactitud y perseverancia que Crescencia. Un sueño bastante corto interrumpía apenas el ejercicio de su oración y los pocos instantes que por casualidad no estaba en la presencia de Dios la parecían un daño irreparable, una desgracia.

Dios la había concedido el don de la oración como veremos al tratar de su contemplación desde la edad más tierna. No eran ciertamente necesarias para Crescencia las reglas que de ordinario mederan las diversas partes de la meditación, y los diferentes actos del entendimiento. Una fuerza interior atraía las potencias de su alma y la ponía en la presencia de Dios: entonces su espíritu entraba sin esfuerzo ni estudio en las verdades divinas más profundamente que pudieran hacerlo todas las especulaciones humanas. De esto se seguía que la voluntad subyugada por el resplandor de la verdad, reposaba plácidamente en el seno de su Criador.

«En cuanto trataba de recogerse quedaba como presa y era conducida por el camino recto que

(1) Luc. 18, 1. Oportet semper orare et non deficere.

conduce á la infinita bondad de Dios, en el misterio de la Santísima Trinidad ó en la profundidad de las llagas de Jesucristo, donde se sumergía hasta el punto de parecer trasformada en otra persona. Bajando de aquellas alturas todo lo criado desaparecía á sus ojos. Para orar, toda preparación, toda reflexión venía á ser inútil; en un momento aprendía la verdad y á su luz descubría dos abismos su propia nada y la divinidad. Así es que su humildad iba aumentándose más y más» (1).

De ordinario, pues, en su oración no era un trabajo mental fatigoso, sino una clara contemplación, una intuición amorosa, una fiesta bajo la mirada de Dios, un delicioso abandono, una comunicación de corazones, un conato para sumergirse y abismarse en la bondad infinita.

Aunque nada sabemos de la sucesión de los diversos grados, que pasó en esta oración, sin embargo sabemos que Crescencia encontró la vena de la contemplación. Sus tratos con Dios quedaban cubiertos con el velo del silencio, velo que la obediencia levantaba de vez en cuando y entonces pasando sobre generalidades, se limitaba á decir que su espíritu y su voluntad se sentían como arrastradas por una suave atracción á abismarse en Dios, quien hacía todo y el alma nada. Esto se podía conocer por cualquiera. Apenas se arrodillaba, el

(1) Gabriela Merz, pág. 67.

aire, la expresión del rostro, denotaban que su alma absorta del mundo no vivía más que en Dios, amor suyo, dejando el cuerpo con la inmovilidad de una estatua. Ninguna causa sensible podía obrar sobre ella en aquel estado. A veces el recogimiento se convertía en éxtasis, del cual solo la obediencia podía sacarla. Ni podía por sí misma prevenir ni romper estos éxtasis, que de ordinario sobrevenían después de la comunión y muchas veces hasta fuera de la Iglesia, cuando una canción devota, una palabra, ó un pensamiento llamaban su atención sobre algún misterio de la fe. A veces eran tan frecuentes que las hermanas, no reparaban en ellos, mientras los extraños quedaban al verla sobreco-gidos de un santo terror. Una persona que la vió en aquel estado habla de ello en estos términos (1): «Su aspecto era sobremanera edificante, verdadero reflejo de la más profunda piedad: su rostro tenía una expresión divina: de rodillas, con los ojos fijos medio cerrados, con las manos debajo del escapulario, inmóvil toda su persona difundía una fragancia suavísima».

Las actas de la beatificación contienen una relación conmovedora de una joven religiosa, María Josefa Anger, quien habiendo entrado hacía poco en el monasterio, no sabía aún las gracias particulares de Crescencia. «Un día, dice, la madre Juana

(1) Summ. n. 19, párraf. 90.

me mandó al coro á llamar á Crescencia, que estaba dando gracias, para que fuese á la grada. Acercándome á su puesto la encontré arrodillada, pero tan desvanecida é inmóvil que me dió miedo. Animándome la dije: venid que os llaman. Ninguna respuesta, ninguna señal de vida. Asustada corrí de nuevo á la Madre, y la dije que Crescencia estaba muerta en su sitio. Sin asustarse la Madre Juana me mandó que volviese al coro á decir á la hermana, que la superiora la mandaba ir. Así lo hice. Apenas dije: la Reverenda Madre..., volvió en sí y levantándose fué á la superiora. Todo el tiempo que yo viví con ella quedaba siempre así arrebatada después de la comunión».

Según otras religiosas la duración de estos raptos variaba; á veces duraban una hora ó más, y á veces hasta que la llamaba la obediencia.

Para quien conoce las primeras nociones de la vida interior no es menester explicar cómo la oración de la Beata, aunque admirablemente fervorosa, no estuviese siempre acompañada de consolaciones y de luces. Recibir y dejar obrar en nosotros la vida de Nuestro Señor, he ahí en lo que consiste la vida espiritual. Debemos, pues, según el Apóstol participar de su muerte, porque (1) «si somos ingertados en Él por la semejanza con su muerte

(1) Rom. 6, 5. Si complantati facti sumus similitudini mortis ejus simul et resurrectionis erimus.

seremos también ingertados por la semejanza de su resurrección!». Además la participación en la vida, la muerte y la resurrección del Señor se renueva en el alma por grados sucesivos, es decir, que cada grado más elevado de conocimiento y de amor se prepara con un período de dolorosas pruebas en las que se purifica el espíritu. Así Crescencia tuvo horas, días y aún años de penoso abandono, en cuyo tiempo solo la quedaba la fe como faro luminoso en noche de tempestad. Pero ella siempre buscaba á Dios y amaba á Dios lo mismo en la oscuridad que en la luz, en la pobreza como en la abundancia, sobre el Calvario igual que en el Tabor: antes bien parecía que la prueba sirviese para redoblar su celo y su fidelidad.

Ella misma nos ha descrito el estado de abandono, que se prolongó por espacio de cuatro años. He aquí sus palabras (1): «Oh! cuánto he buscado en las criaturas durante mi desolación á mi amado, cuántas veces las he preguntado en mi tristeza donde estaba el que ama mi alma! Cuántas veces con la Magdalena he dado vueltas por la ciudad y por los huertos gritando: Decidme donde le habeis puesto, que yo iré á buscarle. De otro modo yo moriré de amor y de deseo. Cuanto más le busco más se aleja, me parece de verdad que estoy en un oscuro desierto. No, nadie puede saber

(1) Ott. lib. 3, cap. 13.

jamás qué cosa es el abandono interior. Para encontrar el objeto amado se caminaría con gusto por encima de cortantes espadas, se daría voluntariamente mil veces la vida misma. Y yo le busco y no le encuentro! Mi alma va suspirando en pos del Dios fuerte y del Dios vivo. Oh vosotras criaturas, ayudadme todas á llorar la ausencia de mi Amado, ó mejor á llorar mis pecados, que le alejaron de mí!».

Y sin embargo su espíritu estaba tan despojado del amor propio y de la propia voluntad, que si se la hubiera dado á escoger entre las torturas de este abandono y las delicias embriagadoras del Tabor, hubiera escogido las primeras. Lo sabemos por unos apuntes del año 1725 (1). «Gloriosísimo Señor mio, que habeis dicho: Yo soy la resurrección y la vida, con vuestra resurrección me habeis dado una vida nueva. Antes mi corazón era semejante á un infierno por la aridez y la desolación. Pero me habeis visitado Vos en el sacramento del amor, y vuestra presencia ha disipado las tinieblas y me ha hecho revivir en Vos. Así he tenido una Pascua alegre, así mi alma ha cantado el Alleluia. Pero por ventura, Dios mio, consiste en esto el amor? No. Pues para que yo os ame en lo sucesivo dadme la gracia de recibir igualmente el consuelo y la aflicción: más aún, de estar alegre y contenta tanto en lo uno como en lo otro».

(1) Kolb, pág. 26.

Pero dónde estaba el buen Jesús mientras le buscaba su fiel esposa con tanta ansiedad? Oigámoslo (1):

Sola en su celda y abandonada á las penas que destrozaban su corazón, seguía preguntando á las criaturas, si acaso habian visto á Aquél que la hacía morir de amor, cuando Crescencia vió venir hácia ella á su Angel custodio, que la invitó á mirar por la ventana. Ella obedeció, y sobre los ramos de un peral próximo á la fuente descubre á Jesucristo inmóvil y tranquilo, aunque los ramos sobre que se hallaba eran agitados con violencia por el viento. A su vista, olvidando las penas pasadas Crescencia gritó: «Señor mio, qué haceis ahí? Venid más bien á mi corazón y en él descansareis». El Señor la respondió al punto: «Hija, lo mismo que reposo tranquilamente sobre este árbol tan agitado, lo mismo reposo en tu corazón: Tu crees que en él domina una gran tempestad y sin embargo Yo estoy en medio de él».

Desapareció la visión dejando á Crescencia sumerjida en la alegría, pero sólo por un cuarto de hora. El divino Maestro la quería envuelta en las tinieblas.

Pruebas semejantes se renovaban con frecuencia aún después de los cuatro años de sequedad ya mencionados, con todo, Crescencia estando á lo que decian los confesores, recibía del cielo palabras in-

(1) Act. B. Summ. Object. n. 11, párraf. 14 y 31.

teriores, visiones, revelaciones y comunicaciones de toda clase.

El lector no ha olvidado la distinción que existe entre las tres especies de visiones. La visión sensible, ó sea aquélla que cae bajo la acción de los sentidos, como ver, oír y tocar, por ejemplo, la aparición de Jesucristo resucitado á los Apóstoles. La visión imaginaria, que representa la divinidad en la fantasía con imágenes sensibles. En entrambas, observa Santa Teresa, es fácil la ilusión. La visión intelectual en la que con luz superior el alma vé por intuición, más de ángel que de hombre, los conceptos más sublimes del orden sobrenatural.

Esta última supera á las otras en elevación y eficacia, y cuando es puramente intelectual no está sujeta en manera alguna á ilusiones. De esta era favorecida las más de las veces Crescencia. Con relación á revelaciones de esta clase dijo, aludiendo á las palabras dichas por el ángel á las mujeres. *No lite timere* «También yo quiero alejar de mi este temor exagerado y nocivo, y contenerme entre el miedo y el amor, poniendo en Dios mi confianza, considerando atentamente al mismo tiempo si la aparición es un obstáculo ó un auxilio para caminar á mi último fin. Sobre todo quiero dar parte de ello á mi confesor, por más que esto me cuesta mucho».

Respecto de las cosas, que se la representaban al espíritu en el orden sobrenatural podemos decir que

fueron de diferente clase. Unas veces eran almas del purgatorio, que venían á pedirla sufragios ó á darla gracias, otras eran Angeles ó Santos, que venían á visitarla, ya la Madre de Dios con el Niño, ya Nuestro Señor, glorioso ó paciente. Alguna vez eran visiones enteramente intelectuales sobre la esencia divina ó la Santísima Trinidad. Grande era la devoción que sentía por este misterio. Una palabra que oyese decir acerca de él, ó que dijese ella misma, la causaba movimientos acelerados en su corazón y en su alma. En sus últimos años era la Santísima Trinidad el asunto predilecto de sus meditaciones, causándola impresiones tales, que no podemos retratar á Crescencia toda absorta en la contemplación de las tres divinas Personas.

En la fiesta de la Santísima Trinidad, Crescencia ofreció á la omnipotencia del Padre su propio espíritu, á fin de conseguir el conocimiento, por una parte de la inmensidad de la Majestad divina y por otra del abismo de su propio nada; á la sabiduría del Hijo ofreció su propia voluntad, á fin de que fuese sacrificada por la imitación del divino modelo: á la infinita bondad del Espíritu Santo ofreció la memoria, para que no se ocupase más que en el amor y en las alabanzas del Santo de los Santos. En cuanto hubo depositado sobre el ara de la divinidad esta ofrenda de sus propias potencias, al momento comprendió claramente el sentido de estas palabras: «Nosotros tres somos una

sola cosa». Y en un trasporte de amor exclamó: «Oh Santísima Trinidad, yo os ofrezco á vos mismo con todas vuestras perfecciones». Y después oyó el cántico de los Angeles «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios nuestro», cántico que sumergió á la Beata en un mar de delicias, tanto que creyó hallarse en el momento de volar al cielo ya para siempre.

Habiéndose prolongado un éxtasis (1) más de lo ordinario después de la comunión, la madre Juana aprovechó la primera ocasión para preguntarla la causa de esto. Obediente como de costumbre Crescencia, respondió que el Señor se la había aparecido, y la había dicho palabras muy tiernas. «Yo soy, me ha dicho, el buen Pastor, que doy mi vida por mis ovejas» (2). Sí, Amado mio, he respondido, Vos sois el buen Pastor y el Cordero de Dios, vos á quien he recibido bajo la apariencia de pan. Entonces yo ofrecí al Padre celestial por mi y por todos los hombres este buen Pastor y este divino Cordero como se había ofrecido Él mismo cuando dió su sangre y su vida por las ovejas descarriadas. El Padre celestial aceptó esta ofrenda con mucha complacencia. El Señor se volvió hácia mí diciéndome: Tú eres mi tierna ovejita y lo serás por toda la eternidad. Después señalándome un prado muy fértil, pero lleno de cespéd y espinos añadió: ves este

(1) Ott. lib. III, cap. 3.

(2) Joan. 10, 11. Ego sum Pastor bonus. Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis.

prado? Ciertamente que en él hay espinas, sin embargo es un buen pasto, hasta es el mejor. Alimentándote mi amor con padecimientos no hace más que conducirte á mi y hacerte á mi semejante. Cuando yo estaba en la tierra, mi alimento cotidiano era el padecer. Así he querido que te suceda á tí, para que tú seas mi amada ovejita. Te asistiré siempre con mi gracia, y después de la vida mortal te saciaré de gozos inestimables, y te daré á beber del torrente de mis delicias. Crece en mi amor, sígueme por el camino de la Cruz hasta que en pos de mí llegues al reino eterno».

A esta conmovedora conversación se siguió otra rica en promesas y enseñanzas (1).

El Señor rodeado de sus Angeles y con el rostro alegre y sonriente visitó un día á Crescencia. Con la familiaridad que sólo pueden usar los santos, la humilde virgen le preguntó la causa de tanto regocijo, y el Señor la respondió: «Te aparezco tan festivo, porque ayer en el coloquio que tuviste con las religiosas te extendiste tanto sobre mis perfecciones y sobre la abundancia de dones y de gracias que yo las prodigo. En esto las has inducido á proclamar y estimar mi misericordia, á admirar y honrar mi bondad, mi amor y mi generosidad. Para mí es un gran placer el ver que las criaturas aman el bien, y tienden á él, porque así me ofrecen ocasión de darles más pruebas de mi benevolencia. No deseo más

(1) Ott. en el lugar citado.

que hacerlas felices. Anda, y dí á los hombres cuán bueno soy».

El alma de Crescencia después de este coloquio se derramaba en alabanzas y acciones de gracias, rogando al Señor que infundiese él mismo en el corazón de los hombres un vivo conocimiento de su bondad, á fin de que las oleadas de la gracia al derramarse en ellos no encontrasen obstáculos. El divino Maestro la escuchaba con placer, la bendijo, y al separarse concluyó diciendo: «Hija, donde estén juntas dos ó tres personas en mi nombre allí estoy yo en medio de ellas» (1).

El primero de Enero, Crescencia, según su costumbre se ofreció á Dios con todo fervor como un holocausto que debía inmolarse á la divina voluntad, y consumarse por entero en el fuego del amor y del dolor (2). Arrebatada en Dios oyó de su boca estas palabras «Tu ofrecimiento me es agradable, pero has de saber que yo no me dejo vencer en generosidad» y mostrándola su corazón abierto. «Mira, añadió, mi corazón traspasado de amor. Te le doy como morada tuya y como lugar de refugio donde tu estarás á cubierto de tus enemigos».

Después de habernos detenido largamente sobre los éxtasis y las visiones de la Beata, es preciso que recordemos que la perfección no consiste en estos

(1) Math. 18, 20. Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.

(2) Ott. lib. II, cap. 3.

fenómenos, que ni siquiera significan el más alto grado de la vida espiritual. Crescencia era ya objeto de la munificencia del divino Maestro, aún cuando este no echaba mano de estos medios para comunicarla sus riquezas.

Ya orase, ya trabajase, una ilustración interior la tenía absorta plácidamente en la presencia de Dios. Este velo de la carne que oculta á nuestros ojos todo un mundo de luz, en que sin embargo, nos movemos, para ella era muy trasparente, sino estaba ya descorrido por completo. «Dios era para ella una luz infinita, en esta luz vivía, de esta luz estaba inundada donde quiera que se encontrase, fuera lo que quisiera en lo que se ocupaba». Así dicen las actas de la beatificación (1).

Con esta luz esplendorosa sus ojos y su alma estaban fijos en Dios, que habita en los abismos, y en el cual vivía y descansaba. Entre el hombre interior y exterior, la separación mística era completa. Atraída dulcemente por la presencia sensible de su único bien, la parte superior del alma se abandonaba totalmente al dominio del Espíritu Santo, que dirigía poderosamente su voluntad hácia los actos más sublimes de caridad y á un abandono delicioso y una paz inalterable.

Estas conversaciones celestiales no perjudicaban nada al trato con los hombres ni á las ocupaciones

(1) Summ. n. 9, párraf. 380.

ordinarias, solo que todo lo que venía de fuera llegaba á su alma como sombras fugaces sin que disminuyesen la claridad interior. Esta gracia, preciosa y rara á la vez, era una especie de participación de la perfección de los ángeles, quienes, según San Buenaventura (1), en cualquiera parte donde son enviados, van allí permaneciendo en Dios.

La eficacia de la gracia en casos de importancia llegaba hasta poner en sus labios las palabras que debía decir (2). Así es que teniendo costumbre de pesar todas las palabras, acaecía que en negocios de importancia bajo el impulso divino, su discurso difería de su primer pensamiento. Esto se repetía muchas veces en el noviciado, cuando el éxtasis la hacía decir palabras inflamadas. Sucedió también con frecuencia cuando revelaba á los pecadores los secretos, que solamente podía conocer. Aquél que escudriña el interior de los corazones. Bastaban algunas palabras salidas de su boca para conmover los corazones más endurecidos y arrancar lágrimas de los ojos más secos.

Aunque levantada tan alto en la vida interior, Crescencia ignoraba aquella falsa grandeza, que desdeña las prácticas exteriores: al contrario como verdadera sierva de Dios tomaba parte en todos los ejercicios de la comunidad, redoblando la devoción,

(1) Breviloq. pars II, cap. 8.

(2) Ott. lib. III, c. 1.

y los acompañaba no solo con la boca, sino también con el corazón, sirviendo de este modo á Dios en espíritu y en verdad.

Hemos visto ya cuáles eran estas prácticas, sin embargo un bosquejo del modo con que santificaba los días de carnaval tiene aquí lugar, y nos dá una idea, aunque sea en compendio, de su vida de oración.

El mundo, olvidando y ofendiendo á Dios en los tres días, que preceden á la Cuaresma, parece como si quisiera usar una especie de derecho, que le corresponde. Estos días los pasaba Crescencia postrada delante del Smo. Sacramento.

En reparación de las culpas de tantos y tantos ofrecía á la Majestad divina sus respetuosos obsequios y pedía misericordia para los ciegos, que corren locamente tras de vanas sombras y huyen de la Verdad eterna. No se contentaba con sus propias industrias para santificar estos tres días, sino que trataba de tener en las religiosas otras tantas compañeras. Sobre este apostolado se lee en el libro: *Las intenciones de la venerable Crescencia*, escrito por sus novicias lo que sigue: «Ya que la bondad divina es ofendida tan gravemente en estos días, las almas que le aman deben escoger este mismo tiempo para ofrecerle sus actos de reparación. Con este intento podrán hacer de la Pasión como un drama cuya representación ofrecerán al Padre celestial, dividiéndole en cinco días, según

los cinco misterios: El Jueves antes de la Cuaresma tendrá lugar la representación de las injurias, de las burlas, de los insultos, y del torrente de oprobios que Jesús sufrió en casa de Caifás; el Domingo la escena vergonzosa y dolorosa que tuvo por teatro la casa de Herodes, el Lunes la flagelación, el Martes la coronación de espinas y el Miércoles el *Ecce Homo*.

En estos días al despertarse se dirige la intención sobre el misterio indicado para cada uno de ellos, y se forma el propósito de hacer todas las cosas con Jesús diciendo. Oración y meditación todo debe converger al mismo punto. En la Santa Misa se ofrecerá la Pasión toda entera al Soberano Rey en compensación de las injurias, que recibirá en el curso del día, acompañando esta oferta con acciones de gracias y actos de contrición. Hacia el fin de la Misa se recitará la siguiente oracioncita que después en el curso del día se repetirá con frecuencia. «Oh Jesús, tened alejados mis ojos y mis oídos de todo lo que os desagrada y dirigidlos á lo que más os place. Estos ejercicios se practicarán en secreto, á los cuales cada una se entregará sin tristeza, antes al contrario con una paz alegre, y ni aún en las recreaciones se perderá de vista el misterio del día».

Quién al leer estas cosas no querrá aplicar á esta alma bendita el elogio que el Breviario hace de S. Martín de Tours? «Con los ojos y las manos

vueltas al cielo, no cesaba nunca de orar» Así fué; como los dichosos comprensos no cesaba de contemplar y de invocar á su único, á su supremo Bien. N. S. Jesucristo. El premio reservado á fidelidad tanta está anunciado en la promesa del Señor. Pedid y recibireis que vuestro gozo sea completo (1). Semejantes exhortaciones y semejante promesa, oh cristiano, se nos han hecho también á nosotros; sea pues nuestra oración como la respiración de nuestra alma y así podremos decir con el profeta: «Mis ojos están siempre vueltos al Señor, para que Él libre mis pies del lazo, que me han tendido» (2).

(1) Joan 16,24: Petite et accipietis, ut grandium vestrum sit plenum.

(2) Psalm. 24, 15: Oculi mei semper ad Dominum, quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos.

CAPITULO IX

*Como Crescencia amaba á Jesucristo
en todos los hombres. (1)*

La caridad cristiana hace brotar dos vástagos de una misma raíz y cumplir con un acto dos preceptos: Amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como á tí mismo. El amor de nuestros hermanos supone necesariamente el de Dios, que se hace por decirlo así, visible. «Se cumplirá toda la ley si amamos en Dios al prójimo como á nosotros mismos» (2). Haga Dios que esta verdad sea tan bien practicada por todos como es conocida.

Del corazón de Crescencia, verdadero foco de celestial caridad, salía potente la llama del amor fraterno, que ni las aguas del egoismo, de la injusticia, de la ingratitud, ni aún las del odio pudieron apagar.

El Espíritu Santo, sin darla trégua, la movía á ejercitar esta virtud en toda su perfección, y para que no se olvidase de ella, una voz interior la estaba

(1) Summ. n. 16 párraf. 1, 443 y Act. B. informat. párrafo 119-144.

(2) Galat. 5. 14. Omnis lex impletur in uno sermone; Diliges proximum tuum, sicut te ipsum.

siempre repitiendo: «Ama á tu prójimo como á ti misma». Así observó siempre con fidelidad el propósito hecho el año 1741. «No debo dejar entrar en mi corazón nada, que sea contrario á la caridad. Mi prójimo sois Vos Señor, y en Vos toda criatura racional: os amaré por lo tanto en el prójimo y amaré al prójimo como á mí misma» (1).

Así entendía Crescencia el amor sobrenatural, el amor verdaderamente cristiano, aquél del que Jesucristo es el principio y el fin, la medida y la regla. El amor, que procede de sentimientos naturales, no buscando más que la propia satisfacción, el honor ó el interés tiene otro principio que se llama voluntad propia, la cual impide plegarse á la voluntad de Aquél que es el amor mismo.

Ricamente dotado el corazón de Crescencia por la naturaleza era tierno, compasivo, y fuerte en sus afectos. La gracia puso estas cualidades naturales al servicio de Jesucristo, uniendo el corazón de Crescencia á la fuente misma del verdadero amor, de modo que en él fué trasformado.

De aquí su grande horror por los apasionamientos puramente naturales. «En una persona consagrada á Dios, solía decir, un amor semejante es una idolatría». Con frecuencia anatematizaba las amistades particulares, porque traen consigo funestas consecuencias para la religión, y como nacidas de

(1) Kolb. pág. 51.

inclinaciones naturales no pueden aprovechar más que para miserables satisfacciones. «Infelices, añadia, los que están atados con estos lazos, no tendrán jamás paz en su corazón, ni atenderán nunca á la perfección de su estado, y lo que es más, el alma se pone en peligro. Añádese á esto que con las tentaciones interiores se une fácilmente el escándalo, pues que las parcialidades destruyen la armonía, la paz, la obediencia, la devoción, y pueden producir la ruina de todo el monasterio».

Estaba tan empapada en los sentimientos de la fé, y de la caridad de Jesucristo, que ante sus ojos desaparecía todo lo que hubiera podido influir en los sentidos al ejercer la caridad. En el prójimo miraba la imágen de Dios, digna de respeto y de amor, una posesión de Jesucristo, comprada á precio de sangre, un miembro vivo del Señor, ó una criatura destinada á serlo; aún en el hombre más miserable veía á Jesucristo rey, quien la pedía el tributo de la compasión.

No debemos, pues, maravillarnos, si la vemos tan desinteresada, tan olvidada de sí misma en todas sus cosas, hasta el punto de parecer falta de sentido á los ojos de aquellos, que según el Apóstol «buscan su propio interés y no el de Jesucristo» (1). Era para ella tan natural y tan fácil el despojarse

(1) Philem. 2. 21: Omnes enim quæ sua sunt quærunt, non quæ sunt **Jesu Christi**.

de sí misma en favor de sus hermanos, que de ella se puede decir «que no vino al mundo para sí, sino para los demás». Jamás esperaba una recompensa, un agradecimiento, un cambio de amor, la bastaba el honor de haber servido á Jesucristo. Y si acaso el bien se le pagaba con mal, la cortesía con la ingratiud, las buenas maneras con groserías, la parecía doblada ganancia, como se podía observar en el aire alegre, que manifestaba su semblante. Y qué, acaso el amor paciente no vale más que el amor activo? Por esta razón quien la daba materia para ejercitar el primero de estos dos amores era mirado por ella como un bienhechor, porque así trocaba un beneficio con otro, ó sea con el de hacerla ejercitar otra virtud, y de obligarla á tener el corazón siempre levantado á lo alto. El mundo no lo piensa así, ni menos lo practica, pero nosotros en este sentido debemos tomar el axioma. «Es mejor dar que recibir» (1).

Colocada en un punto de vista tan elevado el alma de Crescencia abrazaba todas las criaturas racionales como otros tantos hermanos ó hermanas. La gracia había echado por tierra todas las barreras levantadas por el egoismo, para que su corazón se dilatase y en un abrazo estrechase toda la humanidad en el cielo y en la tierra. Siendo su fé católica, católica

(1). Act. 20, 35.: *Beatius est magis dare quam accipere.*

también, esto es, universal debía ser su caridad. Por tanto así como la fé desconoce los límites del tiempo y del espacio, no pudiendo tolerar en la Iglesia las fronteras, la distinción de razas, de nacionalidad, ni de política: así el amor no dirá nunca hasta aquí sí, y de aquí en adelante no; á esta criatura sí y no á la otra. La caridad católica debe ser perfecta como lo es el amor del Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos é injustos. (1). Crescencia había llegado á adquirir una caridad católica sintiendo palpitar el corazón de Dios en medio de toda la creación, especialmente en las criaturas racionales. Era alegre con los alegres, triste con los afligidos, llena de ternura con los que sufrían, animosa en los contratiempos y calamidades. La hemos visto rebosando gozo por la Iglesia triunfante, la veremos sumida en el dolor por las almas del purgatorio, y héla aquí ahora cómo ruega por la Iglesia militante sin que jamás sus brazos levantados en alto se caigan abatidos. Cuando se la presentaba ocasión de hacer bien al prójimo olvidaba sus propios padecimientos y no reparaba en fatigas y sacrificios de cualquier clase. Así si acaecía encontrar en el prójimo algo bueno, al momento daba gracias á Dios, como si ella misma hubiese recibido

(1) Math. 5, 46: *Ut sitis filii Patris vestri, qui in caelis est, qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos.*

aquella gracia (1). «Dios mío, decía, mil gracias por esto que os habeis dignado conceder á mi prójimo. Ah! que yo no soy digna de tus favores! Dios mío, bendito seais por esto y amado sin cesar. Aumentad en mi prójimo la gracia, para que no busque ni ame más que á Vos».

Una de las súplicas más frecuentes que hacia era la de pedir á Dios, que la hiciese la gracia de soportar una muerte cruel por la salvación de cada uno de los que están en pecado mortal.

Por tal modo nos ha sido dado ver reducido á la práctica literalmente el consejo de San Pablo (2); «Si un miembro sufre, todos los miembros sufren, si uno tiene porque gloriarse, todos los otros hacen fiesta. Pues bien, vosotros sois del cuerpo de Cristo, y miembros los unos de los otros».

Pero aunque la caridad de Crescencia abrazase todo y á todos, no obstante en el ejercicio de esta virtud seguía el orden establecido por Dios. Por tanto el objeto principal de su celo y de sus oraciones era la salvación de las almas.

Según ella «una religiosa no debe pensar únicamente en su propia felicidad eterna, sino que además debe ocuparse con empeño en la conversión de los pecadores, de los herejes, y de los infieles

(1) Gabriela Merz, pág. 105.

(2) I. Corint 12, 26 y 27: Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra, sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. Vos autem estis corpus Christi et membra de membro.

con fervorosos deseos, continuas oraciones y una vida mortificada».

De aquí que tuviese entrañas maternales para con las almas débiles ó tentadas y se ocupase con todas sus fuerzas en confortarlas, aún cuando su corazón estuviese sacudido por las más terribles angustias. Como premio de tan grande abnegación, recibió el don de consolar á los afligidos, como lo vemos atestiguado por el hecho de que todos los que acudían á ella alcanzaron el bálsamo saludable, que curaba las llagas y las heridas del corazón. Véase aquí como pedía por ellos (1). «Dios mío, calmad, calmad los dolores de mi prójimo según vuestro divino beneplácito, y dejadme á mi en la tribulación. Para que sean felices mis hermanos venga sobre mi lo que viniere: yo soy vuestra esclava, y obra de vuestras manos».

El estado miserable de los pecadores conmovía todas las fibras de su corazón. Buena prueba de esto eran sus continuas oraciones, sus desmayos al referirse ciertos pecados, las lágrimas que en la Santa Misa mezclaba con la preciosísima sangre de N. S. Jesucristo, y las crueles mortificaciones con que maceraba su inocente cuerpo. Si la obediencia no hubiese moderado todas sus acciones, el ardor por la penitencia la hubiese llevado más allá de los límites impuestos por la discrección, toda vez que tres flagelaciones al día la parecían aún muy poca cosa.

(1) Gabriela Merz, pág. 100.

El mismo Dios la advertía de los peligros en que estaban algunos. Otras veces oían en el aire voces y lamentos pidiendo socorro (1). Cuenta el Padre Ott (2), que un día estando en la oración la Beata se levantó y dirigiéndose á las hermanas las pidió que encomendasen á Dios un alma que estaba en la agonía, y dijo su nombre. La persona recomendada murió en efecto en aquel momento, lo que ella ciertamente no podía saber por medios naturales.

Así como el corazón de Crescencia se deshacía al pensar que tantos y tantos vivían alejados de Dios, así saltaba de gozo cuando un pecador se convertía. En las grandes solemnidades dirigía todas sus oraciones á pedir que todos los que se acercasen á los Santos Sacramentos, volviesen de veras á los brazos del Padre celestial. Por esto cuando se publicaba un jubileo ó una indulgencia extraordinaria, ¡su júbilo llegaba al colmo, decía «El jubileo es una invención del amor por la cual muchísimos pecadores son atraídos al camino de la penitencia. Rogad, rogad, queridas hermanas: hé aquí un tiempo de gracias para la tierra y de gozo para el cielo. Innumerables almas se convertirán».

La fervorosa hermana naturalmente tímida, se volvía intrépida cuando se trataba de convertir á

(1) Gabriela Merz, pág. 117.

(2) Ott. lib. II, cap. 9.

un pecador. Grandes y pequeños oyeron sus exhortaciones á la penitencia, y como el Espíritu Santo la revelaba los secretos de los corazones, conmovía las conciencias encallecidas en el mal con sus encendidas expresiones.

Una vez exhortando á un pecador á que mirase por su alma, se puso de rodillas, y en esta postura delante de él le dijo palabras de tal fuerza, que no pudo resistir. Otras veces una mirada echada á un extraviado, bastaba para hacer que naciesen en su alma sentimientos de conversión.

Cuando la palabra ó la mirada resultaban ineficaces se entregaba á la oración, á llorar, á suspirar, á flagelarse cruelmente hasta que sus esfuerzos eran coronados por un éxito feliz. Por eso leemos en las actas de beatificación (1): «Con sus oraciones y ejercicios convirtió gran número de pecadores».

Bien pronto habiéndose esparcido por todo el país la fama del celo de Crescencia la atrajo buen número de recomendaciones, ya para uno ya para otro, especialmente en los casos difíciles, cuando se habían intentado en vano todos los recursos. Las actas refieren la conversión maravillosa de una persona, que estando para morir, no quería siquiera que la hablasen de los sacramentos. Se escribió á Crescencia, y se consiguió cuanto se

(1) Act. B. Inform. párraf. 127.

deseaba. Los circustantes vieron espirar al moribundo con sentimientos de una contrición tan perfecta, que maravilló á todos.

Después de los pecadores, los gentiles. Recomendaba á los predicadores del Evangelio, que no se cansasen de echar las redes y no se detuvieran ante ningún sacrificio, porque nada agrada tanto á Dios como atender á la salud de las almas.

Así cuando el P. Flotto, de la Compañía de Jesús, célebre misionero de aquel tiempo, la manifestó el deseo de dejar las misiones á causa de su avanzada edad y sus achaques, ella se le opuso con tanta energía, que el Santo religioso determinó consagrar el resto de sus fuerzas hasta el último suspiro á la sublime vocación de misionero.

El campo en que desplegaba su actividad, como se puede imaginar fácilmente, era su monasterio. Afable, indulgente, generosa, discreta, sufrida, tal se mostraba á toda la comunidad. Las hermanas estaban conformes en decir que la delicadeza con que procuraba evitar toda ocasión de disgustos, y la amabilidad en satisfacer los deseos de los demás no podían ser mayores. En los cuarenta años que pasó con ellas, jamás se la oyó una palabra arrogante, un acto de impaciencia, ni una conversación inútil sobre los defectos aún conocidos de sus hermanas. No criticaba á nadie, y solo por deber reprendía á las que faltaban.

El honor de los demás le llegaba tan al alma, que no había medio que no intentase para defenderle, aún cuando las faltas fueren notorias, diciendo con sinceridad. «Eso es poca cosa en comparación de mis faltas», ó bien. «En tales circunstancias, yo hubiera obrado peor». En todos acertaba á ver siempre lo bueno, y nunca el mal que tuvieran. El pobre soportaba la miseria con más paciencia que ella hubiera tenido: las personas elegantes acaso maceraban su carne en secreto y así de lo demás. Luego exhortaba á las hermanas á ser benévolas con todos. «Sed como las abejas que no chupan más que la miel, y no como las arañas que sacan el veneno. Busquemos en el prójimo la miel de las virtudes y de los buenos ejemplos».

Siempre prefería la voluntad ajena á la suya propia, por esto siempre estaba dispuesta y pronta á servir á las otras. «Yo soy una esclava en la casa del Señor». Se creía en el deber de escoger para sí los trabajos más penosos, ó la parte peor, y de socorrer á las hermanas en sus necesidades espirituales y corporales, lo que la valió el título de *asistente general*. Estaba delicada una hermana? ya estaba *Crescencia* haciendo de enfermera; necesitaba auxilio? allá iba *Crescencia* á ayudarla; una labor quedaba sin acabar? ella la concluía, y todo esto apesar de su debilidad, y con tanta gracia que en los servicios que prestaba se sentía latir su corazón. Las pobres enfermas del monasterio encontraban en ella una

verdadera madre, y la daban este título, una madre que las consolaba, las curaba, rogaba por ellas, empleándose alegremente en los ejercicios más repugnantes. Llegaba hasta desear padecer con las enfermas para su alivio. Estas virtudes tuvieron una buena ocasión de darse á conocer cuando se la encomendó el cuidado de la anciana Sor Dorotea Osterrieder (1).

La edad de la enferma y la naturaleza de su mal hacían el oficio de enfermera tan penoso, que muchas hermanas, sucesivamente desanimadas, no pudieron sufrir más el fastidio y la náusea que las producía. Crescencia aceptó el encargo, y lo desempeñó de modo que las curas se aumentaban en proporción de lo que aumentaba el mal. No obstante, una vez se reveló la naturaleza, entonces en un ímpetu de heroísmo como Santa Catalina de Sena, para vencer de una vez y para siempre la delicadeza, Crescencia no se contentó con tocar lo que la causaba horror, sino que se la llevó á la boca. Esta victoria fué el preludio de otras más señaladas. Cuando las dos religiosas, Ana Neth y Angelina Aichel no pudieron encontrar quien pudiese vendarla, sin que perdieran el sentido por la repugnancia, nuestra Beata no solo lavó las llagas infectas de los pies y las vendó amorosamente, sino que con sus lábios estrajo de ellas la materia. Y nos causará

(1) Summ. n. 10, párraf. 203.

maravilla si poco después las úlceras se cicatrizaron, sin otro remedio que este bálsamo de una caridad sublime? (1).

Siendo tan afanosa para curar las enfermedades corporales, este ángel de caridad velaba aun más por la salud de las almas de sus hermanas. Con breves oraciones y con jaculatorias cuidaba de tenerlas siempre elevadas en Dios y las procuraba el beneficio de los santos sacramentos, y como tenía el don de preveer la última hora, cuando esta se aproximaba no se apartaba ya del lado de la moribunda, estando allí hasta su último suspiro.

Sor Clara Perl estaba muy enferma, sin embargo ninguno de los achaques que padecía, hacían temer un próximo fin. Entra Crescencia en la celda y apenas la vé, «que se muere» exclamó, y casi de repente la pobrecita espiró.

La salvación de sus hijas la era tan cara como la suya propia. «Ah, amadas hermanas, las decía: si me fuese posible llevaros al cielo en mis brazos, con cuanto gusto haría el sacrificio de mi honor y de mi vida!», y dirigiendo los ojos al cielo repetía la plegaria del Salvador. «Padre Santo, conserva en tu nombre los que me has entregado» (2).

Según el precepto de Cristo (3) el colmo de la caridad es sobrellevar con paciencia los defectos ajenos

(1) En el lugar citado, párraf. 104.

(2) Joan. 17, II: Pater Sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi.

(3) Math. 5, 44: Diligite inimicos vestros, benefacite iis qui oderunt vos, etc.

y amar á los enemigos. Esta corona no faltó á Crescencia, de quien se decía. «Cuanto más se atormenta á Crescencia, más acariciado es uno por ella». Llamaba bienhechores á sus adversarios y perseguidores, procurando hacer entrar en el ánimo de todos este modo de apreciar al prójimo. «Tened por cierto, decía, que nuestros enemigos son nuestros más grandes bienhechores: ellos espían nuestros defectos y nos los recuerdan, echándonoslos en cara á fin de que nos corriamos de ellos».

Oh, Crescencia, vos sois tres veces bienaventurada, porque á vos también se pueden aplicar las palabras del Señor: «Ni la sangre ni la carne os han enseñado esta verdad, sino nuestro Padre que está en los cielos», (1).

Si alguna vez se la decía que tal ó cual persona era su enemigo, su graciosa figura se hacía más amable y sonriendo dulcemente decía: «Yo no conozco enemigos, esos que llamais así, son mis mayores amigos, porque me dan ocasión de agradar á Dios y por su amor padecer algo». Y á Sor Gabriela decía: «Si alguno me quitase la vida y por un imposible volviese á vivir, sería siempre buena con mi asesino porque Dios lo manda, y basta».

No faltaron ocasiones de dar pruebas de amor á los enemigos. Crescencia siguiendo el ejemplo de

(1) Math. 16, 17: Quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in cœlis est.

Jesucristo, procuraba vencerlos con hacerlos bien, colmándolos de atenciones aun cuando estos en cambio calificasen su dulzura de estupidez, de insensibilidad y de hipocresía. A las injurias contestaba con el silencio, que solo rompía para escusar á los que la injuriaban, llegando hasta el punto de besar sus huellas. Sabemos que siendo tratada de bruja tuvo que sufrir hasta que la escupiesen en su rostro, pues bien, ella de rodillas pidió perdón á los que así la ofendieron. Ser Josefa refiere otros hechos semejantes en los que la Beata conmovió á sus agresores hasta hacerlos derramar lágrimas: «He visto con mis propios ojos, dice esta hermana, á una anciana Sor Antonia, sacudir con violencia á la venerable hermana, la cual inocente y gravemente ofendida pidió sin embargo perdón á la culpable con tanta humildad, que esta se puso á sollozar».

Las violencias acabaron bien pronto, pero Dios prepara á los santos siempre ocasiones de ejercitar la paciencia. No faltaron algunos que hicieron burla de sus raptos, y de sus austeridades ó que la motejasen de fariseismo; otros llamaban poltronería á su desfallecimiento y falta de fuerzas, la acusaban de estarse en la Iglesia por no trabajar, y como ella no lo negaba, sino al contrario, decía que tenían razón, no acababan nunca de añadir calumnias á calumnias, é insultos á insultos.

Si la superiora ú otra persona quería poner fin á estas sinrazones era peor, Crescencia pedía

perdón hasta de rodillas de aquella falta, cuya penitencia se ofrecía á cumplir, creyendo que ella sola era la culpable. Por otra parte, no se imponía pena alguna á una religiosa que Crescencia no quisiese cumplir en lugar de la otra. Próxima ya á morir, dió todavía una prueba más de su amor á los enemigos con estas palabras (1): «Perdono sinceramente á todos aquellos que han tenido un ánimo mal dispuesto para conmigo durante mi vida. Los deseo toda clase de bienes en el tiempo y en la eternidad. Además perdono desde ahora á todos aquellos que después de mi muerte me juzgaran mal».

Demos una última mirada á su caridad para con los pobrecitos. Recordará el lector el título de «madre de los pobres» que se la dió en el transcurso de diez y siete años en que ejerció el oficio de portera. Este título se le dió siempre, señaladamente cuando siendo ya superiora tomó para sí el cuidado de los pobres vergonzantes, enfermos y necesitados. Con qué espíritu é intención ejercía la caridad con los pobres, se vé por sus palabras. «Así alimento al divino Maestro, que ha dicho. Tuve hambre y me disteis de comer» (2). Tenía sus delicias en hablar con los desgraciados no cansándose nunca por exigentes que fuesen: escuchaba sus quejas, lloraba con ellos, los enseñaba como podían sacar de

(1) Summ. n. 10, párraf. 335.

(2) Math. 25, 35: Esurivi enim, et dedisti mihi manducare.

sus miserias el bien espiritual, que Dios había escondido en ellas. A la vez el modo lleno de gracia y suavidad con que daba la limosna, hacía más bien que la limosna misma. Si acaso estando á la mesa se hablaba de las personas necesitadas ó de los enfermos, ya no podía comer más, y pedía á la superiora que la diera permiso para enviar su parte á aquellos desventurados. Para poder dar algo más se contentaba con lo puramente necesario para sostener la vida, y si la obediencia no la hubiera contenido hubiera dado todo á los miembros doloridos de Jesucristo.

Su corazón católico no miraba en los pobres ni siquiera á qué religión pertenecían, por esto con la misma premura que usaba con los católicos mandaba la comida preparada á los pobres enfermos protestantes: «porque (1), según decía, todo hombre es mi prójimo y el precepto de amarnos no exceptúa á ninguno».

Nuestro Señor el más pobre entre los pobres pareció recompensar esta perfecta caridad yendo en persona á recibir la limosna de manos de su sierva. El hecho ha sido contado por el P. Ott y por Gabriela Merz (2).

Era en el invierno: cuando la nieve caía en abundancia, un pobre viejo llamó á la puerta del

(1) Summ. n. 10, párraf. 177.

(2) Ott. lib. II, cap. 6; Gabriela Merz, pág. 123.

monasterio. El viejo enseñó sus piés desnudos y ensangretados, pidiendo algo con que poder cubrirlos. Movidada de piedad voló aquí y allá por toda la casa en busca de unos zapatos viejos, y no pudo encontrarlos. Entonces se fué á la superiora y la pidió de rodillas, que la permitiese dar los suyos al pobrecito. La madre Juana se lo consintió. Radiante de alegría Crescencia corre á la puerta, alarga el brazo para dar los zapatos al pobre viejo..., pero éste desapareció en aquel momento dejando las huellas ensangrentadas en el lugar donde había puesto los piés.

En el archivo del monasterio se conserva un documento de 28 de Agosto de 1752, en el cual se relatan muchos hechos semejantes, según el cual documento Jesucristo había vuelto á pedir de comer unas veces en figura de pobre y otras en la de un peregrino.

Pongamos fin á este capítulo con el hermoso elogio, que un testigo dejó en el proceso canónico: «Ninguno se le acercó que no recibiese de ella luz, consuelo y auxilio».

Bien es verdad que «el que no ama al prójimo á quien vé, cómo podrá amar á Dios á quien no vé?» (1). En el juicio final cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta del tributo de caridad, que pagó

(1) 1. Joan. 4, 20: Qui non diligit fratrem, quem videt, Deum, quem non videt, quomodo potest diligere?

ó no pagó á Nuestro Señor en la persona de los pobres. Levantemos la mirada, oh cristiano, hácia el Redentor que ha de ser nuestro juez: escuchemos su voz, esto es, que tendrá como hecho á Él mismo lo que damos ó negamos á nuestro prójimo. Por último examinémonos sobre este mandamiento. «No juzgueis y no sereis juzgados, no condeneis y no sereis condenados. Perdonad y sereis perdonados» (1).

(1) Luc. 6, 37 y 38: *Nolite judicare, et non judicabimini, nolite condemnare, et non condemnabimini; dimittite, et dimittentur vobis, et dabitur vobis.*

CAPITULO X

*Cómo Crescencia amaba y socorrió á las
almas del Purgatorio (1).¹*

En su caridad universal no podía Crescencia olvidar á las almas del Purgatorio. Para ellas tenía la ternura de una madre á la cabecera de su hijo en la agonía, y á fin de aliviarlas la estimulaba su celo sin tregua ni descanso á poner por obra todos los medios que la Iglesia nos suministra. Siempre pronta á soportar en favor suyo todas las penas y todos los trabajos hasta con alegría, é imitando el ejemplo de los Santos se ofreció como víctima al Señor, suplicándole que la hiciera sufrir en lugar de aquellas almas desventuradas para satisfacer así á la justicia divina con los méritos de Jesucristo.

Con esta intención oraba, se mortificaba y sufría, ó sea, como la viuda del Evangelio, echaba todos los días en el tesoro de la Iglesia todo lo que tenía, las obras satisfactorias, en favor de aquellos que en el otro mundo deben pagar sus deudas hasta el último céntimo. Y no contenta con esto excitaba á las hermanas á hacer otro tanto, consiguiendo

(1) Summ. n. 10.

así que muchas otras hiciesen renuncia de sus obras satisfactorias con el mismo objeto. Ella, pues, hizo el acto heroico de todos conocido y ya aprobado por la Santa Sede, que le ha enriquecido con indulgencias.

Como cuenta el P. Pamer (1), Crescencia en su lecho de muerte instituyó herederas universales suyas á las almas del Purgatorio, no sólo de los méritos que hubiese podido acumular en vida, sino también de todas las misas, oraciones é indulgencias, que fuesen ofrecidas á Dios en bien de su alma después de su muerte.

Por modo tal, los lazos ó vínculos que puso el Espíritu Santo entre los miembros de la Iglesia se estrecharon entre Crescencia y la Iglesia purgante, hasta establecer un comercio continuo y muy íntimo entre ambas partes.

En primer lugar Crescencia creía haber obtenido gracias muy señaladas y numerosas por intercesión de las almas del Purgatorio. Cuando quería hacer violencia al cielo llamaba en su auxilio á «sus queridas almas» y así al punto era escuchada. Por esto la Beata pensaba, como piensan hoy casi todos, que las almas del Purgatorio, incapaces de merecer para sí mismas, pueden] no obstante hacernos sentir los efectos de su caridad para con sus hermanos del mundo.

(1) Summ. n. 10, párraf. 181.

Con permisión divina un gran número de estas pobres almas desoladas iban á Crescencia para manifestarla sus penas y pedirle socorro. Estas visitas redoblaban su celo y su compasión, y no la daban tregua ni reposo hasta que no conseguían su libertad, ó al menos un alivio. Muchas veces las almas libertadas iban después á darla las gracias y hacerla participante de su gloria, como lo había sido de sus penas y dolores.

Nos es imposible enumerar todos los sacrificios que las frecuentes visitas de las pobres almas obligaban á hacer á Crescencia. Su corto sueño era con frecuencia interrumpido: apenas cerraba los ojos oía llantos y suspiros y entonces se entregaba á la oración, macerando su cuerpo con ásperas disciplinas.

Alguna de estas escenas nocturnas nos dará una idea del caracter, que tenían las relaciones de la Santa religiosa con las almas del Purgatorio. En el curso de una grave enfermedad de la misma, el año 1718 la madre Juana Altweger (1) preguntó á Crescencia cómo pasaba las noches. Esta se limitó al principio á decir que no dormía, después, estrechada por las preguntas de la madre, acabó por contar las visitas de las pobres almas, y que en su compañía era inútil toda tentativa para coger el sueño. La buena superiora creyó un deber decirle:

(1) Act. B. Summ. Object. n. 11, párraf. 10; Ott. lib. III cap. 5.

«Es necesario absolutamente que durmais hija mía, de otro modo estas emociones os quitarán la vida. Cuando vengan esta noche las ánimas, decidlas que vayan á mí, porque la obediencia quiere que vos durmais». La sierva de Dios obedeció exactamente. La superiora por la noche en un momento vió llenarse su celda de fantasmas, que la pedían merced, y fué tanto el miedo y el terror que la sobrecogió, que para librarse de ellas, las volvió á mandar á la enferma. Presa todavía de las convulsiones contó lo sucedido á muchas religiosas, añadiendo que nunca jamás volvería á renovar semejante experimento.

Este otro hecho nos le cuenta el P. Ott (1).

El P. Ignacio Wagener de la Compañía de Jesús, hombre piadoso, docto y experimentado, superior de la casa de Kaufbeuren, desde el mes de Octubre de 1713 al otoño de 1715 se había propuesto examinar con todo cuidado el espíritu de Crescencia conforme al deseo expreso del Provincial de los franciscanos P. Höss. A medida que adelantaba en el exámen al P. Ignacio cada vez más quedaba sorprendido de admiración y de estima hácia la sierva de Dios. A la dirección amorosa y prudente del Padre correspondía Crescencia con seguir puntualmente sus consejos, y con pruebas de sentido

(1) Lib. II, cap. 6; lib. III, cap. 3: La misma noticia refiere también el P. Pamer en una carta de 4 de Enero de 1756, y más extensamente dá cuenta de ella el P. Stork, O. S. Bened. en el libro arriba citado, lib. I, cap. 8.

reconocimiento. Poco después de haber dejado á Kaufbeuren el P. Wagener murió en Ratisbona el 19 de Octubre de 1716, cuya muerte no se supo en Kaufbeuren hasta el día 21. El mismo día de su muerte, ó sea el 19 al ir á coro Crescencia, al toque del Ave-María vió que iba delante de ella un fantasma vestido de blanco. Acostumbrada á semejantes encuentros, por que en esa forma se la aparecían las almas del purgatorio, no hizo más que rogar con mucho fervor por aquella alma. El 21 se repitió la misma aparición, pero esta vez Crescencia reconoció claramente el alma de su director, la cual en la primera aparición no tuvo permiso de darse á conocer. Dijo la pobrecita que tenía necesidad de las oraciones de su antigua penitente para ver pronto la cara de Dios, no teniendo que sufrir pena alguna de sentido, pero que por no haber deseado bastante durante su vida la visión de Dios, ahora estaba privado de ella, lo que era un tormento inexplicable.

Movida de compasión puso Crescencia por obra todos los medios á su alcance para aliviar á su Padre espiritual. El 23 de Octubre después de la misa que oyó por él, volvió el alma cercada de gloria, y deshaciéndose en agradecimiento dijo que con el auxilio de las oraciones de su penitente había entrado en posesión del Sumo Bien (1).

(1) Que algunas almas en el purgatorio sufren solamente la pena de *daño*, no de sentido, es opinión de muchos teólogos,

Una religiosa de su monasterio, muerta hacía ya seis años, vino también á pedir favor á su hermana con palabras muy conmovedoras: «Ah! yo tengo sed del Dios fuerte, tengo sed del Dios vivo. No puedo ayudarme á mí misma, socorro, socorro». Llorando Crescencia de compasión prometió hacer todo lo que pudiera, y de allí á poco se tuvo la consoladora noticia de que aquella alma había volado al cielo.

Estaba todavía en el noviciado la Beata, cuando una noche al tiempo de cenar se abrió la puerta del refectorio con estrépito y se volvió á cerrar en seguida sin que se viese á nadie. Ninguna novicia se atrevió á adelantarse para averiguar la causa de aquello. Solo Crescencia quedó tranquila y hasta se ofreció á la madre Teresa para salir. Obtenido el permiso encontró detrás de la puerta una religiosa que en tono de lamento la dijo: «Yo he vivido en este monasterio y hace nueve años me encuentro en el Purgatorio, tened piedad de mi». Después indicó los sufragios que deseaba, y terminados estos volvió á decir á Crescencia que se había acabado su prisión.

Otros difuntos también, aún sin ser conocidos de la Beata venían á pedirla sufragios. Tres noches consecutivas se oyeron suspiros y lamentos en su

entre otros del célebre Belarmino; y en la vida de no pocos Santos se refieren ciertas visiones que confirman dicha opinión.

celda sin ser acompañados de palabra alguna articulada. «Quién sois?» preguntó. Era el alma de un joven soldado guardia del Elector, muerto en Munich, no mucho tiempo antes, el cual había asistido á la profesión de su hermana Isabel. Por sus excesos en la bebida se anticipó la muerte; y sino era socorrido tenía que estar en el Purgatorio tantos años cuantos se quitó de vida por su intemperancia. Crescencia empezó desde luego á hacer sufragios por esta pobre alma y después tuvo el consuelo de saber que las puertas del cielo se habían abierto á su recomendado.

La relación que vamos á consignar tiene mayor importancia por sus detalles. El 21 de Noviembre de 1718, murió Francisco José Scholl, consejero de corte ó tribunal de cuentas y administrador de ciertas posesiones principales de Kemnat. La misma noche oía Crescencia en su celda un rumor particular como de hojas de papel movidas de aquí para allí, rumor que se repitió á la mañana siguiente, aunque ya había rogado por quien lo hubiese producido. Al fin se resolvió á preguntar quien era. Y se la respondió muy claramente. «Soy el alma de Scholl, amada Crescencia, rogado por mí á vuestro celestial Esposo». Crescencia le preguntó la causa de aquel ruido de papeles y el alma respondió que le oiría todavía algunas veces más y que con el permiso de Dios en adelante la revelaría todo. El ruido se repetía puntualmente

cada día. El 7 de Diciembre por la noche se oyó una voz que la hizo saber que el difunto en su última enfermedad quiso ajustar sus cuentas; que un sujeto quejándose de haber sido perjudicado en sus intereses fué tratado ásperamente por Scholl; que por último el Scholl con los papeles en la mano sostenía no haber perjudicado aquel pobre hombre, sin embargo, por su culpa había habido en ello una defraudación de cuatro florines. Y ahora rogaba á Crescencia que fuese á informar de todo al párroco de Kemnat, á fin de que la viuda de Scholl reparase el daño ocasionado. La Beata cumplió su cometido el día de la Inmaculada. D. Meichelbeck, párroco de Kemnat recordó al momento que en verdad el dos de Noviembre un hombre, cuyo nombre dijo, había ido á él á quejarse del perjuicio recibido y de la dureza del consejero. Cosa digna de notarse, aquel hombre había usado exactamente los mismos términos que usó el alma hablando con Crescencia. La injusticia fué al punto reparada, pero el ruido, las apariciones, los lamentos y las súplicas no cesaban. En la noche de Navidad llegaron á ser muy agudas. Por su parte Crescencia redoblaba el fervor en sus sufragios; sin embargo la libertad de aquella alma fué dilatada hasta los primeros días del año nuevo, según noticia dada por su Angel custodio. Finalmente el 6 de Enero de 1719 la Beata hizo celebrar cuatro misas por aquella alma, por otros tantos sacerdotes

que se habían ofrecido á celebrar por su intención. Entre las diez y las once, al terminar la última misa, apareció el difunto todo radiante de celestial belleza á su bienhechora, quien le vió trasportar por los Angeles al trono de Dios, donde fué acogido con gran júbilo. Al fin de la relación el P. Ott. añade: «Todo esto lo escribió D. Meichelbeck, párroco de Kemnat y confesor extraordinario de Kaufbeuren á quien sin duda comunicó Crescencia todos los particulares y lo escribió con indicaciones tan precisas, que es imposible poner en duda la verdad del hecho».

Después de contar estas cosas nos creemos en el deber de observar que siendo fácil el engaño en estas materias, es preciso no caminar á ciegas y prestar fé á hechos parecidos, no siendo garantidos por almas santas como era nuestra Crescencia. Por otra parte tampoco se puede rechazarlos *a priori* sin borrar el artículo del símbolo de nuestra fé sobre la comunión de los Santos, y sin ponerse de frente á tantos personajes ilustres por su santidad, que afirmaron haber tenido semejantes apariciones.

En esta, como en las demás verdades la fé católica no se apoya sobre revelaciones particulares, sino sobre la Biblia y la Tradición explicadas por el magisterio infalible de la Iglesia al pueblo de los creyentes. Esta enseña (1) que hay un Purgatorio, y que con los sufragios de los fieles, especialmente

(1) Concil. Trident. ses. 35. Decret. de Purgat.

con el sacrificio de la Misa tan grato á Dios, se puede venir en auxilio de los que están en aquellas prisiones». Tal creencia debe dirigir nuestras obras; y estas apariciones pueden excitar nuestra caridad.

Haz, oh cristiano, por las almas del purgatorio lo que querrás que se haga por tí, cuando tú también estés sumergido en aquellas llamas de expiación: «Porque es un pensamiento santo y saludable rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de sus pecados» (1).

(1) II. Machab. 12, 46: Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.

CAPITULO XI.

Su ánimo y su amor á la Cruz (1).

«Una mujer fuerte quien la encontrará? Su precio es el de las cosas traídas de lejos, de las extremidades de la tierra» (2).

Crescencia mereció bien esta alabanza del Espíritu Santo. Desde su juventud recorrió, cargada con la cruz, los senderos ásperos y difíciles de la abnegación y del dolor, sin que el ojo más perspicaz pudiese descubrir en ella la señal más pequeña de desfallecimiento. Antes bien no se sabe qué admirar más, si la energía en las obras de virtud, ó la sumisión alegre y amorosa en el padecer. En ambas se nos presenta á la vista un valor sobrehumano, especialmente si se tiene en cuenta la debilidad propia de su sexo. Nos revelan el secreto de esta fuerza, las palabras que Crescencia dirigía á su Dios (3). «El medio de hacerse impasibles no es otro que el de unirse á Vos sólo, Dios mío».

(1) Summ. n. 16, párraf. 1-222 y Act. B. Inform., párraf. 206-218.

(2) Prov. 31, 10.

(3) Kolb, pág. 49.

Revolviendo en la mente cuanto hemos dicho hasta aquí, se tiene ya una idea del ardor con que se mortificaba, vencía los obstáculos, aprovechaba los medios de adquirir la perfección, resistía los sentimientos naturales aun los más legítimos para lanzarse hacia la meta, que era su único Bien. Con cuanta grandeza de ánimo conservó en el mundo su corazón vacío del mundo mismo y lleno de Dios! Con qué generosidad no se huyó de él á pesar del afecto hácia su familia; para buscar en el monasterio á su amor crucificado! Y aun cuando arreciaba la tempestad de las tentaciones y de la aflicción, la débil virgen no volvía la proa, sino que desafiaba animosa las olas embravecidas. Jamás, se dijo, jamás *Crescencia* volvió atrás en la senda de la abnegación y del sacrificio. Ni la repugnancia de la naturaleza ni las contradicciones de los hombres, ni las persecuciones de los espíritus malignos pudieron apartarla de la vía recta, en la cual daba pasos de gigante. Fiel hasta la muerte entre luchas y victorias seguía intrépida las huellas de Jesucristo crucificado, y pues aquí abajo sembró fecundando la tierra con sus lágrimas, con mucha razón podemos suponer que en el cielo habrá recogido una mies abundantísima.

Vencerse á sí mismo, aun en sentir de los paganos, vale más que triunfar de los enemigos. Sentado este principio, *Crescencia* debe llamarse también una heroína de primer orden. La esperanza y el

temor, la alegría y la tristeza, sentimientos tan fuertes, en ella estaban del todo sometidos á la voluntad, puesto que nunca consideración alguna carnal, pudo infiltrarse en su vida ni en las cosas más pequeñas. Estaba como muerta á todas las seducciones como á todas las amenazas del mundo. Con mucha delicadeza se adelantaba á los deseos ajenos en las cosas permitidas, pero se volvía inflexible cuando la burla ó la persecución tentaban hacerla desviar del camino trazado por la obediencia y por el espíritu de Dios. La paz era su compañera inseparable, pero hizo frente en todas ocasiones á las más terribles tempestades sin debilidad y sin presunción. Movida por la voz de la conciencia no se detenía en decir las verdades más amargas aun á los grandes personajes, y cuando fué superiora, en reprender y corregir los abusos. Obraba con prudencia, con fortaleza y con bondad.

Nadie podía oponérsela. A los más procaces burles imponía silencio con una sola mirada, y el pecador más encallecido en el mal bajaba la cabeza ante sus inspiradas reconvenciones. En todos sus actos se la veía modesta con dignidad, sin dureza ni altanería, animada de caridad é igual con todos. Piadosa, dulce, amable, festiva, considerada en todo, exenta de ostentación; sin afectación en sus modales, hasta en sus gestos dejaba entrever la nobleza de su natural y la abundancia de la gracia.

La fortaleza de ánimo se manifiesta más aún en el padecer que en el obrar, porque en el padecer el hombre no se puede ocultar bajo una máscara tomada de prestado. En esto propiamente plugo al Señor hacer que brillase su amor á *Crescencia*, por quien parece haber dicho el Apóstol estas palabras: «A vosotros ha sido dada por Cristo la gracia no solo para que creais en El, sino también para que padezcáis por El» (1). Padecer por amor con Cristo y padecer por El, era por lo que la Beata consideraba todas sus aflicciones como otras tantas gracias. Decía. «Una de las señales más evidentes del cuidado que Dios tiene de mí son las ocasiones continuas que me ofrece de padecer algo por Él». Aquí dice «padecer algo», más frecuentemente se explicaba así: «Yo no padezco nada ni nunca he padecido, cuando soy una gran pecadora». Así medía las penas conforme á sus ilimitados deseos, pero en realidad sus tormentos eran intolerables, hasta hacer decir al P. Ott. «Por un impulso especial del Espíritu Santo y en virtud de una gran energía, *Crescencia* ha sufrido en sus cuarenta años de vida religiosa dolores tan grandes y tan terribles, que solo referirlos hace temblar el corazón» (2).

Ya tiene noticias el lector de la envidia, las calumnias, las persecuciones, la rábía del enemigo

(1) Phil. 1, 29. Vobis donatum est pro Christo, non solum ut in eum credatis, sed ut etiam pro illo patiamini.

(2) Lib. III. cap. 13.

las penas interiores sufridas por la Beata; á las cuales debemos añadir el estado físico de esta mujer fuerte, ó sea un estado, que á otros parecería, como era en verdad, un cúmulo de enfermedades, y sin embargo, á la Beata deseosa de padecer, la parecía una salud completa. Una sed ardiente la atormentaba de continuo, sin poder encontrar un medio de apagarla. Mas ella á la verdad, no se cuidaba de eso gran cosa, por el contrario parecía querer irritarla más bebiendo agua tibia. A esta fiebre continua se juntaban además dolores de cabeza, y de dientes, y de tiempo en tiempo otras enfermedades graves y crueles.

En todo este diluvio de males no solo mostró una paciencia edificante, sino lo que es el colmo de la perfección, una verdadera alegría, un deseo sincero de padecer aun más. Solo por obediencia hacía uso de los remedios de la medicina, que por otra parte resultaban ineficaces: y si se la decía que rogase á Dios que la curase, respondía: «Como puedo yo pedir á Jesús que no me deje seguir sus pasos por la vía dolorosa? No ciertamente: si con sola una Ave-María pudiera librarme de todas las cruces y de todas las amarguras, no la diría por todo el oro del mundo».

Nadie oyó jamás de los labios de Crescencia una sola queja por sus padecimientos, por su abandono ni por la malicia de los hombres, ni siquiera las frases tan comunes y tan inocentes sobre el

calor ó el frío ú otros accidentes de las estaciones. Como tampoco se manifestó en ella jamás un instante de tristeza ó de abatimiento, como se ve aún en los caracteres más viriles. Ella al contrario decía: «no sé que cosa es el desaliento».

Esta fortaleza sobre humana tenía su origen en Dios. Una vez que no quería tomar una bebida reparadora sintiendo atroces dolores exclamó: «La voluntad de Dios es mi fuerza y mi sosten». Las más penosas aflicciones no pudieron nunca hacerla desear un consuelo cualquiera, porque su voluntad estaba tan fuertemente unida á la de Dios, que no quería siquiera saber lo que la estaba reservado en lo porvenir. «Una religiosa consagrada á Dios, decía, no debe por cierto perder tiempo preocupándose de lo que sucederá, sino que todo su cuidado debe emplearse en ver el modo con que de presente puede amar á Dios sobre todas las cosas y servirle con todas sus fuerzas. En solas sus manos, como en las de un Padre solícito y misericordioso, debemos poner el cuidado del alma y del cuerpo, y de todo lo que en el tiempo nos pueda suceder».

Su abandono era perfecto; baste decir que llegó hasta gustar en las pruebas más duras «la paz y la consolación del Espíritu Santo». Tenía por principio que sobre la tierra no hay nada grande y digno de desearse más que el dolor y la humillación, y

que los dos apoyos de la vida son el amor de Dios y la Cruz llevada por Dios.

Y á este principio ajustó todas sus acciones. El P. Ott. (1) nos dá de ello una prueba bien luminosa en el hecho que vamos á referir. «Por efecto de contracciones nerviosas, Crestencia quedó paralítica de pies y manos, los cuales por añadidura se habían vuelto hácia atras, así es que encogida en la cama como un ovillo sufría lo indecible en la espalda. Por ello daba gracias á Dios mil veces al día, diciendo con aire jovial que tales espasmos la eran muy gratos, porque la recordaban los que padeció Jesús al llevar la Cruz. Este recuerdo daba á su amor nuevas fuerzas, superiores con mucho á todas las impresiones de la naturaleza, y la hacía cantar. «Mis huesos y todos los miembros de mi cuerpo alaben al Señor que los ha dado el poder padecer». Este martirio duró mucho tiempo, hasta que al fin su Angel Custodio vino á anunciarla que el día después se acabarían sus dolores. Y en efecto al día siguiente después de la comunión Crestencia se levantó de la cama perfectamente curada».

Su gozo en los padecimientos se juntaba con el deseo de padecer más todavía. Su alma tuvo la dicha de encontrar en las tribulaciones un tesoro inestimable. Solía decir que el más pequeño traba-

(1) Lib. II, Cap. 13.

jo sufrido por amor de Dios superaba con mucho en valor á todas las grandezas humanas, por esto no cesaba de pedir con Santa Teresa «Señor, ó padecer ó morir» comentando estas palabras en el 1727 de este modo(1): «Señor, amor por amor, padecimientos por padecimientos, escarnios por escarnios, vida por vida, llagas por llagas, muerte por muerte, y todo esto sin más ganancia que el amor». El mismo pensamiento se vé en este otro rasgo. «Oh Señor, el premio de mi amor haced que sean penas y dolores, la recompensa de las injurias otras llagas más profundas, porque un amor que no desee llevar á cabo obras grandes, y soportar grandes cruces no es amor, sino hielo».

Y en otra ocasion decía (2) «Si se me pusieran de una parte las afrentas, las enfermedades, el fuego, las espadas, todos los males imaginables y de otra los placeres, las riquezas y las diversiones todas del mundo, volvería la espalda á todos los tesoros de la tierra y tendería los brazos abiertos al dolor y al desprecio. Sí, aspiraría á la muerte más amarga».

Impulsada cada vez más por sus santos ardores, Crecencia en los últimos años de su vida pidió de rodillas al Provincial P. Bonifacio Schmidt que la alcanzase de Dios la gracia de no vivir

(1) . Kolb. pág. 33.

(2) Ott. lib. II, cap. 13.

jamás sin padecer, y añadir á los padecimientos el mérito de la obediencia. Desde entonces en adelante su alegría llegó á su más alto grado, pensando que también Jesús padeció tanto por obedecer á su Padre celestial. Este ardor no se disminuyó jamás, antes bien despedía de sí nuevas llamas al añadirse y aumentarse nuevos dolores. Sus oraciones eran otros tantos himnos de acción de gracias. «Dios mío, mil y mil gracias, aumentad mi martirio pero aumentad también la gracia de la paciencia. Mi corazón está pronto, oh Señor, está pronto á sobrellevar todo lo que os plazca», Si alguno la preguntaba cómo se sentía, acostumbraba á responder. «Muy bien, porque se cumple en mi la voluntad de Dios». Amor y dolor ante sus ojos se fundían en una cosa sola, y como su vida era toda amor, se comprende fácilmente con cuánta razón repetía que la cruz más pesada era la de vivir sin cruz.

Asistimos á una reparación completa de la naturaleza: triunfa la gracia, sobreabunda la redención: la maldición pronunciada contra Adán ha perdido en algún modo su fuerza, el hombre según el espíritu, por virtud divina vuelve á emprender el camino del paraíso perdido, vive ahora de los frutos del árbol de la Cruz y vive tan espléndidamente que á sus ojos un poder inefable cambia para él las pérdidas en ganancias, la adversidad en merecimientos, lo amargo en dulzura, Dios solo es

grande: Él dá á los escogidos «una espada en el corazón aquí abajo en la tierra, y una corona sobre la cabeza allá en el cielo». Hé ahí los sentimientos que se infunden en los santos, cuando se elevan á la consideración de sus altos destinos! En *Crescencia* la locura de la cruz rayó en lo sublime: viendo sus padecimientos y oyendo sus palabras, el asombro crece al igual de la admiración. De tan gran manera se manifestaba potente y activa la gracia en un vaso tan frágil!

Para edificación de los lectores trasladamos aquí algunas sentencias de la Beata relativas al fin y al valor de los padecimientos.

«Amar á Dios sin medida y padecer por Él son dos cosas inseparables».

«Las aflicciones son el alimento del amor; ellas le avivan, y alimentan sus llamas».

«El amor que no aspira á grandes cosas, que no quiere padecer mucho, no es un amor de oro, sino de bronce».

«No hay otro camino que conduzca al Cielo más que el de la Cruz: es el más seguro y el más noble. Dios mismo le ha recorrido; quien no querrá pasarle á pasos de gigante?»

«Nada excita más el amor de Dios que la Cruz y el padecer».

«Es el dolor la piedra de toque, de que se sirve Dios para probar si la virtud de un religioso es verdadera ó falsa».

«No se debía amar esta vida por otro motivo sino porque nos proporciona padecer por amor de Dios».

«Las adversidades son las mayores gracias. Bien considerado todo no hay más cruz que vivir sin cruz. No hay otra más pesada».

«Quien desea vivir unido con Jesucristo, no debe jamás desear verse libre de la Cruz antes bien debe buscar en ella su consuelo y mirarla como un medio de subir á Dios» (1).

Por último copiamos aquí la célebre canción de «La Mano» que rebosa de consuelos espirituales para los afligidos y atribulados (2).

¡Dulce mano divina mi corazón tú elevas!

Dios mio, ¿quién endulza mis penas sino Vos?...

Me hiere y me levanta más alto si más hiere;

parecíame que juega en mi persona Dios.

Por la verdad sea dicho, mi Dios muy bien me lima;

por más que corta y hiere me es dulce este penar;

y ¿cómo no? si creo que su cincel divino

un ángel en la tierra quiere de mi labrar.

Cuando el dolor arrecía y sufro en abandono

el peso de mis cruces y amargo padecer

yo pienso: Dios se alegra, cual cazador él obra,

persigue al pajarillo más sin dejarse ver.

Yo soy un árbol tierno en el jardín divino,

Dios es el jardinero, que anda en mi redor,

sobre mis verdes ramas emplea siempre el hierro

para que abunde en flores y el fruto sea mayor.

(1) Sentencias entresacadas de los escritos del P. Ott y de Gabriela.

(2) Esta canción conocida en toda Baviera fué puesta en música muchas veces. En el monasterio de Kaufbeuren se conserva una melodía sencilla, pero conmovedora que se dice fué compuesta y cantada por la misma Crescencia.

Por eso vivo alegre en medio de mis penas.
¡Ah! ruja fiero el mundo y brame Satanás...
Aunque mi senda es dura, ¿qué importa si vá al cielo?
jamás sus fieros gritos me arredrarán, jamás.

A veces yo me digo: oh flor recién abierta,
¿Ya marchitarte quieres? ¡Pronto muy pronto es!
Y dóime á la tristeza... Mas aunque la flor caiga
¿no quedan las semillas?, pienso entre mí después.

No temo los dolores por muy grandes que sean
porque la amiga mano de Dios conmigo está.
El hierro y el acero se alargan sobre el yunque.
al paso que el herrero más duros golpes dá.

Pues ¿qué importa, ojos míos, que lágrimas vertais
Si dá por cada lágrima mi viña hermosa flor?
Si el llanto sigue al llanto sin trégua ni consuelo,
mejor; que en puro gozo trocarse ha mi dolor.

Si del dolor las olas revueltas se levantan
y acosan á mi alma cual proceloso mar,
más pesca hallará entonces el pescador divino;
si está revuelta el agua mejor podrá pescar.

Dejad que den más golpes; va bien; son las llamadas
que las cerradas puertas celestes han de abrir...

¿Para qué sirve el grano que encierran las gavillas
Si no vá las espigas la trilla á sacudir?

Así el alma golpea de Dios la mano santa.
El sol sigue á la lluvia, el gozo al padecer;
sufre, calla, en paz lleva la Cruz que Dios te ha dado;
podrás siempre el cansancio con la oración vencer.

Está siempre dispuesto á golpes y dolores
hasta que Dios señale la hora de morir;
entonces, al gusano la carne, el hueso al polvo;
el alma al cielo ¡al cielo! podrá entonces subir.

Oid pues nuestro pacto: aquí cortad, quemad
aquí, más allá arriba clemente sed, Señor,
reconocida y grata diré desde mi tumba:

«Me has dado el gozo eterno, Señor, tras el dolor» (1).

(1) Fué puesta en verso esta composición por el Sr. D. Leopoldo Eijo, alumno del Colegio Español de Roma. (N. del T).

CAPITULO XII

Crescencia crucificada con Jesucristo por medio de la mortificación y de la penitencia. (1)

«Los que son de Jesucristo crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias» (2). Los preceptos, los ejemplos, el espíritu del Señor que nos informa mandan al cristiano «odiar su alma en este mundo á fin de guardarla para la vida eterna» (3). Crescencia había impreso en el fondo de su corazón. estas palabras, y las comentaba de este modo: «Quien quiera amar á Dios debe estar muerto á sí mismo enteramente y para siempre, de manera que pueda decir en verdad vivo yo, mas no yo, Jesucristo vive en mí» (4). «La perfección no consiste en las dulzuras ni en las consolaciones; el

(1) Summ. n. 17, párraf. 1-93, y n. 18, párraf. 1-12. Act. B. Informat. párraf. 219-299.

(2) Gal. 5. 24. Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.

(3) Joan. 12. 25.: Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.

(4) Gal. 5. 17.: Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus.

camino que conduce allá arriba son el despojo y la abnegación absoluta de sí mismo, la humillación y la confusión».

El amor propio comienza por alimentarse de la sensualidad, mas el espíritu de Jesucristo se levanta contra la carne, espíritu por su naturaleza enemigo irreconciliable de los placeres sensuales. Crescencia movida desde la infancia por este espíritu, que recibió de lo alto, no solo se abstenía de los placeres, sino abrazaba voluntariamente las austeridades y las penitencias.

De parte de los sentidos el primer enemigo es la gula «el enemigo doméstico» como la llamaba la Beata, la cual no cesaba de poner en guardia á las novicias contra sus astucias. Por qué, decía, nadie puede imaginarse, cuán sugestivo sea este enemigo y cuánta energía se necesita para no ser vencido, y reprimir desde el principio la inclinación desmedida en la bebida y en la comida, para que el demonio no la domine. Debemos comer para vivir, no por el placer que se tiene comiendo.

No hay nada más repugnante que una persona consagrada á Dios que se haga esclava de esta bajeza de golosinas llenando su corazón de placeres sensuales. No se olvide, por lo mismo, invocar, antes de comer, al Espíritu Santo, á fin de que el alma no se quede en ayunas.

Como ella pusiese en práctica cuanto enseñaba de palabra, una hermana la exhortó á remitir algo

de su fervor para que no se acortase la vida, y Crescencia la respondió (1). «El hombre no vive solo de pan sino de todo lo que viene de la boca de Dios». Por lo demás era para todos un misterio cómo podía vivir con un alimento tan escaso y tan malo. Sabiendo perfectamente por otro lado que la sensualidad puede sacar la cabeza aun en los alimentos menos apetitosos, se había impuesto la ley de acomodarse á toda clase de viandas sin distinción alguna. No comía más que una vez al día, y por muchos años tuvo permiso para no ir á cenar ó para no probar nada. Sucedia también con frecuencia que todo el día se pasaba en ayunas y á veces continuaba su abstinencia en esta forma por dos ó tres días. Recordaremos por último, que en las dos últimas enfermedades por espacio de seis semanas no comía casi nada, sirviéndola de alimento la santa comunión.

Su comida ordinaria consistía en una sopa de pan de cebada con la cual mezclaba algunas hierbas y en el verano la lechuga aderezada con agua tibia, no obstante de padecer siempre una sed ardientísima. Para ocultar su austeridad decía que prefería á los demás estos alimentos insípidos. Cuando estaba en la cocina se contentaba con las sobras, y para beber cuando nadie la veía, usaba el agua grasienta en la

(1) Math. 4, 4: Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.

que se había lavado la vajilla. Además de esto desde niña ponía en la comida píldoras amargas, ceniza, hiel de pescado; y cuando estaba enferma bebía á sorbos pequeños ó masticaba lentamente las más desagradables medicinas (1). Haciendo esto acabó por perder el sentido del gusto, y con él la preferencia por uno ú otro alimento. Sin embargo, la austera penitente se reprendía á sí misma con lágrimas en los ojos de tratar «su asnillo» entendiéndose su cuerpo, con demasiada delicadeza.

No es maravilla por lo tanto que jamás se la oyese hablar de cosas de comer, y que no quisiese que los demás hablasen de eso. Solo pensaba en la señal de ir á refectorio, por el dolor que la causaba tener que servir á las necesidades del cuerpo. Al comenzar la bendición levantaba su corazón á la Santísima Trinidad, y para no distraerse ponía sobre la mesa un pedazo de pan en forma de triángulo (2). De modo que siempre se alimentaba uniendo su intención con la que tuvieron Jesús y María cuando hacían lo mismo. Luego que toda su atención la tenía puesta en lo que se leía, de donde tuvieron origen los éxtasis frecuentes durante la comida. Alma santa, más unida al Criador estabas tú cuando comías, que muchos otros en la oración y en la comunión sagrada.

(1) Ott. lib. II, cap. 13.

(2) Gabriela Merz, pág. 167.

Una disciplina tan severa se impuso también con respecto á los demás sentidos. La vista y el oído los tuvo siempre cerrados á toda belleza ó armonía que no fuesen de utilidad á su alma. Al olfato no concedía siquiera el placer de recrearse con la fragancia de las flores, en cambio le sujetaba á continuas mortificaciones, especialmente en la enfermería. Si alguna hermana no podía sufrir las náuseas, y se marchaba de allí, Crescencia con aire alegre decía: «He aquí lo que seré yo dentro de poco», añadiendo las palabras de Job: «Oh podredumbre tu eres mi padre, y vosotros gusanos mi madre y mis hermanas» (1).

Se abstenía de todo lo que pudiera servir de alivio al cuerpo. Parece que el Señor la estimulaba á este rigor: en efecto un día estando cansada del trabajo y no pudiendo tenerse en pié, pensaba entre sí apoyarse un poco, cuando oyó la voz del Señor que la dijo: «Hija mía, así la llamaba siempre el divino Maestro, aquí abajo no hay tiempo de descanso» (2).

En la intemperie de las estaciones no quería más penitencias que las elegidas é impuestas por Dios mismo, por esta razón nunca se la veía buscar un lugar fresco en el verano, ni acercarse al fuego en el invierno, sino más bien estaba en la Iglesia ó en una celda que no estuviese caliente.

(1) Job, cap. 17, 14.

(2) *Ott.* lib. 2, cap. 8.

No por esto estaba satisfecha Crescencia estando persuadida que «cuanto más crucificamos la carne y más padecimientos sufrimos, mayores gracias tendremos en la tierra, y mayor premio en el cielo». Por lo que su pensamiento estaba siempre ocupado en escogitar nuevos modos de mortificación exterior é interior. Para ejercitar la una y la otra á la vez no maceraba nunca su cuerpo sin haber obtenido antes para ello el permiso. Pero los permisos concedidos provocaban otros, pues Crescencia obtenido uno, no se cansaba de multiplicar semejantes peticiones.

Para dormir que lo más duraba tres horas y á veces ni una sola, dice el P. Pamer, que se echaba en posición muy incómoda. De joven dormía en el suelo, después en la cama sobre una gran cruz de madera. No trató mejor su cuerpo cuando llena de achaques por la edad y las enfermedades se la quitó la cruz, pues Dios en cambio, apenas se acostaba la enviaba dolores intolerables, unas veces un calor sofocante, y otras un frío tan grande que la hacía temblar como si estuviese metida entre hielo. Soportaba este martirio nocturno con gran paciencia, quedándose en cama hasta que la obediencia la mandaba levantarse.

A todo esto se juntaban los instrumentos de maceración: un ceñidor y unos brazaletes de hierro penetrándola en la carne en términos que á duras penas se la podían quitar: una cruz de un

pié de larga, erizada de puntas, puesta al pecho para acordarse de la pasión del Señor, un cerquillo de hierro con puntas agudas por dentro en la cabeza en memoria de la corona de espinas, el cual junto con la cruz la hacían sufrir dolores atrozísimos.

Con frecuencia también, si para ello tenía licencia, ó sea una vez al día y muchos días tres veces se flagelaba con disciplinas armadas de ganchitos, y se pegaba tan sin piedad, que se arrancaba la piel hasta hacerse sangre. Después de lo cual los vestidos se la pegaban á la carne viva, así que era indispensable el auxilio de una hermana para despegarlos. Este doloroso servicio se le hizo muchas veces por disposición de la superiora la hermana Isabel. Crescencia tenía escondidos estos instrumentos con mucho cuidado. Por una casualidad Sor Gabriela pudo ver en las disciplinas pendientes de ellas pedacitos de la piel; y si bien, según las deposiciones de las religiosas, la Beata antes de morir destruyó los más penosos de estos objetos de penitencia, todavía se conservan algunos manchados de sangre. Treinta años después de su muerte despedían un olor suave, como afirman muchos testigos que los vieron.

Para hacerse más y más imitadora de Nuestro Señor solía poner en los zapatos algunas piedrecitas en recuerdo de los pasos sangrientos que dió el Redentor subiendo al Calvario. Con estas

piecitas en el calzado hacia en compañía de sus hermanas las acostumbradas peregrinaciones á San Wendelino de Germaringen, á Nuestra Señora de Eferhofen y á San Miguel.

Consideradas juntamente las continuas enfermedades y las mortificaciones, que no dudamos en llamar feroces, á quién no le ocurrirá el pensamiento, de que tales cosas debieran ser reprimidas en nombre de una prudente dirección, como superiores á las fuerzas humanas? No queremos sin embargo erigirnos en jueces; que la fuerza divina que movía á Crescencia la hacía caminar á grandes pasos bajo esta pesada armadura y lo mismo que á nosotros, á la distancia de un siglo, nos horroriza, para ella era cosa de nada.

A sus ojos una vida tan austera tenía la apariencia de una vida muelle, relajada é inútil, y por esto no cesaba de pedir á sus directores el favor de hacerla más dura por amor á su celestial Esposo.

Débiles como somos, no encontramos, preciso es confesarlo, cosa alguna que imitar en un ódio tan grande á sí misma. Pero hay una penitencia que todos podemos hacer: la abnegación interior, abnegación de capital importancia según Crescencia, cuya vida entera nos da ejemplos de la más rara perfección.

En esta digna esposa de Jesucristo las pasiones no menos que las inclinaciones de la naturaleza parecen completamente extinguidas, no más atractivos

ni repugnancias, no más deseos, temores ni tristezas, no más alteraciones, ira ni orgullo. Aun los primeros movimientos de la naturaleza llegaron con el tiempo á ser muy raros en fuerza de reprimirlos pronto y con energía. Después de tantas y tan grandes derrotas, la carne no osaba levantar más la cabeza ni hacer resistencia para seguir al Señor por las vías sublimes de la santidad.

Por esto qué seductora armonía en todas las facultades del espíritu! qué perfecto espejo de todas las virtudes cristianas! qué inalterable serenidad en todos los acontecimientos los más diversos! El huracán que con frecuencia trastorná á todo el hombre, descubriéndose en él abismos profundísimos, no alteró siquiera la superficie de esta alma límpisima. Las fuerzas de la naturaleza seguían dócilmente los impulsos que venían de lo alto. El fuego sagrado que la consumía al interior, echaba fuera sus llamas, devorando los defectos inherentes á la carne y transformando alma y cuerpo en un oloroso holocausto de caridad.

Oh, afortunada Virgen! á tí, semejante en alma y cuerpo al Cordero divino, te fué concedida la gracia de juntar con el lirio de la castidad la rosa perfumada del sacrificio voluntario! el hierro del tirano no despedazó tu carne virginal pero el amor puso sobre tu cabeza la corona del martirio!

Si quieres, oh, cristiano, participar de la resurrección y de la gloria de Cristo, es preciso participar

con El de su pasión: esto es, debes estar crucificado al mundo, renunciar á tus malas inclinaciones, y gustoso poner el hombro para llevar el peso de las tribulaciones, compañeras inseparables de la vida. Entonces dirá el Apóstol de vosotros también: «Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (1).

(1) Coloss. 3, 3: Mortui estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.

CAPITULO XIII

Cómo la humilde sierva del Señor escogía siempre el último lugar (1).

El siervo de Dios echa las raíces á lo bajo, y los frutos á lo alto (2), ó sea con la humildad se abate y abatiéndose se levanta en la gracia y en el mérito, haciéndose en el jardín de Dios un árbol fecundo, cargado de «frutos de luz» (3). Lucifer quiso subir á lo alto cuando al contrario debía abajarse, por lo tanto el alma que desee estar muy lejos de semejante caída tiene la obligación de humillarse y hacerse tanto más pequeña, cuanto mayor es la elevación en Dios á que está destinada. La humillación y la elevación en el orden sobrenatural son inseparables la una de la otra: antes bien se pueden considerar como formando una sola cosa, de la misma manera que la balanza haciendo un solo movimiento baja uno de los platillos y levanta el otro. S. Gregorio enseña que los humildes se levantan en alto

(1) Summ. n. 19, párrafo 1—224; Act. B. informat, párrafo 230-238.

(2) IV. Reg. 19, 30 Mittet radicem deorsum et faciet fructum sursum.

(3) Ephes. 5, 9.

hasta llegar al cielo, abatiéndose á sí mismo hasta lo más profundo, por el contrario los soberbios, despreciando á los demás, intentan llegar á la cima, mientras no hacen más que rodar hácia abajo hasta llegar al precipicio» (1).

Crescencia estaba demasiado instruida en las vías del espíritu para no saber que hubiera sido una locura fundar el edificio para la eternidad sobre otra base que la humildad enseñada por Jesucristo de palabra y por obra. La enseñanza del Maestro estaba de continuo en sus lábios: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (2). «Ahí está la roca, añadía, sobre la cual deben fundarse todas nuestras virtudes, porque el hombre no podrá tocar la piedra angular, que es Cristo, sino baja hasta el profundo abismo de su indignidad y de su nada». Después proseguía: «La humildad no consiste en andar con la cabeza baja, y en prodigar palabras humildes, sino en conocerse á sí mismo, su propia nada, sus propios pecados, y por otra parte la grandeza de Dios».

Este conocimiento de sí mismo y de Dios los pedía Crescencia incesantemente con las palabras de San Agustín. «Señor, haced que yo me conozca á mí mismo para que me desprecie y que os conozca

(1) Lib. XXX, Moral, cap. 10, n. 13.

(2) Math, 11, 19.

á Vos y os ame». Y el Señor á su vez era generoso con su sierva, infundiendo en su ánimo nueva luz como vemos por la breve oración que sigue. «Vos solo conoceis mi debilidad. Heme aquí aniquilada ante vuestra presencia: obrad como queráis en mí, y sed glorificado en este cacho de paja. Poned por obra los dones de vuestra gracia. Amén». La parecía tocar con la mano la gran verdad encerrada en estas palabras de S. Hugo de Grenoble. «El bien que yo hago no es nunca bien por entero, ni mío, pero el mal que cometo, es verdadero mal, y mío solamente». Algunas veces decía: «Qué motivo podrá tener jamás un hombre que discurra para levantarse con soberbia? Acaso los pecados, los males todos no vienen del hombre, y el bien todo entero, cualquiera que sea no viene solo de Dios? Quien conoce á Dios le aprecia y ama más que á todas las cosas, y así no puede menos de despreciarse á sí mismo y á su propia vileza. Sí, ciertamente: como todas las aguas vuelven al mar de donde salieron, así todo bien debe subir á su principio, que es Dios. Querer reservarse para sí una parte, sería un latrocinio». «De mi parte, decía otra vez, no tengo otro capital que la nada y el pecado, el bien no es más que una pura limosna de Dios, que debe volverse enteramente á la bondad de Dios, que es su principio. Así como todas las aguas salen del mar, y al mar vuelven: así todo bien debe subir á su origen, á Dios, sin reservarse uno nada para sí».

La vida de Crescencia estaba modelada sobre estos principios, jamás se buscaba á sí misma ni su propia alabanza sino al contrario cuanto más liberal se mostraba Dios con ella, otro tanto se escondía ella en su propia indignidad. No hay duda, conocía demasiado bien la grandeza y hermosura de los dones recibidos pero no podía detenerse á contemplarlos sin fijarse en la responsabilidad que llevan consigo, y en la miseria de la persona favorecida con ellos.

Recibir mucho, equivalía para ella á contraer muchas deudas, «porque á quien más se le dá, más se le ha de pedir» (1). De aquí que cada nueva gracia la obligaba á reflexionar sobre su vida, su ingratitud y sus propios deberes, teniendo siempre fija su mirada en lo que la parecía el mayor entre «todos los dones perfectos recibidos del Padre de las luces» (2), esto es, en la convicción de no ser más que una sierva indigna. Con este don el torrente de las gracias volvía su curso hácia la fuente, dejando á Crescencia en su propia nada, más aún, en el abismo del pecado, pues se juzgaba la más culpable de todas las criaturas.

A alguno podrá parecer exagerada esta idea de su propia indignidad, pero hay que tener presente dos cosas. Ante todo Crescencia no hacía comparación

(1) Lucæ. 12, 48: Cui multum datum est, multum quæretur ab eo.

(2) Jac. 1, 17: Omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum.



con los actos malos, como si ella hubiese cometido más pecados en número y más graves que los demás, sino que partía del punto de vista de las gracias recibidas, esto es, creía haber opuesto á la afluencia de las gracias una resistencia obstinada, como no la oponen los demás, á las pequeñas inspiraciones. En segundo lugar, es propio de la luz divina hacer visibles los más ligeros átomos de las culpas propias, no dejar ver los defectos de los otros y tener una vista muy perspicaz para descubrir en los prójimos el bien que hay en ellos. Por lo tanto si el alma ve con aquella luz sus propias debilidades, y no ve los defectos de sus semejantes, se comprende fácilmente como los santos estaban persuadidos de «ser los más malos entre los pecadores».

Como la luz que resplandecía en la inteligencia de Crescencia era tan viva, que la hacía ver en cada defecto un delito, era para ella incómprensible, como se la podía estimar después de haber pecado cuando no merecía más que el desprecio. El horror que de aquí experimentaba la Beata de sí misma, la hacía creer que era «la abominación y la desolación del lugar santo» (1). Por esto, nada la maravillaba tanto como el que los demás, en vez de echarla lejos de sí, la amasen, y «la sufriesen en su santa compañía».

«Quién, decía ella, con tanta abundancia de gracias estaría tan pobre como estoy yo? Sería yo capaz de todos los delitos si Dios por un instante retirase

(1) Math. 24, 15.

de mí su divina mano. Si me quitan todo lo que me ha dado no me quedaría más que el pecado y la corrupción». Y añadía que hasta la gracia de no haber cometido nunca un pecado mortal era una deuda que tenía con la misericordia de Dios que de esto la había preservado, deuda gravísima. Oyendo hablar de algún desgraciado pecador solía decir: «Ah, cuánto más abajo hubiera yo caído que este infeliz, si Dios no me sostuviese con su gracia, porque si este pecador hubiera tenido los auxilios, de que yo he sido colmada, llevaría una vida mil veces más santa que la mía. Quien está en pié, mire no caiga».

Cuando iban á ella á tomar consejo ó pedir auxilio, respondía: «Pero quién soy yo? ¿Por quién me habeis tomado? Yo soy una pobre mujer pecadora é ignorante, una caña frágil, una paja, un gusanillo, un nada. ¿Qué socorro os puede dar un gusano? Qué consejo puede daros quien no conoce más que el arte de pecar?» «Paja inútil» era el sobre nombre que se daba á sí misma.

Entre otros contaba como uno de los mayores milagros de la divina misericordia, que el Omnipotente soportase tanto tiempo sobre la tierra una criatura tan indigna. «Oh Dios, exclamaba, la tierra que yo piso es criatura vuestra, yo, que por mis pecados merecía estar debajo de los pies de todo el mundo. Carísimas hermanas, vosotras no os podeis figurar cuán mala y detestable soy: no merezco que el sol me alumbre, que la tierra me sostenga, indigna

del pan que como, merezco ser arrojada del trato de los hombres».

Su humildad era verdadera aun en comparación con el demonio. Como un espíritu tan excelente por su naturaleza no se avergüenza de ponerse á tratar tu por tu con una pobre mujercilla ignorante? Esta misma humildad la inspiró en el lecho de muerte, la súplica que hizo á las hermanas de que no adornaran su cadáver con corona de flores, sino de paja.

Creía ser la más mezquina y la más mala entre las religiosas. «Yo veo resplandecer, decía, una virtud verdadera en los modales mismos de las religiosas, pero en mí, ¡ay! ¡qué miserable soy! no veo más que la negra sombra del pecado. Me maravillo como los hombres y las demás criaturas sufren en paz un ser tan bajo como soy yo».

Si por acaso alguna religiosa caía en alguna falta exterior, Crescencia echaba sobre sí toda la responsabilidad, porque sus malos ejemplos la habían dado ocasión á la pobrecita para caer, y por lo tanto era ella misma la escandalosa, Crescencia, la que debía ser penitenciada. Otro tanto pensaba y decía en los castigos ó calamidades públicas, echándose á sí misma la culpa, y por tanto creyéndose en el riguroso deber de detener con la oración el brazo airado de la justicia divina.

Ser complaciente y cortés con todos y obedecer á todos había llegado á ser en ella una segunda naturaleza. El último puesto era siempre el suyo á no

intervenir la obediencia. A los pobres los trataba con tanto respeto y humildad como si fuese indigna de estar en su presencia. Ya avanzada en años, obedecía como una niña á las más jóvenes novicias, las ayudaba en sus faenas, las abría la puerta haciéndolas pasar delante, las servía en todo juzgándose dichosa de no ser ténida en cuenta por los demás.

Con gran cuidado huía hasta de la sombra de la vana gloria. En las conversaciones no había peligro que interrumpiese á nadie mientras hablaba: al contrario escuchaba como una novicia y si en la conversación alguna se mostraba de contrario parecer, cedía al punto, evitando así porfías inútiles. Cuando era maestra de novicias, procuraba sacar provecho para sí, aun en la misma educación que daba á las novicias. Su ojo sencillo descubría lo bueno en todas partes para edificación propia, de esta manera podía repetir con verdad que todas las religiosas la servían de ejemplo.

Cuando las súbditas según costumbre se arrodillaban para hablarla, como superiora ó como Maestra de novicias, las recordaba á Jesucristo arrodillado delante de Judas para lavarle los pies, para que hicieran aquel acto con gran espíritu de fé y devoción.

En sus relaciones y trato con los del siglo, era sencilla, muy natural, sin afectación ni hipocresía por la baja estima que tenía de sí misma. Un sacerdote decía que todos los que la habían tratado, la tenían por un perfecto modelo de humildad. Hasta

personajes ilustres quedaban sin saber qué admirar más si su humildad ó su sabiduría.

Siempre atenta á tener ocultos los dones extraordinarios de que estaba colmada, si por ventura alguno en su presencia hacía alguna alusión á ellos, se ponía encarnada como un niño cogido en falta. El P. Ott (1), nos revela la maña enteramente suya propia que tenía para esconder el tesoro de sus virtudes; era tal, que las personas más íntimas no pudieron conocer ni una milésima parte: por esto la obediencia, que era la única que podía hacerla desplegar sus labios, la ocasionaba penas infinitas, y una vergüenza que no se puede ponderar. En el coro, en la mesa, en las recreaciones un ojo indiferente no hubiera podido descubrir en ella ninguna cosa de particular. Conversaba alegremente, y parecía una niña que se divertía con otras niñas. Las riquezas de su vida interior no se transparentaban sino cuando el Espíritu Santo las ponía de manifiesto.

En cuanto al veneno de la lisonja, tan dulce por desgracia á nuestro paladar desde la caída de Adán, desde niña la tenía en el aprecio que se merece. Se vieron correr por su rostro gruesas lágrimas, cuando alguno alababa su amabilidad, su modestia ó su sabiduría. Cómo, pensaba ella, se pueden decir semejantes falsedades? Sí, pues, la iban á contar favores obtenidos por su intercesión, peor que peor. «Es

(1) Pág. 201.

Dios quien ha hecho esto, no le robeis el honor y la gloria, para dármele á mí, que soy vanidosa y miserable, y no merezco más que vergüenza y confusión». Cuando alguno la refería palabras que había oído, y de algún modo redundaban en alabanza suya, respondía (1): «Ciertamente, esa buena gente no me conoce ni poco ni mucho, de otro modo no pensarían así, pues yo soy la pecadora más despreciable, la miseria y la debilidad personificadas, una paja, una caña frágil, un gusano, un nada. No merezco más que ser puesta debajo de los pies de todo el mundo, y ser pisoteada por todos». Solo se consolaba cuando la censuraban ó la ponían en ridículo. «Esto es, decía, la alabanza y el honor que se deben á la miserable, á la inútil Crescencia».

Asediada en los últimos años por continuas visitas de grandes personajes y damas de la corte, es indecible cuánto sufría. «¿Quediré yo que nosirvo más que para lavar los platos y las cazuelas?». El honor que la daban estas visitas no fué capaz de suscitar el más ligero movimiento de vanagloria en esta alma sinceramente humilde, antes al contrario, la causaban la más grande admiración como personas distinguidas por su nobleza ó su talento, tuviesen tan poco juicio que anduvieran á porfia por hablar con «una ignorante y estúpida hija de un tejedor». «Cuán digna soy de compasión! ver á personajes de tan

(1) Gabriela Merz, pág 261.

alta posición humillarse á escribir á la hija de un tejedor, y hasta venir á visitarla, qué motivo de vergüenza para mí! Aunque yo soy religiosa, no tendría tanta humildad como tienen ellos. Debía maravillarme, solo de que hubiese en el mundo una criatura que pensase en mi, pobre pecadora, pobre nada. Sí, sí, soy indigna de acercarme á estos señores tan llenos de virtud, yo que no tengo ni la sombra de una sola. En qué confusión no me pondrán estas personas el día del juicio á la vista del mundo entero?» (1).

Nada había más edificante que ver su actitud en presencia de los visitantes. Con los ojos bajos, las manos debajo del escapulario, lo primero que decía á aquellos nobles y príncipes era que ella era hija de un artesano y que fué recibida en el monasterio por pura caridad, sin un cuarto.

Y aquí viene la ocasión de hablar del retrato de Crescencia, de lo cual tomaron motivo los maliciosos para poner en duda su humildad. El párroco de Obergermaringen, Erasmo Oxenreuter llamó á su casa al pintor José Schwarz de Buchloe para que pintase en su presencia el Via-crucis, destinado al monasterio de las franciscanas. El buen párroco tanto hizo y tanto dijo, que indujo al pintor á reproducir varias veces el retrato de la Beata, como refiere el mismo en un escrito de 10 de Mayo de 1752,

(1) Gabriela Merz, pág. 266.

describiendo con mucha ingenuidad la dificultad que tuvo para salir adelante en un negocio tan delicado. Más cuánta fué la sorpresa y la indignación de Crescencia cuando vino á saberlo, cualquiera se lo puede imaginar. Con una vivacidad que no acostumbraba, pidió que se cambiasen los cuadros, ó al menos se quitase de ellos «aquella figura de mona». El párroco no quiso ceder, y allí están y allí estarán. El más embarazado fué el pintor. A quien obedecía? Al fin recurrió á una estratagema: teniendo que hacer un largo viaje, dijo que á su regreso cambiaría los cuadros «con tal que el párroco consintiese en ello». La Beata calmada con esta promesa se calló, más cuando volvió el pintor ella se había ido ya al cielo, y así los retratos quedaron donde estaban.

Difícil es guardarse de la estimación ó aprecio que los demás puedan tener de nosotros, más difícil aun ir en busca de oprobios, pero ningún mundano se mostró jamás tan ávido de ser estimado, como Crescencia de ser despreciada. La humillación para ella era una piedra preciosa, una prenda de amor de parte de su celestial Esposo: por esta razón jamás se apartó ni á la derecha ni á la izquierda de este camino real, por el que estaba segura de encontrar su tesoro: nunca salió de sus lábios una palabra de escusa. *Jesus autem tacebat.* Jesús callaba, y también ella se encerraba en el silencio, ó por mejor decir, daba las gracias, á los que la injuriaban

por sus buenos oficios y prometía enmendarse. «El me conoce mejor que yo me conozco á mí misma. Si todos me tratasen así, conocería mejor mis defectos. Pero ay ¡miserable de mí! no me corrijo nunca, de veras que no merezco ni el pan de cada día, ni un cuartucho del monasterio».

Una persona extraña que no conocía á la Beata, contó un día delante de ella y de otras religiosas que había oído decir que Crescencia era bruja verdaderamente, y que en aquella misma hora estaba en la caldera. La acusada riendo con muchas ganas, respondió: «Gracias á Dios no entiendo nada de esas cosas, pero bien merezco eso y mucho más por mis pecados».

Y no eran palabras vanas estas, sino que provenían de una íntima convicción, como Crescencia dió á ver, cuando víctima de una irritante injusticia fué encerrada en una celda oscura. «Ciertamente, dijo, usan conmigo miramientos que no merezco. Debía ser arrojada en una cloaca, y peor, porque una celda es siempre un lugar muy cómodo, y muy honroso para una pecadora».

Admirada á vista de tanta dulzura una religiosa, preguntó á la encarcelada como podía sobrellevar con tanta paz semejantes desgracias. «Pronto está dicho, respondió. Jesús, mi celestial Esposo, sufrió mucho más por mí. Él inocentísimo, yo pecadora, aunque sufro por serlo, me considero feliz en padecer algo por su amor».

Sabiendo que bajo la corteza dura y amarga del desprecio hay una médula dulcísima de gracia y de gloria, no dejaba pasar ocasión alguna de ganar para la gloria eterna, sometiéndose gustosa á humillaciones de toda clase. No pocas veces cometía errores de propósito en el cantar ó en el hablar para que se riesen de ella, y reía también ella misma de sus necesidades, como las llamaba. Humillarse, y humillarse siempre era por decirlo así, la felicidad de esta mujer heroica, en quien la humildad y la caridad eran las dos notas dominantes, haciéndose pequeña, muy pequeña, á vista de la alabanza, y nunca movida por el más ligero viento del orgullo.

Su confesor el P. Adolfo Lachner de la Compañía de Jesús, hablando de la humildad de Crescencia decía que las alabanzas de los hombres no fueron jamás capaces de excitar en ella el más ligero pensamiento de vanagloria, de la cual estuvo exenta toda su vida, y que al contrario las alabanzas solo servían para que se humillase más.

«Donde hubiese soberbia allí habrá afrenta, pero donde haya humildad allí se encontrará también la sabiduría» (1).

La vida entera de nuestra Beata, y aun la historia toda, es una prueba luminosa de la verdad contenida en estas palabras de los Proverbios. Desgraciadamente muy poco y muy raras veces nos aprove-

(1) Prover. 11, 2: Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia; ubi autem est humilitas, ibi et sapientia.

chamos de las humillaciones con que Dios abate nuestra fátua vanidad, antes al contrario llegamos hasta considerarlas como otras tantas desventuras, cuando en los designios de la divina Providencia son los primeros escalones de la felicidad. Démonos, oh cristiano, á poner por obra el áureo consejo del apostol Santiago: «Humillémonos ante los ojos de Dios y Él nos ensalzará» (1):

(1) Cap. 4, 10: Humiliamini, in conspectu Domini, et exaltabit vos.

CAPITULO XIV

Cómo practicaba Crescencia la obediencia (1).

«Todos aquellos que no quieren obedecer están despojados del Espíritu de Dios». Esta verdad tan evidente la tenía siempre en los labios Crescencia, y estaba tan penetrada de ella, que hubiera perdido la vida antes que desviarse un punto de la línea que la trazaba la obediencia. La obediencia era para ella «el bordón del peregrino, en el que apoyándose el alma corre, ó más bien vuela por la senda de la perfección, hasta que terminada la carrera de la mortalidad, desembarca en las playas eternas». Tal es el concepto que la Beata se había formado de la obediencia cristiana, que tiene su raíz en la fé; y no debe confundirse con la obediencia humana, hija de un natural dócil, sostenida por una educación adaptada á las inclinaciones naturales, y dirigida por motivos humanos, suficiente á veces para hacer algún esfuerzo, y que para los menos avisados podrá tener la apariencia de virtud. Esta clase de obediencia no es un servicio hecho á Dios, sino más bien á los hombres: es un servilismo, no una virtud

(1) Summ. n. 15. párrafo 1-206.

cristiana. Esta por medio de la fé nos hace ver en el mandato del superior, el mandato de Dios mismo, y en el hombre nos hace obedecer á Jesucristo. Porque escrito está: «Servir á Dios es reinar»; esto es, que quien obedece se eleva espiritualmente á medida que se somete de corazón y entendimiento.

Crescencia estaba siempre atenta á hacer comprender á sus novicias esta distinción de capital importancia, mostrando á Dios en la persona de los superiores y confesores, y estimulándolas á ejecutar sus mandatos con la misma reverencia y con la misma buena voluntad, que si fuesen dados por el mismo Dios.

Hablando de la obediencia cristiana, decía (1), que trae consigo la más hermosa libertad prometida sobre la tierra; que es la de no pecar. Esta sumisión ciega, y al mismo tiempo iluminada, es el camino más seguro y más derecho que conduce á la perfección: esta no discute ni examina la orden recibida, sino la cumple sin tardanza, la basta una señal para entender la voluntad del que manda, se hace sorda á las voces de la propia comodidad, no vé más que á Jesús en el superior, y en fin se apoya únicamente en las palabras de la Verdad increada. «El que á vosotros oye, á mí me oye» (2). Los efectos, continúa, son maravillosos, hasta en las ramas más

(1) Gabriela Merz, pág. 174.

(2) Luc. 10, 16: Qui vos audit me audit.

pequeñas consigue abundantes frutos. Ella *dora*, mientras las demás virtudes no hacen más que *plañear*, hace dulce lo amargo, y precioso lo que de otro modo no tendría sino muy poco ó ningún valor á los ojos de Dios.

«Oh, Dios mío, así oraba (1), mi Criador, mi único Bien, recibo este mandato con alegría y con amor por Vos; aceptad misericordiosamente, á gloria vuestra, la buena voluntad y la obediencia de vuestra pobre esclava Crescencia». Todas sus acciones estaban animadas de este espíritu sin tener en cuenta las buenas ó malas cualidades ni las razones de sus superiores. Para ella era indiferente obedecer á la más joven de las novicias ó á la más anciana de las religiosas, porque la persona desaparecía con sus defectos, sus dotes y sus simpatías ó antipatías. Hablaba el Padre celestial, la hija debía obedecer, esto era todo. Por otra parte los superiores eran otras tantas «estrellas resplandecientes» que la guiaban entre las tinieblas de esta vida. «Mas, decía, si un pábilo fuese encendido por Dios para mostrarme el camino, para mí sería lo mismo, puesto que los superiores no son más que instrumentos, por los cuales llegan hasta nosotros las órdenes de Dios. Está fuera de duda, nosotros no obedecemos á las criaturas, sino al Altísimo».

Por este motivo todo sacrificio á la voluntad divina era ligero. Su cuerpo y alma, la vida interior y

(1) Gabriela Merz, pág. 175.

exterior las había puesto en las manos de sus superiores para seguir el ejemplo de su celestial Esposo que fué obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.

Muchas son las pruebas que tenemos de su perfecta obediencia así en las cosas grandes como en las pequeñas. Como refiere el P. Ott (1), difícilmente se podrá encontrar una religiosa, cuya virtud haya sido puesta en prueba en todo y por todo con tanta constancia y dureza en las acciones exteriores, y hasta en sus más ocultos y santos deseos: y aun dado caso que se encontrase, ninguna ha sobrellevado pruebas semejantes con más firmeza de ánimo, con más alegría y abnegación de su propio juicio y voluntad.

Sus padres habiánla dado este hermoso testimonio. «Ana nunca nos ha desobedecido». Al fin de su vida escribía una religiosa (2): «En Crescencia no funcionaba ya el juicio particular. Nunca investigaba las razones de una orden recibida, ni se ponía á pensar si lo mandado era fácil ó difícil de cumplirse. No viendo en estos casos, más que la voluntad de Dios, solamente se preocupaba de una cosa, á saber, de vivir, de sufrir y de morir en la obediencia y por la obediencia. He observado en ella siempre esta disposición. Y añadiré que no solo cumplía lo que se la mandaba, sino en cuanto podía conocerlas, se

(1) Lib. II, cap. 9.

(2) Summ n. 15, párrafo 180.

esmeraba en acomodarse á las más menudas intenciones de los superiores.

Al primer toque de la campana, á la primera señal, este modelo de obediencia dejaba sin acabar la obra comenzada, como una carta próxima al final, un pedazo de pan que había llevado ya á los labios, por ir á donde la voz de Dios la llamaba. La madre Altweger decía con frecuencia: «Guardémonos bien de expresar un deseo delante de Crescencia, porque se apresurará á ponerlo por obra aunque sea superior á sus fuerzas». «Nada por el propio parecer, todo por obediencia», era el lema familiar de la Beata, la cual echaba á un lado el propio querer y el juicio propio á fin de que el beneplácito de Dios, conocido por la obediencia gobernase toda su actividad interna y externa. Los ejercicios de piedad, las faenas y demás trabajos, hasta en los más menudos detalles, los sometía á la aprobación de los superiores: y un día pidió de rodillas al Provincial, P. Bonifacio, que la extendiese el mérito de la obediencia aun en las cosas no mandadas, con objeto de no hacer más que la voluntad de Dios.

Una renuncia tan completa de la propia voluntad, nacida de la fé, y sostenida por el amor desafiaba todos los obstáculos. Y en verdad que á Crescencia no faltaron, por permisión divina, muchas y muy difíciles ocasiones donde poner á dura prueba su espíritu de obediencia para adquirir nuevos méritos y edificar al prójimo. Hemos hablado ya de las durísimas

órdenes de la madre Teresa: dignas son de que consignemos aquí unas palabras de la Beata, pronunciadas con motivo de uno de los acostumbrados y ridículos caprichos de la superiora. «Si al mismo tiempo recibiese órdenes de mi superiora y de un angel, antes cumpliría las de la superiora, porque así no tenía que temer una ilusión, habiendo dicho el Señor: Quien á vosotros oye á mi me oye».

Recordará de seguro el lector cómo la buenísima madre Juana se vió obligada á mortificar á la pobre Crescencia. Pues bien, no será inútil aducir algún hecho á este propósito. En el corazón del invierno, la Madre llamó á la Beata y con mucha formalidad la dice: «Id á la huerta, haced bolas de nieve, y llevadlas á secar á la estufa». La Beata fué corriendo á hacer lo que se la mandaba. Las hermanas reunidas en el refectorio, al ver que deshaciéndose la nieve se llenaba de agua el pavimento, lo tomaron á mal, y no acababan de decir de la estupidez de Crescencia. Algunas, viendo que no lo dejaba; fueron á decírselo á la superiora para que la castigase por su terquedad. El castigo no se hizo esperar y la Beata en completa paz, lo sobrellevó como si nada fuese. Otras veces tenía que barrer con el mango de la escoba, con nieve hacer reparos en el arroyo, trasplantar los arbolitos con la copa hácia abajo, y así por ese estilo. Crescencia no se descomponía, sino que obedecía con prontitud, con sencillez, de buen humor, como si se tratase de obras evidentemente santas y provechosas:

»El cielo, decía, puede dar más fuerza á las raíces que no la tierra; á qué perderse una en razonamientos dictados por mi ignorancia?». Y si alguna quería hacer burla de su simplicidad, respondía: «De veras que soy para poco. Pensaba en efecto que podría secar la nieve, y barrer mejor con el mango de la escoba;... Pobre supericra, pobres hermanas, cuantos disgustos os doy» (1).

Otra vez paseando en la huerta la madre Juana la dijo: «Estaos aquí». Después pensando en otras cosas dejó pasar algunas horas, y Crescencia permaneció en su puesto inmóvil, hasta que la superiora retiró la orden, por más que Sor Bernarda la tachó de poltrona y la llenó de improperios.

Mientras tanto Dios vino á premiar tanto heroísmo con un milagro atestiguado por muchos y conocido en toda la ciudad de Kaufbeuren (2). La superiora, con el fin de arreglar una criba rota por varias partes, ordenó á la Beata que se sirviese de ella para sacar agua de la fuente que está cerca de la sacristía. Crescencia va á la fuente, llena la criba, atraviesa el patio, el refectorio y la lleva llena de agua, sin que cayese en tierra ni una sola gota, hasta donde estaba la superiora. Las tres religiosas, Sor Isabel, Sor Benita y Sor Felcitas la siguieron con la boca abierta, llenas del asombro y terror á la vez que se

(1) Gabriela Merz, pág. 188.

(2) Summ. n. 15, párrafo 24: Ott, lib. II, cap. 9, Gabriela Merz, pág. 187.

puede imaginar. Al contrario la madre Juana en su corazón alababa á Dios, pero supo ocultar su gozo como su sorpresa. «Id, dijo á Crescencia arrodillada, id á vaciar ese vaso en el arroyo y volved á poner la criba en su lugar». No contenta con este prodigio la superiora ordenó que Crescencia cogiese agua con la misma criba, y llenase una tinaja, y después con la misma la vaciase. Ella lo hizo delante de muchos testigos (1).

El que se para en la corteza de las cosas se admirará de este milagro. Pero en realidad el milagro mayor, y causa de muchos otros es á nuestro parecer el ver á Crescencia obedecer prontamente, y por cierto sin resentimiento ni enfado con los que la mandaban tales cosas (2).

«Antes morir que dejar de obedecer» era su máxima, y sin dudar un instante se exponía hasta con peligro evidente de muerte. Al último de su vida, enferma mortalmente, su estómago no recibía nada. El Provincial, con la mejor intención del mundo, la aconsejó que tomase algún alimento. La Beata contestó que no podía tomarle sin sentir un gran mal, pero si lo mandaba la obediencia estaba pronta á comer. Apenas hubo pasado con grande esfuerzo lo que la dieron, fué acometida de tales contracciones espasmódicas, que estuvo á punto de espirar. Los que

(1) Summ. n. 15, párraf. 196 y 262. Se conserva la criba en el monasterio.

(2) Gabriela Merz, pág. 190.

fueron causa involuntaria de este martirio quedaron petrificados de dolor. Mas Crescencia los consolaba diciendo: «Vivir no es necesario, y sí obedecer».

Por lo que hace á la vida espiritual, Crescencia seguía puntualmente el camino que la había trazado la obediencia, hasta en los más pequeños ejercicios de piedad. Desgraciadamente no todos los religiosos ni todas las religiosas tienen en esto el espíritu de nuestra Beata. Basta que el superior las quite alguna devoción predilecta para que se desahoguen en quejas y llantos sin fin.

El principio suyo «Nada sin obediencia» le aplicaba ella á las mortificaciones, á las oraciones, á las faenas de casa, pero sobre todo á la recepción de los sacramentos. Aunque sin la comunión se sentía desfallecer hasta en la vida corporal, decía sin embargo: «Más quiero un acto de obediencia, que una comunión sin ella». Cuando uno de sus directores la prohibió comulgar, y que en vez de eso se fuese á la cocina en el momento mismo que se estaba preparando, obedeció al instante con rostro alegre y contento. La misma alegría se notaba en ella cuando apenas recibido el Señor tenía que irse á la portería. Digna hermana de San Antonio de Pádua dejaba al Niño Jesús y se privaba de sus caricias al primer toque de campana. Absorta en éxtasis, privada de los sentidos, bastaba para hacerla volver en sí una señal de la superiora. Una mañana atravesando el coro su confesor, la vió en su sitio arrodillada,

cerrados los ojos y en estado de éxtasis. Sabía el Padre que sufría mucho y por tanto creyó que debía hacerla sentar. Apenas había hecho la indicación con la mano ya estaba sentada. La madre Juana decía (1) que la gran docilidad de Crescencia la hacía adivinar el pensamiento de los superiores, merced á un íntimo y misterioso influjo del Espíritu Santo.

La gracia había hecho desaparecer en ella hasta el último rastro del espíritu propio, haciéndola gustar las más exquisitas dulzuras en someter su juicio, por amor de Dios, no solo á los superiores sino á todos los demás según el dicho del Venerable Tomás de Kempis. «Procura más bien hacer la voluntad de otro que la tuya» (2).

Esta perfección brilló más cuando fué elegida superiora, oficio que tenía por la más pesada de las cruces, y el cual no quería en modo alguno aceptar. Solo la obediencia fué capaz de hacerla recibir esta carga. Mas apenas elegida pidió al Provincial que designase una superiora para ella, ó sea una hermana á quien obedeciese en todo lo concerniente á su persona, no á la comunidad. El provincial dió este encargo á la Vicaria Ana Neth, y era de ver con cuanta exactitud dependía de ella Crescencia, á manera de una niña. Acaso de esta sumisión tuvieron

(1) Gabriela Merz, pág. 190: Summ. y Ott. en los lugares citados.

(2) De imitat: Christi, lib. III, cap. 23.

origen las indiscreciones reprobables que Ana cometió en sus escritos, especialmente en su correspondencia epistolar.

Cuando estaba enferma, los médicos y las enfermeras eran otros tantos superiores suyos, á los cuales prestaba obediencia absoluta, como á su verdadera superiora. Solía decir á la enfermera «Os consigno mi cuerpo todo entero» así es que ni cambiaba de posición en el lecho sin licencia de ella.

«Os ruego, decía al confesor P. Pamer, que procuréis que la obediencia se observe puntualmente en la comunidad, y todo andará bien». Y á las novicias. «Obedeced en todo á los que están puestos para mandar, no solo cuando os ven como quien procura agradar, sino con corazón sencillo, guiadas por el temor de Dios. Lo que haceis, hacedlo de buena voluntad por Dios y no por los hombres» (1).

(1) Coloss. 3, 22 y 23: Obedite per omnia dominis carnalibus, non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed in simplicitate cordis, timentes Deum. Quodcumque facitis ex animo operamini, sicut Domino et non hominibus.

CAPITULO XV

Crescencia un angel en carne (1).

«La castidad es la pupila del ojo de la religiosa, por esto hace falta guardarla limpia del más pequeño grano de polvo».

Con estas palabras exhortaba la Beata á las religiosas á la observancia más estricta del voto de castidad, más en verdad no tenía que hacer para conseguir su objeto mas que invitarlas á mirar su persona, espejo tersísimo de pureza virginal y de angelical modestia, tanto que con solo dirigirla una mirada bastaba para sentirse el alma inflamada de amor hacia esta virtud, hija del cielo.

Quien tuvo la dicha de conocerla vió realizada aquí en la tierra la promesa divina hecha para los escogidos allá en la eternidad. «Serán semejantes á los ángeles» (2). El P. Bartolomé Binner de la Compañía de Jesús la llamaba con frecuencia «un angel en carne», y el P. Pamer nos asegura que «en orden á la virtud angélica no parecía un ser de este mundo sino una Santa del cielo ó un angel sin cuerpo».

(1) Summ n. 14, párrafo 1-115.

(2) Math, 22. 30; Erunt sicut Angeli Dei in celo.

El Señor por esta virtud la concedió tres privilegios:

1.º Que nunca una sospecha oscureciese su reputación. Y en efecto, aunque fueron muchos sus enemigos y negras, muy negras, sus calumnias, su modestia resplandecía de tal modo que la envidia no pudo encontrar ni una sola sombra.

2.º En cuanto es dado á los hombres poder juzgar esta virgen prudente, al decir de sus confesores, no cometió ni un solo pecado venial contra esta santa virtud. Ella decía: «Preferiría morir mil veces antes que cayese sobre mí una sola sombra de semejante falta».

3.º La mera tentación en este punto no osó nunca tocarla. Ignoró toda su vida, como una niña inocente, lo que era el vicio opuesto, ni quería saberlo como hubo de decir en presencia de sus confesores y de algunas hermanas.

Satanás trató de aprovecharse de esta santa ignorancia de esta manera: encontrándose Crescencia en grande aridez de espíritu, la puso en el pensamiento que había merecido este castigo por culpas cometidas contra la pureza. Solo su ignorancia completa del mal, junta con su profunda humildad pudo hacerla poner en cuidado.

Esta pureza verdaderamente angélica requería no solo gracias extraordinarias de parte de Dios, sino una rara prudencia y una fidelidad absoluta de parte de la criatura. Por esto Crescencia no se

abandonó á un dulce descanso, sino que cuanto más remoto era el peligro, más vigilante era ella. La mortificación encerró sus sentidos dentro de una cerca de espinas, de este modo ningún enemigo podía penetrar en su alma.

La hemos visto hacer voto de castidad á los seis años, tomando por modelo y protector á San Luis Gonzaga, y si bien fué el amor y no los estímulos de la carne los que la movieron á hacer este voto, desplegaba más celo para llegar á la perfección de esta virtud, que el que tienen las almas tentadas para sustraerse á un peligro inminente.

Los sentidos, los movimientos del corazón, todo lo tenía sometido á la más severa vigilancia. Lejos de ella toda curiosidad, lejos toda malicia y el pacto hecho con sus ojos de no ver vanidad alguna, era tan bien observado que los tenía siempre fijos en tierra. De donde provino que ella de vista conocía pocas personas del monasterio, y que los que vivían con ella difícilmente sabían de qué color eran sus ojos. El P. Pamer la visitó muchas veces y por largo espacio de tiempo, y atestigua que de ningún modo le miró, sino solo una media hora antes de morir para despedirse de él (1). Después cerró sus ojos castísimos para siempre.

En las imágenes sagradas exigía suma decencia. Un pintor, que pintando en el monasterio se había

(1) Ott. lib. II, cap. 10.

tomado alguna libertad en los vestidos de los personajes, recibió una solemne reprensión con la orden de reparar lo mal hecho.

Las noticias frivolas del día sonaban mal en sus castos oídos, con mayor razón no podía oír sin estremecerse, sin palidecer, sin marcharse, discursos menos convenientes, juzgando indignas de una esposa de Cristo las conversaciones sobre hermosura, sobre modas, francachelas y cosas semejantes: «Dios solo es hermoso, decía, y fuente de toda hermosura, Jesucristo es el más bello entre los hijos de los hombres, cómo, pues, una esposa suya puede fijar sus ojos en otra belleza, ni pensar, ni hablar de ella? Habiendo dado el corazón á su único Esposo, no se debe hablar más que de cosas santas, para despertar en quien nos escucha santos y saludables pensamientos».

Con toda su afición á la música no quería más que cánticos y melodías del género religioso, destinados á elevar el alma al cielo.

La misma compostura y reserva observaba en su comportamiento y movimientos de su persona. En presencia de los extraños, y aún de las personas más íntimas, tenía sus manos siempre guardadas debajo del escapulario, no permitiendo nunca que nadie se las besase ni que se las tocase siquiera. Si por sorpresa alguna señora se las besaba iba enseguida á lavárselas (1).

(1) Act. B. Summ. Object. n.º 15, pág. 34.

Verdaderamente no se podía acercarse á esta criatura angelical sin aspirar la suave fragancia de un pudor celestial, y sin sentirse movido del deseo de asemejarse á los ángeles. Aquel lirio sin mancha despedía el buen olor de Jesús, no solo con la luz de sus ejemplos, sino además con la fragancia que esparcía su cuerpo virginal, muchas veces en vida y sobre todo después de su muerte.

Dios la había enriquecido además con otro don, el de ser poderosa contra el vicio opuesto. No pocas personas acometidas de terribles tentaciones dijeron que á la vista de Crescencia, ó con solo su recuerdo, las sintieron desvanecerse como por encanto y aumentar su amor á la pureza. Su benéfica asistencia se acrecentó mucho más con aquellos que invocaron su protección después que dejó este destierro. El P. Pamer y lo mismo el P. Ott, nos dicen, que cuando en el ejercicio de su ministerio encontraban algún jóven encenagado en el vicio de la impureza, le exhortaban á recurrir á la Beata, la cual, casi siempre escuchaba su oración y los libraba de esta fea costumbre.

Cuán amargas lágrimas no derramó al ver el gran número de cristianos que se entregan locamente en brazos de los placeres carnales preparándose así ellos mismos aquel fuego que los ha de atormentar eternamente. Hubiera dado gustosísima su sangre por hacer ver á estos mentecatos su infelicidad y por enamorarles de la vida casta.

No se cansaba de exhortar á las religiosas á orar y hacer penitencia por los desgraciados esclavos de las pasiones.

En orden á las enseñanzas dadas á sus hijas, para conducir las á la perfección de esta santa virtud, no habiendo perdido en nada su oportunidad, nos parecen dignas de resumirlas brevemente.

La prudencia en este punto no es nunca excesiva, porque hay que habérselas con las *vulpéculas*, animales astutos, de las que dice el libro del Cantar de los Cantares «que devastan la viña del Amado!» (1). Estas son la curiosidad en el mirar, la facilidad en hablar, el reír desmesurado, la libertad en los modales, la frecuencia de las conversaciones con personas de diferente sexo. El Esposo de las almas religiosas es celoso; quiere el corazón todo para sí, y no permite que otros entren á la parte. Hasta las ocasiones más remotas se deben alejar. Sería un peligro verdadero buscar la conversación de personas hacia las que se siente inclinación. Con estas, de cualquier sexo ó condición que sean, quiere Crescencia que se tenga un comportamiento muy reservado, hasta en los coloquios necesarios. Las amistades particulares, por más santas y espirituales que parezcan, se hacen fácilmente peligrosas. Por último la guardiana de la pureza es la humildad.

(1) Cap. 2, 15: Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas.

Oh Cristiano, ten siempre presentes estas enseñanzas, y si Dios te llama al estado virginal, dale gracias noche y día. Sé humilde, sé piadoso, y no olvides las palabras de S. Pablo: «La virgen tiene siempre en el pensamiento las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu (1).

(1) I Cor. 7. 34.: Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.

CAPITULO XVI

Con cuánto esmero practicaba Crescencia la pobreza.

Las riquezas de Jesucristo no serán dadas en herencia más que á los pobres de espíritu. Si el corazón no está vacío de las cosas temporales, si el espíritu no se humilla con el desprecio de sí mismo, no puede recibir el influjo del Espíritu Santo.

Este influjo vivificante no encontraba obstáculos en el corazón de nuestra Crescencia, porque, muerta á sí misma, profundamente humilde, estaba desprendida de todo lo terreno, sin tener nada de amor propio, que es la cadena de hierro con que estamos atados á las criaturas. «Por todos los tesoros del mundo, solía decir, no movería un pie siquiera».

La pobreza de hecho fué la compañera inseparable de esta verdadera hija de S. Francisco. Cuando estaba en la casa paterna, se alegraba de las privaciones á que estaba sujeta por la indigencia de sus padres. Desde entonces comenzó á entrar en el secreto de las gracias que lleva consigo la pobreza, y comprendió cuanta semejanza imprimen con la

Santa Familia de Nazareth. «Ciertamente, escribía más tarde, yo considero como un favor especial haber recibido como herencia la pobreza desde mi niñez». Se gloriaba muchas veces y con gusto de haber nacido pobre y vivido pobre, no cesando nunca, ni estando para morir, de dar gracias á las religiosas de haberla recibido en el monasterio por amor de Dios. Esta desposada con la pobreza, tenía en los labios acentos seráficos para celebrar á su esposa, más cara á los santos que las riquezas terrenas á los avaros.

El amor de que hablamos se alimentaba del espíritu de fé, que la mostraba á Jesús «hecho pobre por nosotros, siendo El riquísimo». (1) Con el pensamiento iba con frecuencia á visitar al divino Pobrecito á la gruta de Belén, y á la humilde casa de Nazareth, que solía llamar «mi amada celda». La virtud de la pobreza contemplada en la Sagrada Familia, se presentaba á los ojos de Crescencia, tan sin velos que con facilidad comprendía consistir en ella toda hermosura y belleza. Arrebatada por aquel resplandor celestial seguía á Jesús, amante de la pobreza, desde la cuna al Calvario, hasta el punto de no tener en su vida donde reclinar la cabeza, y en su muerte, suspendido entre el cielo y la tierra, no tuvo tampoco donde ponerla para dar su último suspiro.

(1) II. Corint. 8. 9. Propter nos egenus factus est, cum esset dives.

Por observar el voto de pobreza hasta la última perfección, tenía cuidado de alejar de sí aun la apariencia que pudiera indicar de algún modo que la pertenecía una cosa dada. Su felicidad consistía en poseer á solo Dios como decía ella misma. «No tengo nada sobre la tierra, pero los tesoros de Dios son también míos, qué más puedo desear para ser feliz?». Aquí recordaremos que nunca usaba de propósito palabras que indicasen propiedad personal, ni sufría que las hermanas dijesen, *mi* rosario, *mi* celda ó espresiones semejantes. «Lejos de nosotros, decía, las frías palabras, *mío* y *tuyo*; nosotras, pobrecitas de Jesucristo nada tenemos propio. Y esta es la mayor felicidad, poseer á Dios sólo y en El un bien infinito». Su única ambición, si se puede llamar así, era hacerse perfecta imagen de Jesucristo en la vida pobre, y concluir sus días sin tener donde reclinar su cabeza moribunda.

Por lo que toca al uso de las cosas no se contentaba con el permiso general, mas en las cosas de ningún valer y las más ordinarias pedía permiso á la superiora. Así enseñaba hacer también á las novicias, así lo practicaba hasta en las obras de piedad ó de caridad, en dar rosarios, estampas, escapularios y otros objetos devotos que la pedían de recuerdo, así tampoco, por no estendernos más, aceptaba que un sacerdote celebrase por su intención, sino después de haber obtenido para eso el permiso de la superiora. No faltaron algunos, que

en este modo de obrar, no viesen más que cortedad de entendimiento ó escrúpulos de conciencia. Pero ella «no admitía diferencia entre lo grande y lo pequeño, estando firme en que las cosas pequeñas se hacen grandes, cuando se hacen por Dios y por observar el voto».

La perfección de esta virtud exige otro ejercicio hermosamente indicado por S. Vicente Ferrer, con estas palabras (1): «En verdad no es del todo de alabar el ser pobre, sino se aman al mismo tiempo las compañeras de la pobreza, y sino se llevan con alegría por amor á Jesucristo. Muchos se glorían del título de pobres, y no quieren pasar escasez en nada. Se llaman amigos de la pobreza, y huyen de sus compañeras que son el hambre, las privaciones y los desprecios».

Crescencia no obraba así. Hasta en las cosas necesarias se contentaba con poco, escogía siempre para sí lo peor, lo más pesado, con alegría soportaba las privaciones y demás consecuencias penosas de la pobreza.

Movida por el espíritu de esta virtud, y del de la penitencia, usaba para alimentarse de comidas insípidas, y lo que es más, insuficientes para su sostenimiento. Su comida favorita era los sobrantes de la mesa, y la menestra de los pobres: sus vestidos los desechados por las otras religiosas.

(1) De vita spirituali.

Los componía con mucha habilidad, los tenía muy limpios, y los cuidaba tanto, que la duraban á ella más los vestidos viejos que á las otras los nuevos (1). El año de noviciado fué en verdad bien duro, en cuanto al vestido, pues la superiora Teresa Schmidt, no daba á la novicia *intrusa* más que andrajos para cubrirse. Después se la obligó á tener vestidos nuevos, Crescencia los consideraba como un don sagrado que pertenecía á Jesucristo, y con este espíritu de fé los conservaba sin manchas y sin roturas «porque, decía, en una religiosa el desaliño, es señal de pereza más que de pobreza».

En los muebles de la celda se notaba la misma pobreza, y acaso el tiempo más feliz para ella fué cuando no tenía ni siquiera celda. Volviendo á los muebles no tenía lámpara ni un calorífero, antes bien en memoria de la sagrada familia pobre, encontraba gran consuelo en padecer frío (2).

En sus enfermedades no se la oyó nunca decir: Quiero esto ó aquello, y si alguna vez manifestó algún deseo, fué el de tener lo peor que hubiera. «Porque no hemos entrado en el monasterio para llevar una vida cómoda, sino para seguir á Jesucristo por el camino de la pobreza y del desprecio». Rígida consigo misma era todo caridad y dulzura con las demás, especialmente con las enfermas ó ancianas.

(1) Gabriela Merz, pág. 207.

(2) Summ. n. 13, párraf. 52.

Sentía nacer en su corazón una santa envidia cuando se encontraba con personas, que parecían más favorecidas que ella por la «Señora pobreza». A semejanza de San Francisco exclamaba: Oh! cuánto más pobre es este hombre que yo, y ama también más á Dios y le sirve mejor que yo le sirvo. No, no soy digna de besar los piés á estos mendigos, que por amor de Dios, abrazan gustosos, y llevan con paciencia su triste condición».

Por amor de la pobreza tenía sumo cuidado con las cosas todas del monasterio, impidiendo que se perdiese hasta un grano de una legumbre, una yerba ú otras bagatelas semejantes, y procurando utilizar una pajita, un hilo, el agua, «á fin de que, decía, estas cosas sirvan para el fin á que fueron criadas».

Con todo esto no estaba satisfecha, hubiera querido mendigar de puerta en puerta.

Asáz penosa era para ella la obediencia cuando la superiora por dar gusto á algunas Señoras de elevada alcurnia, ponía en la celda de la Beata, sus regalos, flores, cuadros ó adornos sagrados de toda clase. La santa religiosa bajaba la cabeza; pero su amada celdita no tenía para ella el encanto de otras veces, hasta que no se la despojaba de todo aquello para darlo á los necesitados ó á iglesias pobres. Un día el Provincial, movido de no se qué inspiración, aprovechó el tiempo en que la Beata estaba en la iglesia, para hacer sacar de la celda todo cuanto en

ella había, incluso el crucifijo. Cuando volvió la Beata, trasportada de alegría prorrumpió en estas palabras: «Bendito sea Dios, ya están cumplidos mis deseos de mucho atrás. Ahora sí que soy rica. En toda mi vida he tenido un consuelo semejante, porque al fin puedo decir con el Seráfico Padre: Dios mío y todas las cosas. Fuera de Él no quiero nada ni en el cielo ni en la tierra».

Muchas personas, de las que eran muy devotas de Crescencia la enviaban buenas limosnas ó para que las distribuyese á su juicio ó para que las emplease en otro objeto. Todas pasaban por las manos de la superiora, y la Beata no quería saber en qué se empleaban aun cuando se trataba de limosnas expresamente enviadas para socorrer á su pobre hermana carnal Regina. De este modo el monasterio se encontró en disposición de dar grandes limosnas á los necesitados y á las iglesias pobres; las cuales así tuvieron vestiduras sagradas, ropa blanca y otros ornamentos. «Buena prueba de ello. añade el P. Ott, es nuestra capilla doméstica».

La duquesa de Saboya, además de la generosidad demostrada con los sobrinos de Crescencia, señaló á ésta una pensión anual de trescientos florines, significando á la superiora, que su deseo era que la dejase distribuirlos á su voluntad. A pesar de todas las instancias de la Duquesa, Crescencia no quiso aceptar la oferta, rogando á su bienhechora que destinase esa cantidad en favor de las Clarisas

de Heilbronn, tan pobres que teniendo su monasterio en país protestante, hasta padecían hambre. Edificada sobremanera la Duquesa por tan gran desinterés, señaló á dicho monasterio no ya trescientos, sino quinientos florines, que después subieron á setecientos.

Crescencia en su pobreza no tuvo otro apoyo que Dios, y su Dios fué tan dadivoso con ella por medio de sus bendiciones, que con mucha razón podemos llamarla segunda fundadora del monasterio, aun en lo que mira á la parte material. Siendo súbdita nunca se ocupaba de los asuntos temporales, y cuando fué superiora los encomendó á la vicaria Ana Neth, quién ayudada de su hermano los llevó adelante á velas desplegadas. Esta su abstención, digámoslo así, era efecto de la gran confianza que tenía puesta en el Padre de los pobres. «Temería pecar, decía, si me preocupase de las cosas temporales. Una religiosa debe abandonarse enteramente en la providencia y en la fidelidad de su Dios».

Agradecida sobremanera á los beneficios recibidos, alababa y daba á Dios gracias por haberla hecho nacer pobre, y al mismo tiempo le pedía que después la hiciese morir pobrísima. Antes de morir dió gracias de nuevo á las hermanas por la caridad que con ella tuvieron, invocando para las mismas la recompensa del cielo: después las rogó que por amor de Dios, recibiesen después de su muerte otra

postulante pobre sin dote. Añadió que con eso harían una cosa muy grata á Dios, que había prometido en recompensa grandes gracias. Las hermanas se lo prometieron con los ojos bañados en lágrimas. Después de la muerte de la Beata encontraron escrita esta oración y la promesa del Señor á que Crescencia había aludido. Es la única revelación escrita de propia mano de la Beata. Hé aquí el texto:

«A mayor gloria de Dios:

«Un día rogué á mi celestial Esposo que recompensara la gran caridad que me hicieron mis amadas hermanas, recibéndome indigna y pobre en el orden de San Francisco, y permitiendo que yo pronunciase los votos. Supliqué al Señor que diese su bendición al monasterio librándole de la miseria, y de todo otro mal de alma y cuerpo, á condición que esto fuese conforme á su divina voluntad.

«El Amado me respondió á mi indigna: Hija mía, yo escucho tu oración así: después que mueras, por cierto tiempo el monasterio será privado de mi singular asistencia, para hacer conocer más y más la grandeza de mi gracia.—¡Ah! Padre bueno, Padre amado, no tardeis, volved presto en auxilio de vuestras siervas.—Hija, si después de tu muerte, ellas reciben por amor mío una doncella pobre, volverá al monasterio mi gracia junta con mis bendiciones; pero quiero que la doncella, esté falta de dote, sea rica de virtud y de buena voluntad. Muerta esta, se recibirá otra, y así en lo sucesivo. Hé ahí el modo

como acojo tu plegaria, oh hija. Y estas palabras que te he dicho ponlas por escrito, á fin de que se conserven después de tu muerte y las hermanas se conformen á ellas.

«Yo, pues, las he eserito por obedecer á Nuestro Señor».

Esta recomendación ha pasado á ser costumbre en el monasterio de Kaufbeuren y aun hoy se observa.

Y ahora, ofrezcamos aquí algunas máximas de la Beata con relación á la pobreza religiosa.

«La pobreza es el fundamento de la vida religiosa; si se falta á ella con frecuentes trasgresiones, todas las otras virtudes quiebran y el monasterio amenaza ruina».

«Una religiosa no es nunca tan feliz como cuando llega á faltar lo necesario».

«El oro y la paja tienen el mismo valor».

«Los efectos de la pobreza son mis riquezas, y no tengo nunca tanto, como cuando no tengo nada».

Y con esto ponemos término al boceto, con que hemos tratado de dibujar las virtudes de Crescencia. El cuadro encantador, que por entero reproduce su vida tejida de hechos admirables, no es más que una copia del modelo original, del divino Crucificado.

Más también tu, oh cristiano, «debes ser transformado por el Espíritu Santo en la imagen del

Señor» (1). Ten pues la mirada fija en Jesús, autor y consumidor de la fé, «quien á la vista de la alegría que se ofreció á sus ojos, sostuvo la Cruz despreciando la confusión» (2).

(1) II. Cor. 3, 18: In eandem imaginem transformamur, etc.

(2) Hebr. 12, 2: Aspicientes in Auctorem fidei et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem, confusione contempta.

Señorita. Ten pues la mirada fija en Jesús, autor y consubstancial de la vida eterna, a la vez de la vida que se otorgó a sus que, según la Cruz de Jesús cuando la combinación (2).

11. El Cor. 2. 17. 2. también insinúa la posibilidad de un cambio de vida, en el sentido de la vida eterna, cuando se acepta la Cruz de Jesús.



LIBRO TERCERO

CELO DE CRESCENCIA POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS;
SU MUERTE; SU VENERACIÓN DESPUÉS DE MUERTA.

CAPÍTULO PRIMERO

Crescencia maestra de novicias.

Dios, rico en misericordia, deposita tesoros inmensos en algunas almas, que en sus designios sirven al mismo tiempo de algibes y de canales para hacer que se deriven en otras copiosamente las aguas de las bendiciones divinas. A medida que un alma se purifica y se une á Jesucristo viene á ser una fuente inexhausta y vivificante para los campos espirituales que la rodean. La humilde virgen Crescencia, desconocida para el mundo, despreciable á sus propios ojos, se dió á conocer como un grano de trigo, que arrojado en la tierra produjo el ciento por uno. Desde

su pobre celda ejerció su benéfica influencia, primero sobre el Monasterio, después sobre toda la región.

Detengámonos ahora á considerarla como maestra de novicias (1). El rayo de la sabiduría divina que brillaba en el rostro de Crescencia, la luz del buen ejemplo en todo y por todo, la eficacia de su oración hicieron brotar copiosos frutos, aun en los árboles que menos prometían. Nadie podía pasar mucho tiempo sin rendirse á los atractivos de su humildad y caridad. «Amadas hermanas, decía á las novicias conmovidas por la sencillez de su conducta, no hagais caso de mis malas acciones, quitad la vista de mí que soy un nada: y acordaos que Dios os habla por boca de la más indigna de sus criaturas, y tenedlo bien presente, tanto mayor será vuestro mérito, cuanto más mala soy yo».

Esta perfecta maestra de novicias tenía el más elevado concepto del estado religioso, habida cuenta de la perfección que Jesucristo pide á sus esposas; poseía además el arte soberano de pintar con vivos colores los ideales, hácia los que intentaba dirigir á las jóvenes, sin embargo, atendiendo á la debilidad humana se hacía cargo de conciencia no pedir demasiado á las jóvenes por temor de desanimarlas.

(1) Nuestros documentos no convienen en señalar los años que fué maestra de novicias. Gabriela Merz, (pág. 133) señala 28 años. El Summ. n. 10, pár. 69, casi 24 años. Ott. lib. IV, capítulo 11, dice que fué 17 años portera, 25 maestra y que ejerció á la vez los dos cargos.

Con la ternura y la paciencia de una madre perdonaba muchas cosas á su fragilidad, y con la medicina de su dulzura indulgente conseguía curarlas de inclinaciones menos buenas. Sin duda una de las mayores dificultades en la dirección de otras personas, es la de saber discernir, bajo el volo aparente de las imperfecciones, el fondo de un alma atraída poderosamente hácia el bien y obrar de conformidad con la gracia sin desalentarse por la inconstancia y la perversidad de la naturaleza. Crescencia recibió del cielo este don singular como nos refieren sus hijas. Sor Gabriela Merz ha dejado escrito (1): «Cuando yo la contristaba con alguna desobediencia ó la ofendía con mi terquedad, ella me pedía humildemente perdón. Imagine se cualquiera mi confusión al ver de tal modo cambiados los papeles, yo culpable, yo novicia todavía. Así fué como Crescencia, con su grande humildad, abatió mi orgullo».

Otra hermana Michelina Weiss (2) dice: «recuerdo que en el noviciado era indócil con la madre Crescencia, hasta el punto de escuchar sus advertencias y estímulos maternales con aire altanero y despreciativo, porque me sentía herida en el amor propio. Es verdad que me reprendía con graves palabras, pero debo añadir al punto que al mismo tiempo echaba mano á las faenas más humillantes, á las que yo

(1) Pag. 260.

(2) Summ. n. 19, párraf. 74.

tenía tanta repugnancia, y me enseñaba á hacerlas con santas intenciones. Si era necesario, con toda amabilidad volvía á enseñarme las mismas cosas tres ó cuatro veces. Puedo decir con toda verdad, que la sola vista de Crescencia era para mí una lección de humildad, de caridad y de dulzura». Una tercera, Sor Josefa, añade, que la madre Crescencia sobre-lllevaba con ilimitada mansedumbre las quejas y las reprensiones injustas que la echaban en cara algunas ancianas, cuando una novicia cometía una desatención ú otra falta cualquiera. «Con frecuencia he presenciado estas escenas, sentía que se me destrozaba el corazón dentro del pecho y sufría tanto, por que sabía bien que lo mal hecho era solo imputable á nuestra ligereza y de ningún modo á Crescencia, atentísima siempre en todas sus cosas» (1).

Para consolar á las novicias en sus tribulaciones, para ilustrarlas en sus dudas y ansiedades y para quitar del medio los obstáculos, Crescencia estaba siempre de día y de noche á su disposición. Se complacía en trabajar junto con ellas sugiriéndolas de cuando en cuando santas intenciones para aliviar la fatiga. Y todo esto lo hacía con tanta gracia, que las más testarudas en poco tiempo venían á ser mansas corderitas.

Por otra parte, todas tenían entera confianza mezclada con un santo respeto, en su maestra, de la cual

(1) Summ, n. 212,

no se separaban nunca sin llevar luz y fuerzas, en especial si estaban abatidas de ánimo. Sor Rafaela Miller dice de sí misma (1). «Durante el noviciado estuve atormentada de desaliento en tal manera, que tomé la resolución de salir del monasterio. Tuve la dicha de abrir mi corazón á nuestra amada madre Crescencia y esta me excitó tan vivamente á esperar en Dios, que desde entonces hasta hoy me hallo en la paz más perfecta».

Las almas de las novicias de las que se reconocía responsable en la presencia de Dios, ocupaban el primer lugar en sus oraciones, en especial cuando ocurría algún incidente exclamaba con todo el fervor, de que era capaz de su espíritu. «Padre santo, sed vos el custodio de las hijas que me habeis dado, salvadlas en vuestro nombre» (2).

Su maternal dirección era vigilante, prudente y resuelta. Así lo sabemos por sor Josefa Anger (3). «La madre Crescencia nos vigilaba mucho, observando de cerca nuestras ocupaciones y nuestro comportamiento: cuando menos la esperábamos estaba delante de nosotras, como un fantasma sin saber de donde había salido. Nos amaba más de lo que se puede creer, y en cambio nosotras la pagábamos con igual afecto, pero el amor filial no estaba libre

(1) Summ. n. 8, pár. 54.

(2) Joan. 17, 11, 6. Pater sancte, serva eos in nomine tuo; tui erant, et mihi eos dedisti.

(3) Summ. n. 11, párraf. 217.

de un temor inexplicable, porque cuando hacía falta sabía ser severa. Yo lo sé porque lo he probado». Como ella daba gran importancia á las intenciones y á la presencia de Dios, se hacía dar cuenta del provecho sacado de sus instrucciones sobre estos dos puntos. Cuando encontraba á caso á una novicia la preguntaba de improviso. «En qué pensais, hija mía?Cuál es vuestra intención?». Ay, nuestra cabeza no está siempre donde debe estar. Entonces nuestra madre dando un gran suspiro añadía con energía. «¡Ah! niñas mías, es esto amar á Dios? es esto servir á Dios? Pensad cuán precioso es el tiempo que nos ha dado para obrar y padecer amorosamente por Dios» (1).

No menor era su celo por la mortificación. Hace falta poner la segur á la raíz del árbol, y echar por tierra, junto con la sensualidad, el amor á las comodidades y á las cosas exteriores. La razón por qué muchas religiosas no hacen progresos en la verdadera virtud, es porque en el noviciado no aprendieron á desarraigar las inclinaciones naturales llevadas del mundo. Estas inclinaciones tienen que ser reprimidas de frente y con valor; que un solo asalto dado de esta manera puede alcanzarnos una victoria decisiva, mientras que si se vá lentamente, quien vence es la inclinación.

(1) Summ. n. 10, párraf. 191.

Otro enemigo combatido á todo trance por esta mujer fuerte, fué la susceptibilidad femenina. A la primera queja por una ofensa recibida ó por una falta de atención, Crescencia alzaba la voz diciendo: «Decid, donde está la humildad, donde la imitación de Jesucristo. Antes que perderos tras estas bagatelas, debíais dar gracias á Dios y alegraros de eso. Estos resentimientos no veis que nacen del amor propio y del orgullo? Es preciso reprimirlos y acabar con ellos, sino destruirán toda virtud». A las disciplinas sangrientas y á las dulzuras que inundan al alma en la oración, Crescencia prefería la mortificación diaria de la voluntad y de los sentidos. Lo que buscaba no era una virtud que tuviese por base el sentimentalismo, sino una virtud varonil que brotase por decirlo así, de la abnegación de sí mismo. Combatir sin trégua la pasión dominante, desocupar el corazón de toda criatura, y darse á Dios por entero; este es el compendio de los deberes de una religiosa; de otro modo ni vivirá contenta, ni morirá tranquila. El principio que se repetía á la joven al atravesar por vez primera los umbrales del monasterio era este: *Vince teipsum*. La fervorosa maestra recordaba con frecuencia esta verdad á las novicias: «Cuántas religiosas llegarían á la cima de la perfección, si supieran corresponder á las inspiraciones divinas y vencerse á sí mismas, pero en vez de eso se quedan al pié del monte por no haber ofrecido á Dios con generosidad su corazón todo entero».

El religioso respeto que la madre Crescencia inspiraba á sus hijas tenía también otra causa. Las jóvenes puestas bajo su dirección, no tardaban en conocer que tenían que entenderse con una mujer de un espíritu superior, la cual por medio de una luz del cielo sondeaba con un golpe de vista los secretos de su corazón. Hechos en gran abundancia nos demuestran este don. Sor Josefa Anger (1), refiere: «por propia experiencia conocí que Crescencia penetraba con la mirada en el fondo de mi alma, porque á veces me hablaba de cosas que nadie en el mundo podía saber. Mis connovicias dicen haber experimentado lo mismo». Esta misma hermana en unos días de ejercicios espirituales andaba muy agitada con una duda: Crescencia fué á verla y sin más entró en conversación sobre su duda y la dijo palabras tan apropiadas, que la duda desapareció en un instante. No faltaron tampoco algunas á quienes Crescencia reveló los más ocultos pecados mandándolas á confesarlos enseguida.

Este don de escudriñar los corazones, se notaba en ella principalmente al salir de los éxtasis. Nos lo dice la siguiente narración de Sor Rafaela. «Durante los entretenimientos espirituales, la madre Crescencia era arrebatada frecuentemente en Dios. Su rostro pasaba entonces de una palidez mortal á un vivo resplandor. Este estado duraba de ordinario cerca

(1) Summ. n. 11, pár. 227, y n. 21, pár. 165.

de un cuarto de hora. Nosotras, sobrecogidas de miedo, temblábamos como las hojas en el árbol, y teníamos bien porque tener, pues en el éxtasis, ya se acercaba á unas, ya á otras; diciéndolas al oído lo que nadie sabía, ó bien lo decía á todas en general para hacer conocer á las conciencias turbadas que veía bajo un velo sus tentaciones y sus culpas».

Sor Gabriela nos describe el caracter de estos entretenimientos espirituales con estas palabras. «Luego que nos había reunido á su alrededor, nuestra madre tomaba la palabra, y nos entretenía dos ó tres horas y aun más, hablándonos de Dios, de las cosas divinas, del ejercicio de la virtud y de la perfección con tanta sabiduría y con tanto fervor, que hacía creer que el Espíritu Santo dirigía su lengua. En estos discursos daba prueba de fina penetración de dulzura y de paciencia sin igual. Parecía que no se cansaba nunca cuando comenzaba á enseñarnos la observancia de la Regla: de modo que á pesar de su debilidad, que la impedía casi hablar, esta buena maestra no ha dejado jamás por negligencia la instrucción religiosa. Muchas veces arrebatadas de entusiasmo decíamos; Nuestra madre, no habla como los hombres, sino que es el Verbo divino el que habla por su boca. Antes de empezar la instrucción dirigía de rodillas esta plegaria al Espíritu Santo: *hablad, oh Señor, que vuestras siervas os escuchan: haced las palabras de vuestra pobre Crescencia otros tantos carbones encendidos que produzcan un*

incendio de amor en el corazón de mis hijas, á fin de que no conozcan, no busquen y no amen más que á Vos ¡oh, bien supremo! Nuestra fuerza está en el Señor que hizo el cielo y la tierra.—Después empezaba la conferencia. Realmente, después de cada instrucción me parecía vivir una vida nueva».

Crescencia insistía mucho sobre la necesidad y sobre el modo de meditar la pasión de Cristo, sobre el abandono perfecto en Dios, sobre la pobreza de espíritu, sobre el desprendimiento y sobre la sumisión acompañada del espíritu de fé. Era muy atenta en velar sobre la práctica de este último punto, preguntando, por ejemplo, si al levantarse al toque de campana se comenzaba el día con un acto de obediencia. Esta virtud debía ser el remedio de todos los males. Diremos uno solo, Sor Rafaela era muy miedosa, especialmente de noche. La madre Crescencia la indicó el modo de vencerse diciendo á la novicia que cuando la obediencia mandaba debía despreciar el miedo, aun cuando el diablo se pusiese delante con los cuernos dirigidos contra ella, en la seguridad que la obediencia se los despedazaría. Así lo hizo, y desde entonces la hermana no tuvo mas miedo.

Antes de concluir este capítulo, añadiremos algunos consejos dados por la Beata á las novicias.

«Amar, vale más que hablar».

«Las obras hechas en secreto deben hacerse con una atención, un celo y una caridad muy especiales,

«Un trabajo cualquiera por más que parezca bajo y abyecto, no lo es á los ojos de Dios, cuando va acompañado de recta intención y animado de amor puro».

«Andad en la presencia de Dios que lo ve todo, lo oye todo, lo sabe todo, y todo lo premia ó lo castiga».

En orden á recibir y educar á las postulantas decía:

«La elección y aceptación de las novicias deben tener por base no las riquezas terrenas sino las de la virtud».

«Cada novicia debe ser tratada según su condición, sus pasiones y sus necesidades personales, mirándonos en la manera que la Providencia tiene con nosotros. Sería una ridiculez llevar á todos por el mismo camino».

Ah, ¡si todos los que están llamados á educar á la juventud se ajustasen al modelo de esta maestra incomparable, cuántas flores no adornarían la frente de las familias, de la sociedad y de la Iglesia! A los educadores de esta clase tocaría la suerte prometida con estas palabras: «Aquellos que fueren sábios, brillarán como el esplendor del firmamento, y los que enseñaren á otros en los caminos de la justicia resplandecerán como astros por toda la eternidad (1).

(1) Daniel, 12, 3: Qui docti fuerit, fulgebunt quasi splendor firmamenti, et qui ad justitiam erudiunt multos quasi stellae in perpetuas æternitates.

CAPITULO II

Crescencia Superiora.

La buena madre Juana Altweger murió el 20 de Junio de 1741, y el 23 de Julio bajo la presidencia del Provincial P. Bonifacio Schmidt las religiosas procedieron á la elección de nueva superiora. Todos los votos recayeron sobre Crescencia Höss. La humilde sierva del Señor quedó aterrada: lloró, se sintió desfallecer, no pudo sin la ayuda de dos hermanas llegar al sitio donde según costumbre debía arrodillarse. Llegada allí dijo á las hermanas: «Vosotras habeis elegido por superiora á la más miserable. Yo no soy nada, no entiendo de nada, soy una pobre hija de un tejedor, estúpida que no sé dirigirme á mí misma mucho menos á las demás». Aquí el Provincial la interrumpió, mandándola por obediencia aceptar el cargo de superiora. La obediencia obró otro milagro: las lágrimas cesaron al momento, el aspecto de Crescencia se volvió plácido y sereno, y enteramente resignada aceptó la cruz, «una buena cruz» de las manos de Dios. Al mismo tiempo la Beata pidió y obtuvo para su propia persona una superiora, la madre vicaria.

Veremos á Crescencia gobernar á sus hermanas casi tres años, con tal prudencia, caridad y humildad, que dentro y fuera del monasterio la atraieron la admiración de todo el mundo. La «intrusa» tan mal tratada en lo pasado vino á ser la segunda fundadora del monasterio. La regularidad, el recogimiento y la vida interior tomaron nueva vida bajo su dirección, y la mútua caridad recogió á todas en un mismo modo de pensar y unió todos los corazones, por manera que en medio del gran reino mundano del amor propio vino á ser el monasterio un pequeño y tranquilo reino de la caridad cristiana.

Sus máximas en el arte de gobernar, sus sábias ordenaciones, informadas por un espíritu eminentemente práctico no murieron con ella sino con gran ventaja de todos pasaron como en herencia de generación en generación.

Según enseña S. Buenaventura (1) seis son las virtudes principales que deben adornar á un superior; el celo por la justicia, una dulce caridad para con los débiles y los enfermos, una paciencia inalterable en los disgustos, en las oposiciones y en las ocupaciones; una vida ejemplar; la prudencia y el don de discernimiento, y por último la piedad. Crescencia las poseía hacía tiempo, pero ahora puesta sobre el candelero las mostraba circundadas por

(1) De sex alis seraphim.

una nueva luz. Demos por ahora una mirada á su celo por la justicia, á su dulzura y á su don de discernimiento.

Es casi inútil que hagamos observar que la Beata ejercitaba la justicia (1) como virtud que nos inclina á dar á cada uno lo que es suyo, por ejemplo el salario á los obreros, el mantenimiento á los criados, para los cuales quería una mesa servida en abundancia. Con los comerciantes ordenaba que se pagasen pronto las cuentas, á fin de que el retraso no les causase daño en sus intereses. La teneduría de libros de la administración no dejaba nada que desear, los revisaba por sí misma y los sometía al registro de la vicaría y de dos consejeras cuatro veces al año y luego al Provincial en ocasión de la visita canónica. Una vez dada la palabra la mantenía concienzudamente, y como su lengua estaba de acuerdo con el corazón no había lugar en ella á la doblez, como tampoco á las adulaciones ni suyas ni de los inferiores. Sencilla como una paloma, su alma siempre estaba atenta y mirando á la voluntad de Dios, sin la cual no quería ni vivir, ni obrar, ni padecer.

Tenía odio á la maledicencia, y por eso reprimía enérgicamente y en seguida todo lo que pudiera perjudicar á la fama del prójimo. Si era preciso sacrificaba su propio honor por salvar el del prójimo

(1) Summ. n. 12, párraf. 1-291.

que debía tenerse como cosa sagrada y defenderse á toda costa.

En la distribución de oficios y labores dió siempre muestra de un espíritu equitativo y leal. Las cualidades, las necesidades y los méritos de cada una se pesaban como en una balanza por esta sabia superiora para repartirlos de modo que no se perjudicase ni al alma ni al cuerpo de sus súbditas. Si las ocupaciones se aumentaban, ya estaban dispuestas nuevas auxiliares. Con estas y otras semejantes disposiciones la vida de las religiosas se deslizaba no solo tranquila, sino hasta alegre.

La justicia y la gratitud marchan al igual, por lo que Crescencia manifestaba de mil maneras su agradecimiento á los bienhechores del monasterio. Las oraciones y las penitencias hechas en compensación de las limosnas la parecían siempre pocas. El más pequeño servicio bastaba para despertar en su pecho los más vivos sentimientos de gratitud, los cuales más que con palabras de agradecimiento se manifestaban con la insistencia por saber que necesitaba el bienhechor, insistencia que no hacía cuando pedía un servicio, una limosna ó un favor cualquiera.

El amor á la justicia la impulsaba á pedir á los grandes de la tierra, y á los empleados gubernativos que conocía que evitasen todo lo que pudiera redundar en daño del pueblo y á estar sobre aviso y vigilantes sobre la conducta de los subalternos

para impedir abusos, injurias é injusticias, y para interesarlos en favor de los huérfanos y las viudas. Aunque sentía vivísima compasión hácia los condenados tenía un respeto más profundo por la ley. A veces decía. «Si un pariente mío ó un amigo por cualquier delito fuese condenado á muerte, no daría un paso por librarle, aun cuando tuviese esperanza de conseguirlo; antes bien besaría la mano de Dios que es la que castiga».

Su celo por la gloria de Dios, por la propagación de su reino y por la destrucción del pecado, resplandeció de un modo particular en todos los actos de su gobierno. Hé aquí las palabras de Sor Michelina Weis (1). «La dulce y paciente Madre no dejaba nunca de llamar al deber á los negligentes, de castigar con caridad á las culpables, sobre todo tratándose de faltas contra los mandamientos de Dios y la perfección del propio estado. En estos casos con fortaleza, que vencía siempre, se ponía á perorar por la causa de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y así conseguía pronto el arrepentimiento de los culpables».—Y Sor Rafaela dice: «Una sola mirada que echaba sin decir palabra, bastaba para hacernos conocer enseguida nuestras faltas, y hacernos arrepentir de lo mal hecho».

Sus amonestaciones llevaban siempre el sello de la más exquisita prudencia. En los casos

(1) Summ. n. 12, párraf. 133.

dudosos, ó cuando los pareceres eran contrarios se tomaba tiempo para reflexionar, y en tanto acudía á Dios por medio de la oración. Muchas veces, decía que bajo la primera impresión decimos cosas de que después tenemos que arrepentirnos. La verdad á veces se hace desear, y una vez vista, la conciliación de los ánimos es cosa hecha. Por otra parte no daba oído á la ligera á quien la contaba cualquiera falta; sino oraba, examinaba y reflexionaba mucho antes de tomar las medidas necesarias, y una vez que se resolvía, lo ponía enseguida por obra. Especialmente la corrección de culpas graves la difería mucho para tener tiempo de implorar al Espíritu Santo á fin de que la enseñase á moderarse á sí misma é imponer la penitencia con humildad, dulzura y fortaleza. El buen resultado de su longanimidad era segurísimo: después cada cual podía estar segura; culpa perdonada, culpa olvidada.

«No hagais nada sin consejo» (1) es una regla de la Sabiduría, que ésta virgen prudente observaba hasta con escrúpulo. Ella daba parte en todos los asuntos del monasterio y en todas las dificultades á sus consejeras con el fin de ayudarse de su experiencia y de su parecer, y dar así mayor autoridad á las decisiones que tomaba.

Con Sor Gabriela podemos verla en el capítulo de las culpas. «Cuando era superiora, Crescencia

(1) Eccli. 32, 24: Fili, sine consilio nihil facies et post factum non pœnit ebis.

tenía capítulo ó mejor un ejercicio de virtud. Animaba y consolaba á las culpables y á las negligentes con suavidad enteramente maternal, dando á cada una sanos consejos para mejor servir á Dios, observar la Regla y santificarse. Más humilde que todas, se acusaba la primera, pidiéndonos perdón por amor de Dios, de sus negligencias, de sus faltas y de sus malos ejemplos. Pedirnos perdón ella que era un modelo, un espejo! Después terminado el capítulo nuestra incomparable Madre, se arrodillaba, y de nuevo nos pedía perdón de sus correcciones. Amadas hermanas, decía, me avergüenzo grandemente de tener que reprender vuestras faltas, sabiendo bien que las mías son mayores en malicia y en número, y que los buenos consejos que os doy no los practico, por tanto os suplico que no hagais caso de lo que yo hago, más cumplid lo que os enseño de palabra. Dios no permitirá que quien le representa, aunque sea tan indignamente, caiga en error. Él sabe por qué me ha escogido á mí la más incapaz para gobernaros. Yo confío en Él, y espero que Él mismo os dirigirá, siendo para vosotras muy notorio que cuanto más despreciable es la criatura, mayor ostentación hace Él de su poder, de su sabiduría y de su amor (1).

Con estas admirables y eficaces lecciones cualquiera puede imaginarse cómo aquellas buenas

(1) Pág. 269.

religiosas se sentirían animadas para acusarse en público de las culpas cometidas. Debemos añadir que las religiosas tenían un motivo poderoso para recibir con agrado las reprensiones y los castigos, con la persuasión íntima de ser objeto de la más verdadera y afectuosa solicitud por parte de su superiora.—Oigamos también el testimonio de Sor Josefa Anger (1).

«Mientras estaba al frente de la comunidad todas sus hijas encontraban libre entrada para ir á depositar en su seno sus dudas, sus tentaciones y sus penas. Las recibía y las escuchaba con tanta gracia que todas salían consoladas, y encendidas en celo por la propia santificación. Entre nosotras decíamos muchas veces: Cuando la madre Crescencia habla nos sentimos renacer; sus palabras son espíritu y vida. Ella además nos repetía: con cuánto gusto daría yo mi vida, mi corazón, todo, si me fuese concedida una sola gracia, la de llevaros á todas en mis manos al cielo.—Y de hecho no rehuía trabajo alguno para impulsarnos á ir adelante en la perfección».

Y ahora veamos cuanta prudencia usaba en la recepción de las novicias. Una de sus últimas recomendaciones fué la de ir despacio en dar el hábito, porque de esto depende la gloria de Dios y el honor

(1) Summ. n. 10, párrafo 383,

del monasterio. Ella no recibió más que dos novicias, Rafaela Müller que fué después superiora del 1769 al 1799 y á Elena Kurz, muerta el 6 de Noviembre de 1800.

Cerrando los ojos á todo respeto humano, daba siempre la misma respuesta á quien la importunaba con instancias y recomendaciones. «Dios quiere el monasterio rico de virtudes y no de bienes temporales». Sin embargo esta firmeza tuvo contra sí una vez la voluntad de quien estaba más arriba. Sucedió que el Provincial recomendó una muchacha de noble linaje y de gran fortuna y lo hizo con tanta insistencia que tuvo de su parte á todas las hermanas, sin que la Beata pudiese presentar sus observaciones en contrario. Mas apenas Crescencia echó una mirada sobre la joven, dijo con aire de tristeza: «Esta no quedará con nosotras». Y así fué, «al cabo de algunos días tomó el vuelo hacia los patrios lares con mucho gusto suyo, añade la Crónica, y satisfacción nuestra».

Crescencia cerraba la puerta del monasterio especialmente á las jóvenes de carácter melancólico, y de cortos alcances. «Aunque trajesen montes de oro» no se deben recibir, por que son poco á propósito para adquirir la perfección, y lo que es peor, con frecuencia son un obstáculo para las demás».

En cuanto á las religiosas ya profesas, uno de sus principales cuidados fué el de vigilar sus relaciones con personas de fuera, llegando con toda prudencia hasta reducir á pocas las visitas antes fre-

cuentes de algunas personas así seglares como eclesiásticas. Sobre este punto era severa «una Religiosa, decía, no corre mayor peligro que el de una excesiva familiaridad con sus parientes ú otras personas aunque sean eclesiásticas. Aun dado que estas relaciones sean santas, es lo cierto que raras veces conducen á buen fin. De todos modos, turban el recogimiento, disipan el espíritu y alejan el corazón de Dios para pegarle á las criaturas. Al contrario el silencio y la soledad alimentan los buenos pensamientos, las santas intenciones y la mútua caridad».

Un cuidado semejante empleaba por alejar del monasterio las novedades de la ciudad (1). «Dejad á los muertos que sepulten á sus muertos, solía decir. Nosotras debemos escuchar y seguir á Jesucristo, esta es nuestra vocación». Al tiempo del trabajo no estaba mandado un silencio riguroso, por eso algunas hermanas de lengua espedita se permitían discursos inútiles. Apercibiéndose de ello la madre Crescencia las interrumpía dulcemente diciendo: «Buscad y amad á Dios, que está en medio de nosotras y hablad de Él. Mejor es amar que hablar. El que quiera cumplir con su obligación que es de ir á Dios, debe comenzar por estar recogido y en silencio. En las conversaciones largas no falta nunca pecado. Y una conversaci3n que era buena al principio acaba muchas veces en una mundana. De

(1) Math. 8. 22: Dimitte mortuos sepelire mortuos suos.

consiguiente el mejor partido es callar y amar; así Jesús estará con nosotras durante la labor».

Siguiendo el ejemplo del Seráfico P. S. Francisco aborreció y combatió gallardamente la ociosidad que abre las puertas á Satanás, y le prepara un rico botín. Cuando se trabajaba no se debía tener en cuenta dar gusto á los hombres, sino como buenas siervas del Señor, las hermanas debían levantar la mirada de su entendimiento á lo alto. La primera en todo, en la recreación como en el trabajo, se mostraba siempre alegre y agradable. «Estad también vosotras alegres, decía, porque para quien busca y ama á Dios la alegría viene á ser una segunda naturaleza. Quién ofrece con alegría, y quien sirve de buena voluntad es amado de Dios (1), mientras que los que se abandonan á la tristeza y las repugnancias desagradan á Dios y á los enemigos de Dios. Estos no saben pescar más que en las aguas revueltas de su mal humor...» Como tampoco podía Crescencia sufrir la afectación y singularidad, teniendo por cierto que no vienen de Dios, ni son buenas más que para sembrar discordias.

¿Qué maravilla si los corazones de todas estaban unidos al de una superiora tan iluminada y tan buena?

(1) II, Cor., 9. 7.: *Hilarem enim datorem diligit Deus.*

Las ocupaciones cualesquiera que fuesen nunca turbaban su interior recogimiento, ni con ocasión de las mismas se dispensaba de los ejercicios comunes.

En el primer año de su oficio estuvo tres meses molestanda por la hidropesía (1), y la enfermedad llegó tan adelante que las hermanas y aun los médicos temieron un próximo fin. Aumentando de día en día la hinchazón, la pobrecita no podía descansar en la cama, y hasta sentada sufría las penas del purgatorio. De improviso se obró un gran cambio, tanto que pronto estuvo buena y curada. ¿Qué había sucedido? Según dijo á las hermanas, San Antonio, su fiel y amado patrono, la había visitado para anunciarla que no moriría de aquella enfermedad, y que después de aquella visita desaparecería el mal.

La vida de Crescencia fué una buena prueba del modo que Dios tiene «de escoger las cosas más despreciables y bajas según el mundo y lo que no es para aniquilar las cosas que son: á fin de que nadie se gloríe en su presencia» (2). Los que son llamados á ser sus mandatarios no deben nunca dejar de tener presente las referidas palabras. Mas por suma desventura con demasiada frecuencia el hombre constituido en dignidad se levanta en soberbia estimándose más de lo justo y de este modo tanto más

(1) Act. B. Summ. object. n. 11, párraf. 8.

(2) 1. Cor. 1. 28: Ignobilia mundi et contemptibilia elegit Deus et ea quæ non sunt ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.

baja á los ojos de Dios, cuanto más sube á los ojos de los hombres. Para estos tales ha hecho escribir la sabiduría. «Te han puesto á gobernar á los demás? No te ensoberbezcas por eso, y procura ser entre ellos como uno de tantos» (1).

(1) Eccli. 32. 1: Rectorem te posuerunt? noli extolli, esto in illis quasi unus ex ipsis.

CAPITULO III

Su influencia fuera del Monasterio.

Después que Dios por tantos años tuvo escondida esta luz bajo el celémín, llegó el día de ponerla en lugar alto, para que alumbrase toda su casa. «A este objeto, dice Sor Gabriela (1), el Señor había enriquecido á su sierva de una sabiduría extraordinaria y de todos los dones del Espíritu Santo. Personajes muy respetables confesaron á menudo haber recibido de Crescencia, en negocios muy graves, tales consejos, como no fueron dados por personas muy versadas en el derecho y ejercitadas en el gobierno».

El renombre de su santidad y de su prudencia traspasó bien pronto los confines de la diócesis de Ausburgo. La Alemania entera volvió la mirada llena de esperanza hácia el pobre Monasterio de Kaufbeuren y los corazones afligidos desearon comunicar con esta alma, cuya oración penetraba los cielos. No pudiendo ir á visitarla se contentaban con tener una carta escrita de su mano, y he aquí «á la

(1) Pág. 133.

hija del tejedor» obligada á tener una gran correspondencia con personas respetabilísimas.

Entre los visitantes daremos el primer lugar á la ilustre princesa Amelia, mujer de aquel elector que más tarde una gran parte de Alemania saludó como emperador con el nombre de Carlos VII. Esta excelente católica fué á Kaufbeuren cuatro veces á mandar lo que no podía darla el trono, el pasto espiritual, y consuelo para su corazón.

Después de esta princesa merecen especial mención el cardenal Teodoro y el elector de Colonia, Clemente Augusto, ambos hermanos de Carlos VII. De la visita del elector el caballero De Mering (1), cuenta lo que sigue: «Algunos años antes de morir Clemente Augusto, en el viaje que hizo por la Suebia fué á visitar á la Franciscana María Crescencia mujer en olor de santidad, y dotada del don de profecía. El elector mostró deseo de saber algo relativo á su porvenir. Al principio Crescencia se negó á responder, más después vencida por la insistencia de su ilustre visitante le dijo: Vos habeis fabricado varios palacios pero no morireis en ninguno de ellos». Así fué, Clemente Augusto volviendo á Munich cayó enfermo en Ebreubreitstein en el castillo del elector de Tréveris, donde murió el día después de su llegada el 6 de Febrero de 1761, á las cinco de la tarde. En

(1) Geschichte der Burgen etc, in den Rheinlanden, Köln 1842.

el departamento privado del príncipe, en Bona, se veía colgado el retrato de Crescencia.

Además estuvieron entre otros visitantes Leopoldo de Firmian, arzobispo de Salzburgo, el cardenal Roth, príncipe y obispo de Constanza, Juan Francisco Staufenberg, obispo de Constanza y después de Ausburgo, su sucesor José de Hesse-Darmstadt, el príncipe Abad Anselmo Kempten, el príncipe de Sigmaringen, el gran escudero de Waldbourg-Scheer, la virtuosa princesa de Saboya, de Lichtenstein, el general conde Collorath, y otros muchísimos condes, barones, abades, provinciales y señores de toda clase, eminentes por su santidad y su saber. ¿Qué iban todos estos á buscar sino la sabiduría de la cruz? y su esperanza no salió fallida antes bien fué superada por la realidad (1), reportando á la vez que celestiales consuelos la amada y dulce imagen de una verdadera esposa de Jesucristo.

Como sucede frecuentemente, no todos los visitantes iban movidos de buenas intenciones: pero esta gente, frívola, curiosa, amante de pasatiempos quedaba bastante mal contenta. El continente reservado, y las pocas y medidas palabras de Crescencia los obligaban á marcharse contentos solo con poder desahogar su despecho diciendo que la pobrecilla era una mujer sin talento.

Sin embargo á veces el buen Dios se dignaba sacar provecho de la misma curiosidad para derramar

(1) Summ. n. 23 párraf. 68.

sus gracias por la intercesión de Crescencia. Admitidos á la presencia de la Beata estos importunos se sentían compungidos, confundidos, no sabiendo qué hacer ni qué decir, sino volverse con la cabeza baja por donde habían venido. Crescencia que leía los secretos de sus corazones, les decía al oído algunas palabritas que tenían un sabor agri-dulce dirigidas siempre á manifestarles el estado miserable de su conciencia. Uno de estos casos sucedió con un sacerdote (1). Este se presentó con aire descarado enfilando una después de otra una porción de preguntas capciosas. Tratándose de un ungido del Señor, Crescencia se limitó á devolverle pocas y dulces palabras con mucha modestia. Entonces el sacerdote incomodado, se levantó bruscamente para marcharse, pero la Beata le detuvo y le dijo: «En vez de perder vuestro tiempo tan precioso, en bromas inútiles, haríais mucho mejor empleándole en hacer penitencia de tal y tal pecado». Aterrado con este golpe inesperado el sacerdote entró dentro de sí mismo y se convirtió de veras, diciendo á todos que la Beata le había echado en cara pecados que solo Dios y él sabían.

Dijo verdades aún más duras á otro sacerdote (2) muy aficionado á dar el repugnante espectáculo de hacer el bufón. Habíase esparcido la voz de que en breve llegaría el Arzobispo de Colonia,

(1) Summ. n. 21, párraf. 27 y 83.

(2) Summ. n. 21, párraf. 153, y más difusamente el P. Ott.

creyó él con esto llegaba la ocasión de divertir al público culto y escogido á costa del monasterio. Acompañado de una larga fila de personas se hizo anunciar á las hermanas como el Arzobispo que esperaban. Como era de su deber, la superiora rodeada de las religiosas, fué á recibirle con todas las conveniencias que pedía la dignidad del que las visitaba. Crescencia fué también llamada á la visita, pero con disgusto de las religiosas en presencia del fingido Arzobispo conservó una actitud muy fría. Dejándola sola con él le dijo cara á cara cosas que el sacerdote se guardó muy bien de decir á nadie, y por último le exhortó á prepararse para la muerte porque al cabo de tres meses entraría en la eternidad. Fortuna para él que no fué sordo á los consejos de la Beata, en efecto, en el tiempo indicado pasó á la otra vida con señales de verdadero arrepentimiento.

Tanta afluencia de forasteros con los trastornos que causaba no podían menos de disgustar á Crescencia tan aficionada á la vida regular y oculta: solamente el amor á Jesucristo y á las almas, unido al espíritu de obediencia la hacían soportable este sacrificio. No admitía nunca una visita sin el consentimiento de la superiora y en sus últimos años de la Vicaria. Cuando volvía al lado de las religiosas, no había peligro que dijese nada de lo que había oído ó había dicho, los recuerdos de estas conversaciones los tenemos solamente por

las personas que en ellas tomaron parte. Así un sacerdote que llevaba en el bolsillo una baraja nos cuenta que le respondió Crescencia con estas palabras: «No sería mejor que vuestra Reverencia en vez de las cartas llevase consigo el Breviario?» Otro fué todavía más humilde porque no se avergonzó de repetir las melosas palabras que siguen: «Vuestra Reverencia debe ser sacerdote no solo por la mañana, sino también por la tarde y evitar la compañía que V. sabe».

Muchos otros con el corazón ulcerado por penas interiores ó perseguidos por la desgracia en los negocios temporales, iban á ella para pedirla el bálsamo del consuelo. Crescencia en estos casos se mostraba superior á sí misma para consolar á los afligidos, y hacer penetrar en su corazón un rayo de confiada resignación en la voluntad divina. Sucedió á veces que ver á Crescencia, y desvanecerse como por encanto las más crueles angustias, era todo una misma cosa. Volveremos á hablar de este don en el capítulo siguiente.

Todas estas personas manifestaban el deseo muy natural de llevar consigo un recuerdo de su bienhechora. Y cómo se las podía negar? Crescencia por esto les distribuía objetos de piedad, cruces, rosarios, escapularios, medallas y á los enfermos daba óleo bendecido. Dios en su misericordia obraba innumerables prodigios por medio de estos objetos, mientras el diablo sacaba de esto mismo

partido para esparcir las ridículas mentiras de que hemos hablado en otro lugar.

Con las visitas se aumentaba la correspondencia epistolar tanto que dos secretarias apenas bastaban para contestar á los amigos de la Sierva de Dios. Las cartas que se referían á asuntos de conciencia se destruyeron á millares, y á pesar de eso se encontraron en gran cantidad después de la muerte de la Beata. El comisario general P. Benjamín Elbel, como refiere en su documento de 17 de Julio de 1747, contó de esta clase hasta ochocientas setenta y siete. Fueron todas quemadas por contener asuntos confidenciales. De estas cartas unas ochenta llevaban la firma de dignatarios de la Iglesia y del Estado, por ejemplo de la emperatriz Amelia, de la emperatriz Isabel viuda de Carlos VII, de la reina de Polonia, y del rey Augusto III, de los electores de Colonia y de Sajonia, del Arzobispo de Salzburgo, del Obispo de Bresanon, (con la humilde firma Gaspar-Ignacio el pecador), de la hermana de Carlos VII Manuela Teresa, de la princesa de Saboya, (más de treinta) del príncipe de Löwenstein, del margrave de Baden, del príncipe Hoenlohe, etc., etc. Nos es imposible citar todos los nombres, pero estos son bastantes para darnos una idea de la reputación y de la influencia de Crescencia.

Casi todas las respuestas fueron escritas por Sor Ana Neth. Sin duda Crescencia daría la idea

de la carta y después la secretaria la desarrollaba con el estilo ceremonioso de la época. Pero como esta hermana era independiente por naturaleza, rica de imaginación, y de poca memoria con frecuencia desfiguraba el pensamiento de la Beata hasta dar lugar á veces á juicios desfavorables.

El tesoro real de Munich conserva todavía once cartas escritas por orden de Crescencia á la princesa Amelia de Baviera. Casi todas fueron estendidas por Ana Neth. La primera lleva la fecha de 23 de Noviembre de 1732 y la última de 11 de Octubre de 1738. Son respuestas á la princesa que había comunicado á su santa amiga sus penas interiores ó de otro género, y la había pedido oraciones, ó bien son cartas de agradecimiento por beneficios concedidos á otras personas á instancias de Crescencia. La de 9 de Diciembre de 1733 es para dar el pésame á la afligida madre por la muerte prematura del príncipe José, y en la de 1.º de Octubre de 1737 se habla de la muerte del confesor de la princesa. Por la carta del 6 de Julio de 1735 sabemos que la princesa había recomendado á la emperatriz la fiesta de San Joaquín (1).

Entre los que tenían una regular correspondencia con la Beata, se encuentra también el Abad de Planksteten Mauro Javier, muerto en olor de santidad cuya vida narró el periódico pastoral Eichtädt

(1) Véase lib. II, cap. VII.

el año 1857. Estractamos de él el pasaje siguiente: «En muchas partes de sus cartas encontramos el nombre de la venerable Crescencia de Kauffbeuren con la que tenía continua relación. Un día ella le regaló el ramo de un peral y él se le dió al hortelano para que le plantase. Este se echó á reir de tal propuesta, diciendo que era inútil enterrarlo porque estaba ya seco. El Abad mantuvo la orden dada, y el ramo se hizo un árbol hermoso produciendo muy sabrosos frutos. El P. Erardo Richter que nos ha referido el hecho, conoció al hortelano y cogió los frutos de este árbol prodigioso».

Según las cartas que se conservan, la Beata escribía también á dos sacerdotes del orden de San Benito. Se encuentra todavía una respuesta dada al decano de la Abadía, D. Plácido Vigier (+ 1745) que la había consultado para saber si convenía que dimitiese su cargo, porque le engolfaba en demasiados negocios temporales. Crescencia el 11 de Marzo de 1741 le dice que siga con la carga impuesta por la obediencia. Más tarde al mismo Padre, á quien había dejado libre para dimitir ó no su oficio, le dió el consejo de estar en todo y por todo á la decisión que adoptasen los superiores rogando mientras tanto al Espíritu Santo que le iluminara, y le prometía rogar ella también por esta intención.

En la carta de 1.º de Marzo de 1741, encontramos este pasaje: «Yo soy una verdadera nada, ni

de mi se puede esperar cosa alguna, si no todo de Dios grande, misericordioso y bueno, que no desprecia la nada como soy yo, y que en su bondad se digna venir en nuestro auxilio. A Él sea dada la alabanza, el honor, el reconocimiento y la gloria por siempre».

D. Anselmo Frei (+ 1762) del mismo orden, la había hecho el ofrecimiento de hacer celebrar por su intención una misa mensual durante su vida, Crescencia le dió las gracias por tanto favor y escogió el Jueves para la celebración de la misa prometida, porque en semejante día había recibido la humanidad el mayor de los beneficios, al hacerse todo nuestro el Señor en el Santísimo Sacramento, como sacrificio incruento que se renueva todos los días. Es esta una gracia que jamás será estimada como conviene.

Muchas cartas escritas en parte á nombre de Crescencia y en parte igualmente en nombre de la superiora Juana, revelan el alto aprecio en que era tenida la Beata por un cierto Señor de Bodmann y su familia. Dos veces en el mes de Marzo de 1725, este Señor manifiesta el deseo ardiente de ponerse en íntima relación con la Sierva de Dios. con la esperanza de que por amor del Maestro común «le consideraría como hermano espiritual». Esto era demasiado para la humilde religiosa: sin embargo la superiora por su parte le hizo saber que había mandado á Crescencia «que accediese á

su demanda, acordándose de él como buena hermana en sus oraciones. Aceptada la proposición, la Beata exhortó muchas veces á este piadoso Señor á que venciese su pusilanimidad, poniendo enteramente su confianza en Aquel que quiere de todo corazón la salvación de todos.

En la carta de 2 de Abril de 1729, dá de sí algunas noticias á su hermano espiritual. «El divino Esposo la hacía sufrir algo; ella no estaba contenta, añadiendo que todavía por largo tiempo debía padecer antes de abismarse en el amor divino. «Por lo que parece no eran estraños á su correspondencia epistolar los deberes de sociedad, como vemos por una carta escrita á nombre de Crescencia el 15 de Marzo de 1732: «El voto de no bailar más, y de no vestirse de máscara no podía menos de ser agradable á aquél, que deseaba ver desaparecidas de la faz de la tierra estas locuras. Dios no encuentra en estas su placer, ni su honor; al contrario la gloria de Dios y la salvación de las almas sufren mucho con ellas». La madre Juana no quiso «mandar un escapulario hecho con tela del manto de la Sierva de Dios, porque mientras ella viviese, no era esto permitido».

No concluiríamos si quisiéramos recordar todas las personas convertidas al buen camino por las exhortaciones y las oraciones de la Beata. Las actas citan demasiados nombres para incluirlos todos en este libro. Sin embargo séanos permitido

referir una que otra de las conversiones que más llamaron la atención.

Un oficial de Estado Mayor, engolfado en una vida muy licenciosa se encontró un día sobre la mesa una carta sellada. La abre y quedó asombrado. Todos sus pecados uno por uno estaban escritos en aquella carta con la firma, M. Crescencia Höss. La gracia acabó la obra. El pobrecillo, llorando sus extravíos corrió á reconciliarse con Dios, y desde aquel momento llevó una vida edificante. Escribió á Crescencia para darla cuenta de su conversión, y dar las gracias á la que «había salvado un alma».

Otro personaje hubo, tan respetable por su dignidad como innoble por su vida perdidísima. Ni las oraciones, ni las instancias de su virtuosa Señora pudieron hacerle volver al buen camino. Visitando un día la ciudad de Kaufbeuren quiso ver á Crescencia. La sierva de Dios se detuvo con él por largo tiempo hasta que tuvo el consuelo de ver cambiadas en él sus malas disposiciones de ánimo. Habiendo entrado dentro de sí mismo este caballero, reparó los escándalos que había dado con una santa confesión y una vida irreprochable. Poco antes de morir se le oyeron estas palabras: «Dichosos los que se encomiendan á las oraciones de María Crescencia. Por ella ha obrado Dios el milagro de mi conversión, sin la cual yo me hubiera perdido miserablemente». Después que la muerte

vino á cortarle el último hilo de la vida, el alma del difunto se la apareció para pedirla auxilio con que salir del purgatorio, como antes le había obtenido para librarse del infierno. Crescencia se puso en seguida á ofrecer sufragios por aquella pobre alma, y al poco tiempo supo por revelación que habían sido rotas las cadenas que la retenían en el purgatorio.

Un joven comerciante de Ausburgo, (1) hermano de Sor Antonia Duboin no quería ni siquiera oír de convertirse ni de religión. Entregado á todos los vicios en especial al juego y á la embriaguez, malgastaba todos sus bienes de fortuna. En vano su madre, su mujer y su hermana procuraban reducirle á mejor vida, pues hasta las buenas palabras irritaban cada vez más á aquella desgraciada víctima del pecado. Por fin la hermana puso la cosa en manos de Crescencia, la cual la exhortó á tener confianza en Dios, y esperar un buen resultado. No pasó mucho tiempo cuando una cruel enfermedad vino á abrir los ojos del entendimiento á aquél desventurado, y á tocarle el corazón. Al recibir el Santo Viático quiso á más no poder levantarse de la cama y á pesar de sus acerbísimos dolores ponerse de rodillas para recibir á su Dios. Con la misma devoción oyó la Misa que se celebró en su habitación y recibió la Extremaunción.

(1) Summ. n. 10, párraf. 60 y 182: Ott, lug. citado,

Apenas concluyó la Santa Misa entró en la agonía: así, con sentimientos de penitencia y resignación entregó su alma á Dios. Según el P. Ott, también esta alma se apareció á su bienhechora para darla gracias por los auxilios recibidos, sin los cuales hubiera sido condenada al infierno.

Si imitásemos á la Beata Crescencia en la humildad y caridad, el Señor sin duda se valdría también de nosotros para hacer caer sobre los estraviados la lluvia de sus misericordias. Una gracia bien aprovechada llama á otra no solo para nosotros sino también para los demás, aunque en diferente manera. Por tanto, oh cristiano, ten siempre presentes las palabras de San Pablo: «Trataos los unos á los otros como os ha tratado Jesucristo por la gloria de Dios» (1).

(1) Rom. 15, 7.: Propter quod suscipite invicem sicut et Christus suscepit vos in honorem Dei.

CAPÍTULO IV

Don de profecía y de curaciones. (1)

Las almas enriquecidas con gracias especiales para su propia santificación, las más de las veces reciben por otra parte dones admirables destinados al bien espiritual y corporal de sus hermanos, con grande edificación del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Tales dones en sí mismos no son virtudes en sentido propio y por consecuencia tampoco son meritorios, pero pueden contribuir á la virtud como sucedió con Crescencia, la cual por medio de ellos hizo resplandecer mayormente su humildad. No hablaba nunca de estos celestiales carismas, antes al contrario, siempre cauta y prudente en todo lo sobrenatural, no cesaba de someterlos al juicio de sus confesores.

Muchos testigos hablan de su espíritu profético, y entre ellos tiene el primer lugar el Cardenal Roth, príncipe y Obispo de Constanza. Este piadoso prelado, visitando en 1770 el sepulcro de la Beata, contó en presencia de muchas personas el cumplimiento de hechos que ella había predicho mucho antes.

(1) *Summ. n.*, 21, párraf. 1-167.

En el monasterio Sor Constanza Leder, padecía de hidropesía en el pecho, pero no de manera que necesitase dispensa de los actos de comunidad ni se temiese un peligro inminente de muerte. En la mañana del 31 de Marzo de 1742, Crescencia, siendo superiora, rogó á la enferma que se dispusiese á bien morir y recibiese la Extremaunción. Figúrese cada cual la sorpresa de Constanza, mucho más cuando la enfermedad no había empeorado nada. Sin embargo, llena de fe asistió á la Santa Misa, se confesó y quiso recibir de manos del P. Maier, de la Compañía de Jesús, los últimos auxilios de la religión. El día siguiente oyó también la Misa, y después, obligada por la obediencia se volvió á acostar. Crescencia ordenó á las enfermeras que no la dejaran sola ni un instante. Hacia el toque del Ave María, con grandísimo aturdimiento de todas, murió de repente por un ataque de su mal.

Sor Bárbara Neth (1) estaba al fin de su vida. A eso de las tres de la tarde las enfermeras, según costumbre, hicieron la señal para reunir la comunidad, para acompañar á la moribunda. Dos postulantas, todas afanosas fueron en busca de su maestra para pedirle permiso de unirse á las demás. «No tengais prisa, las dijo Crescencia, Sor Bárbara no muere ahora, sino á las cinco. Volved al noviciado».

(1) Lugar citado, párraf. 17 y 96.

En el año 1747, Sor Benita Pez cayó enferma con una enfermedad contagiosa, que la obligó á separarse de la comunidad, como Crescencia había predicho.

El 23 de Febrero (1) de 1731, Crescencia paró á Sor Coleta Gröbl, cuando subía la escalera para decirle que se preparase á la muerte. Esta que se sentía bien, no hizo caso de tal aviso. Al desayuno se sintió mal y apenas salió del refectorio, una apoplejía la privó del conocimiento. Gracias á los cuidados de las hermanas, volvió en sí antes de morir y recibió la absolución general y la Extrema-Unción.

El jesuita P. Fernando Troper, predicador en la iglesia parroquial de Kaufbeuren, se sintió ligeramente indispuesto. Crescencia hablando con otro jesuita P. Binner, le rogó que volviese á casa lo más pronto posible para administrar los Santos Sacramentos al P. Fernando, próximo á la muerte. Sabiendo bien que se trataba de una ligera indisposición, el religioso no creyó lo que le decía Crescencia; por fin cediendo á sus instancias se marchó y fué á contar á su hermano la conversación tenida con Crescencia. El P. Fernando, que conocía el espíritu profético de la Beata, se preparó en seguida á bien morir. Esto pasaba á las seis de la tarde del 13 de Marzo de 1735. Después de haber arreglado

(1) Ott. lib. III, cap. 6.

los asuntos de su conciencia, perdió los sentidos y aquella misma noche pasó á mejor vida.

A su hermana Regina (1) predijo también que su padre moriría el día siguiente á medio día, como igualmente le predijo la muerte de su marido señalando la hora.

Así mismo no fué caso raro que Crescencia anunciase la muerte de personas ausentes en el momento mismo de su fallecimiento. Una prueba de esto nos suministra, como hemos visto, la historia de su confesor el P. Lieb.

Sor Bernardina Gast, tenía mucho temor de la muerte. Un día confesó á Crescencia esta pena, y ésta la respondió que aquel temor la duraría todavía por algún tiempo para llegar después á una gran tranquilidad precursora de su muerte. Al principio de Agosto de 1733, Bernardina conoció en sí una gran mudanza, el temor se había cambiado en un deseo ardiente de morir, y el 11 del mismo mes con la sonrisa en los lábios, y asistida por el P. Ott, murió en la paz del Señor.

Juan Bautista de Benedict (2) después de haber acabado sus estudios fué á hacer una visita á nuestra Beata. Tenía ánimo decidido de seguir la carrera militar, y había ido á dar parte á Crescencia de esta resolución. Ella le escuchaba con un aire muy significativo y concluyó por decirle: «Vos

(1) Summ. n. 21, párraf. 67 y 68.

(2) Summ. n. 21, párrafo. 151 y 153 con el caso siguiente.

sereis soldado pero de la Iglesia, no de la nación». El joven movió la cabeza. Qué pasó? Después de algún tiempo Juan Bautista entraba en el noviciado de la Compañía de Jesús. Hecho ya sacerdote y siendo profesor, hablaba con frecuencia de la maravillosa penetración de espíritu de que estuvo adornada la Sierva de Dios, con el Dr. Meichelbeck, que es quien nos ha conservado esta relación.

A un excelente ciudadano de Kaufbeuren, por nombre G. B. Neth, hombre sin letras, la Beata le profetizó un porvenir que ninguno podía imaginar. Le dijo que llegaría á ser primer intendente de una familia noble, y después senador y consejero de su ciudad. Estudiando latín sus hijos, sin saber por qué se sintió movido por el deseo de dedicarse él también al estudio.

Sus progresos en las letras y en las ciencias fueron rapidísimos, así que parte por su instrucción, parte por su buena conducta se ganó el aprecio de los Señores de Imhoff quienes le nombraron su Administrador general. Más adelante su ciudad natal le dió el encargo de representarla en el senado. Murió, llorado por todos en 1762.

En 1729, Crescencia visitó una casa de religiosas, en la que la portera, joven de perfecta salud, la hizo una acogida más atenta de cuanto se puede decir. Para recompensar su amabilidad, la Beata la dijo que se preparase á bien morir. Yo morir!

repuso la portera, pero si soy tan joven, y estoy tan robusta... Al cabo de algunas semanas estaba ya en la sepultura.

Cuando desempeñaba el cargo de maestra de novicias decía muchas veces á sus hijas. «Vosotras no haceis mucho caso de lo que os digo: pero vendrá tiempo en que andareis buscando con el mayor cuidado todas mis palabras». Ninguna pudo entonces alcanzar el sentido de esto. Pero se acordaron, cuando comenzado el proceso de beatificación, cada cual tuvo que esforzarse por traer á la memoria los más pequeños recuerdos de la sierva de Dios.

Recordará el lector la profecía que hizo relativa á la suerte del monasterio. Semejante á ella tenemos otra profecía que hace relación á la provincia franciscana de Sajonia á la que pertenece el autor de esta obra. No tenemos documentos contemporáneos, pero suple su falta la tradición de toda la provincia antes de la revolución francesa. De esta tradición tuvo el autor conocimiento la primera vez en 1845, de boca de un Padre muy anciano, muerto después en olor de santidad. La Beata, según él, había dicho á un superior que iba á Roma, que la provincia, en aquel tiempo muy estendida y floreciente, sería enteramente destruída, salvo algunos pequeños conventos; que de estos, como de una semilla, tomaría nueva vida; que la provincia rejuvenecida, y hecha más bella y

estendida que antes estendería sus ramos aún «más allá del gran Océano». Las dos primeras partes de la profecía se cumplieron al principio de este siglo en que el gobierno suprimió la provincia, dejando en pié solo cinco conventos, destinados también á perecer. Los religiosos que sobrevivieron á la tempestad, estuvieron siempre animados con la esperanza de tiempos mejores, anunciados por la «venerable de Kaufbeuren».

Del 1829 al 1831 comenzó á verificarse la segunda parte de la predicción. Por fin en 1844 el rey Federico Guillermo IV, dió á la Orden tanta libertad que pudo poner mano á la fundación de varios conventos. Desde 1858 la provincia abrió casas en la América del Norte, en las cuales encontraron fraternal asilo los religiosos espulsados de Prusia en 1875. Las casas americanas en 1879 se constituyeron en provincia bajo el título del Sagrado Corazón. Después de un destierro de doce años la Prusia restituyó sus casas á los franciscanos, concediendo al mismo tiempo cuanto era necesario para fundar otras.

En nuestros días se ha aumentado el número de religiosos de tal modo, que la provincia ha mandado al Brasil más de doscientos de ellos.

A Crescencia no solamente lo porvenir, sino aún las cosas presentes más ocultas se presentaban sin velo ante la luz misteriosa que Dios la comunicaba. Aún antes que abriesen la boca las personas

que iban á pedirla consejo, había comprendido ella sus deseos, el estado de sus asuntos, y lo que debía hacerse.

En el Colegio de Mindelheim, había por aquel tiempo un célebre misionero, el jesuita P. Flotto (1). Este santo religioso oyendo la confesión de cierta persona fué consultado sobre un negocio muy delicado é importante. Oró, consultó los libros; todo en vano, la luz no venía, y como mediaba el secreto de la confesión se hallaba en gran apuro, porque no podía consultar con otros teólogos. En el entretanto llegó á Mindelheim la madre Juana acompañada de Crescencia para arreglar un asunto con el P. Flotto. La Beata en esta ocasión dijo al Padre sin preámbulos de esta suerte: «Vuestra Reverencia en aquel caso,—y lo especificó claramente,—debe dar una respuesta afirmativa. Esta es la voluntad de Dios». El religioso quedó de estuco, estando segurísimo de que nadie en el mundo había podido ni de lejos sospechar que él se hallaba en la afanosa preocupación de que hemos hablado.

Cuando algún sacerdote en secreto ofrecía los divinos misterios por la intención de Crescencia, ella tomaba parte en el sacrificio con una intuición divina como atestigua el P. Plácido, de los Menores. Este la escribió que había celebrado una misa por su

(1) Summ. n. 21.

intención, y recibió una carta dándole las gracias por la misa que la decía, y también por la otra celebrada sin habérselo dicho. Una sorpresa semejante recibió un buen párroco Conrado Pfoflin que habiendo hecho oración en secreto por Crescencia, ésta le dió las más expresivas gracias por escrito.

El Abad Beda del monasterio de Zwiefalten habiendo oído hablar de las maravillas de Kaufbeuren, y temiendo no hubiese en medio de tantas visiones algún engaño secreto, ofreció á Dios el santo sacrificio á fin de que se dignase humillar á la pobrecita ilusa para que entrase en el buen camino ó bien que la conservase este don si era obra divina. Solamente Dios y el abad sabían esta intención. Crescencia mientras tanto después de haber asistido á la misa en espíritu, fué á la superiora para manifestarla los secretos pensamientos del piadoso benedictino, y rogarle que la concediese permiso para escribirle una carta dándole las gracias. Así se hizo, y el abad pudo ver claramente la mano de Dios en esta humilde franciscana.

En el P. Ott, encontramos otro hecho, que sirve admirablemente para darnos á conocer el espíritu profético de la Beata y es tan conmovedor que queremos referirle aquí con todas sus circunstancias principales.

El pobre campesino Andrés y su mujer Inés de Thalhofen tenían un hijo de cinco años y una niña

de seis semanas. El 28 de Octubre de 1742, los dos esposos fueron á la Iglesia dejando solos en casa á sus dos hijos. Una mala mujer de nombre Ana Körpf del pueblo de Unterthingau, aprovechó la ocasión para llevar á efecto un infucuo proyecto que tenía. Pocas semanas antes había sido recibida por caridad en aquella pobre cabaña de los dos campesinos, y en vez de alimentar sentimientos de gratitud para con sus bienhechores, maquinaba en su corazón un proyecto infernal. Tomó á la niña de pecho y auxiliada por una cómplice fué á venderla á buen precio á un judío que se había establecido en Ausburgo después de la guerra. Antes de marcharse á su negocio aquella fiera en forma humana, por temor de ser descubierta, mató al niño mayor, ocultó su cadáver debajo de un montón de paja, y pegando fuego á la casa se huyó de ella con su presa.

Al volver de la Iglesia la desgraciada madre encontró abierta de par en par la puerta de la casa, y esta ya presa de las llamas. A los gritos desgarradores de la mujer acudió todo el pueblo, y al frente de todos el párroco Lochbronner. Por fin se pudo apagar el fuego, pero ¿y los hijos? ¡Por tres días no se hizo más que buscarlos, y como no se encontró rastro alguno de haber sido víctimas del fuego, se comenzó á correr en el país la voz de que los padres mismos los habían hecho desaparecer. ¡Era cosa de perder el juicio! Fueron llamados varias veces ante los tribunales, pero abandonados de todos

no podían en manera alguna justificarse. Entonces fué cuando la madre se encomendó á San Antonio de Pádua. «Oh gran Santo, vos que haceis encontrar las cosas perdidas, volvednos nuestros hijos y alejad de nosotros una sospecha tan grave». Apenas hubo penetrado los cielos esta exclamación, la madre creyó ver delante de sí á una religiosa. «Debe ser la buena Crescencia, que me concederá esta gracia», pensó ella. Con esta esperanza quiso marchar enseguida á Kaufbeuren, pero como había caído en el desprecio universal, no pudo encontrar alma viviente que la acompañase. Por fin una buena mujer de setenta años muy piadosa, llamada Barba Huber, por compasión se puso en viaje con ella. Llegadas al monasterio en la seguridad de ver á Crescencia oyen que las dice la portera: «Pobres mujeres, Crescencia está muy mala, tanto que ni se la puede ver ni hablar». A esta inesperada noticia la desventurada madre prorrumpa en llanto. La portera entonces, después de haber escuchado atentamente la dolorosa historia, fué á la enferma á dar el recado. «Sí, sí, dice Crescencia, lo sé todo, no hay que repetirlo. Decid solo á la pobre mujer que lleve con paciencia su cruz, que ruegue y espere, que Dios llevará todo á buen fin. Que no acuse á nadie, que perdone á sus enemigos. Pasará todavía algún tiempo antes que sea conocida su inocencia; mientras tanto que deje caer la culpa sobre sus espaldas. En cuanto á la Santa Misa, —de esto la mujer no había dicho una

palabra, la haremos decir á un santo sacerdote, y todas las hermanas rogarán para impedir que ni ella ni su marido pierdan la razón. Pero que cumplan luego el voto de la peregrinación, no sea que sobrevengan serias dificultades».

Las dificultades no tardaron en venir; apenas emprendieron el camino de regreso, la pobre mujer fué presa, y encadenada la llevaron ante los tribunales.

Volviendo á la respuesta de Crescencia, sus buenas exhortaciones no pudieron calmar el corazón dolorido de la desventurada madre. Ella quería saber á todo trance si sus hijos eran vivos ó muertos; por esto mandó de nuevo la portera á Crescencia. No tuvo más respuesta sino que cuando volviese á casa sabría donde estaba el hijo; en cuanto á la niña podía estar segura que vivía, pero que se encontraba en un estado de extrema debilidad.

Conducida á los tribunales, y luego puesta en libertad, la pobrecilla vuelve á tomar el camino de su pueblo. Aun antes que llegase supo que se había encontrado el cadáver de su hijo debajo de la paja.

Nuevas investigaciones judiciales, nuevos insultos y nuevas amenazas de parte del pueblo indignado. De improviso llegó la noticia de que la niña se la ha encontrado en Ausburgo. Los padres sin detenerse corren allá. Teniendo que pasar por Kaufbeuren recibieron de los lábios mismos de Crescencia la consoladora esperanza de que apenas entrasen

en la ciudad se la diría el lugar donde estaba la niña. Con efecto, en cuanto entraron en la ciudad una persona después de saber el objeto de su viaje las condujo al hospicio de los niños encontrados.

A la malhechora, delante de la Puerta Roja la faltó el valor para consumar su delito, y para atravesar la ciudad con más desembarazo dejó en tierra el canasto en que llevaba á la inocente víctima. Una mujer protestante encontró á la niña medio muerta de frío, y la llevó al juzgado.

La madre, una vez introducida en la sala donde había más de treinta cunas, como guiada por una mano invisible corrió desalada hacia su hija, y estrechándola contra su pecho, gritaba: «Ana, Ana, amor mío, donde te encuentro», la pequeña sollozando echó los brazos á su madre, la cual desmayada, cayó como un cuerpo muerto. Varios testigos de esta escena conmovedora se cuidaron de aquellos desventurados é infelicísimos padres.

No tardó mucho en ser descubierta la autora de tanta desgracia. Fué presa y ajusticiada junto con su cómplice. Durante el proceso los cónyuges fueron mantenidos en Ausburgo á costa de la ciudad, y no volvieron á su casa hasta Julio de 1743. Por gratitud quisieron volver á ver á la «buena hermana». Crescencia, previniendo su llegada, dijo á la portera. «Andad á abrir la puerta que vienen los cónyuges de Thalhofen con la niña».

Los pobrecitos no pedían más que una gracia, la de poder llevar viva á la niña á su pueblo para evitar nuevas calumnias. Por esta razón querían emprender el viaje en el mismo día, pero Crescencia los tranquilizó, y los hizo pasar allí la noche, asegurándoles que la niña no moriría tan pronto. En efecto, la pequeña mártir voló al cielo después de cuatro días.

Y ahora detengámonos algún tanto sobre su don de curar á los enfermos. En vida de la Beata no se tomaba nota de las curaciones milagrosas ni de otras gracias espirituales ó temporales obtenidas por su intercesión. Sin embargo, el país estaba lleno de su fama, tanto que no se hablaba más que de la *taumaturgia* de Kaufbeuren. Muchas de estas gracias cayeron en olvido; pero en las Actas se encuentran un buen número (1), de ellas. De estas escogeremos algunas.

Francisco Jose Krautmann de Kaufbeuren, hijo único de madre viuda, cayó con una fiebre muy violenta y estaba á punto de espirar. La viuda toda desolada acudió á Crescencia. En el momento mismo en que la santa religiosa se puso á orar, el enfermo se sintió volver á la vida, y bien pronto se levantó.

En Steten, en las cercanías de Kaufbeuren había una niña de cinco años, hija del maestro de escuela, la cual desde su nacimiento tenía las manos y los pies paralizados y toda su persona desfigurada. Los médicos no pudieron hacer nada. La madre de

(1) *Summ. n. 22, párraf. 1-28.*

la niña, que era una mujer piadosa pidió á Crescencia, lo que la ciencia no la podía dar. La Beata la mandó óleo bendito, y una cruz pintada en un papel con la promesa de que rogaría por la niña. Pasados tres días, pudo usar las manos y los pies como si nunca hubiese estado paralizada.

La señora Ana Antonia de Pappus, natural de Hörben, tenía un cáncer en el pecho ya hacía bastante tiempo. Todos los remedios fueron inútiles. No pudiendo soportar los grandes dolores la piadosa señora se fué á ver á Crescencia en el año 1733. Por consejo de la Beata hizo uso del óleo bendito que recibió de la Beata misma, y así quedó completamente curada. Agradecida por tanto favor quiso escribir el hecho maravilloso de su puño y letra.

En el monasterio, además del acto heróico con que curó las llagas gangrenosas de Sor Ana Neth, se atribuyó á sus oraciones también la curación instantánea de la madre Juana cuando todas habían perdido toda esperanza.

En Kaufbeuren se pegó fuego á una cervecería con tanta violencia, que por un momento se temió que ardiese toda la ciudad, especialmente el barrio próximo. En aquel trance se acudió á Crescencia, y mientras la Beata rogaba con gran fervor de espíritu, fueron á decirla que las llamas se habían apagado por sí solas. Católicos y protestantes vieron en este hecho la mano de Dios, invocada por las plegarias de la humilde virgen franciscana.

El P. Ott recuerda también, refiriéndola al año 1739, la curación de José Filser de Fussen, curación que hizo mucho ruido, pues varios médicos, al cabo de tres meses de consultas y de curas habían venido á convenir en que el único remedio consistía en un acto de resignación de desalojar de aquí abajo. Dios sin embargo tenía otro; José recibió de Crescencia algunos objetos benditos y curó en un momento.

Las señales milagrosas, que según la promesa del Salvador (1), acompañan al que cree perfectamente en El, no han faltado nunca en la Iglesia católica. Todos los siglos las han visto en gran número, aunque no en la misma medida, como dan fé innumerables documentos, testigos perennes del poder y de la bondad divina. La negligencia humana con frecuencia toma á gracejo estos documentos, y la incredulidad no se digna echar una mirada sobre las obras de Dios, á no ser para negar su verdad. Este es su gran pecado, y esta también su condenación.

Lejos de tí, oh, cristiano, el orgullo. De él se levantan esas densas nubes que cubren el cielo del espíritu de modo que los soberbios tienen ojos, sí, pero no ven ya. Lo ha dicho el Señor (2); «cómo podéis creer vosotros los que buscáis la gloria el uno del otro, y no pensáis en buscar la que viene solamente de Dios?».

(1) Marc. 16, 17 y 18.

(1) Joan. 5. 44: Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam quæ a Deo solo est, non queritis?

CAPITULO V

Ultima enfermedad, y dichosa muerte de la Beata Crescencia (1).

El deseo de morir para estar con Jesucristo, iba aumentándose cada día en el pecho de la fiel sierva de Dios, cuyo deseo especialmente después de haber pasado los sesenta años la atormentaba de manera que la hacía sufrir un verdadero martirio. Solo el amor á la cruz y á la voluntad de Dios podía contener su ardor y conservar en ella la paz del espíritu. En los últimos años de su vida tenía siempre en la boca «la libertadora», «el convite á las bodas», «la guía para unirse al prometido» y otras expresiones semejantes con que invocaba á la muerte.

Por entonces el amor había prevalecido sobre el temor, y morir herida por un dardo de caridad era para Crescencia el colmo de lo que puede hacer feliz á una criatura. «Nada la agradaba fuera de Jesús y de la muerte que la había de conducir al Esposo» (2). Solía decir y lo repitió aun en el último

(1) Summ. n. 24. párraf. 1-390: Act. B. inform. párrafos 75 y 86.

(2) Gabriela Merz, pág. 291.

día. «Nada más dulce que Jesús, María y la muerte». Y tenía bien por qué decirlo: Un día tuvo un éxtasis de tanta duración que la madre Juana temiendo no se qué, se creyó en el deber de usar de su autoridad para volverla á los sentidos. «¡Ah! mi reverenda Madre, que lejos estoy de Vos, exclamó al cesar el éxtasis» (1). La madre Juana por el momento respondió con una simple sonrisa, pero después quiso saber el significado de aquellas palabras. Crescencia, guiada por su Angel había ido á visitar el infierno, el purgatorio y el cielo. Ante los esplendores de la nueva Sión el Angel la dijo: «Hija mía, he aquí el lugar donde Dios es adorado, y aquí están sus escogidos, aquí encontrarás tu eterna morada». «Oí, añadió Crescencia, una dulcísima melodía de alabanzas al Señor, y ví como los Bienaventurados están sumergidos en Dios. Ellos nadan en el océano de una felicidad inenarrable. No, no puedo decir más, sino que ni el ojo humano vió, ni el oído oyó, ni la lengua puede decir lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (2).

En la cuaresma de 1744 por el mes de Febrero, se presentó una enfermedad, que los médicos no supieron calificar. Uno de ellos, protestante, no dudó en decir que era efecto del grande amor de Crescencia hácia Dios, y del ardor que la devoraba interiormente. Los huesos y las médulas parecían consu-

(1) Ott. lib. IV, cap. 1

(2) II. Corint. 2, 9.

midas por un fuego violento; un dolor agudísimo la atormentaba la cabeza y los costados, el cuerpo entero iba consumiéndose. Por efecto de una sed intensa tenía la boca y el paladar abrasados, la lengua entumecida y dura como la corteza de un árbol y los labios de color oscuro y hendidos. La espalda era toda una llaga, el carrillo y el lado izquierdo hinchados más de lo que se puede explicar y toda ella víctima de tantos dolores, que preguntada por el P. Pamer, pudo responder estas palabras: «Me parece estar abrasándome en unas parrillas».

Una descomposición semejante debía desde entonces despedir exhalaciones cadavéricas: y al contrario por toda la enfermería se notaba una fragancia agradabilísima, aunque allí no había en verdad esencia alguna olorosa.

Desde los primeros síntomas, que por otra parte no eran alarmantes, Crescencia previno á las enfermeras y al confesor que esta vez no saldría viva del lecho. La enfermedad adelantaba muy de prisa, así que las religiosas á los pocos días empezaron á temer una inminente catástrofe. Pero Crescencia las aseguró que la enfermedad sería muy larga y muy penosa. Parecía que la esposa de Jesucristo crucificado hiciese fiesta de los grandísimos dolores que todavía la habían de atormentar.

Este contento y el amor de padecer se manifestaron admirablemente durante las seis semanas de su enfermedad. Nadie podía contemplar sin mara-

villarse el espectáculo de aquella alma trasformada por el amor y el dolor. A ejemplo de Jesucristo quería sufrir sin ningún alivio. No se la oyó nunca pedir un auxilio ni un remedio, ni quería tomar otra cosa que un poco de agua tibia para calmar la sed. Los que la asistían no podían explicarse cómo podía resistir tanto el mal, tan estenuada por la fiebre; hasta el médico del Abad príncipe de Kempfen á quien se permitió visitarla, no dudó en afirmar, que un hecho semejante escedía con mucho las fuerzas de la naturaleza. Se la hacían las mayores instancias para que tomase algo, pero nadie se atrevía á mandárselo por obediencia. A todos los ruegos respondía con la mayor dulzura (1). «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre celestial, esta es mi fuerza, este es mi pan».

No hay que decir cuanto desagradaba á las religiosas esta excesiva abstinencia. Crescencia para consolarlas las decía (2): «El Dios de las misericordias es tan bueno conmigo, que siendo yo un vil gusano, me hace el honor de que tenga yo lo que su Hijo tuvo en la Cruz. Si Jesús padeció sed, deberá beber su pobre esclava? Ah! no, no, jamás».

Es verdad que ella tenía un mantenimiento que la sostenía de un modo milagroso, que era el pan de los ángeles que recibió todos los días, escepto

(1) Joan. 4, 34: Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me.

(2) Gabriela Merz, pag. 290.

el Viernes Santo. Con la fuerza que recibía de lo alto parecía vigorizarse su espíritu en medio de las enfermedades de toda clase prorrumpiendo en acentos seráficos: «Huesos y miembros míos, alabad á Dios que os ha hecho dignos de padecer». Y á quien la preguntaba como estaba respondía: «Muy bien; bebiendo el caliz amargo de mi Salvador, y cumpliendo la voluntad de Dios, en quien descanso abandonada en el tiempo y en la eternidad».

Cuenta Sor Gabriela lo siguiente (1): «Habiéndola dicho nosotras qué pedíamos á Dios que calmase tantos dolores, ella sonriendo nos contestó: Me agrada la petición, pero me agrada mucho mas la voluntad divina, que me hace padecer. Antes que yo bebió Jesús el caliz del dolor. Cómo, cómo podré yo escusarme de acercar á él mis lábios? Carísimas hermanas, yo tengo por una felicidad encontrarme en compañía de mi Dios para apagar la sed en este caliz, y no me siento con valor de hacer el más ligero movimiento por alejarle de mí». Además á semejanza de Santa María Magdalena de Pazzis decía: «No quiero morir, oh Señor, sino que para daros prueba de mi amor quiero padecer, padecer y padecer. Oh! cuánto se aumenta mi alegría entre el dolor y el amor». Y realmente todos pudieron observar que á proporción de los espasmos

(1) Pág. 289.

y accidentes que la causaba el mal se sentía su alma inundada cada vez más de gozo y alegría.

Riendo decía: «Qué son estas penas comparadas á las que sufrió Jesús por mí? Vengan además otras mucho más atroces. Sí, Dios mio, aumentad mis dolores, pero aumentad también mi paciencia!» «Hay que esforzarse por ir siempre adelante en el camino de la perfección y llevar la vida, si es voluntad de Dios, entre suspiros y tribulaciones, amándole y sirviéndole con todas las fuerzas. Este es el fin para que hemos sido criados». Otra vez que Sor Joaquina á la vista del estado tan sensible en que la enferma se hallaba, se echó á llorar, Crescencia la dijo: «Hermana mía muy amada, por qué os entristeceis cuando se cumple en mí el querer divino? No se debe llorar por los dolores que el Señor me manda, antes bien debemos darle gracias. Yo soy en verdad indigna de esto, todavía estoy dispuesta á padecer en la medida y por el tiempo que á El le agrada. Dar el alma á Dios sin padecer sería para mí un consuelo bien miserable».

Escuchemos los suspiros de esta alma por poseer á su único Bien (1). «Mostradme, Señor, vuestro rostro, y esto me basta. Mi alma, acosada por la sed, corre á la fuente de agua viva. Ah! cuando me

(1) Cant. 2, 14. Ostende mihi faciem tuam, y en el Salm. 41, 3. Sitivit anima mea ad te Deum vivum; quando veniam et apparebo ante faciem Dei?

será concedido encontrarme en la presencia de mi Dios!» Después añadía: «Como Dios quiera; lo que Dios quiera, cuando Dios quiera, no deseo en esta vida otro consuelo que hacer su voluntad».

Ah! ciertamente los ángeles se unirían á los hombres para admirar esta alma combatida por el deseo de poseer á Jesucristo, y el amor generoso de permanecer aun en este mundo para padecer por El y con El; esta alma afortunada que no ama la vida, que no teme la muerte y deja la tierra como había vivido sin turbación, sin temor, sin voluntad, sin la menor resistencia; esta alma que no ama más que el dolor en el mundo y la posesión de Dios en el cielo!

Cómo quedaron admiradas las religiosas, y todos los circunstantes ante una virtud tan consumada nos lo cuenta Sor Gabriela. (1) «Como una roca puesta en el fondo del mar, el corazón de Crescencia permanecía inmóvil cuando la tempestad arreciaba. Cuanto más quebrantado estaba el cuerpo, otro tanto se elevaba su espíritu hácia el cielo. En un cuerpo ya consumido se dejaba ver un alma tranquila, vigorosa y grande. Parecía que en ella vivían dos personas; una amante apasionada del Señor y otra víctima del mal; la primera excitaba una admiración envidiable, la segunda inspiraba tristeza y compasión. Ella misma se refa de sus

(1) Pág. 288.

padecimientos, y de ellos tomaba ocasión para adelantar cada vez más en el amor de Dios, convirtiéndose así la celda en una escuela de virtud y su lecho en cátedra elocuente, desde la que nos anunciaba á Jesucristo crucificado. Esta alma escogida no yacía oprimida por el peso de la envoltura terrena, sino que estaba suspendida en lo alto de la cruz, al lado del Salvador. Allá arriba sus llagas parecían embalsamadas, y su espíritu renovado en una vida nueva. Todo esto he podido observar con mis propios ojos, he comprendido por sus palabras, he contemplado llena de admiración por su heroica paciencia».

De ordinario durante una larga enfermedad suelen manifestarse las debilidades que antes se habían tenido ocultas, pero Crescencia al contrario hizo resplandecer más que nunca las virtudes incomparables en que se había ejercitado toda su vida. El desprecio de sí misma y el convencimiento de ser una pobre pecadora se descubrían en todas sus acciones hasta hacerla ver en los más insignificantes servicios que se la hacían, un gran rasgo de caridad que no merecía en manera alguna. Muchas veces llamó en torno suyo á la comunidad para implorar un perdón generoso por los escándalos que había dado, y pedirle una oración de limosna. Una de sus más ardientes recomendaciones fué la de que no pusiesen flores sobre su cadáver, sino paja, y que la sepultasen en un rincón despreciable y desconocido de todos.

Obedientísima en todo durante su vida, quiso serlo hasta su último suspiro, por esto hizo escribir al Provincial para pedirle permiso de dejar el mundo. El Superior respondió: «En nombre de Dios, y en conformidad á su voluntad divina y sus disposiciones, os impongo la obediencia que pedís». La Beata estaba fuera de sí por la alegría! Su último suspiro sería también un acto de obediencia! Volviéndose después al confesor le dijo. «Padre mío, cuando me veais en la agonía, repetid con frecuencia Dios mío, muero gustosa por no ofenderos más, Dios mío, muero gustosa por amaros, Dios mío, muero gustosa por la obediencia que debo á mi Criador, y á mi Padre».

Toda absorta en el amor de Dios y en la esperanza de la otra vida, deseaba quedarse sola y no quería más visitas que la del confesor y la de las hermanas. Se atribuyó también al ardor de su caridad una violenta hemorragia por la nariz que en los tres últimos días acabó con las pocas fuerzas que la quedaban. Esto no obstante, cuando tenía en torno suyo á las hermanas, se mostraba sobre manera amable y afectuosa. Desde el principio de su enfermedad llamó á su presencia á las más jóvenes, y las dijo: «Quiero daros una conferencia espiritual, esta será la última». Y con palabras inspiradas se puso á recomendarlas la fidelidad á la regla, y el celo por su propia salvación en el retiro, la concordia y el amor. Luego las amonestó en

secreto á una después de otra sobre sus propios defectos, indicando principalmente lo que cada una debía practicar y corregir. En aquel momento ella veía sin velo alguno las conciencias de todas, y hablaba con tanta unción que ninguna de sus hijas olvidó jamás ni una sola de las palabras que la oyeron.

Pasadas que fueron algunas semanas se apercibieron todas de que la muerte se acercaba á grandes pasos. Las religiosas estaban suspensas por los frecuentes y prolongados desmayos, no sabiendo á que atribuirlos si á falta de fuerzas ó á raptos sobrenaturales. Cuando volvía en si las tranquilizaba diciendo: «Todavía no ha llegado el momento». El 27 de Marzo fiesta de los Dolores de la Virgen, Crescencia entró en un éxtasis, que se prolongó en términos de inspirar temor á las hermanas. Se llamó inmediatamente al confesor, y este creyó también que la muerte estaba próxima. Pero no fué así, al poco rato la Beata recobró el uso de los sentidos y contó que los santos que con tanto fervor había invocado en vida para que la asistiesen á la hora de la muerte, la habían venido á prometer que en el último instante estarían alrededor de su lecho.

Trece días antes de este momento dichoso pidió los auxilios de la religión y aún los santos óleos. Se confesó derramando abundantes lágrimas y recibió el Smo. Viático con gran devoción. Este

solemne acto fué seguido por otro no menos conmovedor.

«Trascurrida (1) una hora después de recibir los Santos Sacramentos la enferma en presencia de la Comunidad se acusó de todas las negligencias cometidas, pidiendo perdón á cada una en particular del mal ejemplo que las había dado, y á todas del agravio hecho al monasterio. Las dió las gracias por haberla recibido en la Orden, en la cual no había hecho obra alguna buena, habiendo sido siempre un ser inútil. Después de esta acusación hecha con señales de verdadero arrepentimiento, exhortó á las hermanas á la exacta observancia de la regla, á la soledad del claustro, á la caridad fraterna y nos rogó con fervor que encomendásemos su alma al Dios de las misericordias. Estábamos tan conmovidas en aquel acto, que llorábamos todas y no pudimos responder mas que con el lenguaje de los grandes dolores, que es el silencio».

Después de esto, el deseo, aparentemente contradictorio, de morir y de padecer mas todavía, por amor, aumentó en intensidad. Se la oía murmurar estas palabras: «Señor, si os place, mandadme más padecimientos para que yo os pueda amar más». Y parece que el Señor escuchó la oración de su sierva: el Lunes de la Semana Santa, semana de martirio para ella hacía muchos años, los dolores ya tan

(1) Gabriela Merz pág. 293.

violentos, de hora en hora fueron cada vez más agudos. Ninguno podía mirarla sin sentirse movido á compasión de esta viva imágen del Crucificado, ó más bien de esta esposa de Jesús agonizando con Él en el santo madero. La cabeza, las manos y los piés de un modo especial eran centros de dolores acerbísimos. Pero de lo alto descendía sobre esta víctima una fuerza superior. «Amadas hermanas, decía, dad gracias á Dios por mis penas. Mi gozo, mi fuerza, y mi vida se alimentan de la aflicción y del amor. Si yo pudiese verme enclavada en la Cruz con mi Jesús, todas mis ánsias quedarían satisfechas. Esto sería el preludio de la bienaventuranza, y el paraíso en la tierra».

Los tres últimos días de la Semana Santa eran continuos (1) los éxtasis, especialmente el Jueves Santo después de la comunión. En este día se apoderó de su cuerpo una fragancia suavísima que se extendió por todo el monasterio. El Provincial, que la había visitado el Domingo anterior, volvió el Jueves por la tarde, y encontrándola sumergida en un profundo raptó la llamó por su nombre. Crescencia á la voz de la obediencia recobró al momento el uso de los sentidos. «Decid, la dijo el Provincial, donde estábais y qué habeis visto? La moribunda respondió: Mi ángel Custodio me ha llevado al monte de las Olivas, donde he encontrado á mi celestial Es-

(1) Ott. lib. IV, cap. 2.

poso en oración inundado de sangre. Yo me he acercado para adorarle y ofrecerme á padecer con Él. El buen Maestro me ha respondido: Hija mía, tú padecerás conmigo, y conmigo resucitarás».

El Viernes siguiente ella estaba fuera de sí hasta el punto de parecer que espiraba. Su espíritu seguía al Señor en todos los misterios de su pasión; pasada ya la hora de la crucifixión recobró los sentidos. Preguntada por el confesor si había acompañado al Señor hasta el Calvario exclamó: «Qué vista, qué vista! Ver á un Dios hecho hombre padecer y morir. Yo misma hubiera caido muerta de compasión y de amor, sino me hubiera sostenido su mano omnipotente». Añadió algunas sublimes reflexiones sobre el amor y la pasión de Jesucristo y de su Santa Madre. Su espíritu pasó el Sábado Santo al lado del sepulcro del Redentor, y el día de Páscoa, cinco de Abril fué también para ella el día de la liberación.

La mañana la pasó entre el dolor, el amor y la contemplación de las verdades celestiales. Todavía respondía á las preguntas del Confesor y del Provincial. Después de mediodía hizo llamar á las hermanas, y volvió á recomendarlas brevemente la observancia regular y sobre todo el desprendimiento de personas extrañas, fuesen ó no consagradas á Dios. Cada una recibió con veneración religiosa los consejos que salían de aquellos lábios muy próximos á cerrarse para siempre.

Después de esto Crescencia permaneció fija en Dios, no respondiendo más que por señas á las preguntas del superior y del confesor. Al oscurecer como saliendo de un raptó preguntó á Sor Joaquina qué hora era, y oyendo que eran las siete, dijo con voz fuerte que se oyó por todos. «Moriré á media noche». En el entretanto perdonó á sus enemigos, aún á los que la habían de ultrajar después de muerta, y rogó por todos, dejando por testamento á las almas del Purgatorio todas las misas, oraciones y penitencias que se ofreciesen por su alma.

A las nueve sobrevino la hemorragia á la nariz y empezó á agonizar. Las religiosas se reunieron en la celda, donde ya estaba el P. Pamer, y más tarde llegó el Provincial con el P. César Grueber su secretario. La Beata estaba inmóvil con los ojos fijos en el cielo ó en la Cruz, y con la boca medio abierta y seca. Cuando el sacerdote recitaba las preces ella le acompañaba con señales de adhesión, especialmente á los actos de humildad. El Provincial la mandó que apenas compareciese ante Dios, pidiese por la Iglesia católica, por los Príncipes cristianos, por las Ordenes religiosas, especialmente por la Franciscana, por su monasterio, á fin de que fuese modelo de las otras casas religiosas. Ella asintió á todo. Sus hijas no podían contener los sollozos y los gemidos que salían de sus corazones traspasados de dolor y de compasión.

La Beata había dicho muchas veces que el Arcángel San Rafael la conduciría al tribunal de Dios. Cerca de las once y media el P. Pamer, acordándose de la predicción la dijo: «Reverenda Madre, el Arcángel San Rafael vendrá ya presto, no es verdad? Ya está aquí», articuló distintamente. Pocos instantes después abrió los ojos y como para despedirse, los dirigió primero al confesor, mirada que conmovió dulcemente al religioso, en un modo jamás experimentado; después sus castísimos ojos se cerraron para siempre á la luz de este mundo.

Los circunstantes esperaban con ansiedad la hora en que según había predicho Crescencia dejaría la tierra: Su figura, plácida y serena permaneció inalterable. Finalmente á la primera campanada que anunciaba la media noche y era la señal de la partida, la angelical esposa de Cristo dando el último suspiro, sin ningún movimiento en el rostro ni en el cuerpo, salió de la prisión de este mundo. En aquel momento sucedió un hecho extraordinario entre las hermanas. Las pobrecitas que hasta entonces á duras penas podían contener sus gemidos, al sonar la campana las doce, se sintieron de repente inundadas de un gozo celestial, enteramente insólito é inexplicable. Otro tanto sucedió á las personas presentes al dichoso tránsito de Santa Rosa de Lima. Se cree que esto sea una señal del inmediato ingreso de quien muere en la gloria, y que el alma volando al cielo hace caer sobre las personas

amadas en el mundo algunas gotas de la alegría que la eleva hasta el trono de Dios.

En el mismo momento salió del cuerpo de la difunta una fragancia suavísima, que embelesaba, y se extendió por todo el monasterio.

Así entraba esta virgen bendita en la eternidad el último momento del día santo de la Pascua, cinco de Abril de 1744, á la edad de 61 años y cinco meses, de los cuales pasó cuarenta y uno en el monasterio.

Detente, oh, cristiano, á contemplar la admirable vida y preciosa muerte de esta excelsa virgen y ruega así al Señor (1). Dios mío, haz que también á mi me toque la muerte de los justos y que concluya mis días como ellos concluyeron los suyos.

(1) Núm. 23, 10: *Moriatur anima mea morte justorum, et fiant novissima mea horum similia.*

CAPITULO VI

Hechos acaecidos después de la muerte de Crescencia; su sepultura (1).

Después de las plegarias rituales comenzaron los preparativos para la sepultura del cadáver de la Beata. Nuevo prodigio; aquel rostro desfigurado antes por la enfermedad, descarnado, terroso, después de la muerte aparece con una belleza celestial. Los labios quemados por la fiebre parecen hojas de rosa, la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho tenía el aire de quien sueña visiones celestiales, embriagadoras, todo su cuerpo representaba la imagen de una virgen jovencita en la flor de los años, que descansa tranquilamente á la sombra de las alas de su angel custodio.

Cuando las hermanas la levantaron del lecho, el cadáver se tuvo en pié sin ningún apoyo: después permaneció sentado un cuarto de hora igualmente sin estar apoyado. Sus miembros quedaron suaves y delicados como los de una niña. Al venir el día corrió por la ciudad como un relámpago el grito. «Ha muerto la buena Crescencia». Todos, católicos y

(1) Summ. n. 24 y 25: Ott, lib. IV, cap. 3 y 4: Gabriela Merz pág. 295 y siguientes.

protestantes, sacerdotes y seglares; grandes y pequeños fueron á toda prisa á ver á la que tenían por santa. Pero el Provincial había hecho cerrar las puertas de la iglesia y del monasterio. Entonces la turba empezó á forzar las puertas y escalar el monasterio, así es que hubo que retirar las órdenes dadas.

Siendo la celda mortuoria demasiado estrecha para satisfacer la curiosidad de tantas personas, se vieron hombres apoyándose el uno sobre los hombros del otro para poder ver por la ventana los virginales depojos de la Beata. Los católicos querían reliquias, ó al menos deseaban tocar con sus rosarios el cadáver de Crescencia. El Provincial se opuso á ello; pero á pesar de eso, ó por fuerza ó por maña, obtenían cuanto deseaban. Hasta los protestantes guardaban una actitud respetuosa. Lloraban juntamente con un anciano correigionario suyo, que habiendo habitado más de cincuenta años la casa paterna de la Beata, la había conocido desde su infancia. Se había colocado entre los primeros y con voz entrecortada por los sollozos, este hombre bueno y recto exclamaba: «Visitamos por última vez á la querida dueña de nuestra casa. ¡Oh! cuán buena, piadosa y caritativa fué siempre con todos! A nadie ofendió nunca Crescencia».

Entre tanto el pueblo andaba preguntando: «Qué olor es este que recrea el alma y el cuerpo? Nunca se ha respirado una cosa semejante». Y con efecto,

la fragancia que sale de los restos mortales de los Santos, había llenado el monasterio, y los tres días que precedieron á los funerales llenó los corazones de gozo, y los ojos de lágrimas. El hecho era tan evidente que la mitad de los ciudadanos lo habrían confirmado con juramento. Entre los numerosos testigos merece nombrarse el carpintero Pancracio Hütler, el cual con frecuencia contaba que cuando llevó el ataúd, despedía el cadáver de Crescencia un olor tan suave, que jamás lo había percibido semejante en toda su vida ni tuvo nunca una alegría tan dulce.

Mientras el cuerpo estuvo expuesto al público se consiguieron tres gracias muy señaladas, por los méritos de la difunta.

El hijo de un curtidor de pieles de Kaufbeuren, había nacido con una hernia rebelde á todo tratamiento del arte de curar, tanto que el pobre y desgraciado recién nacido no hacía más que llorar día y noche. El padre lleno de confianza fué al féretro de Crescencia y arrodillado la rogó que le librase de tanta pena. A la misma hora de hacerse esta oración, el pequeño José cesó de llorar, habiendo desaparecido todo rastro de enfermedad. Josefito se hizo grande con perfecta salud y llegó á ser párroco del pueblo. Aprendió de sus padres á venerar á Crescencia, y para glorificarla, él mismo atestiguó el hecho en la formación del proceso apostólico (1).

(1) Summ n. 24, párrafo 375.

María Teresa Satzger, de la misma ciudad, joven de veinticuatro años, se sentía atormentada hacía tiempo de diversas enfermedades. La debilidad la redujo á tal extremo que no podía ya tenerse en pié. Con mucha dificultad pudo acercarse al féretro, donde oró de esta manera: «Mi buena madre Crescencia, ahora podeis conseguirme de Dios la salud del cuerpo, si agrada al Señor para mi mayor bien. Sí, creo firmemente que Crescencia está en el cielo, y puede obtenerme esta gracia». En un momento la joven se sintió curada, y corrió á su casa, de donde había salido antes como quien pisa carbones, más bien que andando. Todo el mundo pudo convencerse del milagro con sus propios ojos.

Otra mujer muy piadosa Apolonia Metz, que desde los diez años sentía una tentación terrible de odio contra sus padres, no experimentó alivio alguno en ninguno de los ejercicios espirituales, que se la indicaron como remedio contra semejante tentación. Apenas oyó la muerte de Crescencia, corrió á toda prisa al féretro de la Esposa de Cristo, esperando obtener lo que deseaba. También fué oída, pues la tentación cedió enseguida su puesto á un amor filial, tierno y perseverante.

El Miércoles 7 de Abril se procedió á la sepultura. No se observó en el cadáver alteración alguna. La misma hermosura en el rostro, la misma flexibilidad en los miembros, la misma frescura, y la misma fragancia deliciosa que el día de su muerte.

A las seis de la mañana ocho religiosas, trasladaron á su querida madre á la capilla sepulcral sin pompa, como exige el espíritu y costumbre de la orden (1). Precedía la Cruz, después iban las religiosas, el Provincial y unos pocos amigos á puerta cerrada, mientras la única campana del monasterio de cuando en cuando hacía oír su lúgubre sonido. Terminadas las preces de ritual, el cadáver fué depositado en el nicho, y este se cerró aquel mismo día con ladrillos iguales á los demás del pavimento, excepto una piedra blanca señalada con una cruz. El año 1771 á la presencia del párroco, de un notario y dos testigos, se pusieron sobre los ladrillos piedras estucadas, una de las cuales designaba el glorioso sepulcro con esta sencilla inscripción: M. C. H. 1744. En el fondo de la pilastra más próxima se puso esta inscripción: «Aquí yace la reverenda madre María Crescencia Höss, muerta felizmente en el Señor el 5 de Abril de 1744, á la edad de sesenta y dos años».

Muchísimas misas se celebraron en la iglesia parroquial y en la del monasterio por el eterno descanso de la difunta.

(1) El Párroco de la ciudad según cuenta Hoeynck, (página 106) pretendió, que el cuerpo de la Beata fuese sepultado en la iglesia Parroquial conforme á una antigua costumbre. Pero el monasterio, previendo esta dificultad, había obtenido un decreto del Sr. Obispo diocesano, reconociendo el privilegio común á toda la orden. Esta es la razón verdadera porque la sepultura tuvo lugar tan de mañana y como de oculto.

Las emanaciones olorosas duraron todavía y aun hoy no han cesado del todo. Hasta los objetos usados por la Beata, como los libros, las disciplinas, los rosarios y otras cosillas distribuidas por sus manos daban un olor semejante (1). Tres lugares estaban particularmente impregnados de este olor: el sepulcro, la cámara de la superiora en la planta baja donde murió, y la celda que habitó muchos años, convertida después en un verdadero santuario.

Además de las religiosas, han atestiguado este olor millares de peregrinos, algunos en los tres lugares indicados, otros en uno, otros en dos. Alguna vez respiraba esta fragancia uno solo entre todos, otras toda la comitiva. Semejante dicha tocó, por citar algún nombre, á la princesa Antonia de Sajonia y al numeroso acompañamiento que llevaba, compuesto de católicos y protestantes, cuando el 9 y 10 de Marzo de 1775, fué á visitar el monasterio y sepulcro de la Beata.

Otro testimonio nos suministra el Abad Plankstetten, O. S. B., privado del olfato desde niño, quien percibió en dichos lugares la suavidad de estos prodigiosos efluvios. Muchas otras personas nobles y religiosos ilustres, mencionados por el P. Ott, deponen lo mismo, añadiendo que este buen olor en nada se parecía á los otros olores conocidos.

Ahora escuchemos lo que sucedió al P. Ott. «Diré que cuando fui á Kaufbeuren en 1760 yo no percibí

(1) Summ. n. 24, pár. 380-384.

nada, aunque dos señores compañeros míos me dijeron que ellos sentían una fragancia celestial. En 1770 volví allá como confesor ordinario de la comunidad. Esta vez con gran consuelo mío, en la celda y en la cámara de Crescencia sentí un olor incomparable, del todo nuevo para mí, pero solo por dos ó tres minutos. Después no lo he sentido más aunque muchas veces he servido de guía á ilustres personajes en aquellos lugares mismos. En 1774, abriendo la celda al señor de Funkner, respiré de nuevo este aire oloroso, mientras dicho señor le respiró una media hora. Lo mismo sucedió junto á los ex-votos, donde yo no lo esperaba».

Este olor se reproduce de cuando en cuando, aunque raras veces, para deleitar á algunos peregrinos, pero las reliquias le conservan y difunden muy á menudo.

¿No es esta una prueba luminosa de que Crescencia llevó en sí el lírio de los valles, Jesucristo, y de que difundió el divino olor del conocimiento, de la palabra y de la vida de su divino Maestro?

Cada uno de nosotros debe seguir sus ejemplos. Y tú, oh, cristiano, procura llegar á ser cada día más «delante de Dios el buen olor de Jesucristo entre los que se salvan, y entre aquellos que se pierden» (1).

(1) II Cor. 2, 15: Christi bonus odor sumus in iis qui salvi fiunt, et in iis qui pereunt.

CAPITULO VII

***Veneración.—Peregrinaciones.—Conversión
de muchos pecadores (1).***

O fuese por ignorancia, ó por otras razones, el hecho es que en el concierto casi universal que proclamaba muy alto la santidad de Crescencia, se oyeron algunas voces discordantes. Con todo la calumnia no pudo impedir que de día en día se aumentase la veneración hácia Crescencia. Plugo á la divina Providencia ensalzar á quien tanto se humilló, y rodear de gloria el sepulcro de la que pasó gustosa los días en el dolor y bajo la cruz.

La Iglesia en su iluminada prudencia, no ha decretado hasta este año (1900) los honores de los altares á nuestra virgen, pero el pueblo católico desde el día de su muerte no ha cesado de honrarla de mil maneras, y hacer de su sepulcro el término de frecuentes y devotas peregrinaciones. Por lo cual nos atrevemos á afirmar, que ninguno de los santos de estos últimos siglos, ha tenido antes de su canonización un culto tan prematuro, tan fervoroso ni tan popular.

(1) Summ. n. 27: Ott lib. IV, cap. 5. Muchas relaciones semejantes se encuentran también en las cartas del P. Pamer de las cuales se habló ya en las noticias preliminares.

Y hablando de las peregrinaciones se puede decir que empezaron el día del dichoso tránsito de Crescencia. La relación de hechos milagrosos atrajeron á su sepulcro una gran muchedumbre de gentes.

Bien pronto, esto es, á los dos años después de su muerte vinieron á Kaufbeuren, de Baviera, de Suiza, de Bohemia, de Hungría, del Tirol y otras provincias austriacas, y hasta de Italia, devotas peregrinaciones ó para pedir gracias ó para pagar el tributo de su agradecimiento. Los que no podían venir á arrodillarse ante el sepulcro de la Beata mandaban ex-votos y otros objetos destinados á ser monumentos perennes de la liberalidad de la Beata, y de la gratitud de sus clientes.

Desde el día de la muerte de Crescencia hasta el 1779, fueron á Kaufbeuren más de ochenta príncipes ó princesas. Desde el 1770 al 1780 el P. Ott, acompañó treinta y cuatro personajes ilustres, que casi todos habían ido de lejanos países, únicamente por venerar el sepulcro de Crescencia, recibir allí los santos sacramentos y por orar en aquella iglesia, donde se puede decir que pasó su vida.

En la lista de estos augustos devotos, encontramos á la emperatriz María Teresa de Austria, la que no vino en persona, pero mandó ricos presentes y preciosos adornos. Entre los que visitaron el sepulcro figuran el elector de Baviera, Maximiliano José con su mujer María Ana, los príncipes de Sigma-

ringa Hechingen, el elector palatino Teodoro, el príncipe Luis Eugenio de Wurtemberg con su esposa, la margravina de Baden-Baden Ana Augusta, la emperatriz Amelia mujer de José II. A estos se agregan los dignatarios eclesiásticos que siguen: El cardenal Roth, obispo de Constanza, el elector de Tréveris, el obispo de Ausburgo José Hesse Darmstadt, los obispos de Ratisbona, de Chur, de Freisingen, de Chiemsee, el Obispo príncipe de Kempten, Onorio señor de Schreckenstein, el Obispo auxiliar de Paderborn, José Gondola, Obispo de Tempe.

Además encontramos en los registros, que desde Abril de 1744 hasta el 1749, fueron á visitar el sepulcro de Crescencia más de cien Prelados, condes, barones y señores, y de aquel año hasta 1779 encontramos tres mil quinientos cincuenta. Todos visitaban con gran devoción el sepulcro de la Beata y frecuentemente bañaban con lágrimas la piedra que ocultaba á su vista tan precioso tesoro, y lo mismo hacían con el reclinatorio, en el cual tantas veces la Beata había hecho subir hasta el cielo sus fervorosas plegarias. Por lo restante, no fué posible recoger cifras exactas del número de peregrinos entre los cuales figuraban muchos sacerdotes, hombres doctos, oficiales y personas semejantes, por término medio no bajaban de treinta mil al año. Desde que se abrió el proceso de beatificación esta cifra se duplicó, y así es que el año 1779, pasaron los peregrinos de sesenta mil. En el período

de 1772 á 1779, tenemos la cifra redonda de trescientos cincuenta mil. La mayor parte de los peregrinos confesaban y comulgaban.

La capilla algún tiempo tan desierta, no podía ya contener tanta gente. Por la mañana se sucedían las misas sin interrupción, de las cuales en los diez años que estuvo de confesor el P. Ott, se pedían más de tres mil al año por la intención de *Crescencia*.

En cuanto á los ex-votos y otros objetos de devoción ofrecidos en honor de la Beata, no es posible enumerarlos. Siete años después de su muerte se contaban ya seis mil, muchos de ellos de cera: después en el año 1775, el número se cuadruplicó. Obedeciendo los decretos de la Santa Sede, dichos objetos se quitaban enseguida de la Iglesia y se colocaban en armarios destinados á este objeto, de los cuales se llenaron veintidos. En 1779, había ya dos mil setecientos setenta y cuatro objetos de oro y plata; y figuras de cera, cuadros, estampitas, agujas tragadas sin daño alguno para el cuerpo etc., testimonios elocuentes de las gracias obtenidas por la intercesión de nuestra Beata, había una cantidad incalculable, y todos estos dones eran enviados no solo de todas las provincias de Alemania y de Austria, sino de Suiza, de Italia, de Malta y de Rusia.

Por honrar la memoria de la santa vírgen, regalaban además joyas, sártas de perlas, piedras

preciosas, adornos y vasos sagrados. La Emperatriz María Teresa y la princesa de Baviera, regalaron cada una de ellas, una casulla bordada por sus propias manos.

La Alemania del Norte no se mostró menos entusiasta en honrar á la humilde franciscana. Por un edicto de Clemente Augusto, Obispo príncipe de Colonia, Obispo de Paderborn, Münster é Hildesheim, fechado el 14 de Julio de 1754, se ordena al Vicario de Paderborn que examine oficialmente las curaciones obtenidas mediante la invocación de Crescencia.

Otro tanto hemos sabido por cartas del P. Pamer dirigidas al superior de la misión de los Jesuitas en el Tirol. Estas cartas escritas en latín, tratan exclusivamente, se puede decir de hechos acaecidos en Kaufbeuren desde 1755 á 1762. En cada una de ellas se retienen nuevos milagros, nuevas gracias y nuevas visitas de personajes ilustres. Por centenares se cuentan las gracias concedidas, entre las cuales hay curaciones ruidosas, reconocidas como milagrosas por los médicos, ó bien se muestran cumplidas las profecías hechas por la Beata, las abjuraciones obtenidas por su intercesión y cosas semejantes. Muchas de estas gracias fueron comunicadas ó á las religiosas ó al mismo P. Pamer, ó bien fueron declaradas auténticas por personas conocidas como el ab. Javier de Plankstetten. Las otras cartas hablan de la vida y de las

virtudes de la sierva de Dios. El P. Pamer defiende á la Beata en el asunto de las imágenes del Espíritu Santo, afirmando que la había oído decir que para ella sería una fortuna que el Sr. Obispo de Ausburgo, ó el Santo Padre las hubiese hecho quemar.

De esta manera glorifica el Señor á su amada y humilde sierva después de más de ciento cincuenta años. Es verdad que con la clausura del Colegio de los Padres Jesuitas donde los peregrinos se confesaban, ha disminuido mucho el número de los fieles, pero no se ha acabado el concurso, como lo atestiguan los ex-votos y otros regalos que después de la secularización del monasterio llenan de nuevo los veintidos armarios, ya desocupados antes, y vienen á demostrar la gratitud por beneficios temporales recibidos por intercesión de la Beata. Más importantes que los bienes temporales son las gracias que miran á los intereses del alma. Si, como dicen algunos Padres de la Iglesia, llevar á Dios un pecador endurecido en el pecado es una obra más grande que volver la vida á un muerto, qué deberemos decir de la humilde capilla, consagrada primero por cuarenta años de oración, y después con los restos mortales de Crescencia, donde tantos muertos á la gracia divina han recobrado la vida verdadera? Muchas de estas conversiones fueron un secreto de conciencia, y sin embargo, las relaciones de los Padres Pamer y Ott, nos dán una idea de ellas. Este

último escribe: «El P. Pamer que después de la muerte de Crescencia trabajó por espacio de veinticinco años en el monasterio de Maieroff y recibió un sin número de confesiones y confidencias, decía que las gracias concedidas á las almas por intercesión de Crescencia eran mucho más numerosas que las temporales. Yo, que hace diez años que ocupo su lugar, soy del mismo parecer. Junto al sepulcro de Crescencia se verifican muchas conversiones. Pecadores desesperados hasta el punto de haber firmado un pacto con el demonio con su propia sangre y diabólicamente no hacían más que añadir delitos á delitos, se han vuelto á Dios al lado de este sepulcro. Sin violar el secreto de la confesión puedo aducir innumerables pruebas. Algunos han dejado por escrito un atestado de haber venido aquí de países lejanos solo por confesarse. Otros, obstinadísimos, se han sentido en esta capilla movidos á contrición, y después de lavar su alma en las aguas de la Penitencia se han marchado contentísimos. Muchos, que no se habían confesado bien, atormentados por los remordimientos repararon el mal con una sincera confesión. Una persona se sintió movida á confesar algunos pecados que había callado siempre en sus confesiones, pero después de una violenta lucha consigo misma, se dejó vencer del enemigo, y se preparaba ya á salirse de la iglesia. En el umbral mismo una mano invisible la detiene, y por más que hizo para librarse de ella, tuvo al fin

que ceder espantada de la fuerza misteriosa que la mete de nuevo en la Iglesia, de la cual ya no salió sino después de haberse reconciliado con Dios. Muchos pecadores, esclavos de malas pasiones desesperando de su conversión, sintieron aquí romperse sus cadenas y se volvieron buenos cristianos. Las más peligrosas tentaciones, en especial contra la castidad, se calman y desaparecen: los escrupulosos, víctimas de una melancolía infausta y aun los débiles y los que padecían de la cabeza, recobraron la calma del espíritu y la paz del corazón. Entre estos recuerdo á una mujer que por espacio de siete años sufrió penas indecibles sin poder encontrar nunca un alivio».

Una viuda, primero rica y después perseguida por la desgracia, se vió reducida hasta el extremo de ser arrojada de casa por no poder pagar el alquiler. Llevada de la desesperación comenzó á caminar á lo largo del río, hasta que habiendo encontrado un sitio á propósito se arrojó allí de cabeza. De pronto una mano invisible la sacó y la trasladó á la orilla mientras que una religiosa se alejaba de allí á toda prisa, huyendo como una sombra. «Debe ser Crescencia á quien he invocado», pensó la infeliz. Arrepentida del hecho concibió el deseo de confesarse, yendo en peregrinación á Kaufbeuren. Desde aquel día sus negocios tomaron mejor aspecto, encontró la casa y los medios de subsistencia para llevar una vida más tranquila. Con frecuencia iba á dar gracias á la

que la había salvado juntamente la vida del alma y del cuerpo.

Una conversión ruidosa, atribuida á Crescencia, es la de un delincuente que por su familia y riquezas tenía una posición envidiable. Se llamaba Estéban Weinrauch, ajusticiado en Oberndorf el 14 de Septiembre de 1754. Los detalles nos los han proporcionado dos escritos contemporáneos, uno de Juan Kogl, párroco de Oberndorf con la fecha de 16 de Octubre de 1754 y otro de la Madre Joaquina de 27 de Octubre del mismo año, ambos conservados en los archivos del monasterio.

Cuando Estéban fué encarcelado tenía una hija de tres años y cinco meses. Aunque tan pequeña, Federica tenía una tierna devoción y un afecto particular hácia Crescencia. En la hora misma en que su padre fué preso por la justicia, la pequeñita se cayó por unas escaleras, y se la creyó muerta. La desgraciada madre, doblemente probada, invocó á Crescencia. La hijita abrió los ojos y dijo: «Mamá yo me he caído por las escaleras, pero Crescencia vino tras de mí y me ha ayudado». Sin embargo Federica quedó gravemente herida. En las tres semanas que duró la cura no dejó nunca el rosario ni la imagen de la Beata, rogando fervorosamente por su padre encarcelado. De cuando en cuando la pequeña se volvía hácia la madre y la decía: «Papá no volverá más á casa, morirá é irá donde se halla Crescencia. También yo moriré é iré con Crescencia». La

muerte no tardó en arrebatarse este ángel á la tierra. Tres horas antes de morir Federica dijo á su madre: «Mamá descorred las cortinas para que pueda entrar Crescencia». Después alzando su manita como señalando «donde estaba Crescencia» se lanzó al cielo, dejando caer su cuerpo en la cama, y estrechando contra su corazón el rosario y la imagen de su amada Santa.

Volviendo al padre objeto de tan fervorosas plegarias, todo hacía preveer que sería ajusticiado sin reconciliarse con Dios: cuando con admiración de todos, luego que fué pronunciada la sentencia, llamó al P. Pamer, porque había sido el confesor de Crescencia. Hizo su confesión general con grande arrepentimiento, dando muchas gracias á Dios primero y después á Crescencia por su conversión. Subiendo al patíbulo llevaba en la mano una imagen de Jesús con la cruz á cuestas y un crucifijo de madera que había pertenecido á Crescencia. En el dolor producido por el recuerdo de sus pecados encontró la fuerza necesaria y el valor para pedir perdón de sus escándalos y lo hizo con palabras tan conmovedoras que arrancó lágrimas á todos los presentes. Después con pié firme subió al patíbulo, y murió de una manera tan edificante que según el sacerdote que le asistió, no se tenía memoria de una ejecución capital que hubiese producido efectos tan saludables.

Habiéndose sabido en Maierhoff la hora de la ejecución todas las religiosas se pusieron á hacer el

Via-Crucis. Llegadas á la octava estación, donde como recordará el lector, el pintor había retratado á Crescencia entre las hijas de Jerusalén, se vieron cambiar las facciones de la Beata. «Su rostro, dicen las hermanas, apareció sobremanera hermoso de color rojo, amable y radiante, como raras veces habían visto á Crescencia, y eso solamente en circunstancias extraordinarias de su vida. Este cambio duró lo menos una hora, después lentamente los colores se fueron amortiguando y la pintura recobró el aspecto ordinario. Nosotras llorábamos de alegría y de espanto deduciendo de este hecho alegres auspicios, esperando buena suerte para Estéban Weinrauch. Volviendo al cuadro, los ojos al principio parecían estar encendidos é hinchados como de quien ha llorado mucho; eran visibles dos lágrimas una entera y otra disuelta. La entera se había detenido sobre la mejilla derecha próxima á la nariz, dejando ver su huella húmeda del lado derecho del ojo. La otra á la parte opuesta se había disuelto, partiendo del lado izquierdo del ojo había trazado una línea bañada hasta la extremidad inferior de la mejilla. Las lágrimas se pudieron observar en el cuadro desde las ocho á las diez de la mañana».

«De todo esto damos fe, firmándolo de nuestro puño y letra, sellándolo con el sello de nuestra casa de Kaufbeuren, convento de Maierhoff de la Orden Tercera de S. Francisco á 27 de Octubre de 1754 (1).

(1) Firma la Superiora y ocho religiosas.

Y ved aquí como la humilde virgen de Kaufbeuren se nos presenta con la frente adornada con doble corona de gloria, de gloria celestial y de gloria terrena, según lo que dice el Profeta: «El que siembra llorando, recoge con alegría, al ir á sembrar, llora, pero al volver con los haces en las manos, viene con regocijo» (1).

(1) Psal. 125, 5, 6. Qui seminant in lacrimis, in exultatione metent. Eunt ibant et flebant, mittentes semina sua, venientes autem venient cum exultatione, portantes manipulos suos.

CAPÍTULO VIII

Algunos milagros (1).

La curia episcopal de Ausburgo no podía permanecer silenciosa ante unas demostraciones tan vivas de devoción ni quedarse indiferente á la relación de las gracias maravillosas, que se decían conseguidas por la intercesión de la religiosa difunta. Entre el 1770 y el 1780, el Sr. Obispo mandó que se extendiese un acta de los milagros obrados. Cada cual se apresuró á suministrar las noticias necesarias, pero por falta de forma ó por el caracter especial de tales relaciones no pudieron servir para la beatificación las noticias recogidas. El Sr. Obispo auxiliar no sabiendo donde colocar tantas cartas pidió á la S. Congregación de Ritos, permiso para quemarlas, y á lo que parece las quemó.

El P. Ott habla de estas relaciones y según se expresa estaba persuadido de que no se registraron ni la mitad de los milagros. En el monasterio se conservan centenares de atestados, baste decir, que solo en el año 1779 se recibieron doscientos

(1) Summ. n. 27, párraf. 1-38.

treinta de ellos. El señor Hautzenstein recogió en su distrito más de ochenta certificados. Se necesitaría un grueso volumen para contar los milagros más importantes. Se obtuvieron señalados favores á la simple invocación, ó con la aplicación de una reliquia de la Beata, como rosarios y otros objetos benditos pasados por sus manos.

En las actas de beatificación se encuentran más de treinta milagros, de los cuales ocho fueron examinados según todas las formas canónicas, y reservados para la beatificación. Referiremos estos últimos según el extracto que se halla en el sumario de las Actas (1).

María Francisca Prix (2) hija de un médico de Ottobeuren estaba atormentada hacia trece años por una fístula. Echaba de la parte enferma un pus infectante que era insufrible; la llaga la producía fiebres violentas y por último se hizo gangrenosa. El hermano de la enferma que también era médico en Eschingen, consultó con un afamado cirujano. Este opinó que se hiciera enseguida la operación, pero sin ocultar que se perdería el ojo infaliblemente. A este triste anuncio la enferma invocó á Crecencia en su socorro, y prometió (Enero de 1773) que mandaría un ojo de plata á su sepulcro. Sin

(1) N. 27, párraf. 1-8.

(2) Este milagro y el siguiente fueron aprobados por el Decreto 11 de la S. Congregación.

Otro remedio que su oración fervorosa, la llaga y la fistula desaparecieron con gran admiración de los médicos.

Una viuda de Fengen, Magdalena Kollmann tenía un tumor en el pecho, que había ocultado á todos, hacía ya diez años. Al fin el dolor agudo la obligó á manifestar su mal al célebre médico Appin de Kaufbeuren. Este se apercibió al punto de lo que se trataba, era un cancer ya avanzado, para el cual era necesario la operación. Magdalena asustada con esa idea corrió al sepulcro de Crescencia. El señor Appin á la mañana siguiente no encontró ni la más pequeña señal del horrible cancer y por esto dió testimonio con juramento de ser milagrosa á aquella curación.

María Josefa Herterich de Heimenogg de año y medio de edad se rompió la espina dorsal por efecto de una caída, de manera que en la espalda salía una giba de un palmo de ancha. La niña estaba siempre llorando y no podía estar ni sentada ni acostada. Los padres se encomendaron á Crescencia prometiendo ir en peregrinación á su sepulcro, y mientras tanto se procuraron agua en que se había sumergido un rosario de Crescencia, y pusieron su imagen sobre la giba. ¡Milagro!. Cesó el dolor, y con el dolor la hinchazón, la columna vertebral recobró su dirección ordinaria, y así la niña pudo andar sin dificultad. María Josefa no dejó ningún año de ir á visitar á su bien-

hechora. Diez y siete testigos han referido este hecho con juramento.

María Ana Oegg de Nassenbeuren en las cercanías de Mindelheim, de sesenta y cinco años de edad, hacía trece ya que padecía de una hernia peligrosa que dos veces la había puesto á las puertas de la muerte. Por dos veces la salvó el cirujano Carlos Andrés Hauser, pero el 21 de Febrero de 1772, la hernia se puso de tal modo que el cirujano tuvo por segura la muerte, y mandó que la administrasen los últimos Sacramentos. Se detuvo todavía cinco horas para aliviarla, después perdida toda esperanza, se marchó á sus quehaceres. La fiebre violenta, los vómitos continuos, la inflamación, todo anunciaba una próxima catástrofe. El 29 de Febrero no pudiendo sufrir más los dolores, la infeliz mandó á un hijo suyo que fuese á llamar al cirujano, pero conociendo éste que nada podía hacer, no quiso ir. Pero la señora de este dijo al hijo de la enferma. «Dime, tu madre no tiene confianza en la amada *Crescencia* de Kaufbeuren? Esta ha curado á tantos enfermos. Yo te daré una reliquia suya». Y le dió lo que vulgarmente se llama, «polvo de *Crescencia*» esto es, hojas pulverizadas del peral en que Nuestro Señor se la apareció. La moribunda tragó el polvo y en seguida cesaron los vómitos y la fiebre, las vísceras se recogieron por sí solas, y la vino un dulce sueño. La mañana siguiente estaba perfectamente curada.

Este milagro está atestiguado por catorce testigos, entre ellos el cirujano, Ana María con su marido y su hijo.

Ursula Schmidt de Langenfeld tenía los pies inutilizados y llenos de llagas, tanto que el médico quería proceder á la amputación. La pobrecita llena de confianza envolvió al pié derecho un rosario que la había dado la misma Crescencia, y á la mañana siguiente estaba curado. Al pié izquierdo hizo lo mismo, con igual fe y con idéntico resultado. Cinco testigos confirmaron la verdad del hecho.

Una doncella de diez y nueve años llamada Isabel Russ del país de Wasserlos, en el año 1774 enfermó de atritis y se puso hinchada como un odre. Tres horas después de recibir los últimos Sacramentos entró en la agonía. La madre de Isabel llena de dolor mandó á pedir al buen príncipe Luis Eugenio de Würtemberg que se encontraba entonces en Wasserlos, que diera por caridad, á una madre desesperada, alguna reliquia de la venerable Crescencia, cuya tumba había visitado. El Príncipe, inspirado de lo alto, fué á toda prisa á visitar á la enferma, muy próxima ya á morir, y exhortó á la madre á tener confianza en la intercesión de Crescencia. Esperó á que llegase la agonía. Estando ya en los últimos, dió á la moribunda un poco de agua de Crescencia, y puso sobre su cuerpo una partecita del hábito de la Sierva de Dios. El dolor y la hinchazón empezaron en seguida á disminuir y á

medida que la partecita del hábito tocaba esta ó la otra parte del cuerpo cedía el mal, y los contornos de la figura contrahecha de Isabel recobraban su habitual expresión «más velozmente que el pensamiento», como dijo el Príncipe. Este señor, y ocho testigos más, entre ellos uno protestante, Margarita Glaser han atestiguado con juramento el milagro.

Sor María Sofía de Badmann, religiosa de la Orden Tercera de San Francisco, en el monasterio de Meckingen, diócesis de Constanza, padecía de timpanitis hacía ya cuatro años. En fuerza de cuidados se consiguió alguna mejoría, pero en Diciembre de 1770 el mal recrudeció en términos que, según el doctor Flacho, no había ninguna esperanza de curación. En la noche del 11 al 12 de Enero de 1771 se manifestaron síntomas alarmantes. La mañana siguiente á las nueve llegó el confesor á quien Sor María Sofía pidió permiso para dejar todas las medicinas que resultaban inútiles, y sustituirlas con la invocación de *Crescencia*, y con el uso de su polvo. El confesor consintió en ello á condición de pedir la salud únicamente por la gloria de Dios, y la salvación eterna de la enferma.

El confesor se marchó á las diez. En aquella hora la religiosa tomó un poco de polvo invocando á la Beata. Bien pronto, en lugar de la inapetencia completa que tenía hacía ya varios años, sintió deseo de comer algo. Después de haber comido,

ayudada por dos enfermeras probó á levantarse de la cama, y en aquel momento se sintió tan fuerte, que tirando el bastón salió festiva al encuentro de las hermanas que iban á visitarla. Se llamó de nuevo al confesor que corrió en seguida al monasterio en la persuasión de que se le llamaba para la recomendación del alma de su penitente. Cualquiera puede imaginarse su sorpresa al ver venir á su encuentro, á la que una hora antes habfa dejado sin movimiento en su cama. Todo conmovido hizo cantar al momento el *Te-Deum*. Sor María Sofía se puso ya los vestidos de costumbre, y á la cabeza de todas sus hermanas, fué á la iglesia, donde su voz sobresalía entre todas las otras. Se pudo hacer constar que el grueso tumor, duro como una piedra, habfa desaparecido sin desprendimiento de la materia, así que la curación fué radical. Sor María Sofía, desde entonces en adelante, siguió los ejercicios todos de la comunidad, de la cual llegó á ser superiora. Los médicos Flacho y Conrado de Wogau consignaron por escrito que esta curación superaba todas las fuerzas de la naturaleza.

Un aldeano de Schwábishofen Jörge Frei, hacía seis años que padecía de una hernia de la peor especie. El cirujano Jacobo Velder á toda costa quería hacer la operación. Antes de llegar á ella Frei recurrió á Crescencia, prometiendo hacer un regalo á su sepulcro é ir en peregrinación á la capilla de Maierhoff. Mientras oía la misa, el mal

desapareció sin dejar rastro alguno. Diez años después, este hombre lleno de salud, tomó parte en el proceso apostólico y con él prestaron juramento el cirujano, la mujer y los padres del curado.

El lector no nos perdonaría si nos detuviéramos aquí, sin decir una palabra de uno que otro milagro entre tantos como figuran en el proceso ó fueron consignados por el P. Ott y las religiosas (1).

José Martín, aldeano de Oberbeuren, quedó curado instantáneamente el día 18 de Agosto de 1778, de una lepra incurable que le había atormentado mucho.

Jacobo Lang, de Trauchau, tenía un mal muy grave en los ojos, que los médicos calificaron de incurable: fué curado de repente en el año 1782, por intercesión de la Beata.

Crescencia Schlüssler, niña de cuatro años, diocesana de Ausburgo, se había clavado un cuchillo en un ojo el 1779, ojo, según el cirujano, hermoso pero perdido. Una noche la niña fué enteramente curada sin dejar en el ojo más que una señal inocente, como recuerdo del accidente pasado, y de la gracia recibida por intercesión de Crescencia.— Algunos otros niños obtuvieron perfecta curación de un modo semejante.

En 1785, Francisco Reisberger de Klingen, loco furioso hacia siete años, fué curado de locura completamente y para siempre.

(1) Summ, núm. 23, párraf. 9-38.

La señora Verónica Goldhammer de Munich, tenía una postema gangrenosa en el cuello. Los médicos más famosos declararon que el mal era incurable. Con la invocación de Crescencia la enferma se sintió curada, enseñando después á quién quería verlo, el certificado de su milagrosa curación firmado por el médico.

Un anciano de sesenta años Juan Bautista Leger, ciego hacía seis años, se hizo llevar por un vecino suyo al sepulcro de la Beata. Volvió sólo á su casa curado instantáneamente (1787).

El milagro que vamos á contar no consta en las actas de la Beatificación, aunque si fué examinado oficialmente por orden del príncipe Obispo de Ausburgo, Raimundo Antonio. El acta se conserva en los archivos episcopales.

El P. Ott, habla de él por extenso, pero nosotros no haremos más que compendiarle.

Francisca Magdalena Oberhofer, nacida en Straubing el año 1711, profesa desde el 1730 en el monasterio Ostenvorstad, junto á Eichstadt, venía padeciendo ya una, ya otra enfermedad y hacía veinte años tenía paralizado todo el lado derecho. El 20 de Octubre de 1763, sobreviniendo violentos dolores al pecho, la sangraron más de diez veces. Muchas veces pareció estar al borde del sepulcro, tanto que se la administraron repetidamente los últimos sacramentos. Cuando los dolores se hacían más violentos la enferma tomaba un poco de polvo de Cres-

cencia, y cinco á seis veces encontró con ello gran alivio. El 22 de Diciembre su debilidad inspiró serios temores por haber sobrevenido desvanecimientos. Se comenzaron á rezar las preces por los agonizantes. Durante un desmayo pareció á Magdalena, que tomaba vida un retrato de Crescencia colocado frente á su cama. La Beata la dijo: «Vos no morireis, porque Dios no quiere, vivireis, aún, pero para sufrir». La enferma se sentía forzada á repetir en voz alta las palabras que oyó, y para ello pidió permiso al confesor. Después volviéndose á él le dijo: «Padre, no continueis más la recomendación del alma, yo no muero, no puedo morir». Se incorporó sin ayuda de nadie, se enjugó ella misma el sudor de la muerte sobre la frente y pidió que la dejasen vestirse. No se lo permitieron ni el confesor ni la superiora. Después de haber comido, recitó el *Te Deum*, y durmió tranquilamente hasta el día siguiente. Al despertar, después de una inmovilidad que duró nueve semanas, se levantó ella sola, asistió á la Misa y cantó alegremente el *Te Deum* junto con la comunidad.

Más de diez religiosas, el cirujano Hafner, el médico Starkmann que había asistido á la hermana por espacio de veintiún años, y un hijo suyo también médico, han dejado un documento jurado acerca de la verdad de lo sucedido.

Miguel Dollinger hacía cuarenta y dos años que tenía una hernia horrible que muchas veces le había

puesto en peligro de muerte. Al fin en un peligro de estos fué abandonado por los médicos. Invocó á la Beata y al momento no solo cesó el peligro, sino además en pocos días no quedó ni rastro del mal que había padecido.

Una niña protestante, Eufrosina Hag, nacida en Kaufbeuren, á los tres ó cuatro años de edad, perdió completamente la vista. María Acklsperger, criada católica, comenzó una novena en honor de Crescencia visitando todos los días su sepulcro, donde llevó una vez á la ciega, y bañó sus ojos secos y cerrados con el agua de Crescencia, pidiendo su curación. El décimo día, á las ocho de la mañana, Eufrosina abrió sus ojos, tan claros, tan bellos y tan vivos, como no se hubieran podido desear mejores. Esto sucedió el año 1766. Toda la ciudad, escribía el P. Ott, sabe lo ocurrido y podrían dar todos testimonio de ello, aunque alguno no vea en eso milagro. La niña disfrutaba de buena salud cuando á la edad de siete años, enfermó de viruelas, y se fué al otro mundo.

Dejamos otros muchísimos milagros ruidosos de los cuales hay vários que ni siquiera están consignados en el original alemán. Hasta hoy mismo Crescencia es invocada en favor de los mortales. Las más de las veces se la piden gracias con la promesa de hacer una peregrinación á su sepulcro ó con el ofrecimiento de un ex-voto. Las gracias son siempre proporcionadas á la fé del que las pide. Sus hijas nos

aseguran que no pasa semana sin recibir ó atestados de gracias, ó testimonios de gratitud ó regalos. Muchos de los favorecidos por la Beata, viven todavía, pero no habiendo tomado sus declaraciones la autoridad eclesiástica, nos abstenemos de hablar de ellos.

Tén tú también, ó lector, gran confianza en la intercesión de Crescencia, tan poderosa ante el trono de Dios. Así la Iglesia triunfante tiende su mano piadosa á la Iglesia militante, porque según el apóstol Santiago. «La oración perseverante del justo, puede mucho en el corazón de Dios».

(1) Jacob, 5, 16: *Multum valet deprecatio justii assidua.*

CAPITULO IX

*Proceso de Beatificación. Apertura del Sepulcro.
Solemne Beatificación.*

Benedicto XIV por su breve de 15 de Octubre de 1745 significaba al Obispo de Ausburgo, de que se anduviese sin precipitación al formar el proceso de la vida y virtudes de la sierva de Dios Crescencia, y que por el contrario considerada la gran veneración, que el pueblo manifestaba hácia ella era menester retardarle más de lo ordinario. Por consecuencia de este breve, el príncipe Obispo José, y después Clemente Wenceslao, se creyeron en el deber de poner resistencia á las demandas hechas por personajes respetables, como el príncipe Obispo de Colonia, Clemente Augusto, el Obispo de Freising, Teodoro, duque de Baviera y el cardenal de Rodt, los cuales querían á toda costa que se abriese el proceso eclesiástico para ver beatificada, á la que por tantas razones consideraban como Santa.

Los pareceres favorables de hombres doctos y piadosos como el del P. Manuel Azevedo de la Compañía de Jesús, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, (11 de Mayo de 1754) quedaban sin efecto.

Por fin el 3 de Julio de 1775 Clemente Wenceslao cedió á las demandas unánimes, y nombró una comisión episcopal. Esta comisión estaba compuesta del prepósito de la Catedral de Ausburgo, barón de Ungelter, del consejero eclesiástico Celestino Nigg, de tres párrocos de los contornos de Kaufbeuren, y del notario apostólico Juan Schwiecker. Por parte de la Orden y del convento se encargó al ex-provincial Francisco Ortlieb para actuar en esta causa.

La sesión se abrió el 16 de Mayo de 1775 en el monasterio de Kaufbeuren, y se cerró el 12 de Julio de 1777, después de 229 audiencias y la declaración de treinta y cinco testigos. Las actas no se mandaron á Roma hasta el otoño de 1778, con la petición de que se aceptase la causa y comenzara el proceso apostólico. Fueron nombrados postuladores de la causa, el P. Filiberto Obvexer, de la provincia franciscana de la Alta Alemania, procurador en Roma de las provincias germano-belgas, y el Señor Adrian Tissón, encargado de negocios del monasterio de Kaufbeuren. Merced á las instancias de estos dos agentes, el Santo Padre el 4 de Mayo de 1785 nombró una comisión con objeto de comenzar el proceso apostólico, es decir, de examinar los hechos, y de interrogar de nuevo á los testigos.

Eran miembros de esta comisión, el Obispo auxiliar de Ausburgo Mons. Ungelter, el consejero ecle-

siástico Nigg, y seis abades de diferentes Ordenes. El franciscano Meinrado Kiening representaba al monasterio.

La sesión se abrió en Kaufbeuren el 30 de Julio de 1785, y se cerró en Ottobeuren el 20 de Julio de 1790, después de 229 audiencias, y de haber oído á treinta y siete testigos, cuyas declaraciones ocupan ocho gruesos volúmenes en fólío.

Al final del proceso apostólico, ó sea el 1.º de Octubre de 1788, la comisión, juntamente con dos médicos, dos cirujanos y algunos operarios, procedió á la apertura del sepulcro, en secreto para evitar la excesiva concurrencia del pueblo. A puertas cerradas fueron llamadas cuatro religiosas de las más ancianas, las cuales, después de prestar juramento, fueron examinadas separadamente acerca del lugar, donde reposaba el sagrado cuerpo. Al mismo tiempo se prohibió bajo pena de excomuni6n, tomar nada, ni del sepulcro ni de los restos mortales. El notario leyó la descripción del sepulcro, y enseguida se abrió. Los muros estaban húmedos á causa de un manantial que pasaba muy cerca de allí; la caja estaba hecha pedazos, el cuerpo enteramente deshecho, y los huesos aparecieron mezclados con tierra. Los médicos colocados los huesos juntos, estendieron su relación sobre el estado en que habían visto los restos mortales de la santa religiosa, sepultada hacía cuarenta y cuatro años. El día siguiente, las reliquias fueron encerradas en dos

cajas, una de las cuales, más pequeña, de nogal revestida de zinc contiene los huesos principales, y una vez sellada, fué puesta en un hueco ó concavidad al lado del altar mayor; la otra que encierra las partículas de huesos mezclados con tierra fué colocada hácia la puerta. El sepulcro fué cubierto con una tabla de marmol.

El 21 de Agosto de 1793, la Sagrada Congregación de Ritos dió un decreto reconociendo por válidos los dos procesos. Largas discusiones precedieron á la introducción de la causa. El Promotor de la Fé se apoyaba en el Breve de Benedicto XIV respecto á las imágenes del Espíritu Santo, y á los objetos benditos distribuidos por Crescencia, para impedir la introducción de la causa (1). En la audiencia de Mayo de 1782, no se decidió nada: solamente se confió al Obispo auxiliar de Ausburgo el encargo de abrir una investigación sobre semejante punto y algunos otros. Lo que fué ejecutado pronto.

En el 1787, la cuestión *de fama sanctitatis* fué resuelta favorablemente. Entonces se puso mano á las indagaciones difíciles é importantes relativas al heroísmo de las virtudes teologales y cardinales. Después de los preliminares y dos sesiones preparatorias, se reconoció el 28 de Julio de 1801 que la Beata había ejercitado dichas virtudes en grado

(1) Véase Lib. II, cap. 6 de esta obra.

heróico. Esta decisión fué aprobada por Pío VII y publicada el 2 de Agosto de 1801.

Las revoluciones políticas de los años siguientes y otras circunstancias, hicieron dormir la causa otros ochenta años.

Faltaba todavía la prueba canónica de dos milagros hechos por Dios, á intercesión de Crescencia. Solamente quien ha asistido á una de tales discusiones puede formarse idea de la prudencia extremada de la Santa Sede, en semejantes materias. Los dos milagros, con el estado del enfermo antes y después de la curación, deben estar confirmados al menos por tres testigos jurados. Por otra parte, el hecho de que sola la Beata fué invocada y de que no se emplearon otros medios, pide las mismas pruebas y los mismos testigos. Para demostrar estos tres puntos, hace falta responder á tantas preguntas, que un milagro, aunque sea evidente, con dificultad sale adelante intacto del crisol del interrogatorio, si la relación no está concebida con la mayor circunspección.

Después de tantos años la Santa Sede puso de nuevo á exámen la causa de beatificación, nombrando postulador al P. Gaudencio, defininidor general del Orden franciscano, é instituyendo una comisión que conociese en vários hechos maravillosos. Esta comisión presidida por el Obispo de Ausburgo, tuvo 83 sesiones desde el 31 de Octubre de 1884 al 9 de Julio de 1885, tomando declaración

á cincuenta testigos. Las actas, cerradas y selladas solemnemente, fueron enviadas á Roma, y la Sagrada Congregación de Ritos, después de un exámen muy minucioso y severo, con la fecha de 10 de Marzo de 1900, dió el decreto *super virtutibus*; con fecha de 23 de Marzo de 1900, reconoció como verdaderos dos milagros obrados por intercesión de la Beata, y por fin, con la misma fecha, salió el decreto que faltaba *tuto procedi potest*, á la beatificación, que tuvo lugar este mismo año con gran consuelo de la Alemania católica y del Orden seráfico.

En el momento de despedirnos de esta vírgen angélica, séanos permitido dirigirla estas pocas palabras: Oh Virgen bendita, oh lirio de caridad, aceptad este mi trabajo, aunque muy imperfecto. En los malos tiempos que atravesamos protejed con vuestras oraciones á las Ordenes religiosas, como durante vuestra vida mortal las servisteis con vuestra virtud de ejemplo y de decoro. Si mi obra no os es del todo desagradable, estended hácia mi vuestra mano protectora y haced que mi vida y mi muerte, á ejemplo vuestro, sean el eco de la enseñanza de S. Pablo: Vosotros estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (1).

(1) Coloss. 3, 3. Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo.



INDICE

	Páginas.
<i>Prólogo del traductor.</i>	3
<i>Prólogo de la primera edición alemana.</i>	7
ADVERTENCIA: <i>Fuentes de donde hemos sacado las noticias para la compilación de esta vida.</i>	13

LIBRO PRIMERO

Vida de la Beata Crescencia en la familia y en la Religión.

<i>Capítulo primero.</i> Su familia y nacimiento.	31
<i>Cap. II.</i> La hija de la gracia.	38
<i>Cap. III.</i> Crescencia modelo de la virgen cristiana.	51
<i>Cap. IV.</i> El monasterio de Maierhoff.—Vocación milagrosa.	60
<i>Cap. V.</i> El año de la prueba.	76
<i>Cap. VI.</i> La fosa de los leones.	94
<i>Cap. VII.</i> La liberación.	109
<i>Cap. VIII.</i> Continúa la vida religiosa de Crescencia.	119

LIBRO SEGUNDO

El retrato de las virtudes heroicas de la Beata.

<i>Capítulo primero.</i> La fé fundamento de su vida.	139
<i>Cap. II.</i> La esperanza, su fuerza.	162
<i>Cap. III.</i> Caridad inagotable.	177
<i>Cap. IV.</i> El Santísimo Sacramento, su paraíso en la tierra.	203
<i>Cap. V.</i> Cómo Crescencia traía de continuo en el corazón la vida y la muerte del divino Maestro.	223
<i>Cap. VI.</i> El Espíritu Santo, dulce huesped del alma de Crescencia.	236

	Páginas.
<i>Cap.</i> VII. Devoción de Crescencia á la Madre de Dios, á los Angeles y á los Santos.	247
<i>Cap.</i> VIII. El don de oración y contemplación.	266
<i>Cap.</i> IX. Cómo Crescencia amaba á Jesucristo en todos los hombres.	283
<i>Cap.</i> X. Cómo Crescencia amaba y socorría á las almas del Purgatorio.	302
<i>Cap.</i> XI. Su ánimo y su amor á la Cruz.	312
<i>Cap.</i> XII. Crescencia crucificada con Jesucristo por medio de la mortificación y de la penitencia.	324
<i>Cap.</i> XIII. Cómo la humilde sierva del Señor escogía siempre el último lugar.	334
<i>Cap.</i> XIV. Cómo practicaba Crescencia la obediencia.	349
<i>Cap.</i> XV. Crescencia un ángel en carne.	360
<i>Cap.</i> XVI. Con cuánto esmero practicaba Crescencia la pobreza.	367

LIBRO TERCERO

**Celo de Crescencia por la salvación de las almas;
su muerte; su veneración después de muerta.**

<i>Copitulo primero.</i> Crescencia maestra de novicias.	379
<i>Cap.</i> II. Crescencia Superiora.	390
<i>Cap.</i> III. Su influencia fuera del Monasterio.	403
<i>Cap.</i> IV. Don de profecía y de curaciones.	417
<i>Cap.</i> V. Ultima enfermedad, y dichosa muerte de la Beata Crescencia.	434
<i>Cap.</i> VI. Hechos acaecidos después de la muerte de Crescencia; su sepultura.	449
<i>Cap.</i> VII. Veneración. — Peregrinaciones. — Conversión de muchos pecadores.	456
<i>Cap.</i> VIII. Algunos milagros.	468
<i>Cap.</i> IX. Proceso de Beatificación. — Apertura del Sépulcro. Solemne Beatificación.	480





LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO

LA BEATA
CRESCENCIA
HOSS



G 41318